

Handwritten text at the top of the page, possibly a name or address, partially obscured by a horizontal line.

72348  
73

16543

37577  
16543

16543

37577  
5338

2

16543

27

37577  
25722



quios de su amado rey con Jacome Ruiz, maese Roldan, y R. Jehuda Mosca, disertando sobre sus proyectos colosales de ciencia y legislacion.

—Algun fundamento tiene.

—No admite réplica, contestó Doña Leonor de Haro á la duda de su amiga Doña Isabel Nuñez de Lara; creo amiga mia, añadió esta, que la timidez y pudoroso aspecto de esa doncella, no existe tanto en el corazon como en el rostro.

—Pues os aseguro no han de trascurrir dos soles sin que penetre sus misterios.

El objeto de las hablillas en los círculos que formaban las hijodalgas cobijeras, y las dueñas y sirvientas, no diferia sino en los detalles de la conversacion que hemos sorprendido á Doña Leonor de Haro y Doña Isabel Nuñez de Lara. Con acento entrecortado por el miedo referia una dueña que Rabbi-Zag-de Sujurmenza, al encontrar pocos dias antes en los jardines del alcázar, junto á los baños, á Doña Mayor de Guzman, que tal era el nombre de la victima que en aquel momento servia de pasto á las lenguas cortesanas, se detuvo, y contemplando sus ojos leyó en ellos cosas por demas horribles, pues alzó la cabeza y suspiró fuertemente.

—Pues lo entiendo de muy distinta manera, vociferó un pagecillo, seria porque como los ojos de Doña Mayor son notables en el mundo como lo cantó el provenzal, el otro dia, el buen Rabbi suspiraria porque ya no es jóven ni hermoso, y no puede aspirar á que ojos tan bellos se fijan en él.—La interpretacion del pagecillo alzó ruidosas carcajadas en el círculo de las cobijeras (camareras) y sirvientas, pero la mirada altanera de alguna de las ricas hembras, que volvióse al escuchar tal algazara, acalló como por ensalmo las risas.

—Orgullosa por demás es Doña Beatriz, murmuró en voz baja una dueña; pero esta réplica fue acogida por las demás enlutadas como grave infraccion de los deberes de los fijo-dalgos para con los ricos-homes.

mujeres como sobresale ahora entre las rosas. Como nieta de reyes, tu vivienda será un trono.

Doña Mayor lanzó un grito de salvaje alegría, que fue á perderse en las bóvedas de su palacio y en los cenadores arabescos del jardin.

Serenóse un poco su entusiasmada alegría y continuó Doña Mayor hablando con fingida serenidad, si bien su pecho palpita-ba fatigoso y dolorido.

—Encuentro en el ánimo del rey algunas distracciones que me quitan el sueño; veo dibujarse estrañas palabras en sus labios y cruzar por sus ojos siniestros relámpagos parecidos á las tristes llamaradas que cruzan los campos de batalla. ¡Siempre entregado en mi presencia D. Alfonso á sus delirios de poeta!

—Hé ahí cabalmente tu primacía sobre todas las damas de la corte. Todo te desvela y nada está en sazón de quitar á tu vida el mas mínimo aliento de alegría. El rey se da á entender estrañas ciencias, como esos magos que pueblan los arrabales de Toledo. El vulgo, como necio, cree que cultiva diabólica arte nacida al amor de la lumbre, acrisolada en fantásticas hornillas y escrita para mas primor por agarenas manos en la piel de Satanás. Pero aunque á mi poco de todo esto se me alcanza, creo que él es buen cristiano y no pondrá sus manos en sacrilegos pergaminos, ni sus creencias en falsos y descabellados propósitos. En cuanto á nosotros no temas, tu amor crece y crece mi privanza, y mientras yo prive en Castilla privarán tus ojos las ansias de Alfonso el Sabio.

—Pero esa reina....

—¡Pobre reina que bebe los vientos por su esposo, mientras é se cuida tanto de aliviar sus penas como yo de ir á Egipto. ¡No ves que Doña Violante es fria y el rey no puede transigir en manera alguna con semejante carácter. Además, este asunto tiene sus ribetes de brujería. Ahora no conviene á nuestras miras guerra alguna.

—Creo que te engañas, Guzman.

—No alcanzo la razon de tus desvarios por la guerra.

—Pues yo me atrevo á creer que ahora nos interesaria mucho una guerra con Aragon. Si son ciertos los rumores, que corren ausencia es saludable remedio para todo mal de amor; si no son ciertos, tendríamos la ventaja de indisponer al rey con la familia de su esposa, y todo aquello que aleje á D. Alfonso de su esposa, le acerca precisamente á nuestra privanza.

—¡Quién diria que aqui, en estas cuatro paredes se encierra la suerte de Castilla!

—¿Y quién no añadiría que si andamos remisos en poner esos medios pronto esa suerte no dependerá de nuestras manos? El rey es un hombre de carácter grandioso; su corazon es intrincado laberinto, pues tanto necesita de amorosas caricias como de nebulosos pensamientos, y á veces se acuerda de que régia sangre corre por sus venas, de que D. Pelayo es su abuelo, y ha menester entonces volar á la guerra en alas de la victoria. Yo que estudio su carácter y leo claramente las impresiones de su corazon, sigo con afan el paso de sus deseos; y hé ahí la llave de mi poder y el secreto de nuestro destino.

—Vales mas que el reino de Granada. Mientras lata tu corazon seré yo adelantado mayor de los reinos, y tú reina de Castilla.

—Pues bien, Guzman, ayúdame en mi obra; sigue con firme paso y fé serena mis proyectos; espia el ánimo del rey, y cuando veas que le cansan sus leyes y le hastia la ciencia y le parece insípido el placer, háblale de la guerra, de la victoria; háblale de sus padres, y yo prometo coronar con mi auxilio tan vastísimas empresas.

—Sí, seguiré ciegameente tu destino. Vuelo á palacio, hermana mia, á donde mis deberes me llaman. Y Guzman salió despues de haber acariciado con efusion á su hermana.—Ve con Dios; no comprendes mi corazon, no has llegado á alcanzar el amor inmenso que aqui arde, no puedes leer en mi frente el pensamiento único que absorbe en su inmensidad mi existencia, el fuego de este pensamiento te aniquilaría.—Y Doña Mayor cayó en profunda meditacion. Y en efecto, la pasion de Doña Mayor era como el principio

de atraccion que rige las esferas, como el rayo del sol que atraviesa los mundos. Velado á los ojos de los mortales lucia sereno en la vasta region de su prodigiosa fantasia, y mientras se asemejaba ya á mezquina ambicion, ya al pasajero ardor de los sentidos; en el fondo tomaba vida como armonia celestial, como el eterno lenguaje del corazon y de la mente, uniéndose para formar aquel ángel de luz llamado amor, que con sus alas cobijaba la existencia de la hermosa hermana de Guzman. El corazon de Doña Mayor era un poema que solo podia entender D. Alfonso el Sabio.

Apenas habian trascurrido algunos minutos, cuando penetró gentil pagecillo en la estancia, y acercóse sigiloso al sillón en que descansaba Doña Mayor. La débil luz de la lámpara, cayendo sobre su bellissimo rostro, ceñía á sus sienes angelical aureola, y los primeros asomos de tranquilo sueño vagaban por sus ojos cerrados con voluptuosa indolencia. Su belleza brillaba con encantadora tranquilidad y las sombras de la noche apenas desvanecidas por la dudosa luz que iluminaba la estancia, era como el velo pudoroso de sus gracias.

—Señora, distraigo vuestro sueño para obedeceros. El provenzal aguarda vuestras órdenes.

—Que entre, contestó secamente la preciosa dama. Y en efecto atravesó el umbral.

—Bien venido sea el poeta de Provenza, el primer trovador castellano, dijo Doña Mayor armonizando con dulce sonrisa su amable y afectuosísimo cumplido.

—Y bien hallada la mas hermosa dama que jamás vieron humanos ojos.

—Adulador estais, Giraud Riquier.

—Y vos hechicera.

—¿Cuándo abreviareis vuestras imágenes poéticas?

—Cuando vos, señora, abrevieis el compendio de vuestras gracias.

—No me requiera de hermosa el provenzal, porque no gusto

de poéticas ofrendas. Siempre fue achaque de trovadores cantar hermosuras que no tienen vida, y siempre el ser á quien os dirigis en el mundo carece de las prendas que imagináis en vuestra alma.

—Todo trovador que en vos clave los ojos os recordará cuando intente cantar el poder de la belleza.

—Os perdono; porque vivís en el cielo de la imaginación cuya esencia es la poesía, ó la mentira.

—No lo creáis, señora; si la poesía fuese vana sombra, nuestra alma sería débil eco perdido en el mundo. Pero la inspiración es rayo que viene de Dios, fuente de toda verdad. Dichoso el mortal privilegiado que como el rey de Castilla siente abrasada su frente por ese fuego celeste.

—Teneis razón; debían ser ciertos vuestros sueños, y las hermosuras que cantáis y las hazañas que fingís, como debían ser mentirosos nuestros dolores y las miserias que sentimos. La poesía es don del cielo.

—Sí, sí, por eso abandono mi hermosa patria, la tierra en que corrió tranquila mi inocencia, y vengo á pedir fuego al sol de Castilla, para que salve de la muerte los cantares de sus trovadores.

—Y el sol de Castilla que tantas flores hace brotar á la tierra, fecundará con su luz la poesía provenzal, honor de nuestros tiempos.

—No temo que sea devorada por el olvido mientras cuente con tan bellas protectoras como vos.

—Y casualmente os he llamado para daros buenas nuevas:

—Y yo las recibiré con el recogimiento y la devoción que puede inspirar vuestra hermosura.

—Recoged todos vuestros cantos y el rey los aceptará, y veréislos brillar en su gabinete al lado de las obras más preciadas, y el alma de la Provenza tendrá un templo en el palacio de Castilla.

—Bendita seáis. Yo enseñaré á los hijos de mi patria cómo deben respetar vuestro nombre; yo les diré que un ángel de los cielos ha cubierto con sus alas las hazañas y cantos de sus padres,

y todos conmigo bendecirán vuestra imagen y pasareis de generacion en generacion para honor de las Castillas y ejemplo de las mujeres.

—No os debe estrañar esta nueva, cuando poseeis la amistad de D. Alfonso.

—Confieso que S. A. me distingue y me protege, y yo lo agradezco doblemente porque siempre mi patria debió insignes distinciones á Castilla.

—Poseeis las llaves de su corazon, y como buen amigo no os esquivará secreto alguno, dijo Doña Mayor esperando que la contestacion del provenzal le diera á conocer el nombre de su rival.

—Señora, en los reyes es distincion la mas insignificante palabra, y muestra de cariño la mas ligera mirada, pero creo conocer á fondo el corazon del rey, que en realidad me parece tan hermoso como su alta fantasia.

—Yo celebro que os merezca ese concepto mi monarca.

—¡Ah! el que conoce el objeto de los ensueños del rey no puede menos de admirar la eleccion del gran Alfonso: es dama que mas parece hechura de los ángeles que obra de los hombres. Sus rubios cabellos prendidos cual luminosas ondas en torno de su elevada cabeza, el azul de sus ojos robado á los cielos por la mano de encantado serafin, la blancura de su tez realzada por los sonrosados arreboles de sus megillas, enagenan al mortal, que solo puede mirarla como uno de esos genios enviados para consolar á la tierra de su perdida belleza.

Doña Mayor poseia singular inteligencia, y no se dió por aludida á pesar de que los ojos del provenzal corroboraron los asertos de su labio y el despecho pintóse en su semblante al ver defraudadas sus esperanzas y conocido su secreto.

—¡Estraña y singular hermosura! Rebajaremos algo, aunque sea en menoscabo de tanta belleza. ¿Y no sabeis la parte aventurera de esos singulares amores? ¿No podeis darme algunas señas mas esplicitas? ¿Nada podeis añadir respecto á esa beldad? ¿Es noble? preguntó con irónico acento.

—De la mas alta prosapia de Castilla.

—¿Es rica?

—Ríndenle feudo innumerables pueblos.

—¿Sabeis cómo se llama?

—Ignoro cómo la llamarán los hombres. Si yo hubiese de ponerle nombre, llamariala el ángel de la hermosura.

—Creo que no os hallais muy al corriente de las nuevas cortesanas. Ahora se dice que el rey va en pós de un amor que se esconde en ínfimos lugares.

—No lo creo; conozco el poético corazon del monarca, y no puedo dar entrada en mi conciencia á tamaños desvarios. Cuando la noche viene, y todos descansan tranquilos en brazos del sueño, abandona D. Alfonso su régia morada, solo, sin mas compañía que su amante corazon, atraviesa las calles de Toledo, y se dirige á delicioso jardin, donde el resonar del rio, el blando murmullo de las hojas mecidas por el beso de la noche, y el rayo de la luna, son los únicos compañeros de su felicidad. ¡Cuántos juramentos guardarán las aguas del Tajo, y cuantos suspiros habrán ido á perderse en las ondulaciones del estrellado firmamento! Los astros son la corona de amor, que descansa en las sienes del monarca, y la noche el templo de su ventura. Daria un año de mi vida, y el mejor canto de la Provenza, porque me fuera dado escuchar algun eco de aquel coloquio amoroso. La encantadora beldad enamora al rey con acentos dulces, como las vibraciones de solitario laud, con palabras encantadoras como los versos de amante trovador en una noche de luna.

—Las aventuras del monarca os trastornan el seso, buen provenzal: me alegro, y os felicito en verdad, porque acabais de proporcionarme un delicioso momento. Nadie diria sino que acompañabais al rey á esas nocturnas expediciones, segun los colores con que habeis pintado su pasion; pero los trovadores cuentan lo que ven, é imaginan lo que no alcanzan á ver. Mas dejemos esto, y volvamos á nuestro propósito.

—A mi patria?

—Si Giraud, y á los de la Gascuña. Me intereso por la suerte de esa provincia.—Es noble y valerosa y el valor y la nobleza cautivan mi corazón.

—¿Cuán dichoso sería el baron de Moncada si oyera de vos palabras tan allagüeñas!

—¿Le conocéis?

—Le admiro y creo que le merezco consideracion.

—Pues noticiadle que interesa que en la próxima audiencia renueve al rey su peticion, que S. A. mirará con propicios ojos sus demandas. ¿No es tal su deseo?

—Creed que está impaciente por depositar á los pies del trono castellano la corona de Gascuña. ¡Qué triunfo tan inmenso, será para el rey.

Asi lo creo tambien. La hora de Castilla ha sonado en el cielo. Bien pronto arrollará los tercios mahometanos, porque Dios la protege, y sostiene su corona. Granada tiembla, y nos presenta sus tributos, Córdoba y Sevilla han abandonado su serrallo; y vuelven á ser ángeles cristianos, el Africa se conmueve en sus desiertos temerosa de que hiera su frente la espada de D. Fernando, y Gascuña arroja una corona entre las ruedas de ese magnífico carro triunfal cargado con los despojos de cien pueblos. No me pasa por el pensamiento que los gascones sean nuestros esclavos, ni temo que el rey Alfonso los juzgue indignos de ser sus vasallos, pero sí preveo por lo que á mi corta razon se alcanza, que á los pies de Castilla serán libres, y temidos por estrañas gentes, y crecerá su poder, y el cetro de Inglaterra no alcanzará á su cabeza.

—Bendita seais, señora, corro presuroso á dar á D. Gaston tan santa nueva.

—Id, pero no descubrais el nombre de quien le da el aviso, ni la mano que se lo proporciona.

Retiróse el provenzal no sin haber notado que ascendian al semblante de Doña Mayor nubes de sombría tristeza. Y en efecto, sus sospechas no se habian disipado como se prometió, y le causaba enojo el ver descubierto el secreto de sus amores con el rey.

Prestábala consuelo el buen resultado que obtendrían las gestiones del de Moncada porque el corazón del rey era noble y generoso y los ruegos de los gascones exaltarían su imaginación arrastrándole á la guerra, norte de todos los deseos de Doña Mayor.

Después de pararse por cortos momentos en estas consideraciones, se levantó y dirigióse á una ventana. Saludables auras vinieron á secar sus fugitivas lágrimas. La luna apoyada en las orlas de sonrosada nube, esparcía melancólicos reflejos en el azul de los cielos, y montes y valles sumergíanse en aquel océano de melancólica luz, y el canto amoroso del ruiseñor perdiase en la enramada y era repetido por el lejano eco de los campos. Doña Mayor suspiró con embriaguez el aliento de la noche, y su alma dolorida subió á Dios en alas de fervorosa oración.



— Sin embargo, D. Miguel, poco conforme fue vuestra decisión con los fueros reales, publicó un libro.

**Ciencia real.**

— No será de vuestra opinión el sabio y entendido marqués Rolan, dijo Rui-Sanchez de Landa, señalando al dicho conde de Haro.

— Decís bien, dijo terciado en la conversacion, Gonzalo Gonzalez de Maya, deudo de la poderosa casa de los Haros.

**P**ocos dias despues de sucedidas las conversaciones anteriores, gran movimiento se notaba en los salones reales del alcázar Toledano. La nobleza castellana discurría por sus vastas salas, con aire altanero. Mas que la corte de un rey; al ver sus corazas, sus espadas ceñidas, diríase que era la vigilante guardia de sus prisioneros.— Los Haros, Laras y Velascos, no podían respirar el ambiente cortesano; avezados sus pulmones al polvo de los combates era mas grata á su oído la algazara y bullicio de las cabalgadas contra sus enemigos personales y las algaradas contra los moros, que el acompasado rumor de las conversaciones palaciegas.— La conversacion general versaba sobre la reciente contienda terminada, por medio de la espada y de la tea entre Rui-Añenza y Gutierrez-Gonzalez de Maya, deudo de la poderosa casa de los Haros.

—Hablo con franco labio, decia D. Miguel Iniguez de Suazo, pése á todos los adelantados y merinos, ayudé á Gutier Gonzalez de Maya, con asoldados y solariegos, por ser el muy mi amigo y tenerle yo en gran estima.

—Sin embargo, D. Miguel, poco conforme fue vuestra decision con los fueros reales, publicados por D. Alfonso, contestóle un hijo-dalgo.

—En buen hora; pero muy conforme fue mi conducta con los fueros de los fijo-dalgos castellanos.

—Decis bien, dijo terciando en la conversacion, Gonzalo Gomez de Atienza.

—No será de vuestra opinion el sabio y entendido maese Roldan, dijo Rui-Sanchez de Lando, señalando al docto consejero de D. Alfonso.

—Sino con sus leyes, con sus intentos, poca conformidad guardan las contiendas de que os ocupais, *si los corazones están de-partidos*, mal manera de unirlos es usar de la espada.

—Mirad, maese Roldan, dijo con su tono impetuoso D. Diego Lopez de Mendoza, el rey en buen hora, será doctísimo en estudios ocultos y en leyes; pero en fueros y fazañas de Castilla somos muy concedores los ricos-homes que ceñimos espada y empuñamos lanza.—La nobleza de Castilla en sus cuestiones y pleitos no tiene necesidad de voceros.

La brusca y altanera contestacion de D. Diego fue acogida con aplauso por los nobles que escucharon sus palabras.

—Cuidad no os oiga el debelador de Murcia y Cartajena, dijo Alonso Garcia adelantado de Murcia, con tono amenazador.

—Está entretenido escuchando á los concejos y villanos que no gustan de *burgaleses*—dijo D. Rui Sanchez de Lando, con ironía.

La alusion de este fijo-dalgo al disgusto con que fue generalmente recibida en Castilla, la medida de D. Alfonso mandando deshacer los pepones, moneda muy en estima y susluirla por los burgaleses, moneda de valor ínfimo, aumentó la algazara y el contento de los nobles.

Continuó en el mismo tono la conversacion general hasta que la aparicion de un nuevo personaje, escitó todas las miradas. — Don Gaston, baron de Moncada, caballero de la Gascuña se adelantó con paso noble y en pós suyo los pages que salieron á su encuentro.

— Nuevos poderes á nuestro rey, dijo con acento amargo Don Diego Lopez de Haro.

— El nombre de Alfonso de Castilla es conocido en toda Europa, dijo el obispo Martinez siguiendo á D. Gaston y contestando á D. Diego.

— Dios guie á su consejero, contestó el de Haro inclinando la cabeza.

Hé aquí la nobleza que rodeaba el sòlio de Alfonso X de Castilla.

## II.

En suntuosa estancia, pero de forma irregular, pues afectaba la forma eptágon, y sentado en estensa mesa de trabajo, se encontraba el dia y á la hora que nos ocupa D. Alfonso X de Castilla. Varios libros copiados con la hermosa letra del siglo XIII, y en magnífica vitela, veíanse hacinados en torno del rey. — En sus lomos se leía — « El libro Juzgo de los godos. » — « Boetio de consolatione. » — « Prudencio. » — « Geórgicas de Virgilio. » — « Epistolas de Ovidio. » — « Etimologías de San Isidoro », y diferentes obras de escritores árabes que se ocupaban de astronomía, y en trozos de pergaminos los trabajos preparatorios de las Partidas, que con el nombre de « Especulo recogió la crítica de los siglos posteriores.

A su alrededor, y sentados á la usanza oriental, veíanse venerables árabes y judíos ocupados en examinar instrumentos y cómputos astronómicos.

D. Alfonso de Castilla tenia en la época en que sucedian los acontecimientos que referimos la edad de 33 años (1). Su estatura

---

(1) Siguiendo al erudito marqués de Mondejar.

como la de su padre no era alta, pero bien proporcionada, y siguiendo la usanza de nuestros antiguos paladines, llevaba crecida la barba. Su frente abultada y espaciosa, dejaba leer el estado de su espíritu y reflejaba toda la sublimidad de su inteligencia. Eran pardos oscuros sus ojos y perfilada como griega su nariz. La viveza de su mirar era una cualidad conocida por D. Alfonso, que tenía gran cuidado como todos los hombres de genio en hacer aparecer, profunda y pensadora. El conjunto de su faz era hermoso, pero no esa hermosura afeminada propia de gente superficial y de poco valer, sino una hermosura varonil y severa que sentaba con perfeccion indecible á la magestad de su continente y á lo grave de sus palabras. Una rica hopalanda forrada de armiño, cubria sus hombros, y su mano blanca y nerviosa, aparecia descansando sobre los pergaminos que contenian el Espéculo, dejando ver la manga de labrada seda, que ajustaba con sumo cuidado á su muñeca rico pasador, obra del ingenio de un judío que alcanzaba gran fama en el laboreo y trabajo de los metales.

En aquel instante conversaba con el sabio Mohamad Geber, vuelta un tanto la cabeza al sitio donde el buen árabe se encontraba sentado.

—Maestro, creo vuestros discursos obra de vuestra rica imaginacion mas que de vuestro estudio.

—Señor, — contestó Mohamad, inclinando sobre el pecho su respetable cabeza. — Sois grande, vuestro nombre comienza con a, y concluye con o, es el alpha y la omega de todas las cosas, pero dignaos escuchar. Diocleciano mandó quemar los libros hebreos, que trataban sobre el oro y la plata para quitar así que con sus riquezas se opusieran los judios á sus huestes, y el vellocino de oro de la antigua Colchida, segun el venerable Aljamí mi maestro no era mas que el secreto de la piedra filosofal escrito en estensas y ricas pieles.

Calló D. Alfonso y reclinó su cabeza en sus manos. Su inteligencia luchaba con aquella ciencia misteriosa como la infancia de toda vida y rodeada de los atractivos con que los sabios ins-



DON ALFONSO EL SÁBIO.

FOR THE PEOPLE

pirados del siglo XII supieron mezclar en sus divisiones y subdivisiones y aridísimas fórmulas empíricas. Comprendía que el foco de la existencia terrenal era la inteligencia humana, y partiendo de tan alta verdad que le llevó á sospechar los axiomas mas elevados, que asentó la filosofía escolástica y adorando los principios de Aristóteles sobre la sustancia, resistíase su mente á reconocer la transustanciacion de los metales que era el norte de la alquimia.

Por fin levantó su hermosa é inteligente cabeza, y fijando sus ojos en su ayo Jacome Ruiz, que anotaba con cuidadoso pulso los extractos suministrados por Palencia y Salamanca para formar las partidas, exclamó:

—Ruiz, lo veremos y si mi celeste protectora la Virgen Maria nos protege, espero poner en este código, dijo apoyando sus manos en los fragmentos de las Partidas, la condena de semejantes sueños.

Abrióse una puerta en el fondo y precedido de sus pages, penetró en el gabinete de estudio de D. Alfonso el obispo Martinez. A su vista se levantó D. Alfonso y dirigiéndose á sus compañeros de estudio:

—Basta por hoy maestros, dijo, á cuya voz todos los sabios recogieron sus pergaminos y se retiraron silenciosos.

El rey se adelantó.

—Padre mio y mi maestro ¿qué quereis?

—Rey de Castilla, contestó con grave acento el obispo, Don Gaston, baron de Moncada sigue mis pasos en pós de V. A.

Movió el rey la cabeza y pasó á su sala de audiencias; sentóse en el sólio y los farautes dijeron que comenzaba la audiencia del muy alto señor rey de Castilla.

Jóven y animoso el valiente gascon, deseaba rechazar el peso de la tiranía con que vejaba á Gascuña, el poder de Enrique III de Inglaterra. Solicito seguia la corte del rey Castellano y ya prestó pleito homenaje de su baronia en Sevilla á D. Alfonso. La fama y justa nombradía de ciencia y poder de que gozaba el hijo de D. Fernando encendia su ánima en deseos de que los gasco-

nes fueran incorporados á los pueblos Españoles, dominados por el sabio cetro del décimo Alfonso. Hoy subian de punto sus deseos; porque temeroso Enrique de Inglaterra del apoyo que Castilla pudiera prestar á Gascuña, se apresuraba á enviar embajadores á la corte de Toledo. Estas nuevas avivaron el deseo de Don Gaston.

Toda Gascuña hablaba por su boca, su corazón latia al par de todos los corazones y su deseo era un débil eco del vivo deseo que imperaba en su patria. El clamoreo general y el objeto de todas las ansias, era llamarse castellanos.

En tanto el ardoroso gascon esponia sus súplicas, calculaba D. Alfonso las eventualidades de una lucha con Enrique de Inglaterra, y recorría con satisfaccion la topografía de la provincia, que á los pies de su trono imploraba ser reconocida como vasalla y tributaria. Colocada á la espalda de Navarra y Aragon podia serle de gran ayuda en el caso siempre próximo de nuevas desavenencias con su suegro ó con Theobaldo de Navarra.

—Señor, continuaba el hábil embajador, tened en cuenta que es efecto tan solo de vuestra grandeza la peticion que hoy presento, vuestro nombre atrae á los pueblos en redor de vuestro trono. Cuidados son estos que únicamente puede hacer experiencia de ellos, aquel que tiene como Dios la fuerza de atraer.

Fijó D. Alfonso su vista en los ojos de los ricos-homes que en pós de D. Gaston penetraron en la estancia, y leyó únicamente la admiracion, que les causaba contemplar el asombro que veian. Era la victoria de la grandeza sobre el orgullo, del poder del rey sobre el señorial. Con sin igual brillo, radiaban los ojos de su adelantado mayor de Castilla. La conversacion habida con su hermana veniale á las mientes, al ver el poderío de su señor y amigo, y no se ocultaba á su talento político que de estos conflictos nacerian tribulaciones que harian muy factible un rompimiento entre Aragon y Castilla y por consecuencia mayor menoscabo en el poder y autoridad de Doña Violante.

El conocimiento de las ventajas políticas que producía la union

de la Gascuña inclinó el ánimo del rey; la victoria y muestra de grandeza sublime, que le ocasionaba la petición de D. Gaston, delante los atónitos ojos de sus ricos-homes, decidió al hijo de San Fernando, y su corazón inclinóse también porque hay en ese santuario del alma misterios, que determinan nuestros actos, sin que sepamos darnos cuenta de nuestras acciones. Cuando el corazón está unido á una inteligencia poderosa y ardiente, la vida no es mas que fantástica cadena de sensaciones que no comprendemos pero gozamos, y forman las felices horas de nuestro existir. No era por cierto D. Alfonso de Castilla un frío calculador, amaba la política como amaba el estudio, y porque la ciencia del mandar era tan misteriosa á sus ojos, que si reverenciaba alguna ciencia oculta, decía repetidas veces, era la ciencia del rey, y como á todo saber se entregaba, reuniendo sus sentimientos mas dulces y delicados, á sus mas ardientes teorías, sus lágrimas á sus amores, sus ayes de dolor á sus sonrisas de gozo. Era dicho suyo que todo estudia en el hombre, la cabeza y el corazón y que no concebía estudio separando ambas facultades. La proposición del caballero de Gascuña trajo á su memoria sus amores, y su amor de padre. Sintió elevarse en su frente nueva aureola, con que estasiar de amor á sus amadas, y amo ya y aspiró con voluptuosa avidez el amor y los acentos apasionados, que aquellos corazones le tributarian, uniendo mas y mas los lazos que confundían su alma con otras almas.

Entonces dirigió su palabra al baron.

—Inútiles serian vuestras súplicas y las de los vuestros; sino sintiera en mí, que poseo derechos al señorío de Gascuña, y que estos derechos radican en mi sangre, y en la buena esposa de mi padre. Id y decid á mis vasallos los gascones, que su señor el rey de Castilla, enviará sus huestes en defensa de sus hogares, y vos adelantado mayor de Castilla, cuidareis de que sean cumplidas mis palabras.

Calló D. Alfonso y acercándose Pedro Gomez al baron de Moncada estrechó su diestra con efusion. Respondió el caballero á su

afectuosa demostración fijando sus ojos en la mirada que le dirigió D. Pedro.

—Seríais vos por ventura el que... dijo en voz baja D. Gastón.

—Sí, baron, yo soy quien ha de equipar las huestes que os han de acompañar al combate contra el ingles.

Al oír esta contestacion calló el caballero, y continuó fijando su vista en los diferentes ricos-homes que rodeaban á D. Alfonso como buscando la solucion de un enigma.

En aquellos momentos acercábase á D. Alfonso su hermano el infante D. Enrique. Era D. Enrique pequeño de estatura, de semblante hosco y mirar avieso y era su ánimo hosca y aviesa como su semblante y su mirar. Al acercarse á su hermano, todas las miradas fijaróense en él, porque esperaban que la repentina presentacion en la corte de un infante, que blasonaba de pasar la vida lejos de Toledo, seria objeto de graves acontecimientos.

—Hermano y señor, una de las atribuciones del rey es la justicia y hoy os la pido.

—Hermano, el cielo os ilumine y proteja ¿qué pedis?

—Justicia.

—Contra quien.

—Contra Gutier Gonzalez de Maya, que en menosprecio de vuestros fueros y de los que son en uso entre los fijo-dalgos, ha dado muerte y destruido la solariega casa de los Atienzas. Como su valedor presentase un mi pariente que yo apadrino y hace emplazándole ante vos el reto, dentro de los nueve dias segun es fuero en Castilla.

Simulada por demas era la conducta del infante D. Enrique. Deudo era suyo Ruiz Atienza, pero no estribaba el paso que dió en lo que dolia á su ánimo la muerte de su deudo, sino que mas altas ideas y proyectos de mayor cuantía le llevaban á la corte, proyectos que tomarán mayor luz en el curso de esta historia.

Estrañó sobre manera á D. Alfonso la brusca determinacion de su hermano y sin dar con la causa, dábale mucho que pensar. El hecho á que se referia no era nuevo durante su reinado, pero en

ninguno de los acaecimientos anteriores presentóse la audacia de los nobles tan á descubierto como en aquel, en que con tanta impremeditacion á su entender, tomaba parte su hermano. A sus oídos no era la noticia una novedad, pero temiendo atacar de pronto á la noble, poderosísima y turbulenta casa de los Laras señores de Vizcaya, cuya familia se habia amamantado en las contiendas y en las revueltas contra su rey, habia dejado trascurrir las impresiones del momento, esperando que el tiempo sepultara en su insondable seno la historia de aquel entuerto. Asi es que en grave apuro le colocaba la determinacion del infante D. Enrique.

La acusacion continuaba en tanto y los epitetos de desleal y traidor manchaban los nombres de Gutier Gonzalez de Maya y de sus deudos.

Aun vibraba el monotono acento del acusador cuando tomó la palabra D. Pedro de Guzman: como adelantado de Castilla y siguiendo las inspiraciones que en estos puntos tantas veces habia recibido de D. Alfonso, con mesurado tono espuso que segun los últimos fueros de Castilla publicados por D. Alfonso X, él, como mayor adelantado, pesquisaria las causas que movieron á tamaño desaguizado, y juzgaria.

Un rumor general de descontento corrió por entre los círculos formados por los nobles. El dominio que tomaba la autoridad real, con sobrada luz heria ya á sus ojos. D. Diego Lopez de Haro, con ademan altanero y destemplado porte contestó al adelantado:

—Es deudo de mi casa D. Gutier y hago mia la ofensa sugerida por el acusador, y en cuanto á vuestros fueros, desconocidos eran por mis abuelos y su descendiente administrárase segura justicia segun lo hicieron en Castilla y en Leon nobles caballeros.

—El rey, contestó el canceller ó canceller no señala palenque, y no admite vuestra acusacion, dijo, volviéndose al acusador y por lo tanto recoged vuestro guante.

La decisiva determinacion de D. Alfonso acalló todos los rumores, pero en los semblantes de los nobles y en particular en el de D. Diego de Haro, leíase el despecho, escrito por la ira con

caractères de fuego. D. Enrique se acercó á su hermano y humillándose profundamente pidióle permiso para volver á sus señoríos á ocuparse en la caza su favorito ejercicio.

—Marchad le contestó el rey y distraed vuestro ánimo en tan provechosa ocupacion.

—Señor, cuando la guerra me llame, mi lanza seguirá la primera los pendones de V. A.

—No estará ociosa mucho tiempo.

—Ese es mi mayor deseo, contestó D. Enrique, con doblada intencion y acento sentido.

Los farautes reales volvieron á anunciar la audiencia del muy noble rey de Castilla. Nadie presentóse á su llamamiento, y el adelantado mayor despidió la corte, que se retiró en silencio.

En las antesalas encontró D. Enrique á D. Diego de Haro y varios caballeros á la sazón, que un hidalgo humillándose ante su presencia decia en voz alta:

—Dios vele por el infante que en tanto estima los fueros de la nobleza castellana.

—Preciόμε de ser el segundo noble de Castilla.

Esta frase llamó la atencion de D. Diego y multitud de fijo-dalgos y ricos-homes, se arremolinaron saludando á D. Enrique.

Despejóse el salon y una sonora carcajada resonó por sus dorados artesones.

—Bueno, exclamó el poeta provenzal Giraud-Riquier, quieren jugar pero se me alcanza que tendrán mal juego si se obstinan y rebujándose en el manto siguió su camino.

### III.

Retiróse D. Alfonso á sus estancias seguido de Pelai-Perez maestro de Santiago, de su adelantado mayor de Castilla, de Alonso García, adelantado de Murcia y de su ayo Jacome Ruiz. Estensa fue la conversacion entre el rey castellano y sus íntimos consejeros versando sobre los acontecimientos del dia. Como casualidad

no estraña, si se atiende al carácter de D. Enrique juzgaban los mas su conducta.

—Señor, exclamó Alonso Garcia, veo mas.

—Qué veis? mi buen Garcia...

—No me atrevo á esplicar la conducta del infante, pero...

—¿Titubeais, hablando de mi hermano?

—Dios nos libre de pensamientos que no guarden consonancia con el respeto que el infante nos merece, mas no es ordinaria su conducta.—Atended á que goza fama de politico.

Estas palabras iluminaron á D. Alfonso que ya comprendió con claridad el móvil que impelia á su hermano.—Exhaló un suspiro, y reclinó sobre el pecho la cabeza en ademan pensativo.—Al fin exclamó:

—¿Y vos mi adelantado, qué imaginais?

—Que el aragonés no está lejos de Castilla, señor, contestó Don Pedro en tono brusco.

Esta contestacion estremeció á D. Alfonso, que sondeó con inquieta mirada los ojos de D. Pedro; pero era mañoso el buen Guzman para sostener miradas reales.

Profundo fue el pensar que sobrecogió á D. Alfonso, y entregóse á él, haciendo seña á sus consejeros para que lo dejaran con sus recuerdos.

No hay monarca que sienta el calor que infunde un pensar ardoroso en la existencia humana, que en sus momentos de orgullo, cuando ve gloria en su frente y reinos á sus pies, no haya tenido un sueño, que es grande en Cárlo-Magno y en Cárlos V; pero que debió causar la profunda melancolia de D. Felipe II, porque su inteligencia de rey no era hermana de su inteligencia de hombre. Este sueño vivia tambien en D. Alfonso; pero lo que en muchos fue una quimera que creció con sangre, era en un rey castellano del siglo XIII una ambicion justa, mentimos, llegó á ser una esperanza fundada.

Su seno palpitaba á impulso del pensamiento mas grandioso que la ciencia ha engendrado, y á cada nueva palpitation de

su seno entreabrianse los cielos y una corona brillaba en lontananza.

—¡Padre mio! murmuró en voz baja y con acento entrecortado como siguiendo la hilacion de un pensamiento recóndito, que no se atrevia á confiar á sus labios.— Padre mio! vos me veis, y ante vuestros ojos ábrese mi ánima, como una oracion de amor ante los ojos del Eterno. Mi ambicion nació con vuestras palabras.—«¡Sevilla—me digisteis plantando la cruz sobre sus moriscas almenas—antes Córdoba, despues Granada... por último toda España y despues digisteis depositando una mirada en mi seno, que aun siento, mirada que formó mi corazon y dá fuerza á mi sangre y es el santuario de mi espiritu—y despues, tu hijo mio, con la púrpara imperial!... Oh! padre mio, no dudo; no flaquea mi corazon, pero siento en torno de mi vagos rumores que me atormentan.—Me unisteis con Doña Violante, porque Aragon ha sido siempre nuestra sombra... Cuando se una con Castilla, mundos obedecerán la voz de los reyes españoles—lo siento asi en el fondo de mi alma. Y por breves momentos dejó de vibrar su encendido acento.

—¡Ay! continuó con eco mas tranquilo.

—Allá en los espacios hay un centro, y una fuerza sagrada (1) encadena los puntos de luz, y los mantiene contra la injuria de los siglos y de los uracanes, y aqui en la tierra que pisamos, un trono, una inteligencia suprema, y su ley santa y sublime extendiendose por la boca de sabios juzgadores por todos los ámbitos de la tierra encadenando al mundo, ¿será vana ilusion?

—Padre mio, fue vuestro proyecto grande y sublime cómo vos érais—deseábais la púrpara para mi, para vuestro Alfonso, y aquella palabra la encuentro siempre escrita con caracteres

---

(1) Distinguidos eruditos sostienen que sospechó D. Alfonso el sistema de Copernicano y las leyes de atraccion. Este aserto no debe juzgarse de ligero, porque no merece juicios de ese linage cuanto se refiere á este portentoso del trono español.

de gloria en el fondo de mis instrumentos, y resalta en medio de mis pergaminos, atrayéndome y fascinándome. Hoy las palabras de ese gascon han levantado en mi ánimo tumultuoso torbellino de pensamientos.—Mira la Gascuña: la Provenza me pide salve sus letras y proteja su gaya ciencia, el Papa me anima [contra los moros y me señala el Africa, el ducado de Suavia será mio, —Aragon! siempre cerrandome el paso—Violante, ¡oh! sino fuerán tan íntimos los lazos que nos unen... pero animará mis nobles á la revuelta, escitará en el suelo castelleno disturbios sin cuento, y se levantarán de nuevo los pendones de mis ricos-hombres, oponiendose al pendon real, y en vez de mis sueños de grandeza, veré departido mi reino, y en vez de mis leyes, veré los fueros de una clase.

—¿Que hacer?—La palabra de Alonso Garcia me indica temores y está preñada de temores la voz de Pedro Guzman—mis buenos valederos miran como anuncio de tormenta la venida de mi hermano. ¿Donde mirar? y con esta pregunta se apagó la voz de D. Alfonso.

Pocos momentos de meditacion bastaron á tan riquísimo ingenio para encontrar recursos.—Bien! dijo levantandose: enviaré lanzas á D. Gaston, y mientras tanto lanzaré mis huestes castellanas y leonesas contra el moro de Andalucia. Asi distraeré la atencion de mis nobles y entre el ruido de mis otambores que llamen á la lid contra el moro, no se oirán las herraduras de los corceles que vayan contra el inglés á asegurar mi paso tras esas fronteras de Aragon y Cataluña que me cierran el mundo... Si padre mio, no olvidaré vuestra prediccion!

—Y el rey contento con su determinacion, se levantó y en alas del crepúsculo, que ya descendía, elevó la oracion de la tarde á su amparo protector, á la Virgen de los cielos.

Satisfecha su alma, exclamó:—velemos sobre la hija de mi ánimo. Agitó un timbre sonoro, á la usanza árabe, y una mujer alta y de hermosa presencia, aun cuando de una hermosura apagada por los años apareció en el dintel de simulada puerta.

—Urraca, mi buena nodriza—mi manto y antifaz.  
—En pós de Doña Mayor?  
—No Urraca, en pós de mí mismo, ó en seguimiento de Dios  
—y asiendo el manto que le presentaba su nodriza, revolvióse  
en el, y salió perdiendose entre los vastos salones de la alcaza-  
ba Toledana.

—En pós de Dios ó de si mismo—singular misterio, ¿que pen-  
sará de él Doña Mayor? murmuró la nodriza atravesando el din-  
tel de la cámara real.

—Que hacer?—La palabra de Alfonso García me indicaba  
res y esta prueba de ternura la voz de Pedro Gómez—mis  
buenos valederos miran como anuncio de ternura la venida de  
mi hermano. ¿Dónde mirar? y con esta pregunta se apagó la voz  
de D. Alfonso.

Pocos momentos de meditación bastaron á las triplicadas in-  
genio para encontrar ternuras.—Bastó dijo levantándose; en  
vivir lúxus á D. Gastón tanto tanto que sus huellas  
castellanas y leonesas con  
re la atención de sus no  
que llaman á la lid con  
de los corceles que van contra el inglés á seguir un paso  
las esas fronteras de Aragón y Cataluña que me cierran el man-  
do... Si padre más no olvidará vuestra predicción.

—Y el rey contento con su determinación, se levantó y en  
las del croquis, que ya descuida, elevó la ercción de la  
tanto á su aparato protector, á la Virgen de los cielos.

Satisfecha su alma, exclamó:—veamos sobre la hija de mi  
alma. Aquello un tiempo honro, á la usanza árabe, y una mujer  
alta y de hermosa presencia, aun cuando de una hermosa que  
gaba por los días apareció en el dintel de simulada puerta.





LAM. 2.<sup>a</sup>

D. ALFONSO EL SABIO.



#### CAPITULO IV

#### Angel y mujer.

**E**N un ameno bosque bordado de sauces, en cuyo recinto habia esparcido sus galas naturaleza, veíase sentada entre flores una jóven de 18 años, blanca y misteriosa como esos ángeles, que descienden á cuidar las rosas nacidas en el sepulcro de un niño. No lejos divisábase una casita tendida entre yedra como dormida paloma, y coronada de frondosas vides. Una cruz de piedra, que entre el ameno follaje elevaba sus sagrados brazos, difundia místico amor en aquel encantado laberinto, y una imagen de María guarecida bajo el pabellon de lánguido sauce, y colocado en poético altar formado con guirnalda de jazmines, daba á todo aquel parage el aspecto de un sagrado bosque, donde parecia refugiarse perseguida creencia. Las enredaderas con sus campanillas entre-abiertas, el lirio cargado de rocío, la blanca azucena elevada al cielo para recoger los rayos de la luna y formar con ellos sus castos perfumes, las violetas luminadas por la temblorosa luz de escondida luciérnaga tapiaban la pradera, mansion tal vez de alguna huri que perdida de amor por un cristiano, habia huido del cielo del profeta.

Pero habia algo mas hermoso que todo cuanto pudiera imaginar naturaleza, y era aquella jóven de frente mas blanca que el disco de la luna; y rostro mas bello que la corola de la azucena, de aliento mas fragante que el aroma de la rosa, y cabellos mas negros que las sombras de la noche. Asentada, como digimos en el follage, seguia con mirada afanosa el curso sosegado de la luna; y despues de haber concluido una guirnalda de rosas blancas, que acababa de tejer con sus delicadas manos, dijo, alargando sus brazos à la reina de la noche, que embecia como su mirada sus pensamientos, y como su pensamiento su corazon.

—Era para tí, pero no bajas, y nunca podrás enamorar à las estrellas con tan lucido adorno. Porque, dime, no dejas caer un rizo de tu cabellera, y no que flotando en los aires te burlas de mis congojas. Pronto desapareceerás, para estar oculta en el cielo, sin lucir tus encantos, sin alumbrar mi bosque. ¿Y à donde vas? ¿Por qué te ausentas por tanto tiempo? Ya sé à donde vas, ¿por qué no me llevas contigo? Vas à ver à la Virgen, à pedirle una mirada de bendicion para lucir tu hermosura en el silencio de la noche. Si Maria no te mirase, no serias tan hermosa. ¡Ay! yo tambien me creí vella un dia. Miréme en las ondas del Tajo, y me parecí mas hermosa que tú misma, y dije: yo debo alumbrar el campo mucho mejor que la luna; porque soy mas hermosa y mi cabellera es mas lustrosa que la suya, y mas brillantes mis ojos. Cuánto deseaba que yiniése la noche, y vino, y salí al campo, y miré, y solo ví estrellas en el cielo y luciérnagas en la tierra. Yo no alumbraba como tú la oscuridad, yo no era hermosa. ¿Te ries? ¡ay! pero yo lloro. Desde entónces le cuento mis cuitas à las flores, y las infelices deben sentirlas, porque al dia siguiente aparecen mústias como yo, y con una lágrima en sus hojas. Y he observado, tanto es mi afan de mirarte, que cuando tú bienes, se van muchas estrellas. Habrán salido tambien su desgracia. Yo asi lo creo, porque ellas al fin no son mas que luciérnagas prendidas à una flor. Es verdad que

esa flor es muy grande; pero díz que la formó Dios para la peana de María. Cuán alegres se muestran en tu ausencia. Y deben cantar, porque las hojas se mueven, y el río tiene murmullos que yo no acostumbro à oír en las noches en que sales à lucir tus encantos. Pero no soy celosa, me agrada verte, y mirarte como te engries, cuando te ves retratada en el arroyo. Bendito sea el arroyo. Cuentan que Jesus era niño, y tenia mucha sed, y su madre lloraba, y de aquellas lágrimas se formò un arroyo, y Jesus bebió y templó su sed, y desde entonces nacen flores en sus márgenes, y tiene poder de convertir en bellas todas las mujeres que en sus aguas se contemplan. ¿Y por qué son, sino las flores tan hermosas? ¿Y porque lo eres tú misma? ¡Bendito sea el arroyo! Sino hubiera sido por él, me hubiese muerto de pena. El me consoló en mi desgracia, porque torné á mirarme, y me ví hermosa. Pero no puedo alumbrar los campos porque no he visto á la Virgen.

—Pero la veré, porque así me lo han prometido.

En aquel momento deslizose entre las sombras un hombre envuelto en los pliegues de ancha túnica. Luenga la barba, vivos los ojos aunque hundidos, pálida la color, blanco el cabello, parecia colosal escultura arrancada á las cornisas de una iglesia bizantina. Acercóse con trémulo paso á dó estaba la incauta niña sumida en sus fantásticos sueños, y la contempló estasiado por algunos momentos. sin alentar siquiera como si la encantadora hermosura hubiese fascinado sus sentidos.

Pero hubo de dar algunos pasos, y las yerbas, y menudas arenas le hicieron traicion porque revelaron su presencia. Levantóse la niña, corrió hácia él, y le acarició con filial y cuidadoso amor.

—¿Aun estás ahí, sin acostarte?

—No estaba sola, contestó la jóven señalando à la luna.

—Siempre la misma, siempre entregada á esas visiones que habrán de concluir por volverte loca. Pobre imaginacion, nacida tal vez para surcar mundos mas bellos, y aprisionada en su

ignorancia, y falta de aire para desplegar sus blancas alas. Retirare, Dalanda, ve á dormir.

—¿Por qué me llamas Dalanda? no sabes que ese nombre es rudo al labio é ingrato á los oídos, y sobre ser tan extraño, es ageno á mis deseos? La pena que me causa oírte lo, no sabré yo decirlo, ni hay para qué mentarla, porque tú la comprenderás. Todas las cosas hermosas tienen hermosos nombres. Llámanse rosas y violetas las flores de la tierra, lunas y estrellas las azucenas del cielo, ángeles y serafines los mensajeros de Dios, y María la reina de los ángeles.

—¿Cómo deseas llamarte? porque infiero de tu constancia que habrás de salirte con tus intentos, por mas que se oponga mi voluntad, no tan rígida é inflexible como fuera de desear atendido tu discolo, y poco humilde comportamiento.

—Quiero un nombre que tenga la armonía de la lluvia, cuando sacude las hojas de los árboles, nombre que sea tan dulce como el gorgceo del ruiseñor y tan ligero como el suspiro del aire. Ayer estaba sentada junto á la fuente coronada de lentiscos, que va á perderse entre esmaltados guijarros, al pie del sauce donde habita la Virgen, y el gilguero que siempre me acompaña abría sus alas, posándose en todas las ramas, y se acercaba á mí, y yo le ponía granos de trigo en su dorado pico, y el pajarillo agradecido me daba nombres tan dulce como nunca oí en labio alguno, y por mas que quise remedar sus acentos, no pude conseguirlo; porque mi voz espiraba en la garganta, y las palabras se volvian al pecho, sin que me fuera permitido formar eco alguno tan delicioso como los nombres que sabia darme mi gilguero. Entonces me desesperé, y dije. Desgraciada de mí que no se hablar como cantan las aves. Pero volví los ojos á la Virgen, y me pareció enojada. Ya se vé, no habia de estarlo, si olvide su santísimo nombre.

—¿Cómo deseas llamarte?

—Quiero un nombre á cuyo eco se regocigen las flores, y tiemblen de placer las alas de los ángeles. Quiero llamarme María.

—Pues bien, te llamaré desde hoy así, ya que te empeñas.

—No me empeño yo. Creo que un mandato de la Virgen me obliga á llamarme así, porque al entornar mis ojos, oigo siempre ese nombre que se repite en mis sueños como en mis oraciones; y no puedo sustraerme á ese mandato.

Dime, ¿ y por qué no invocas tú el nombre de María? ob-servo que pasas siempre al lado de la cruz, sin inclinar la cabeza y sin mover tus labios.

—No hija mía, no; respondió el anciano entrecortado y confuso.

—Es la mas hermosa de las mujeres. El cielo no sería azul, sino recogiese el rayo de su divina mirada. Las estrellas son gotas de rocío caídas de las rosas que adornan su trono; la luna sombra de su bella faz, y las cándidas flores aliento de sus labios. Y tú ingrato olvidarás á la que te da luz durante el día, espléndidas luminarias por la noche, á la que orna tus campos y tributa sueño á tus ojos, y á tu vida encantos.

—¿ Cómo es posible, Dalanda?

—Pues bien, acércate; ven y oremos juntos. Ya verás como la adoras.

—Vengo del templo, y he cantado las glorias de Dios.

—Y eso qué importa? Son por ventura mas hermosas las paredes de la iglesia que ese frondoso sauce, y sus altares mas blancos que esos jazmines, y sus bóvedas mas elevadas que ese cielo, y mas brillantes sus lámparas que esa luna? Yo tambien gusto de frecuentar la iglesia para oír misa; pero cuando no puedo ir, recuerdo que Dios está en todas partes.

Y Dalanda voló á los pies del altar.

—Por vida de Abraham, dijo para si el anciano, esa niña sería capaz de hacerme olvidar la ley de mis profetas. Pues no dejaria de tener gracia que Hazan, cantor de la sinagoga toledana, fuese á adorar altares nazarenos.

—Pues qué no vienes? Repite, repite al compas de mis palabras. ¡ Dios te salve, María, llena eres de gracia!

Tenia tal encanto la noche, había tanto fervor en el acento de aquel ángel, y tanta belleza en la oración que modulaban sus perfumados labios, que Hazan sintió á pesar de sus creencias, derramarse en su alma todo el fuego del amor cristiano. Pero aquel amor era una emoción hija de las circunstancias, y como emoción pasó de ligero por el alma del hebreo.

—Acércate mas, dijo Dalanda, levantándose y cogiendo el brazo de su protector para obligarle á rezar.

—Si, te sigo; pero espera, déjame que coja algunas flores, y verás como adornamos tu altar.

—No es necesario, tengo yo aquí una corona de blancas rosas, queria dársela á la luna, pero ya adivino, porque no habrá descendido al menos á la cima de la colina, para que yo hubiese ceñido esa corona á su rubia cabellera. Como la vió tan hermosa, quiso que la guardase para la Virgen. Perdona, luna, perdona; no habia comprendido tu deseo: estás tan lejos que nunca puedo escuchar tus palabras, ni oír los latidos de tu pecho.

—; Cuando yo digo que es loca! murmuró Hazan entre dientes.

—; Ay! se me habia olvidado decirte lo mejor. Nunca me lo perdonaré. Ya se ve, como te burlas de mis palabras, y te parecen siempre mentidas ilusiones, cual tu dices, nunca pongo gran cuidado en contarte mis secretos. En cambio las flores y las fuentes me creen siempre.

—Pues en verdad que no hay miedo que semejantes amigas hagan traición á tus sentimientos, ni revelen tus confianzas.

—Te lo diré, aunque no lo mereces. Baja todas las noches á visitarme un lucero. Uno solo no, muchos luceros. Viene envuelto en negra nube, tal vez para que no le vean sus hermanos, y al llegar aquí me habla, y el cielo se refleja en su pecho bordado de estrellas. Y diciendo esto, y cogiendo la blanca corona, corrió á ornar con ella el precioso altar.

—De qué vale la ciencia amparada con la poesía, ni el en-

tendimiento al lado de la imaginacion? El alma se revela á sí misma en esos arrebatos del corazon, y su poder inmenso abarca lo creado, ciñendo á todas las cosas deslumbradoras diademas. Duerme en paz, reclinado sobre tu lecho de rosas. Tu imaginacion virgen es un canto de amor, que oiria estasiado el mismo Dios. Y nosotros, los que hemos consumido nuestros dias en el dolor, corriendo en pòs de la ciencia, nos hallamos desencantados, y solitarios, sin creencias en la mente, sin fé en el corazon. Débiles espíritus heridos por el rayo de la duda, dormitamos en brazos de nuestras mezquinas ciencias, con el dolor de la ignorancia, y el triste torcedor de torvo remordimiento.

¿Cuál será tu mundo y tu cielo, oh desventurado entendimiento del hombre? De qué te sirven tus sistemas siempre falseados, y tus leyes desobedecidas, y tus ilusiones muertas siempre? La materia se aniquila en tus manos, y el corazon en tus manos se marchita, porque eres la muerte, y no puedes dar la vida de que careces.

Ah! pobre viejo, qué pareces despues de haber consumido tantas horas en pòs del saber? un remordimiento que pesa en la conciencia de la tierra. Sin embargo, ciencia, aun valdràs para derribar al coloso. Y volviendo la vista á Toledo, que se perdía en los pliegues de la noche, exclamó: ¡Ay de tí! rey sabio! Ay de tu pueblo! Tienes en tu mano la copa del saber, tú apurarás su brevage. Dichas estas palabras, se retirò, y fue á sepultarse en la blanca casita, que yacia, como dijimos, en el centro del bosque.

Dalanda acabó de arreglar su altar. Habia recogido con afanoso cuidado algunas luciérnagas que diseminó en las blancas corolas de los pequeños jazmines. Sus ojos se convertian afanosos á mirar una pequeña colina sembrada de arbustos, tras de la cuál dormía Toledo. ¡Cuánto tarda! Si le habran sorprendido las estrellas y celosas no le habrán dejado venir. En la cima de la colina aparecieron entonces dos hombres envueltos en an-

chos mantos, y cuidadosamente tapados. Uno de ellos hizo con imperioso ademán á su compañero una seña como de mando, y el otro contestó. «Está bien, señor, obedeceré á V. A.» Mientras tanto Dalanda llena de gozo exclamaba cayendo de rodillas. Es él, madre mia, es él. Gracias, gracias, y contenía su respiración, y fijaba atónita sus ojos en la fantástica aparición que descendía con magestuoso paso al fondo del valle.



## CAPITULO V.

### Consecuencias de la curiosidad.

**S**EGUIA la luna su curso, iluminando ya con pálidos reflejos las techumbres de la alcazaba Toledana. No lejos de este edificio y entre el espacio que separa la puerta Visagra y la plaza de Zocodover, alzabase una casa de planta morisca; pero cercada de aquellos muros, que servian aun dentro de las ciudades de completo sistema de defensa, contra cualquier ataque sugerido por los sentimientos de odio que creaban abismos entre poderosas y nobilísimas familias, abismos que se encargaban de cegar las generaciones herederas de sus odios y blasones, por medio del fuego y del hierro. En una habitacion perteneciente á la planta baja, traslucíase al través del enverjado una luz; y aplicando el oido oiase rumor de palabras y redoblando la atencion, podia escuchar el curioso una conversacion habida en estos ó semejantes términos.

—Levántame y alumbra, vamos que me impacientas.

—Ten calma como la he tenido yo—larga ha sido tu conversacion con la señora.

—Te importa poco.

—Me importa mucho, porque es tarde y he estado aguardando.

—Cierto, te encuentro roncando, habras esperado dormido.

—O velando.

—Bien, alumbra y sigueme.

Consiguió por fin el diligente arrastrar al no diligente y atravesaron varios pasadizos, con callado pero ligero paso, uno en pós del otro. Por fin detuvieronse ante una puerta fuertemente barreada.—Abrê.

—¿Vas á salir?

—Si.

—Tiene por cierto mi señora Doña Leonor de Haro, gustos estraños: obligar á un hombre que recorra á estas horas las calles de Toledo que son lo mismo que un infierno poblado de duendes, judios y puñales.

—Callarás, hablador.

—Vamos, callo; ahí tienes abierta la puerta, rebújate bien en tu tabardo y empuña con firme diestra tu puñal. Adios y buena suerte Gutier.

Gutier siguió sus consejos y se lanzó en la oscuridad. Por cierto no eran infundados los temores del alcaide ó guardias de la casa del Sr. de Haro. En la época de que hablamos compuesta la imperial ciudad de pobladores de distintas razas, los antiguos muzárabes, los judios y los cristianos y moros mezclados con los descendientes de los diversos pueblos que acudieron á la conquista de Toledo, no habia ningun espíritu comun y todo era banderías, ódios y rivalidades que á la luz de las estrellas satisfacianse con encarnizadas y sangrientas luchas.

No eran sin embargo estos obstáculos bastantes á detener y arredrar al buen Gutier: corazon de hierro y brazo de acero solo temia las apariciones de las ánimas, los diabólicos exorcismos de los judios. Asi atravesó la plaza y con segura planta pe-

netró en el laberinto de calles estrechas, desiguales y continuamente húmedas que conducen á la puerta de la Visagra. Llegó al muro, tanteó en la oscuridad, encontró la seña que sin duda buscaba y con paso firme acercose al vigilante que guardaba la muralla, cambió con él dos palabras, y con su ayuda y con la de una anudada cuerda descólgose y corrió con precipitacion en pós de un castillo que divisábase no lejos.

Detúvose de pronto, porque ruido de armas y pisadas llamó su atencion. En efecto dos hombres cuidadosamente rebozados cortaronle el camino.

—¿Donde bueno? preguntó una voz áspera con altanero acento.

—Donde me place.

—¿Y donde?

—Al infierno.

—Pues tomad el pase, dijo uno de ellos, descubriendo el manto y mostrando su rico atavío, al mismo tiempo que dirigia fiera estocada contra el pecho de Gutier. Pero atento este, libró la intencion y haciendo ademan de arrojarse sobre el acometedor, cuando acudia en su auxilio el acompañante, terció la direccion del cuerpo y con velocisima planta siguió el camino que le dejó libre su atrevimiento.

—¿Espía de Guzman?

—Asi lo creo

—¿Habràme conocido?

—Imposible,—y ambos caballeros continuaron su camino con direccion á la puerta Visagra.

En tanto nuestro Gutier con tinuaba su carrera, murmurando,—como vuelva yo á encontrarte solo, te pagaré el pase. Pronto llegó nuestro aventurero á dar frente con un palacio de antiquisima forma, cuya construccion acusaba la primitiva arquitectura árabe.

—Héme aqui en el palacio de los Guzmanes,—ahora acecharé pues segun los informes de mi señora, un hombre á estas horas

pasa este camino, entra en este palacio, y yo he de saber esta noche quien es ese hombre.

En tanto que el espía de Doña Leonor de Haro, acechaba la casa de los Guzmanés, en almenada torre árabe que defendía la parte del jardín, dolorosamente recostada en el hombro de su fiel Nuño contaba Doña Mayor los momentos de impaciencia por sus ayes de dolor. Levantó su vista á los cielos contemplando las estrellas, creyendo engañar el angustioso afán que canceraba su seno. Cada momento pasado era una gota de hiel que caía con peso abrasador en su corazón. Cuantos recursos suministrábale la imaginación para distraer su impaciencia acogíalos con ansia su espíritu devorado por inquietudes, que las hogenendraban y veían crecer con espantosa rapidez. Todo fue en vano, y copioso llanto se derramó por su bellísima faz.

—Veslo Nuño, la noche trascurre, exclamó.

—Señora, algún incidente...

—¡Ay! hace días, que me aquejan incertidumbres siniestras y veo bajar nubes que apagan el purísimo esplendor de mi felicidad.

—Señora, vuestro hermano os ha referido sucesos ocurridos, y quizá son la causa.

—¡Cuán triste es verme precisada á acoger con loca alegría tus palabras!

—No es otra la causa, creedlo.

—Oyes pasos, escucha, dijo Doña Mayor reteniendo la respiración.

—Y aun creo distinguir un hombre que avanza.

—¡Dios quiera no te engañes!...

No se engañaba Nuño, pero no era el esperado: era nuestro Gutier que se acomodaba del modo que mejor le era posible para llevar á cabo la empresa que le encomendára su dueña y señora. No se ocultó á Nuño la diestra maniobra de Gutier y comunicó á su señora sus sospechas, la cual recobrando ante aquel incidente toda su serenidad y todo su valor, mandóle fuese á cerciorarse

del objeto que podría llevar à semejante sitio y tales horas—un hombre desconocido.

Aunque encorvado por los años no había perdido Nuño ni la sangre fría propia de aquellos que avezados al peligro, arrojando con serena frente, ni la fuerza muscular que le alcanzó siempre el respeto de sus iguales. Así adelantóse siguiendo el murallon y junto al sitio donde Gutier agazapado esperaba la ocasión de mostrar sus conocimientos en el arte de cumplir comisiones. Arrojóse sobre él y sujetóle con facilidad gracias á lo improvisó y brusco del ataque.

—¿Necio de mí! exclamó Gutier.

—¿Quien eres, y que quieres? le preguntó Nuño.

—Soy un necio como he dicho y nada quiero.

—Habla ó mueres; contestóle Nuño punzando el pecho de Gutier con la punta de su puñal.

—¿No admiten réplica tus maneras de preguntar?

—Ninguna.

—Bien, hablaré.

—¿Quien eres?

—Un ballesteró.

—¿De quien?

—De D. Diego de Haro, y me manda su hija doña Leonor con el intento de espiar á un hombre que viene todas las noches. Dijo con precipitación Gutier acosado por la daga de Nuño.

—¿Como lo sabes?

—Ola dijo por lo bajo Gutier, es verdadera la sospecha de mi ama: no hemos perdido completamente la partida.

—Habla, exclamó Nuño con tono imperioso.

—Esas son cuentas de mi ama, y de un pergamino que tengo.

—Donde, preguntó Nuño, al mismo tiempo que registraba el seno de Gutier, dando con una gruesa bolsa de cuero bien repleta.

—Téngolo en casa... volvedme la bolsa.

—No, escucha, te volveré la bolsa doblada, si pones en mi poder ese pergamino.

—Pacto, dijo Gutier cuyos codiciosos ojos brillaron. Dejadme, venid conmigo á Toledo, os doy el pergamino, y me dais el oro.

—Vamos, dijo Nuño, que leyó en los ojos de su interlocutor su avaricia; y arrancando el puñal del cinto de Gutier, lo arrojó por lo alto del muro y empuñando su daga dejó libre al ballestero.

—Seguidme, dijo este sacudiendo sus entumecidos miembros; pero id por el oro.

—No tal, viene conmigo, dijo Nuño haciendo sonar en su bolsillo varias monedas.

—En marcha.

Y los dos antiguos contendientes, unidos, siguieron la senda que conducía á Toledo, si bien es de advertir que Nuño seguía empuñando su daga con notable disgusto de Gutier, que al ver su rostro arrugado por el rigor de los años, no podía creer fuera el mismo que tan vigorosamente le oprimía pocos momentos antes, y dabanle tentaciones de hacer nuevos ensayos de sus fuerzas.

Llegaron al pié del muro.

—Y ahora? preguntó Nuño.

—Todo se compone, menos la muerte, contestó Gutier, y asiendo de un cuerno de caza remedó el graznido de una ave nocturna.

Una escala arrojada desde lo alto se balanceó mostrando ascenso peligroso.

—Subo, dijo Gutier lanzándose á la escala.

—Esperad, primero yo; dijo el prudente Nuño, y despues vos. Que palabra debo decir al que nos á socorrido con esta escala?

—Avisado sois, decid «Haro.»

Y con estrema ligereza recogiendo con su mano izquierda

el último nudo de la escala lanzóse Nuño al cuarto escalon aferrándose con la mano derecha, no dejando así á merced de Gutier el cabo de la cuerda.

—¡Astuto es el viejo! dijo Gutier maravillado de la maniobra; pero no soy yo tonto gracias á Dios. Le daré el pergamino y por cierto no sabrá mas de lo que sabe, con lo cual yo gano y no hago perjuicio á Doña Leonor.

Llegó Nuño á poner el pié en el muro, y pronunció la palabra que servia de seña, cuando se aproximó el vigilante y dejó caer la escala por donde no menos ligero ascendió Gutier.

Internáronse por las solitarias calles hasta llegar al palacio que ya conocemos, y con el intento de que Nuño no viera la entrada secreta, dijole el ballestero:

—Esperad aquí en esta esquina, yo voy por la entrada principal y pronto vuelvo para que cumplamos el pacto;—y dió á correr por la calle que formaba ángulo recto con aquella en la cual dejó al viejo. Llegaba ya á la puerta, cuando por la calle que daba frente y conducia al alcazar desembocaron dos encubiertos en los cuales sin gran ni detenida observacion reconoció Gutier á sus enemigos del arrabal. Al reconocerlos y viéndose sin armas refugióse en el dintel de la puerta secreta. Penetraron los encubiertos su intencion y dirigieron á él, espada en mano.

—¡Ola, es el mismo que encontramos en el arrabal! Sin duda nos sigue y habrá descubierto nuestro paso y entrada en el alcázar. Y enardecidos con esta reflexion lanzáronse sobre el indefenso Gutier, que al verse tan de cerca acometido, llamó en su auxilio la desesperacion, que en tan supremos instantes es fiel amiga; y al mismo tiempo, que desviaba con el brazo la punta de la espada del que de mas cerca le acosaba, asió de ella con esfuerzo sobrehumano, la arrancó de sus manos, y ardiendo en ira asestó fiera estocada á su contrario; por fortuna de este, resbaló el acero en la cota de malla aun cuando al resbalar hirióle en un costado arrancándole un ay! de dolor.

— Os ha herido ese villano?

— Si, y creo que malamente, contestó el herido dejando caer el embozo de su manto, y al reconocerlo, exclamó Gutier.

— Cielos! el infante D. Enrique.

— Callad miserable!

En esto al ruido de las voces, al tumulto de las espadas y gritos del herido acudia la gente de la casa de Haro y algun vecino por demás curioso iluminó su ventana, pero viendo versaba la cuestion sobre estocadas volvió á su lecho tranquilo y sosegado. Ayudaron á D. Enrique, y el Sr. de Haro ofreció al herido la casa, conociendo por su traje ser hijo-dalgo y persona de suposicion. Entráronse seguidos de Gutier que mustio y caviloso por su hazaña y temiendo sin duda las consecuencias de su atrevida defensa, recogió su pequeño haber, y en tanto duraba la confusion y revuelta del palacio, tomó la puerta y bonitamente encaminóse hacia la judería, situada en la parte mas occidental de Toledo, la cual rodeada por el curso del Tajo cuya corriente por aquellos sitios se quiebra entre sin número de peñas y barrancos, ofrecia seguro asilo contra el genio asaz ejecutivo de su señor. No encontrábase además en el caso de dar cuenta de su conducta, por no quebrantar el secreto que le conducia por Toledo á tales horas segun órdenes de Doña Leonor, cuya cólera como hija de tal padre no sería menos pronta y terrible. Dejémosle abandonado á su suerte que si es de ley aun vendrá á pedir algunas líneas en nuestra crónica.

## II.

Reconocióse la herida y fué considerada por los físicos como cosa de poco momento; y en efecto, pasados los primeros instantes de sorpresa, cobró D. Enrique la calma: se habló sobre el fautor de tamaño desafuero, calificólo de espía el infante, y ante tal calificacion calló Doña Leonor, y callaron cuantos conocieron á Gutier. Dió gracias D. Enrique por el agasajo que habia recibido, elogió la hermosura de la castellana y se hizo lenguas despidiéndose del castellano.

—Tan breves momentos honrais mi casa señor.

El tono y marcada intencion con que acompañó D. Diego sus palabras, dieron á conocer al infante, que era conocido; cambiaron rápida mirada el infante y su acompañante, que inclinó la cabeza. El infante contestó á D. Diego.

—Por cierto que si algo de halagüeno tiene la mala ventura hoy sucedida, es D. Diego el recibimiento de que vos y de los vuestros, he merecido; pero la ofrenda que me haceis, trócala en buena.

—Aceptadla, y ya que la noche và de velada, podremos engañarla con sabrosas pláticas.

Plúgole en extremo á D. Enrique el tono de las últimas palabras de su huésped, y aceptó la oferta. Despues de mandar despejar á sus gentes, y á su hija que haciendo donoso saludo al forastero se retiró, D. Diego hizo los honores de su casa, y condujo á sus huéspedes á ataviada estancia cuyas paredes forradas de pieles y dorados con maestria por artistas árabes retrataban los escudos y blasones de los Haros.

—Señor, tomad asiento, si consentis hasta tal punto honrarme.

—Sientome, pero quiero tambien que os senteis y hablemos.

Acompañaba al infante un caballero de Pamplega llamado Pero Martinez. Al servicio del infante D. Manuel en otros dias, pero con su carácter que se alzaba siempre por cima de lo ordinario, anhelando de continuo hechos donde desarrollar su perspicaz ingenio y torcido intento, desaveniase el por demas génio apático del buen infante; asi que pasó al servicio de D. Enrique el cual hizo de él la mas alta estima y pronto llegó á ser la vida de su existir y la fuerza de su ánimo. Conoció cual era la situacion de D. Diego adivinando sus deseos, asi que seguro de asentar la planta en terreno conocido, exclamó:

—Y bien, cual se os aparece la escena del dia de hoy en el alcazar?

Sonrióse D. Diego contestando, —soy yo por demas rudo en

las nuevas leyes de Castilla, y no se me alcanza cosa mayor sobre este suceso.

—En efecto, continuó el astuto Pero Martinez, ya es cosa precisa abandonar á los voceros y maestros en artes el cuidado de juzgar: los nobles de Castilla solo deben prosternarse ante el trono.

—Por Cristo, exclamó D. Diego herido por la frase del de Pamplega, vengan merinos y adelantados, á pregonar sus leyes en tierras de mis solariegos, que lanzas y hierro, crían aun los montes de Vizcaya.

—Si vuestros brios, generoso D. Diego, fueran los de toda la nobleza, no seria preciso que borrasen los nobles de los frontispicios de sus castillos el nombre de sus derechos, contestó D. Enrique.

—Cierto, señor, y duélenos que un infante; dijo D. Diego inclinando ligeramente la cabeza delante de D. Enrique, sea despreciado cuando aboga por los fueros de su casa.

—El astuto vizcaino consiguió su objeto, si este era lograr, que á su vez dejara escapar alguna frase, capaz de crear compromisos entre ambos uniendo las voluntades, con el lazo de la complicidad.

—Oh! si estuviera en mi mano! exclamó.

—/Señor! dijo con viveza Pero Martinez.

Detúvose D. Enrique, pero su acento amenazador, la violencia con que espresó su pensar, y el color de la ira que asomóse á su semblante, dieron á conocer sobradamente su intención, así que dióse por satisfecho D. Diego. Despues de la frase del infante todo quedó en silencio. Conocian los interlocutores haber mostrado con sobrada claridad sus intentos; tachándose para si de poco cautos, porque si bien lograron conocer el pensar ageno fué á trueque del suyo.

—Ello es que Aragon no mira con buenos ojos á Castilla, dijo despues de largo rato Pero Pamplega, que señaló aquella frase intempestiva como punto para volver á dar vida á la con-

versacion y mostrar un hecho que para ulteriores combinaciones no debia ponerse en olvido.

—Y añade el vulgo, que Doña Violante ama mas á D. Alfonso, que D. Alfonso á Doña Violante.

—Y si el desamor creciera, dijo D. Diego como pensativo.

—Puede crecer.

—Cómo?

—Creando otro amor, dijo con tono distraido y sin intencion Pero Martinez.

Esta palabra iluminó la frente de D. Diego, con viva luz, y tambien esclarecieronse las entendederas de D. Enrique, pero la luz no fue la misma. Como fué esta vez lo veremos en el curso de esta crónica.

—Teneis un hombre fiel, que pueda encargarse de una mision que conviene?

—No uno sino cien. Llamó D. Diego y apareció un hombre vestido con traje villano. Escribió el infante y dióle un nombre, y partió el mensajero con direccion al alcázar.

—Solo se requiere una hembra hermosa, jóven y dotada de bastante ingenio para desarrollar un plan.

—Se encontrará, exclamaron á un tiempo, D. Diego y D. Enrique.

Miróles sorprendido Pero Martinez y sin duda leyó su pensamiento en la frente de D. Diego y en los ojos de D. Enrique, porque como una sonrisa quiso pasar por sus labios.

—Pues vigilad.

—Una vez en guerra con D. Jaime, que seria el resultado inmediato un levantamiento de la nobleza, pondria en grande conflicto al trono.

—Si una lanza de prestigio diera el grito.

—Lo dará.

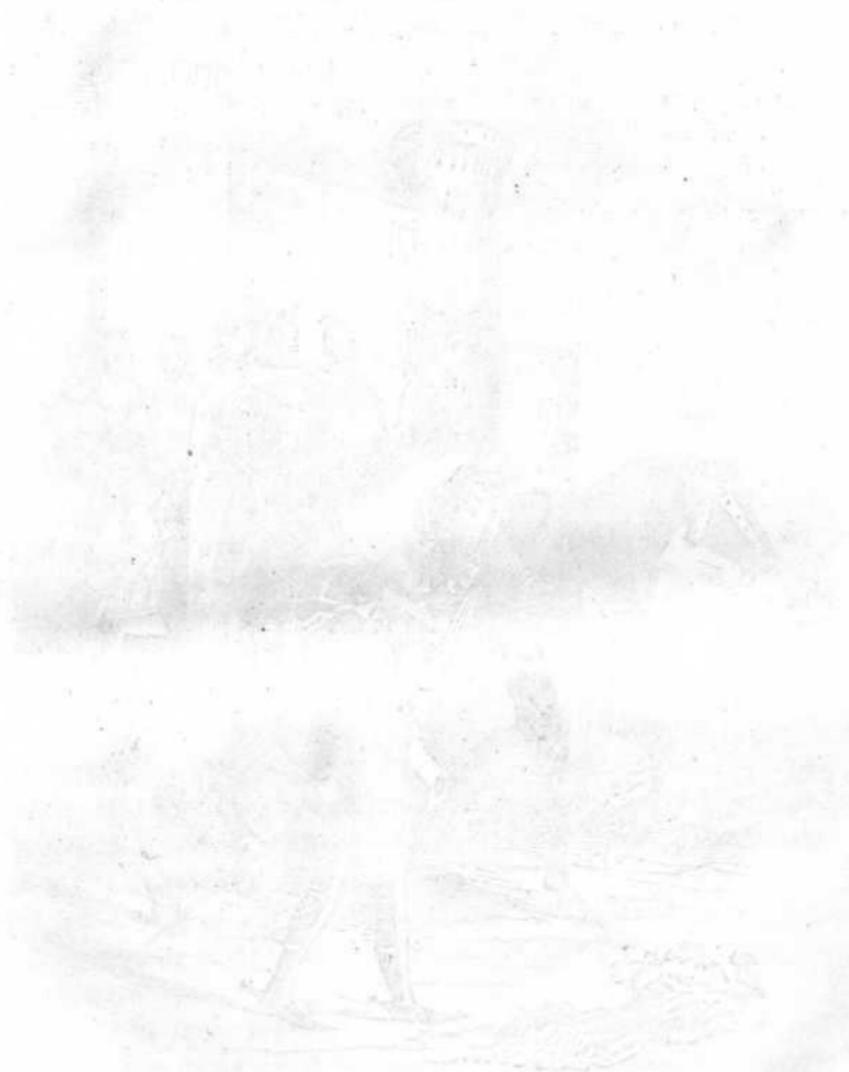
A esta palabra levantóse D. Diego, é inclinóse profundamente ante el infante. Imitaronle todos, despidieronse y si alegre y satisfecho quedó D. Diego, no menos gozoso D. Enrique pisaba las

calles de Toledo. Llegó á una casa de misera apariencia y despojándose de sus armas llamó á una dueña y le dijo:

—Concluid el cuento de la historia pendiente.

Y cuando la dueña empezaba su relato, daba cuenta Nuño del resultado de su expedición, la cual abandonó cansado de esperar al balletero, sembrando con su narracion no pocas inquietudes en el pecho de Doña Mayor, y hacia nacer en el pensamiento de Nuño el propósito de no abandonar á Gutier, comprendiendo que podia aquel hombre prestarle mucha luz en lo sucesivo.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



DON ALFONSO EL SABIO.—LÁMINA 3.

## CAPITULO VI.

### La Reina de Castilla.

—¿Qué nuevas habemos de Aragon? preguntaba la Reina Doña Violante á su ayo D. Jofre de Loaisa.

—Reinando allí vuestro poderoso padre, es sabida la respuesta. Aragon, señora aumenta de dia en dia sus blasones.

—¡Cuánto celebro tamaños triunfos! Mi corazon se interesa en ellos con filial afecto; y desde que abandoné nuestra noble Zaragoza, sigo con la imaginacion los pasos de mi padre.

—Pero, señora, V. A. está siempre entristecida; echa de menos por ventura su patria?

—No lloraria tanto el verme ausente de mis antiguos estados, si viviese en corte mas idónea para mi corazon. Pero aquí se respira aire letal.

—No lo creo, señora, por todas partes os veis rodeada de infanzones y damas, que obedecen vuestras órdenes con lealtad y respeto.

—Me hacen protestas de su lealtad; pero yo nunca me atrevo á hacer uso de esas promesas.

—El Rey vuestro esposo es uno de los reyes mas poderosos de la cristiandad, y el mas venerado por su fabulosa sabiduria.

—Ese poder me agovia y esa sabiduria me deslumbra.

—Levante V. A. el ánimo abatido; avive la imaginacion, y contemple el trono en que descansan vuestras plantas.

—Está rodeado de abismos. Si me acerco á los nobles, me parece que murmuran palabras siniestras; si á mis ricas-hembras temo perder la tranquilidad del alma; porque siempre llevan en lenguas cuentos del Rey mi esposo; y si me acojo al que Dios hizo mi protector natural, hállolo entregado á sus mágias y sortilegios.

—No os dejéis abatir asi por el peso de vuestra propia grandeza. Los reyes han nacido para alzar la frente erguida sobre todas las gentes.

—Es verdad; pero yo anhele cariño, y esto me falta en palacio; quiero crearme amigos y solo tú compañero y guarda de mi juventud, correspondes á las necesidades de mi alma. Qué entiendo yo de palaciegas intrigas, ni que se me alcanza de ocultas ciencias ni de intrincadas leyes. Paso momentos terribles en la estancia de mi esposo. Sus adornos son pergaminos arrollados. Y todos hablan allí desconocidas lenguas, y todos emplean diabólicos conjuros. Así es que mi débil cabeza sufre espantosos vahidos; y mi triste corazon horribles sufrimientos.

—Siempre dije que os habia de hacer traicion la demasiada bondad de vuestra alma. Presentad serena frente á los nobles, porque sois su reina, y á las ricas-hembras, porque sois su señora; y á D. Alfonso, porque sois su esposa. El Rey es de ánimo noble y esforzado génio; su gran corazon se deja siempre arrastrar de grandes sentimientos.

—Pero me esfuerzo por comprender esa alma que tan celebrada es de todas las gentes, y nunca encuentro una idea fija que presida á sus acciones.

Sonrióse el buen ayo con sonrisa de compasion, mientras a reina se reia con sonrisa de amargura.

—No blasono de conocer el corazón humano, aunque algo se me entiende dirigir el vuelo de la infancia; mas creo que D. Alfonso embebido en sus vastos proyectos políticos, entregado á las combinaciones de la ciencia; no puede dedicar á la vida del sentimiento muchos instantes, bien al revés de como suelen esa multitud de nobles infanzones que andan siempre á caza de aventuras, haciendo por do quier tristesimos desaguisados.

—Recibo mucho gusto con tales palabras, pero los sentimientos del corazón no pueden estar ocultos en el pecho, ni alejados de los labios, su vida asoma á los ojos, y se difunde en todas nuestras acciones, cuando existen, manifiestan al menos su existencia, valiéndose del mudo lenguaje que solo pueden conocer é interpretar las pasiones; pero mi esposo es para mí ceremonioso monarca antes que fiel y entusiasmado amigo.

—Tengo á grande ventura haber provocado señora, esta esplicacion, que se iba dilatando muchísimo, segun la cuenta de mi deseo; y lo celebro tanto mas cuanto que era para mí enojosa vuestra tristeza y doloroso vuestro silencio; mas ya que el cielo ha permitido lo que tan de veras pedia mi corazón, prometo por la sangre de mis mayores y por la religion de mi patria, no parar un momento hasta haber adivinado, si son legitimos vuestros temores y posible algun remedio.

—Cuanto te agradeceré, Loaisa, ese nuevo favor. Desde mis mas tiernos años cobijaste mi inocencia y atendiste á mi felicidad; tu has sido apoyo de mi débil corazón, consuelo de mis dolores, y fiel depositario de mis angustias; sin tu leal amistad hubiera muerto de pena en esta córte, donde me hallo entregada á espantosa soledad, y llevaria ahora la triste pesadumbre de mis secretos.....

—Pero, por Dios que nunca llegue á colegir el Rey que espiamos sus pasos, y queremos sorprender los deseos de su corazón. Temo mucho los arrebatos de su ardiente alma, y los decretos de su inflexible voluntad. Y ademas nunca seria culpable mi buen deseo; porque dejando aparte mis derechos de esposa y reina,

con cuya egida podria existir satisfaccion á mis desvelos; me atrevo á dar este paso temerosa, de que lleguen á distraer completamente al monarca de sus deberes los nobles que le rodean, y mueveme tu consejo, y sábias advertencias. Si algun dia conozco que el Rey me desama, que nuestras voluntades no pueden nunca hermanarse, iré á enterrar mi dolor en los muros de apartado castillo, donde no alcancen los falsos ecos del mundo.

—No desesperéis, confiad primero en Dios, despues en mi buena voluntad.

—No es verdad que esta vida no puede sobrellevarse? La corona quemamí sien, y el manto real agovia mis hombros. Quiero libertad y vida; aprisionada en el alcázar de Toledo, seguida por do quier de corazones indiferentes, no comprendo mi destino, ni acierto á descifrar mi posicion. ¡Cuánto mas felices son esas villanas, que disponen á su agrado de sus cabañas, y dominan sin rival en el corazon de sus maridos, y se ven bendecidas, y acariciadas por sus amigos; sin que ajenos cuidados nublen su frente, ni el dia de mañana entre para nada en su tranquilo sueño!

—Dormid tranquila en vuestro tálamo real, mientras yo velo por vuestra tranquilidad. Sois hija de D. Jaime el conquistador, esposa de D. Alfonso el sabio, infanta de Aragon, y reina de Castilla, y con tantas prerrogativas debéis hacer temblar á los que intenten poner los ojos en vuestro rostro, y sus manos en vuestro poder.

—Pero yo desearia lo que no puede darme tu buen deseo, ni alcanzar mi debilitado corazon, muerto para toda lucha, y ajeno á toda intriga, desearia tener algun ascendente sobre el alma de ese Rey, cuyas misteriosas palabras hielan la sangre en mis venas. Ayer mismo quise hacer un esfuerzo sobrenatural, y vencer mi tímido caracter. Estaba el Rey sentado en su sillón, apoyada la cabeza en su mano, y fijos los ojos en gastado pergamino. Fui á él, turbé su atencion, quise decirle algo que fuera digno de herir sus oidos, y solo acerte á balbucear estas palabras: Señor, por

qué no dais treguas á ese deseo de saber, por qué consumis tanto tiempo en vuestros estudios?—Alzó la vista de su pergamino, miróme con su mirada de esquivez; y exclamó solemnemente:—El tiempo, señora, debe sacrificarse en aras de la eternidad. —No le comprendí; pero aquellas dos ideas unidas de tiempo y eternidad desvanecieron mi cabeza que luchó un momento por comprender el sentido de semejante sentencia; y dando un paso atrás tuve que apoyarme en una mesa, porque flaquearon mis rodillas. Pero entonces se fijaron mis ojos en otros varios rollos arrojados en desórden, y divisé estraños signos, que turbaron mi vista, y fuera de mí como poseida de diabólico poder, abandoné la estancia sin dirigir ni la mas mínima palabra al Rey mi dueño y señor.

—Tranquilizaos, señora, cosas de tan poco momento no deben llamar asi vuestra atencion. Esa pasion por la ciencia debe seros grata; porque el Rey hallará en ella ocupacion nada opuesta á los vuestros intereses, y en esos instantes no podeis dudar de su fidelidad.

Pero, ay! si supieras la lucha que se desencadena en mi alma. Y si en esa córte se hallára alguna mujer cuyo corazon fuese capaz de volar hasta la inteligencia del Rey; y si esa mujer pronunciase en sus oidos palabras que yo no puedo modular, y vertiese en su pecho ideas que yo no puedo fingir y despues de comprender y amar al D. Alfonso fuese hermosa, y su corazon palpitase al compás de su pensamiento, y su fantasia matizada de mil colores llevase al esposo al hombre, cuya es mi vida á esos mundos en pos de los cuales se lanza siempre su desmedida ambicion; no seria esa mujer el ídolo del monarca, y el cielo único donde se abismaria su existencia?

—Es imposible hallar en Castilla semejante beldad, que solo pueden fingir vuestros celos.

—Ay es imposible! No lo creo yo así. De todos modos nunca la mujer pudo ser destinada por Dios para comprender y abrazar el pensamiento del hombre. Su destino es ser víctima del deber, y

esclava del honor; y al menos D. Alfonso debía apreciar en mí á una mártir, sí, porque padezco mucho. Porque es muy triste amar sin esperanza al mismo ser que nos debe amar. Ay! mi vida es una lucha que concluirá por la muerte. Yo no he sentido otro afecto mas vivo en mi pecho. Cuando veo al Rey, me parece que tiene encerrado en su frente un pensamiento, á cuya altura no puede llegar hombre alguno. Su frente aparece para mí siempre entre nubes; su palabra cae sobre mi corazón, y lo estremece como el estertor del trueno en callada noche, y sin embargo, yo peno por su amor. ¡Le amo como se ama una cosa desconocida, con pavor, y mi mente, está fija en su recuerdo como si fuera impenetrable misterio!

—Le amais, como diz que aman los ángeles á Dios, pues anhelan ver su rostro y cuando aparece el Eterno en su presencia se cubren con las alas temerosos de ser atraídos por la divina mirada.

—¡Ay! por qué abandoné nuestro reino de Aragon para sentarme en un trono?

—Reprimid tantos dolores, y creer que no se hará nunca ofensa alguna al honor aragonés, sin que perezca el hombre que se atreva á empañar tan magníficos blasones. Yo estoy aquí para velar por vuestra felicidad, y velaré, señora.

—Vuelvo á mi súplica, querido Loaisa. No quiero intrigas, ni luchas, ni que llegue D. Alfonso á vislumbrar en mí el menor asomo de desconfianza. Esa es mi única súplica, sucumbiría de dolor, si llegase mi esposo á comprender mis sentimientos.—Y la reina, como si aquella conversacion hubiese agotado sus fuerzas cayó en profundo letargo. Doña Violante habia nacido para esposa; pero no habia nacido para reina. Amaba á D. Alfonso; pero no amaba al Rey. Mujer de alma vulgar, pero de tiernos sentimientos, lloraba su suerte, sin comprender el gran papel que pudiera llegar en la corte. Así es que solo sabia quejarse y llorar, y en la desgracia tenia tan solo la triste felicidad de la resignacion.

Después de brevísimos instantes, levantóse la reina de su sitial; atravesó con paso lento el salón y se encaminó á su oratorio después de haber saludado á su ayo. D. Jofre abandonó á su vez la estancia real, y se dirigió á su habitación donde le aguardaba impaciente Jacometa su mujer que aunque algo entrada en años, había cada vez entrado mas en achaques de curiosa.

Entrar el buen hidalgo y empezar á murmurar su mujer fué todo uno; pero D. Jofre que como buen aragonés, no paraba mientes en voluntades ajenas, ó no vió, ó no quiso ver el enojo de su esposa. Mas habiase esta empeñado en hacerse la interesante, y martirizó su pulmon para sacar de él profundos y bien templados suspiros. Pero deshaciase la buena de Jacometa para atraer sobre si miradas de Loaisa; y sin duda alguna lo hiciera y saliera con ello, si mayores cuidados no estorbaran en tales términos la imaginación del hidalgo aragonés. Llevada de su estraña mania, no dejó silla que no moviera, ni prenda que no meneara para conseguir por ruido lo que no había logrado alcanzar con sus lastimeros ayes. La porfía logró éxito; porque no en valde dijeron los antiguos doctores aquello de *gula cavat lapidem*; y Jacometa se llevó una buena reprimenda de su marido, con lo cual logró mostrarle sus lágrimas traídas á remolque hasta los párpados por el poder de sus manos.

—Lloras?

—Y quien no lloraria al verte tan distraido y pesadoso.

—Pero no te he dicho mil veces que no tienes parte alguna en mis pesares?

—Ved ahí lo que mas desespera.

—Pues bien, eres causa y origen de mis dolores, ya que así te place.

—Y quereis que yo oiga todo esto sin poner el grito en el cielo. Yo causa de vuestros dolores; cuando no hay cuidado que yo

no pase por evitaros todo trabajo; ¿A donde ibais ayer por el puente de Alcántara?

—A negocios que me traen vuelto el juicio.

—Así lo creo como si me lo dijese un judío.

—No tengo gran interés en que prestes ó no crédito á mis palabras,

—Y luego no querreis que lllore.

—Y luego no quieres que me desespere.

—Pues contádmelo todo; sin quitar la mas mi nima circunstancia, porque así tranquilizará mi corazón.

—Me harás hablar á despecho de mi voluntad.

—Si, ya sabeis que nunca revelé ninguno de vuestros secretos; cualidad que siempre en mi habeis encomiado.

—Y es verdad, Jacometa, nunca pecaste de imprudente.

—Creeis que no sé todo cuanto pasa? Pues nada se me oculta. Y han llegado á mis oidos, cosas que mejor son para calladas, porque con solo mentarlas se estremece el pecho.

—Tienes razon. No parece si no que anda suelto el diablo por Castilla; segun estan de perdidas todas las cabezas.

—Anoche vi brillar una antorcha en el bosque; presagio en verdad á mi entender no muy alagüeno, porque siempre aparecen fantasmas antes de las grandes desgracias.

—Os estaba aguardando y no veniais; cuanto padeci por vuestra tardanza, no sabré yo decirlo.

—Tuve un aviso, y me encaminé al punto de la cita; no sin maldecir antes el momento en que plugo á la suerte traerme á estas tierras de Castilla.

—Y quien os citaba?

—El infante D. Enrique; contestó D. Jofre bajando la voz como si temiese ser oido de las mismas paredes.

—Poderoso señor, y que os queria?

—Aun no me habia alongado largo trecho de la puente, cuando á orillas del Tajo; en un lugar cubierto de árboles yalfombrado de

yerba, vi varios infanzones entregados á acaloradas pláticas, según se colegia de sus ademanes y rostros; tomé el camino hácia aquel punto porque así me habia industriado el mensajero del infante; y al momento se apartó del corro D. Enrique, y vino á mí con apacible semblante y sonrisa en lábio; y al verle acercarse tan de buen talante no pude menos de decir para mis mientes; de mí ha menester el gran señor; porque si así no fuese, ni me enviara llamar, ni me esperara de aquesta guisa, preciémonos en aquello que valemos; y habiéndonos hecho sendos saludos, paréme, erguiendo la frente como quien espera súplicas, y dicta órdenes. El infante no se hizo esperar por mucho tiempo, y conociendo que yo como noble y aragonés no faltare nunca á las confianzas depositadas en mi pecho, díjome ahuecando la voz para dar mas importancia á sus palabras. «Se trata de la Reina» siempre que oigo este nombre, me conmuevo porque nunca padre alguno amó á sus hijos con la ternura que yo amo á Doña Violante...

—Bajé la cabeza y creí al pronto que habia cambiado mi antes tan halagüeña posicion.

—Ya sabeis, señor que me interesa todo cuanto atañe á mi reina. Por aquella respuesta debió de entender D. Enrique que yo no me hallaba dispuesto á entrar en ninguna conjuracion.

—¿Conspira D. Enrique?

—Es achaque de todo príncipe levantarse para tocar el trono con las manos. Estan tan cerca del que les atrae á morir abrasados en su esplendor. Pero yo no he venido con ánimo de atizar discordias en Castilla; ni es ese el pensamiento del Rey D. Jaime nuestro señor. Mientras Aragon sea respetado; mientras se guarden á su princesa las altas prerrogativas que le corresponden, por haber venido á honrar el trono de esta tierra; mientras se conserve cordial armonía entre los dos reyes, Aragon no moverá su lábio en las contiendas de estos reinos, ni prestará sus lanzas para arrojarse á la lucha. Pero, ay de Castilla! el dia en que se confirmen

rumores á los cuales no puedo dar crédito, hasta que todo lo vea con mis ojos y lo toque con mis manos.

—Pero no os dijo nada mas el infante?

—Si por cierto; dijome que tenia pruebas y firmes para creer que el Rey no guarda la debida fidelidad á su esposa. Aragón está interesado en este asunto. No hemos enviado aqui una infanta para que sea mártir, sino para que sea reina. Y si tal desaguisado saliese verdadero, nuestro Rey salvando las fronteras, vendria á ganar con su espada la tranquilidad de su hija. Mas por otra parte, no pude menos de convenir conmigo mismo, que todo ambicioso es conspirador; y todo conspirador necesita de amaños para alcanzar sus fines. Y en toda córte la confianza es venenosa, y saludable la duda. Pero lo que ayer puse en tela de juicio, tiene hoy para mí tristes probabilidades. He visto llorar á la reina y sus lágrimas han caido gota á gota sobre mi corazon y yo, curtido en la guerra, avezado á las desgracias, he llorado tambien.

—¿Y vos qué dijisteis al infante?

—Le pedí pruebas.

—Y habéislas recibido?

—Solo he recibido una palabra que aumenta mis dudas; pero yo las desvaneceré, porque tengo fuerza en el brazo, y fé en el corazon.

—¿Y qué os dicen esas palabras?

Lo siguiente:—Las pruebas se aumentan; Dios se declarará por la inocencia.—Esperad, y tened fé en el tiempo.

—¿Y vos qué habeis contestado?

—Nada; pero yo contestaré. Si es mentira, castigaré sin ser traidor, al impostor; si es verdad, me vengaré del culpable.

—¿Y teneis medios para conocer esa trama?

—Nunca faltan en la córte. De sus discordias sale siempre la verdad, y cada palaciego es un espia. Yo soy Aragón y Aragón es un reino.

—Que Dios os asista, contestó Jacometa.—Dios y nuestro brazo añadió D. Jofre, sellando sus labios y cayendo en profunda meditacion.

## CAPITULO VII.

## Aventuras.

- No hay en el ejército, alguna persona que recorra circuitos y conversaciones, hechas en los países de la India y Galanas.
- No era D. Gaston persona de suyo tan descuidada, que fuera preciso que agentes estraños á su poderosa voluntad, vinieran á agujionar su deseo de encontrarse acaudillando huestes castellanas, frente á frente de la caballería Normanda, y sin embargo, por segunda vez incógnito protecto impulsaba tal empresa, y de modo tal, que su actividad era ninguna en comparacion de la desplegada por el misterioso y oculto consejero.
- Con que tampoco esta vez podremos conocer al amigo, que tanto por nosotros se desvela?
- Nadie de vuestra servidumbre da cuenta ni noticia de semejante hombre.
- Vamos, Herman, escucha; tiempo há que estás á mi servicio, y no creo que como señor, tengas queja de tu baron.
- Oh! escesiva es vuestra bondad usando con un siervo como yo, lenguaje tan halagüeño.
- No Herman, no quiero juicios que no merezco, te acaricio con

el intento de que me digas si sabes algo acerca del que con tan asiduo cuidado, vela sobre mi empresa

—Señor, nada sé y creedme que hablo con toda verdad.

—Pero tú gozas de sagaz ingenio, ayúdame á sospechar y sospechando, acudirán luces á mi alma.

—Nadie mejor que vos, puesto teneis los avisos y por su con-  
testo.....

—Tienes razon no te he enseñado los avisos. El dia anterior al en que fuimos á la audiencia del Rey, un pergamino avisóme, y fué mano de cielo el aviso. Hoy me dicen:—«no descanséis, partid, llegan emisarios de D. Enrique de Inglaterra á la córte de Castilla.»—Y segun mis noticias particulares, son por demás verdaderos los anuncios que este aviso me comunica.

—Señor, si me permitis.....

—Sí, todo te permito.

—¿No hay en el alcázar, alguna persona que recuerde entrevistas y conversaciones, habidas en los baños de la infanta Galiana?

—¿Doña Leonor?

—Sin duda, quizá su amor atento á vuestra gloria, y enterada como está por las relaciones de su padre de cuanto puede traslucirse en la córte, os acusa por vuestro descuido en su amor, protegiendo vuestros deseos, dando así no pequeña prueba de que estima y honra vuestra memoria.

—No sabia yo cuan doctas es en lisonjas la lengua de mi escudero—contestó D. Gaston visiblemente satisfecho, de la perspicacia de su escudero.

—Como francés y sobre todo como gascon, en el carácter del de Moncada, tenia no pequeña parte ese amor de sí mismo que se traduce con diferentes palabras, y que nos conviene aqui dejar sin traduccion. ¿Amó D. Gaston á Doña Leonor?—Sí.—¿Fué su passion un suspiro de su alma enamorada, de la hermosura de la hija de D. Diego?—No.—Era su amor un pensamiento que descendió de su mente y tomó calor por breves instantes en su seno. Solo y

desconocido, buscó apoyo y como medio para lograr las lanzas que apetecía, aspiró al corazón de la hija de uno de los más nobles y poderosos señores, cuyo malimento no conocía límite; pero pronto levantóse con mayor brío su amor patrio y el amor se desvaneció entre sus planes de libertad.

Y no fué necesario que el tiempo trajera en pos de sí acontecimientos, para que conociera Doña Leonor y hasta qué punto era inmenso el cariño que inspiraba; que no se ocultaron á sus ojos los proyectos del Gascon.

Tal era el estado del barón cuando las palabras de su escudero levantaron en su memoria recuerdos de Doña Leonor.

—Bien Herman, sea como tu dices; prepara nuestros aprestos, y en marcha mañana cuando apunte el alba.—El adelantado há señalado las banderas que deben seguir mi pendon, tú las conoces, pásales mi orden y entreguémonos á nuestra suerte. Tengo deseos de dar al aire mi grito de guerra en aquellas montañas; y ver como resuena. Armame.

Poco despues cubierto de todas armas y con bizarra apostura, atravesaba la plaza Zocodover, y al llegar frente á la fachada oriental del palacio de los Haros, que daba á la calle conocida ya, paróse de pronto.

—Por Satan! no recuerdo la palabra que me abría paso hasta los pies de mi amada. La noche no es oscura, y es sobrado fácil conocerme.—¡Maldito mil y mil veces mi corazón de amante! ¡Prometo no volver á ocuparme en semejantes empresas!—Diré Haro, que es nombre que debe ser respetado.

Llamó y al alcaide dijo: Haro—y sin esperar señal siguió el corredor que le condujo á tortuosa escala y sin vacilar atravesó los largos corredores, que conducian al oculto gabinete de su amada. Encontró pages durante su atrevida peregrinacion, pero sin duda al ver su paso altanero y decidido continénte, creyeron le asistiria sobrado derecho para pisar aquel recinto.

Llevado por su impetuoso valor puso mano en la mampara:

—Hablan y oigo la voz de D. Diego, no es el mejor testigo para requerir de amores á su hija en su presencia y rogarle destruya la influencia que puedan tener los embajadores del inglés: y deramando rápida mirada en su torno y viendo sola la estancia, pues por temor de que escucharan alejó D. Diego á dueñas y escuderos.—Bien favoréceme mi estrella dijo.—Veamos nuestro antiguo y olvidado escondite, y encontró en efecto un hueco oculto por pesada cortina de cuero que tapaba las partes laterales de la puerta, tal como hoy se encuentran en la mayor parte de nuestros antiguos palacios.—Esperemos dijo, ocultándose.

Ocultos por los respaldos de enormes asientos padre é hija seguían larga conversacion y según la facundia que mostraban era de suma importancia y merecía estensas esplicaciones el asunto que tan fuera de sí traía sus espíritus.

—No lo dudes hija mia, su voz resonará con eco guerrero en los solares de los nobles castellanos.

—Pensarlo bien, padre y señor.

—Es fruto de no pequeñas meditaciones.—Mira Leonor, Castilla es peso sobrado para D. Enrique.

—Aun reina D. Alfonso!

—Oh! dijo con ira reconcentrada D. Diego.—No pasarán muchos años; soy viejo y pienso verlo; el cetro de Castilla al caer de manos del hijo de D. Fernando se romperá para siempre. ¡Feliz hija mia quien espere su caída!

—¿Y os merece el infante entera confianza?

—Sí, téngole preso, además de sus palabras la noche de la herida, obran pergaminos en mi poder que muestran su traicion.

—¿En la junta habida mostróse?

—No, pero Martinez habló en su nombre, pero á sus palabras astutas y un valor, añadí frases que pusieron en descubierto la mano que dirigia al de Pampliega. De modo que está con nosotros.

—No temas y descansa sobre este punto.

—Señor, pero si vuestros intentos naufragan, naufraga mi honra!

—Escucha, Leonor, y no olvides mis palabras. Vizcaya es señorío que puede vivir independiente, y mi corona señorial podría brillar en mi frente como diadema real. Este secreto es el enigma de nuestra casa. ¡Oh! muchos han pagado con su vida el haber oído en medio de la noche una voz, que les repetía sin cesar esas palabras! Mira hija mia tus ascendientes han muerto á manos de los reyes de Castilla y en vez de una corona ha ceñido su sien la fria diadema, que la muerte deposita en la frente de sus elegidos. Y desde entonces por las venas de los Haros corre odio y venganza en vez de sangre.—Mi padre ha sido rebelde, yo lo soy, mi hijo lo será.—No pasará generacion sin que Castilla vea las banderas de los Haros volando al viento y escuche su grito de guerra contra sus reyes; porque sin ellos, hoy la Provenza, la Gascuña, la Italia quizá, serian los florones de mi corona real, porque mi espada y la espada de tus ascendientes hubieran conquistado esas regiones.—Un destino fatal pesa sobre nuestra casa,—guerra contra Castilla y en esa mision los hombres vertemos sangre y las mugeres lágrimas.

El sentido de las palabras de D. Diego era espantoso, pero aun mayor pavor infundia el ver su semblante pintado por la ira y su mirar que arrojaba coléricos resplandores. Las palabras del padre abrumaron á la hija, que solo tuvo fuerza para contestar.

—Disponed de mí, señor.

—Darás oído á D. Enrique, y quiero hija mia que ese corazón virgen que solo vive en el campo y respira los ecos de las bocinas de caza, lea en tus ojos palabras que enciendan su ánimo y armen su diestra contra D. Alfonso.

Señor.

—No estrañes lo que digo, ni juzgues desacierto lo que hago.—Una historia dice que nunca los Haros inspirarán afecto sino temor.—En los montes de nuestra Vizcaya suceden hechos por demas horribles, pero es horribilísimo ese espectro que cada año viene á

encender el fuego de nuestro odio hablando palabras aterradoras á nuestros oídos! Es terrible herencia la que acompaña á nuestro nombre, pero blasono de fuerte y cumpliré mi destino.

—Obedeceré cuanto ordeneis, contestó Doña Leonor conmovida.

—Bien, Leonor.—En esta lucha entre el poder real, y la nobleza, en este duelo entre él y nosotros, ó vencedores, ó para siempre vencidos; ó el trono se levanta y coloca allá en los cielos, y solariegos, pecheros, hijodalgos y ricos-hombres nos humillamos por igual al pie del trono, ó nuestras glorias crecen y somos como siempre hemos sido grandes y poderosos.

—Duéleme señor, ver vuestra cabeza tan querida rodeada de peligros.

—No temáis, que mi diestra defenderá á mi cabeza.

—El Rey es poderoso, y le protege el nombre de su padre.

—Sí, es poderoso, y lo peor es que en las gradas de su trono, siéntanse hombres como Pedro Guzman, Pelaez/Perez, el adelantado de Murcia y mucha parte de la nobleza castellana!

—¿Pero los lazos que unen á esos nobles con el Rey son tan fuertes que es vana empresa el intentar quebrantarlos?

—Como tal lo juzgó Pedro Guzman, salvó la vida al Rey en el sitio de Sevilla, y juntos han dormido en la conquista de Murcia reclinados en el mismo escudo. Su fidelidad solo concluye con su vida, y no son menos íntimos los lazos que le unen con los demás caballeros.

—Sensible es que lanzas tan valientes os sean contrarias!

—Cuento con Loaisa, es decir, con Aragon, y me prometo empeñar á mi aliado en la lucha.

A estas palabras no contestó Doña Leonor sino fijando su penetrante mirada en los ojos de su padre, como queriendo penetrar aquel secreto.

—Te deixo hija mia, espero caballeros leoneses con los que pienso conversar.—En tu próxima entrevista con el infante cuida de que la mision de los Haros se cumpla.





DON ALFONSO EL SABIO.—LAMINA 4.ª

—Señor, os saludo.—Salió D. Diego, y salió tambien pálido, D. Gastón yendo á confundirse con los caballeros leoneses, pues juzgó como tales á los que paseaban los salones contiguos.

—Oh! el ángel como se educa!—Oh! el padre, y qué pretensiones.—Bueno será dilatar mi estancia en Castilla, para ver y quizá para hacer, dijo D. Gastón entre dientes.

Quedó sola Doña Leonor, y levantóse tranquila con la sonrisa en los labios y la mirada serena. La emocion que experimentára disipóse si es que existió. Su hermosa cabeza adornada de abundante cabellera que recogida á la usanza de la época en bucles, que dejaban ver su rostro iluminado en aquel momento por los débiles rayos de la lámpara colgada del techo, ponía de manifiesto una belleza tan varonil y tan hermosa, que inspiraba respeto y no amor.—Sus ojos segun lá espresion de un trovador, eran un abismo, y comprendíase la verdad de la metáfora, mirándolos ó adorándolos, que era lo mismo. Adquirían segun su grado tal vaguedad que parecia ver en el seno de sus negros círculos espíritus de amor, y ese mirar cuando tornábase airado, y sus labios comprimíanse figurando de una manera particular su boca, revestían á su faz de una espresion que nada tenia de humana. Y esta espresion era su caracter. Poseida del demonio del orgullo y de la envidia no conocia deberes ni respetos. Su voluntad era su ley y única norma.

Pasó su hermosa y diminuta mano por la faz y volviendo á reclinarse en su sillón, exclamó :

—Los planes de mi padre, por un lado; D. Enrique y los suyos.... distintos son los elementos que veo en redor de mí. ¡En pocos dias cuántas complicaciones.... y no cuento mis proyectos! ¿Si amaré á D. Enrique? Su alcurnia atrae á las pretensiones de Doña Mayor, y á sus sueños con coronas reales, puedo presentarle el corazon de un infante de Castilla, sujeto á mis pies.... D. Enrique me insinua aparte al rey de Doña Violante porque á una dama jóven, noble y hermosa todo es posible.... ¡Pobre padre mio! la ambi-

cion le mata, como á toda la nobleza castellana.

—No sé porque hoy deseo aparecer hermosa, exclamó dirigiéndose á un ángulo del salon donde pudo admirar su imágen, que apareció rica, en hermosura como rica en pensamientos, estaba su mente y miróse complacida y sin embargo un momento de impaciencia contrajo sus nervios.

—¡ Sin voz!—tengo deseo de oír que soy hermosa—y llamó á sus dueñas y sirvientas.

—Dime Clarinda, dijo dirigiéndose á su sirvienta favorita—como me encuentras.

—Como cuando ilumina el sol montes y valles.

—Deja á un lado tus frases orientales ¡ te parezcó hermosa!

—Oh ! señora la corte de Castilla, no cuenta beldad de mayor precio.

—Hermosas son Doña Mayor y Doña Isabel dijo Doña Leonor mientras sus doncellas la acertaban.

—Palidecen cual nuestras flores á vuestro lado.

Saboreó Doña Leonor la lisonja y de pronto como efecto de su genio vivo encolerizóse por haberlas mendigado.—Si era bella, ¿por qué sin necesidad de escuchar sus preguntas no loaron su hermosura?—y sentía haber mostrado tan viva complacencia aloír los elogios de sus sirvientas.—Despidió con altanero ademan á su servidumbre, acosada por el afan de entregarse á pensamientos, que la traian en gran desasosiego.—Su alma distaba mucho de rendir culto á la memoria del infante, pero su orgullo haciale apetecer los rendimientos y muestras amorosas de D. Enrique, porque sentía halago su vanidad al escuchar sus palabras. De aquí aquel anhelo de aparecer bella, aquel deseo de vencer y humillar á las damas que mayor renombre alcanzaban en la corte, de aquí la meditacion que absorvia las potencias de su alma.

—Si logrará sentir amor y amar á D. Enrique, quien no fueran vanas palabras, las predicciones, de que una corona ceñirá mis sienes,—y con pensamiento tan brillante sorprendióla el sueño.

Mientras D. Gaston ponía en manos de su fiel escudero su casco y su espada diciéndole:

—Herman tus consejos son saludables, sirven y aprovechan.

En estancias ya conocidas y en el alcázar de Toledo, el día que sucedió á los acontecimientos relatados, notábase gran asistencia de nobles y hidalgos, D. Diego y sus deudos, el adelantado de Murcia, el maestro de la orden de caballeros del Templo, el Canciller y demas grandes dignatarios discurrían por los vastos salones del alcázar.

El blanco de todas las miradas era D. Gaston, que despues de saludar á los nobles, que le desearon felices resultados disponíase á salir de la alcázar.

—Dios guarde al caballero, díjole en aquel momento un hombre vestido, aunque con riqueza á imitacion de los maestros de la universidad de Salamanca,—quiera el cielo cantemos pronto trovas en loor de sus hazañas.

—Riquier Dios sea en vuestra ayuda.

—Cuando es la marcha?

—Hoy me alejaré á buen paso de Toledo.

—Os doy mil parabienes.

—Y los recibos Riquier—buena ocasion se os presenta de volver á contemplar el risueño cielo de la Provenza y escuchar enamoradas trovas al son de bien templadas liras.

—Pláceme Castilla y como á vos me trajeron á España cuidados de importancia.

—Recuerdo que como todos vinisteis á pedir favor y ayuda al rey Castellano,—y como os va en vuestras tareas de pretendiente?

—No presentaba mi fortuna mejor aspecto que la vuestra, pero

el mismo soplo deshizo las nubes que oscurecían el semblante de la Gasuña y manchaban la gloria de la Provenza.

—Segun eso habeis valedóres.

—No menos poderosos que los vuestros.

—En verdad, que no puedo quejarme de mi suerte: servicial mostróse,—dijo D. Gaston prometiéndose escuchar de boca de Riquier el nombre de su protector.

—Cuanto está en su mente, puede contarse por realizado.

—Pues temí que su influencia flaqueara, respecto de mis pretensiones,—continuó el astuto Gaston.

—Imposible!—¿quién osaría en Castilla contrabalancear su poder?

—Nobles hay de alcurnia no menos ilustre.

—Oh! el adelantado de Castilla, tiene secretos que levantan su influencia por cima de todos los blasones castellanos.

—¡Ya, dijo para sí D. Gaston, con que es el adelantado mayor, mi decidido apoyo,—en verdad que la premura con que puso en mi poder las banderas y la efusion con que estrechó mi mano, no son cosas naturales, pero contestó de un modo á mi pregunta que ahogó mis sospechas, como lo sabé este poeta.—Veamos.

—Regocijome de que mi fortuna alcance á vos, continuó el baron.

—Si alcanzará,—vi como lució la vuestra y no ha caido en el mar el secreto.

—Pues me daría placer el averiguar ese enigma,—dijo el gascon continuando su monólogo; pero veo el adelantado que se dirige hácia mí.—En efecto Pedro Guzman venia en busca del francés y al acercarse retiróse Riquier.

—Por fin exclamó,—estrechando la diestra del gascon;—llegó el momento objeto de tanto afan.

—Llegó, y ninguno mejor, para en nombre de mi patria felicitaros como al que há unido tan hermosa provincia á la corona castellana.

—Plugo al cielo no fueran estériles mis ardientes deseos!—

—No menos plugo que al cielo á vuestra poderosa voluntad.

—Conmovió mi corazon, el ver como os arrojábais únicamente á pedir espada para lanzaros en la demanda contra tan fuerte enemigo como el Inglés.

—A mas, que razones políticas aconsejaban lo mismo...!

—Oh! no, donde hay valor, donde luce el corazon; callar para mí las humanas consideraciones.

—Respeto vuestro secreto, y os creo,—mas mudemos de conversacion y los momentos que me restan de permanencia en Toledo, emplearé en pagar los beneficios que de vos he recibido.

—Hablad, dijo curioso el adelantado.

—Venid y recostados en el alfeizar de esta ventana; podremos hablar sin que nadie lo estrañe; pues creerán nos ocupamos de mi empresa.—Qué leis en el rostro de esos grupos de nobles que rodean al de Haro?

—Yo, nada!

—Será porque yo tenga iluminada la vista; pero leo en caracteres claros y distintos la palabra conspiracion.

—¿Qué decis?

—D. Enrique está en Toledo.

—¿Aún?

—Sí, y pasaron largos dias desde que se despidió del Rey.

—¿Cuál es su intento?

—Su intento y su ocupacion conspirar.

—Medid vuestras palabras.

—Dejemos vanos rodeos,—no creo os encuentren desprevenido la nueva que os voy á comunicar, porque Castilla hace tiempo es el pais clásico de las revueltas.—Ayer sorprendí, efecto de pura casualidad, pues no tan villano intento guiábame al palacio de Haro, una conjuracion, acaudillada por D. Enrique que si bien su estado actual no ofrecé temores, el tiempo puede darle fuerza y vigor.

—¿Cuál puede ser su objeto?

—Los infantes tienen únicamente la aspiracion...

—De ser reyes?

—Vos lo habeis dicho y acertado.

—¿Y medios de llamar los estados á la revuelta?

—La nobleza articula quejas.

—¿Por qué impera la ley, y no el puñal?

—Sí, ó porque como ellos dicen, menosprecianse sus fueros.

—¡Vive el cielo!

—Reportaos: el secreto ya lo habeis, usadlo como bien os parezca.

—Confiad, en que si la conspiracion sigue su curso y se convierte en rebelion, no encontrará desprevenidos á los servidores del Rey D. Alfonso.

—Confío en vuestra lealtad nunca desmentida respecto al uso de mi revelacion.

—Descuidad,—en cuanto á vos, el sol al descender, ha de miraros, lejos de los muros.

—Solo deseo que vuestra proteccion no desaparezca ante las gestiones del obispo de Bathonia y del intimo consejero de D. Enrique de Inglaterra.

—Mi mano ha estrechado la vuestra en prueba de amistad, y son de muy subido precio mis palabras.

—Descansa en vos, y el recuerdo de tener cerca de mi rey valedor tan generoso, será pensamiento que hará invencible mi brazo.

—Dios, os atienda.

—Por último, quiero tambien ponerlos en guardia contra enemigos tanto mas peligrosos, cuanto que se abrigan en vuestra vivienda.

—¿De quién hablais?

—Hablo de Aragon.

—Acasó, Doña... dijo en voz baja D. Pedro.

—Solo os recuerdo que D. Jofre Loaisa tiene secretas conferen-

cias con el infante—y al concluir esta frase, saludó D. Gaston, al adelantado, estrechó su diestra, salió y de allí á pocos momentos divisábase desde lo alto del alcázar, el torbellino de polvo que levantaba su corcel, galopando por la via que conduce á las fronteras de Francia.

—No se si tiene mucho de caballeresca mi conducta, decia Don Gaston, pero no me gusta dejar deudas sin pagar.

No era de tal punto despreciable la nueva que no merecieran de parte de D. Pedro Guzman detenido estudio y tacto mesurado, al tratar de poner mano en ella.—En primer lugar, presentábase á su vista el peligro que la susodicha conjuracion podia acarrear á su rey; y en esto el nombre de D. Diego de Haro era el que causaba sus temores, no asi el de D. Enrique, porque su carácter discolo y avieso no reunia aquella dosis necesaria de voluntad, aquella osadía sin límites, que en toda conmocion asignaba al de Haro la supremacia. Esto causábale sobresalto, pero se le alcanzaba que de todos los desacatos y desafueros que pudieran cometerse en sus reinos, para D. Alfonso eran los mayores, aquellos que nacia del menosprecio de su autoridad personal, y del olvido de su gloria. Los pueblos no comprendian aun el derecho divino; pero en la frente del monarca ardia con todo su fuego la teoría de la representacion de Dios por su cetro y su corona. Y á no dudar las gestiones del infante y la reina no quedaria sin enmienda. Esta consideracion que para sí formó D. Pedro le decidieron á seguir una línea de conducta, que sin comprometer la seguridad de su monarca, sirviera al mismo tiempo de base para sus futuros proyectos. Determinó estar á la mira en cuanto al aumento que la conspiracion tomara, para poder en todo tiempo detener sus progresos, pero era su intento dejar tomara cuerpo, permitir su desarrollo hasta que Aragon en la persona de Doña Violante, sonara en sus conciliábulos como parte activa de la empresa, porque el nombre de la reina fácilmente se comprenderá que no merecia las mayores simpatías á D. Pedro Guzman.

No quedó descontento el adelantado mayor, de la concepcion de su plan, y dijo para sí:—Si mi hermana no confiesa que soy consumado político, será injusta en demasía, porque creo infalibles los resultados, poniendo en juego medios, que ayudaran á los acontecimientos.—No dilatemos por mas tiempo el poner en su noticia sucesos tan faustos,—é inclinándose majestuosamente ante los hijodalgos y escuderos que se alinearon para permitir su salida, abandonó el alcázar murmurando:

No se equivocaba el buen Gascon,—leo á la luz que me prestan sus palabras leyendas siniestras en la faz de los infanzones de Castilla.

Encontró el adelantado á su hermana, triste y meditabunda. Pesaba en el corazon de Doña Mayor, el dolor y lágrimas de hiel brotaban de sus ojos cuando su penoso pensar adquiria en su alma esa intensidad, que nace de la reflexion continua.

—Hermana, dijo con acento melancólico D. Pedro,—¿huyó de tu faz la alegría? ¿siempre nublado el semblante, siempre los ojos llorando!—¿Tanto dolor hermana mia quién lo causa?

—Me haceis tal pregunta? ¿Ignorais acaso los secretos de mi corazon! ¿no veis como reina la soledad en torno mio!

—Hermana mia deliras!

—Si deliro, pero es porque no siento el corazon que antes contaba mis latidos, ni la inteligencia que sostenia la mia.

—Por Dios hermana!

—Hoy lloro y nadie enjuga mis lágrimas.

—Cálmate y escucha, quizá mis nuevas calmarán tus imaginarios dolores.

Reclinóse Doña Mayor recostando su hermosa cabeza en su mano.

Y comenzó D. Pedro el relato de los sucesos que hemos referido.



## CAPITULO VIII.

### El Judío Hazan.

1.

La pequeña casa de Hazan tan hermosa en sus afueras, era triste y sombría interiormente; si esceptuamos las habitaciones destinadas á Dalanda. En esto no seguía el judío las costumbres de la época, que siempre entregada á la guerra, y dispuesta á combatir continuamente; construía sus viviendas con negros muros, y sombrías paredes; destinando para el seno del hogar los refinamientos del arte, y los productos del lujo. Al cerrarse la puerta, desaparecía el paraíso; y los árboles se convertían en negras bóvedas, y la mullida alfombra en húmedos pasadizos; y las flores en siniestros geroglíficos, que parecían escritos como otras tantas maldiciones por fantástica mano; y aun en mitad del día alumbraba metálica lámpara aquellas negras gargantas, de tal modo que cualquier

cristiano viejo hubiera creído ver en ellas camino seguro para arribar al infierno.—Una puerta, que mas que puerta, parecia negra caverna, ocultaba la estancia, donde pasaba Hazan su vida, despues de haber entonado en la Sinagoga sus salmodias, y haber asistido á las conferencias científicas del Rey, que estimaba en mucho la vasta ciencia del judío. Nada podia descubrirse en esta habitacion, que complaciese á la vista, ó deleitase al olfato; porque era un conjunto de tantos y tan estraños objetos hacinados con desorden, y arrojados con descuido que parecia el valle de Josafat en el momento de congregarse los muertos evocados por la trompeta del Angel. En su negro pavimento blanqueaban huesos y sucias calaveras, pendian secas yerbas del techo, donde habian anidado legiones de arañas; veíanse sobre desgastados tuburetes esqueletos de animales: varias cajas adornadas con geroglíficos, y ennegrecidas por el soplo del tiempo yacian en los húmedos rincones; el humo se habia encargado de tapizar magníficamente las paredes; y horrible hornilla alimentada por el tibio calor de fuego lento formaba el centro del cuadro, exalando vaporosas nubes, que se perdian en tosca chimenea, y esparciendo reflejos, á cuya luz huesos esqueletos y yerbas se convertian en pálidas fantasmas. Y en el centro se levantaba como el Dios de aquel mundo destruido Hazan con su túnica negra como las paredes, y sus cabellos blancos como los huesos, y su rostro pálido como el fuego de la hornilla, y su mirar siniestro cual el postrer fulgor de sus diabólicas lámparas; reuniendo en su figura todos los elementos de su vivienda como Dios lleva en su seno todos los gérmenes del universo. Dormitaba Hazan en su ancho sillón, cuando se oyó á lo lejos un golpe, que estremeció al judío.

—Quien, pardiéz, se atreverá á venir aqui á tan altas horas de la noche? pero estoy acostumbrado á estas estemporáneas visitas, y obedeceré al llamamiento, segun mi antigua costumbre. Sera alguno que no esperando nada de nadie, viene en pos de la ciencia, último santuario del alma. Redobláronse los golpes, y Hazan aban-

donó su sillón. Impaciente por Dios viene el desesperado, lo cual no es un calmante muy seguro para la desgracia; veámoslo, y el judío se perdió en los oscuros corredores. Allegóse á la puerta, abríola con tiento como si temiese turbar pacíficos sueños, y la luna iluminó su descarnado rostro.

—¿Qué me quereis? dijo á varios embozados, que agrupados se hallaban, como si movidos por la curiosidad, quisieran no perder la mas mínima circunstancia de aquella escena.

—Deseamos hablaros; contestó una voz no estraña al oido del judío.

—Todos no podeis entrar á la vez; sino uno á uno.

—Con que yo ientré basta; esperadme vosotros. Y la puerta cayó ocultando al embozado y al judío. Sentóse este en su sillón; y el desconocido, sin desembozarse le dijo: vengo á vos como el sediento á una fuente.

—Venid con fé; pero no con impaciencia. El trabajo del alma es lento; el camino de la verdad escabroso. La ciencia no contesta al primer llamamiento, porque la voz del hombre es demasiado débil para atravesar las siete esferas que la separan de nuestro mundo.

—No quiero saber; sino obrar; no quiero doctrina, o sino acciones; no necesito ideas; sino fuerzas.

—No os desesperéis, ¿qué es toda idea sino una fuerza; y qué es toda fuerza sino una idea? Al penetrar por esos corredores, latia vuestro corazón; y vuestro pensamiento se agrandaba; porque la ciencia heria con sus albores el alma del neófito.

—Judio, quiero tu ayuda.

—Yo ayudo á todos los que padecen. ¿Padeceis vos?

—Tormentos horribles. La naturaleza ha sido conmigo ingrata. Por no haberme creado algunos años antes, carezco del destino, para que naciera mi corazón.

—No desconfíes; la naturaleza puede ser vencida; Dios solo es invencible.

—Y el destino?

—El destino es la ley de Dios; es Dios mismo.

—¿Y dónde está el secreto de esa ley; dónde la esencia de ese Dios?

—Joven, habeis visto mis cabellos blancos; y mis encendidos ojos?

—Sí.

—Pues mis ojos brillaban antes con espléndidos fulgores; y mi cabello era negro y lustroso como el vuestro. Y todo lo he consumido, hasta el corazon, hasta la vida en aras de esos misterios.

—Pero ¿por qué no ha de llegar el brazo á donde llega el pensamiento; y por qué la voluntad ha de ir subordinada á la inteligencia?

—Porque el brazo es solo un esclavo; y el pensamiento es un Dios; en cuanto á la segunda pregunta, si la inteligencia alcanzará á la voluntad; ¿dónde iríamos á perdernos? contemplad en vos el abismo que se abriria entonces al pie de todos los hombres.

—Y por qué á vos se revela el destino y á mi no?

—Porque yo he descendido hasta las entrañas de la tierra para buscar el pensamiento del Eterno. Vos acaso mirareis con desprecio el insecto errante que zumba en vuestros oidos, ó la gota de lluvia que os azota el rostro y yo presto mi alma á todos los ruidos de la naturaleza y á todos los latidos del humano corazon.

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy nada; pero reunido con los demas hombres, entregado á la naturaleza, delante de ese fuego sagrado, y con los ojos convertidos al cielo, soy la humanidad.

—¿Y es cierto que hay en tu brazo poder bastante para herir la frente de los reyes?

—Qué son los reyes delante de la ciencia?

—Pues bien, Hazan, quiero que me conozcas; soy el infante Don Enrique, y el desconocido se descubrió.

—Creia con esta revelacion aterrar D. Enrique al judio; pero

este mirándole sin asombro alguno moduló solamente estas palabras: «Bien venido sea tan poderoso señor.»

—He menester de tu ayuda; lo repito.

—La tendreis.

—Pero quiero empresas desmedidas como mi corazon.

—Os daré revelaciones para toda empresa,

—A trueque de qué?

—A trueque de vuestro silencio.

—Callaré, Hazan, te lo prometo como castellano y caballero.

—Jurádmelo.

—Te lo juro por la cruz de mi espada. Pero ahora necesito seguridades por tu parte, y como á Dios gracias, no confio gran cosa en los judios: sabrás que puedo perderte, si revelas mis proyectos los cuales lucirán á tus ojos con la claridad del sol. ¡Ay de ti si alguien llega á saber que he pisado los umbrales de esta caverna.

—Confiad en mí, señor.

—No me basta esto; necesito cogerte en redes de hierro para que no te escapes. ¿Te acuerdas de Dalanda?

Por esta vez D. Enrique consiguió cumplidamente su objeto. Aun no se habia comunicado al aire aquel nombre, y ya el judio se estremeció como herido de un rayo. Pero su voluntad de hierro consiguió triunfar de su corazon. El infante acercándose á su oido exclamó: puedo señalarte la oscura calle donde se consumó el atentado.—Era de noche; la luna habia encubierto su faz tras sombría nube; estaba sin vida la infeliz, y sin embargo, fué impiamente...

—Basta, señor, basta, callad que hartos me teneis.

Un sudor frio corria por la frente del hijo de Israel.

—Hablad, señor, el tiempo es corto, y apremia lo que teneis que decirme.

—Hazan; he nacido cerca del trono de Castilla; y es tan hermoso ese trono. Vosotros los que estais lejos de él no alcanzais su esplendor; porque os deslumbraria. Tiene tanta belleza su corona diamante envidiado del mismo sol! Córdoba, Toledo, Sevilla, Leon,

Burgos, son florones que trastornan la mente, y embriagan el corazón. Tener á Granada por enemiga, es inefable felicidad. Contar las lanzas que se enristran á la voz del Rey, correr al campo seguido de mil infanzones, vestidos de mil colores, armados de todas armas, es la mas grande ventura que puede caber en humano pecho. Y despues verse adorado por las damas, que cual nubes de inconstantes mariposas, van á perder sus alas en el fuego del regio sol, es perspectiva capaz de alucinar el alma mas fria, y de seducir la voluntad mas apagada.

—Y en qué os puedo servir; quereis consultar vuestro destino?

—No, porque si me fuese favorable, me dejaria caer en brazos de la inaccion; y si adverso, en brazos del desaliento.

—Pues vos os explicareis.

—Ya sabes que ese sueño dorado no puede realizarse apelando á franca guerra, y á noble lid; es necesario partir del sigilo; poner en juego ocultos amaños, y apelar á toda clase de recursos antes de que el Rey pueda disipar con su aliento las nubes que velan nuestros proyectos.

—Mandad, señor, y obedeceré.

—Quiero saber, si hay filtros que dominen las fuerzas del alma.

—Los hay;—pero ante todo necesita fé el que los administra.

—Yo la tengo completa en esas ciencias ocultas; aunque de ellas nada se me alcanza.—Estando en el sitio de Sevilla, vino un mozo forastero llamado Osias, que Dios le condene, y á ofrecernos el castillo que mandaba, y á poner á nuestras plantas reales toda su guarnicion. La oferta era seductora, y mi hermano Alfonso la acogió con noble y desinteresado entusiasmo: vino se le entonces á las mientes la idea de consultar á un sábio, que ejercia su oficio no lejos de Sevilla, y su contestacion fué que mas les valia perder el castillo que perder la vida. Y en efecto, los moros afilaban sus cimitarras para cortar cristianas cabezas; mientras los cristianos se entregaban á dulces sueños en alas de su buena ventura.

—Pues teneis medio camino andado.

—Mas dime, como un brevaje puede dominar á la voluntad que es infinita, y trastornar el pensamiento, que es omnipotente?

—Y decia que no dudaba! exclamó el israelita, sonriéndose con amarga sonrisa.

—No dudo, pero.....

—Necesitais pruebas.—En fin; el alma está encerrada en el cuerpo: mientras tan dura cárcel la rodea, será prisionera; y como prisionera esclava.

Cuando la materia se descomponga, el alma seguirá sus pasos; y cuando corra libremente la sangre por nuestro cuerpo, volará libremente el alma por los espacios inmensos. En la naturaleza hay secretos que Dios ha encerrado en plantas y metales para ayudar á la lucha del cuerpo contra el alma, como hay en la inteligencia pensamientos, y en el corazon ilusiones para ayudar á la lucha del alma contra el cuerpo. Esperad un momento, en que ambos elementos anden acordes. Tomad entonces el zumo de las yerbas, preparadlos, suministradle al cuerpo ese aliento, dadle esa nueva fuerza, y le vereis disponer á su arbitrio de la voluntad; y dominar como absoluto sueño sobre la inteligencia. Quereis dormir? aqui hay un narcótico.—Quereis matar al cuerpo? ahí está la ciencia. Buscad con incansable actividad la piedra filosofal, y vereis cuan pronto encontráis la muerte.

—Judio.—El Rey de Castilla ama á una ignorada muger; su corazon se aparta cada vez mas de sus deberes de esposo, y ese retraimiento es propicio á mis vastas miras, porque Aragon velará por la tranquilidad de su hija. La córte ignora el objeto de los amores del Rey; las ricas hembras se desvelan en vano para sondear este importante secreto; y todos los nobles infanzones atentos solo á la mirada del Rey, no pueden adivinar donde se esconde la felicidad, que preocupa el pensamiento de D. Alfonso, y llena su corazon. Si el Rey disimulase menos, y amase mas, si su pasion se tornase en locura, dariale hastio toda otra muger; y bien pronto el ojo menos perspicaz y el ingenio mas cándido leeria claramente el

enigma que nos trae revuelta á toda la nobleza castellana. Pero, aunque seria de grande importancia tamaño descubrimiento, yo deseo otra cosa; quiero que el Rey odie á Doña Violante.

—La odiará.

—Me lo prometes.

—Os lo prometo.

—Y puedes en este mismo momento proporcionarme tan precioso brevaje?

—Puedo enseñároslo.

—¿Pues qué te encargarias tú de suministrárselo al Rey?

—Yo me encargo.

—Y cuando podré yo conocer que el Rey desama á su muger? En aquel momento oyóse á lo lejos interrumpiendo el silencio de la noche el monótono ruido de lejanos pasos.

—Dios mio, el Rey se acerca; exclamó Hazan fuera de sí.

—El Rey, sácame de aquí, pronto, pronto.—¿Esperabas esta visita y no me lo has dicho? Imbécil.

—No la esperaba, señor, dijo Hazan empujando al príncipe que dió de bruces en una puerta empotrada en la pared. Abrirse esta, salir el príncipe, y volver á cerrarse fué todo obra de un segundo. D. Enrique quedó en oscura estancia; mas cual fué su sorpresa, cuando aproximándose á la puerta, y aplicando su perspicaz oído, percibió no solamente el ronco eco de las palabras de Hazan, sino tambien el timbre argentino de femenil y melíflua voz? Esforzóse en oír toda la conversacion entablada entre ambos interlocutores; pero solo consiguió percibir algunas palabras que aguijonearon sus deseos, sin matar su creciente ansiedad. Mil veces pensó en abrir la puerta; pero su palabra solemnemente empeñada, y el temor de ser conocido, suspendieron sus intentos, aunque era valiente y decidido para arriesgarse en grandes peligros y azarasas empresas; pero no podia desestimar su honor de infante y esponerse á ser descubierto en aquella aventura cuyo descubrimiento redundaria en deservicio de su causa. Estúvose, pues, en aquel

sitio, mientras Hazan continuaba su plática con la desconocida dama, que de manera tan misteriosa había llegado hasta su encantada caverna.

D. Enrique en estas aventuras no obraba arrastrado por su voluntad, sino por la siniestra mano del caballero de Pampliega, que trastornaba su mente, alizando su ambición. Era el infante de ánimo altivo; y su amigo le mostraba aquel trono acatado por las naciones, á cuyos pies yacía agonizante; y devorada por sus placeres la sultana Granada, con su sonrisa de huri, y su diadema de rosas; era guerreador y pendenciero; y el de Pampliega le unía á la nobleza para enseñarle á afilar su cuchilla antes del combate; pero era leal y no entendía de ocultas maquinaciones, hasta que aquel maligno genio se apoderaba de su espíritu y le envolvía en las tinieblas; alumbrando el tortuoso camino de la rebelion con los relámpagos de sus crímenes.—La historia de Dalanda, cuyo recuerdo escuchára aterrado el judío, había sido revelada al infante por el de Pampliega, porque en ella jugaba el malhadado caballero un sangriento y horroroso papel, cuyos pormenores revelaremos en el trascurso de esta crónica. Pero volvamos á ver el nuevo personage que en la escena se presenta!

No bien hubo Hazan escondido á D. Enrique, cuando apareció en la oscura puerta señalada maravillosamente en las negruzcas paredes la figura de una muger, que murmuró algunas palabras al oído de su acompañante, el cual quedó aprestado para cualquier evento en la parte de afuera, sin mover su lábio, en actitud de humilde y obediente esclavo. Aquella muger era apuesta como noble dama; su flexible talle lucía con mayor encanto entre los pliegues del oscuro velo que encubría su figura, realizada solo por la gra-

cia de su talante, y lo majestuoso de sus mesurados pasos. Hazan quedóse no menos maravillado que D. Enrique de aquella impre- vista visita, y sin atreverse á modular palabra alguna, esperó atento las órdenes de aquella muger, que de pie en medio de la estancia imponia dominio á todos los objetos que la rodeaban. Por fin el aire recogió de los labios de la encubierta y velada beldad, las si- guientes palabras:

—Judio, es tanta tu ciencia como ponderan las gentes?

—Mi ciencia es tan poderosa como puede serlo ese rayo del cielo en manos del hombre. Si algun secreto se me oculta, si alguna verdad yace para mí envuelta en las nubes del misterio, acusaré á la naturaleza que no me ha enviado su genio; pero nunca á mi vo- luntad que ha seguido paso á paso las sombras de los astros y los derroteros del tiempo.

—¿Y te atreverás á traspasar esos límites sembrados de estre- llas, y acercarte á leer en el libro de la Providencia escrito por la mano del Eterno el destino de los mortales?

—Para lo porvenir no es necesario subir á la torre de Babel. Esas estrellas no fueron diseminadas en la inmensidad, sino para que cada una de ellas midiese la vida de un hombre como el sol mide la vida del universo.

—¿Y podrás adivinar el secreto de lo porvenir, que Dios guar- da para una hermosa niña hija de reyes, cuya alma es tan grande como su alcurnia?

—Necesito que me industreis mas acerca de la naturaleza de ese problema. Es inútil que yo intente preguntar á los cielos cual es la estrella que alumbra los dias de esa preciosa niña, sino sé su nacimiento y su nombre, la historia de su corazon y el amor que la dió vida.

—Sabréislo pronto.—Vivia en Toledo ignorada del mundo una dama, entregada á Dios, y ajena á toda pasion. Sus dias corrian tranquilos protegidos bajo las blancas alas de la inocencia, y el án- gel de la guarda le enviaba celestiales ensueños por la noche. La

historia de su corazón se compendia en algun suspiro enviado al través de espesa reja ó de alto muro á desconocido amante, que fingia la imaginacion y sublimaba el deseo. Pero fué arrancada al hogar doméstico por el deber que la llamaba á la corte. Entró en sus dorados palacios, y vióse de amores requerida por nobles infanzones, cuya frente era poco elevada para que en ella se posase la mirada altiva de la dama. Pagaba con menosprecio todo rendimiento, y no paraba mientes en las lisonjas que el murmullo cortesano enviaba á sus oídos; acostumbrados á tomar como vanos ecos de frios corazones, lo que otras damas hacian trofeos de sus victorias.

Pero su mente acarició una idea oculta en su corazón.—Amaba y no conocia el objeto de su amor. Su Dios era su desconocida pasión; sus oraciones las palabras, que á manera de ideales cánticos le traian en sus alas las doradas ilusiones de su jóven y exaltada fantasía. Era feliz; porque desconociendo el ser que le inspiraba sus encantadores ensueños, identificaba aquella idea única de su mente con todos los pensamientos de su porvenir, con todos los recuerdos de su pasado.—Amaba con pasión el suspiro del aura que conmovia las flores recogiendo sus perfumes como recoge Dios en su inmenso seno las oraciones de los hombres; era su vida el fulgor lejano de brillante estrella perdida en el horizonte, como su corazón en el amor; sus únicas confidencias caian sobre las gotas del rocío depositadas tal vez por misteriosa beldad en el follage de los árboles para hacer de su verdor y de sus galas espléndidas coronas de amores desconocidos, como la pasión que ardia en su pecho; y la voz de la naturaleza, y el suave destello de la aurora, y el último albor de la tarde eran para su alma suspiros de un ser, que se desvanecia en los aires para llevar á su amado el secreto de su corazón.

Pero bien pronto conoció al misterioso amante. El príncipe Don Alfonso volvía á Toledo cargado de despojos arrancados á los árabes en las mas señaladas contiendas que jamás vieron los tiempos.

Era jóven y hermoso; y sobre su frente resplandecía la corona de la gloria. Montado en negro alazan, volaba como el genio de la victoria en medio de la multitud que le saludaba como nuevo esfuerzo del poder castellano, y nuevo timbre de sus altos triunfos. Llegó á Palacio, arrullado por las bendiciones del pueblo, seguido de los nobles, con la sudor del combate en la frente, y el polvo de los campos en su armadura; ganando corazones y venciendo las mas preciadas beldades. La rica-hembra le vió, y quedó prendada de él; y el eco de un suspiro no comprendido aun por la mente, salió del pecho y fué á perderse en los oidos del príncipe, que habia clavado sus ojos en la dama, cuya alma gozó inefable felicidad en aquel rayo de sol que heria su frente. Le amo; pero sin esperanza; y en su delirio solo la muerte le ofrecia corona nupcial, y tálamo el sepulcro.

Pero una noche paseando á la luz la luna en sus jardines, vió abrirse la puerta que daba al muro. Quiso correr y gritar, mas lanzándose apuesto caballero la detuvo, cayendo de rodillas á sus plantas. Era D. Alfonso.—Su cabeza vaciló, y aquella prueba de amor trastornó su corazon. Y andando el tiempo esos lazos fueron estrechados por el nacimiento de la hermosa niña; cuyo destino te consulto.

—Estás bien informado?

—Lo estoy.

—Cuándo sabré tu contestacion?

—Cuando las estrellas me revelen el secreto.

—Conoces esta llave?

—La conozco.

—Quién es su dueño?

—El Rey.

—Tiembla, pues, porque cegarás, si dices lo que has visto; y morirás si revelas lo que has oido.

Hazan se estremeció. Ahora ruega al cielo que el destino de esa niña sea tan bello como los sueños de su madre; porque serás feliz.

—Yo no puedo borrar lo que Dios escribió con letras de fuego en el firmamento.

—Pero si el cielo reserva altos destinos á ese divino ser, por qué han de permanecer ocultos cuando existen corazones que se embriagarían con tan delicioso porvenir?

—Señora.—La desgracia se asienta también en los tronos.

—No lo creas, Hazan.

—Hay nobles que se sublevan.

—Pero los reyes tienen mordazas para los nobles.

—Existen reinos que arrojan guantes de desafío al palenque de la guerra.

—Y de qué sirven lanzas y bridones?

—Venenos y puñales atentan á la vida de los reyes.

—Pero los reyes aplastan esos puñales con su planta de hierro; y quebrantan con su cetro de oro la frente de los traidores.

—La gloria se aleja de los corazones que la desean.

—No, la gloria se subordina á la voluntad.

—A despecho del destino?

—A despecho del destino, no; pero sí á despecho de los hombres.

—Y esa madre no temblará, si es un trono el destino de su hija?

—No; sería mas feliz que los mismos ángeles.

—No ha conocido esa Señora reyes desgraciados?

—No; solamente ha oído llorar en las cabañas.

—Pues que Dios colme sus deseos.

—Adios, Judío. Y la dama se perdió en las tinieblas, tornando á salir por la secreta puerta.

—En aquel mismo instante saltó D. Enrique desde su estancia al centro del diabólico gabinete.

—Hazan, ¿dónde está esa muger?

—Ha desaparecido.

—No faltaré á mi palabra, no quiero perderte; pero corro al campo, y conoceré á esa muger.

—Que Dios os ayude, en tamaña empresa, contestó sarcásticamente Hazan.

—Ah! si vá sola, respetaré su sécreto, sacrificando mi ambicion en ara de mi honor de caballero; pero mataré á todo infanzon que la acompañe, y arrancaré el vélo de esa poderosa señora; y Don Enrique se lanzó con furor á la puerta por donde penetrára en la vivienda de Hazan.



—Hay nobles que se sublevarán contra los reyes, pero los reyes tienen tropas para los nobles; pero los nobles tienen castillos para los reyes.

—Y de qué sirven las armas y las espadas, si no se sabe usarlas? Los reyes son los señores de las espadas.

—Pero los reyes aplastan á los nobles con su planta de hierro; y los nobles aplastan á los reyes con su planta de hierro.

—La gloria es algo de lo que se desea, pero la deshonra es algo de lo que se evita.

—A desecho del destino, no se puede ir; pero si se desecha el destino, se desecha el honor.

—Y ese macho no templa, si es un terno el destino, no se puede machar.

—No; seria mas feliz que los mismos ángeles, si no se desprecia el destino.

—No; solamente ha oido llorar en las espaldas, pero no ha visto llorar en las espaldas.

—Pues que diga como se desprecia el destino, si no se desprecia el destino.

—Adios, Judío. Y la dama se perdió en las tinieblas, tornando á salir por la sécreta puerta.

—En aquel mismo instante salió Hazan dando un salto al centro del diablo ginele.

—Hazan, ¿dónde está esa mujer? —Ha desaparecido.

—No faltará á mi palabra, no quiero perderla; pero como al campo, y concórreré á esa mujer.

de las artes y ciencias, las bellas artes, las artes de la guerra y las artes de la paz, las artes de la agricultura y las artes de la industria. No había en Toledo un arte que no se hallase en todas las partes de España. No había un arte que no se hallase en todas las partes de España. No había un arte que no se hallase en todas las partes de España.

### CAPITULO IX.

Este hermoso país, que se extendía desde el río Tago hasta el río Guadiana, y desde el río Guadalquivir hasta el río Guadalquivir, era el más fértil y más rico de España. En él se cultivaban todos los frutos de la tierra, y se criaban todos los animales domésticos. En él se fabricaban todos los géneros de seda, lana y algodón. En él se trabajaban todos los metales preciosos y comunes. En él se cultivaban todas las artes y ciencias, y se enseñaban todas las artes y ciencias.

### La judería de Toledo.

En el siglo XIII era Toledo el emporio de la civilización castellana, y el primer florón de sus ciudades. Enriquecida con los despojos de la dominación árabe; ornada con obras que conservaban el sello de sus primeros reyes, hecha centro del poder y de la gloria del famoso Rey D. Alfonso el Sabio, se levantaba sin rival, eclipsando el brillo de todas las ciudades, y compitiendo en esplendoroso lujo y magníficos monumentos con Sevilla y Córdoba, hermosas prendas arrancadas al poder musulmán por la espada de San Fernando. Pero entre todas sus maravillas era pasmo de las gentes la judería, donde anidaban los hijos de Israel destinados á conservar las ciencias y á propagar las luces; y donde lucían las riquezas del Oriente encerradas en magníficos bazares, cuyo lujo parecía mentido encantamiento: tanta era su fabulosa magnificencia. Allí eran

de ver las gigantescas sinagogas, las brillantes academias, los concurridos mercados y las telas y joyas traídas de luengas tierras para engalanar las gracias de las hermosuras castellanas. No habia rico aderezo que alli no se hallase; ni precioso adorno que alli no se vendiese; ni la misma imaginacion podia seguir en su maravilloso resplandor las raras obras, reunidas como grandioso tributo rendido al poder castellano por los hijos de Israel, que en aquel siglo encontraron en Toledo refugio para sus tribulaciones, y santuario para su Dios.

Este hermoso barrio destinado á los Hebreos, única vivienda de aquellas razas, se estendia á la parte occidental de la gran ciudad, no lejos del Tajo, que besaba los murallones, y peñascos; límites de aquel apartamiento y defensa al par de la imperial Toledo. Pero no solo en aquel tiempo se veia alli el sello impreso por los nietos de Abraham. La judería era un libro, donde sé podia leer la historia de Toledo. Su gran Sinagoga recordaba en sus arcos de herradura, y sus graciosas pilastras, el fantástico espíritu de las religiones musulmanas; y las imponentes moradas de sus nuevos habitantes manifestaban bien á las claras su origen godo; cuyas huellas aun no ha borrado el sople de los tiempos.

Entre aquellas peñas, cauce natural del Tajo, y al pie de aquellos torreones, vigias que guardaban el sueño de Toledo, paseábase Gutier acompañado de otro su camarada, como quien distrae penas, entregándose en brazos de ociosos recreos y alegres pasatiempos. La conversacion de aquellos dos hombres era interesante y amena.

—Loado sea Dios, caro Beltran; porque nos ha permitido darnos al descanso por espacio de algunos días robados á nuestros desaguisados y trabajos. En que mala hora le plugo á Dios echarnos al mundo; y de que mal talanté estaria su Divina Magestad cuando pensó en semejante desaguisado, que asi debe llamarse la singular y nunca vista mania de criar gente, que solo podian servir en deservicio de su santa causa, y en desestima de su sagrado nombre!

—Pero mal de muchos, consuelo de..... Cuando yo veo esos pobres judios, que habrán sin remision de condenarse, despues de haber malgastado su vida en andar bebiendo los vientos, tras ricos tesoros; doime por bien pagado y bendigo la misericordia de Dios, que al fin no me hizo semejante á esa despreciable canalla; oprobio de la tierra y baldon del humano linage.

—¡Mentecato que tu eres! Beltran. Y es verdad que habrán de condenarse mas que les pese á esos pobres diablos, porque asi lo manda la Santa Madre Iglesia; pero á fé de Gutier, su vida es mas para envidiada que para tenida; y sus riquezas mas para codiciadas que para maldecidas; porque no hay pepion ni burgales en Castilla que no venga á parar á estos malditos bazares, sepultura de maravedises y escudos.

—Pero siempre fué origen de mala ventura esa raza que Dios condene, amén.

Si nunca las paredes de Toledo hubieran encerrado esas gentes, á buen seguro que gozaran en paz los moros nuestras tierras. Estos condenados dieron al rey Rodrigo el brevaje que le trastornó el seso, hasta que requirió de amores á la hermosa pecadora; que hizo mas mal en Castilla que piedra en sembrado; ó terremoto en pueblo. Y diz que pasan las noches en sabrosos coloquios con Lucifer, y los dias entregados á evocar brujas y malos espiritus, que corren á sus casas como centellas, no bien entrada la noche, dejando olor de azufre por do quiera que pasan. Y esos judios dan mal de ojo á las niñas, embrujan doncellas, resucitan muertos, se tornan en fantasmas, son secuaces de Satanás y mimados hijos del infierno.

—Ay! Beltran, te aseguro que á pesar de su hermosura me martirizan estas calles, donde solo encuentro desasosiego. De noche no puedo ver lechuzca alguna sin santiguarme; ni oír el canto del gallo sin decir Jesus mil veces. Pero créete que por ver repleta mi bolsa, como la de esos israelitas, me daría de buen grado á cualquier cosa, acostumbándome á cortejar brujas y tratar duen-

des, con tal de que no me llevasen tan buenos amigos al infierno; porque si nunca nos hubiéramos de morir, santo y bueno; pero teniendo siempre la voz del sacristan en los oídos, y la cruz á la puerta es cosa muy sensible el andarse en bromas con semejantes gentes.

—Créete Gutier, que vivo temeroso y desazonado en Toledo, echando siempre de menos los tiempos en que yo me avenia libre de cuidados con mis pechos, labrando tierras y abrevando ganados, que sino eran míos, me daban á trueque de mis vigiliass rica leche y blanco pan; alimentos que yo saboreaba con deleite, y que daban mas gusto á mi paladar, que los insípidos manjares con que nos regalan esos ricos-hombres, en cuya estima somos menos que lebreles y alazanes.

—Pues yo soy de distinto parecer. Gusto de la guerra, en la cual estoy como el pez en el agua, y el pájaro en el aire; gusto de las aventuras de esos nobles, y de sus contiendas y de sus amores, que me divierten como trova de juglar ó romance de soldado. Y á propósito, ¿no sabes lo que anoche sucedió á orillas del río, no muy lejos de la puente de Alcántara?

—No: cuentámelo, porque me muero por historia y cuentos.

—Venia una apuesta dama de la mas alta alcurnia toledana rebujada en tupido manto, y seguida de escuderos, por las orillas del río.—De do venia no sabré decírtelo, ni he podido averiguarlo; porque las ricas hembras castellanas se parecen en lo misteriosas á los judios, aunque no pecan de comedidas y recatadas. En aquella sazón estábame yo en cierto parage cercano al río, cumpliendo estraños cometidos, que son de mi consigna, y pude verlo todo sin ser visto, y hasta vislumbrar quien era la misteriosa dama, cuyo nombre no me es completamente desconocido.

—Y se llama?

—Doña Mayor de Guzman, con la cual no sé que cuentas tiene pendientes mi señora Doña Leonor de Haro; porque así la odia como tú á los judios, y yo á los moros. Venia la buena señora, sin

cuidado al parecer, y sin temor, confiada en el valor de sus escuderos, cuando al subir la puente se oyó el eco de ahuecada voz que decía: «atrás villanos, que me place dirigir algunas palabras á esa dama que custodiais»; y á la luz de la luna brilló acero toledano, sostenido por valeroso brazo.—Seguíanle otros varios embozados atentos á la lucha que debía entablarse y dispuestos, según de su talante pude inferir, á no dejar que su protegido fuese arrollado por los malandrines guardianes de la rica-hembra.—Pero estos que así entendían de miedo como de renegar de la fé de Cristo, avezados tal vez á estrañas aventuras, terciaron sus tabardos, blandieron sus puñales y aguardaron, resguardando la prenda que les estaba confiada. La buena dama era valerosa, porque ni siquiera dió el mas ligero grito, ni se guareció miedosa bajo el amparo de sus escuderos, ni acudió al recurso de perder el sentido y caer redonda y tamañita en el suelo; achaque muy propio de tan melindrosas y altísimas señoras. El valiente caballero daba tajos y mandobles, que se perdían en el aire sin hacer daño alguno; porque sus contrarios se retiraban hácia la puente en maravilloso orden, sosteniendo sin acometer el furor de la tajante y deslumbradora espada. No bien hubieron ganado la puente, cuando agrupándose los escuderos sostuvieron con decidido arrojo aquel lugar, dando tiempo á que la dama, protegida por la oscuridad se perdiese en la sombra, no sin haber dejado en la contienda un pedazo de su manto, que cayó en manos de su perseguido, el cual ayudado de sus secuaces, no pudo ganar aquel punto que les cerraba el paso para conseguir sus intentos. Bien es verdad que uno de los embozados se arrojó al rio, pero no era muy ducho en achaques de nado, y debió de tardar algun tiempo en ganar la orilla, mas yo que en mitad de la puente me encontraba, dime con sigilo á seguir la huella á los fugitivos, atravesé en pos de su paso estrechas callejuelas, hasta que ayudado de Dios, divisé su guarida; de la cual guardo muy buena memoria, puesto que á sus puertas estuve muy cerca de la eternidad. Volvime dando gracias

á nuestro patron Santiago por mi buena ventura, echando cuentas allá para mi sayo, y poniéndome á discurrir como podria aprovechar tan estraña aventura en pró y honra de mi bolsa.

—En pró de tu bolsa? No te comprendo.

—No parece sino que eres estraño á toda casa solariega, y profano en materia de servir á nobles gentes; ¿pues no conoces, que por estos cuentos pierde el seso toda dama y el juicio todo infanzon, y que despues de saborearlos como grato manjar, te arrojan algunos escudos para que bebas y te refociles á su salud? Benditos sean los que andan á caza de aventuras, y asaltan muros y rondan calles; benditos mil veces los que cuchichean en la puerta de Visagra, y traen á mal traer á toda la nobleza castellana; porque son gangas no despreciables para todo falconero largo de lengua y corto de vergüenza. Y sino miren que pedrada me dieron anoche con sus riñas y contiendas aquella buena gente que Dios salve en premio de sus fazañas.

—Pero se ha subido el santo al cielo, y no has acabado de relatar-me tu historia. ¿Qué fué de los combatientes?

—Volvime al campo de batalla, y no habia alli combatiente alguno, todo estaba desierto; pero como no ví cadáveres, ni pude olfatear rastro alguno de sangre, juzgué que todo se arregló; cuando los acometedores vieron que era huida su dama, y los guerreiros del bando opuesto llegaron á convencerse de que su empresa y sus esfuerzos eran de todo punto perdidos; y como siempre el villano cede, tomarian las de Villadiego los valientes escuderos.

—¿Y tú sabes sacar provecho de todas estas cosas?

—Creer que conduce á conseguir honra y provecho el arrastrarse por los suelos, es creer lo escusado; antes parece bien en nuestra condicion levantar la cabeza y hacer gala de la servidumbre, á guisa de esos briosos corceles que llevan con noble orgullo la honrosa carga de sus altivos señores. Yo no pierdo ocasion de mostrar mis buenos servicios, ni desoigo palabras de mis señores, ni me se cae en tierra ninguno de sus gustos, y de paso suelo ver-

ter alguna palabra como quien nada hace; de tal modo, que han llegado á convencerse de que soy mueble indispensable en su buen servicio. Y si tú vieras el palacio de mi señor, ni en Babilonia hay mas confusion, ni en campo de batalla mas guerreros, ni en las cobijas en palacio, ni en la judería mas misterios.

—¿Y á que viene tanta gente?

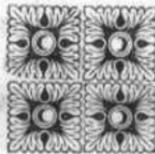
—Calla, hombre, dijo Gutier, bajando estraordinariamente la voz, aquel palacio ha sido albergue de nobles malcontentos, y de infanzones no muy sobrados de seso, gente toda ganosa de zambras y guerras y torneos y rebeliones, tan amigas de correr cañas y ensartar sortijas como de lanzarse al campo y tajar cuerpos, gente en fin que murmura á toda hora del rey.

—Pues si el rey llegase á descubrir semejante hormiguero, no saldrian muy bien librados los poderosos señores, porque la espada real es mas tajante y afilada que todas las espadas de los nobles.

—Empeñáronse en ello, en que han de amagar los dias de S. A., y mucho me temo que habrán de desvelar su sueño. Y no creas que se ocultan ni que esquivan ajenas miradas, todo lo contrario; hablan á voz en grito, disputan con el mayor descaro, y dicen pesates del rey, sin dárseles un ardite de que tanta blasfemia pueda llegar a oídos de S. A. Mi señora Doña Leonor es la reina de la hermosura en aquellas justas, y mi buen amo D. Diego Lopez de Haro, azuza los combatientes con su voz ronca, y desabrida como el eco de un cuerno de caza repetido por los bosques. Yo, aunque no tengo muy buenas entendederas, échome á discurrir por esos mundos de Dios en que han de parar estas misas, y á veces me parece que se escapa mi cabeza de los hombros.—Gutier, me decia no hace muchos dias mi amo, me seguirás á todas partes,—hasta la muerte le dije—y vive Dios, que como me trate á manera de cuerpo de santo, no he de abandonarle en mi vida.—Y figúrate que bromas voy armar, cuando cuente la zambra habida en la puente de Alcántara, y diga que fué Doña Mayor de Guzman la

heroína que originó tanto mandoble, grito y cuchillada.

—Mira, Gutier, el sol se ha puesto; los judíos cierran sus tiendas, vuélvense las dueñas á sus escondrijos, las campanas preludian el Ave Maria, y la noche no es muy buen huésped en esta maldita judería de Toledo. Convino en todo Gutier, y retiráronse en sana paz ambos rufianes.





## CAPITULO X.

### La nobleza de Castilla.

Nunca vió el tiempo mas hermosa á Doña Leonor de Haro. Reclinada muellemente en gótico sillón, se dejaba llevar de su indolencia, siguiendo el leve vuelo de sus pensamientos, matizados de mil ensueños y perfumados de ideas, con que el porvenir debía coronar sus sienes agitadas por el soplo de la ambicion.—En la arabesca estancia parecia una diosa en su templo. Las bóvedas filigranadas por oriental imaginacion encerraban en sus morunas labores ideas de amor; las orientales alfombras cuajadas de flores eran como guirnaldas depositadas por los campos á sus plantas, y los pintados vidrios de sus ventanas heridos en aquel momento por el postrer aliento del crepúsculo semejaban la sonrosada atmósfera, en que vagaba aquella joven alma, llena de aderadas ilusiones, surgidas de su pecho y alimentadas por su juventud, hermosura, flores que en el alba mece en sus brillantes albores, y que la noche mata con sus frias tinieblas.—Para Doña Leonor lucian esos dias

que pasan como vago sueño; el aire murmuraba armoniosos acen-  
tos en sus oídos, el cielo lucía á sus ojos con los matices de la es-  
peranza, tegia el porvenir coronas para adornar sus gracias, la no-  
che le enviaba en sus alas ensueños de ventura, el día luz para  
contemplar sus triunfos, y el gozo y la ventura daban color á sus  
mejillas y á sus labios encantadoras sonrisas.

A sus pies, y como dando matices á aquel cuadro hallábase su  
favorita Clarinda, hermosa mora de ojos abrasadores como el sol  
de los desiertos.

—Os dormis, señora, el Dios Todo-Poderoso vele vuestros en-  
sueños, y os envíe una flor de sus jardines para que crezca si es  
posible, al despertar vuestra hermosura.

—No, Clarinda, pensaba en el porvenir, y cánticos de triunfo  
seguían mi paso por el mundo. ¿No es verdad que la hermosura es  
como el sol?—¿no es verdad que los guerreros caen de rodillas á sus  
pies modulando oraciones parecidas á las que tributan los ángeles  
á Dios? ¿no es cierto que el crepúsculo es menos misterioso que  
nuestro corazón, y las estrellas menos lucientes que las chispas de  
fuego que despiden los ojos de un amante rendido á nuestros pies,  
cuyo aliento sube en ondulaciones de ventura hasta los labios en-  
treabiertos con ansiedad para aspirar aquellos seductores perfu-  
mes? No hay nada como el amor. Pero ese amor ha de latir deba-  
jo de una coraza, y el pensamiento que nos siga en nuestra vida,  
ha de vivir bajo duro casco, porque el amor sin la gloria no es  
amor. Y esa pasión sublime ha de palpar á la vista de ricas dia-  
demas, de hombres que se inclinan, de soldados que tiemblan, de  
almenados castillos que esperan impacientes la vuelta de su señor.  
—El amor es gloria y ambición. ¿Y yo amo? Mil veces me dirijo á  
mí misma esta pregunta, porque si amar es vivir en el cielo de otro  
corazón, y vagar en las sonrosadas alas de amante corazón, sin  
mirar al porvenir, sin recordar lo pasado; yo... á nadie amo.

—Amar es vivir; exclamó la moruna hermosa.

—¡Ay! añadió Doña Leonor; no soy propensa á dejarme llevar

de encantadoras palabras. La hermosura es una flor, pero las gotas del rocío que la fecundan son el brillo de las perlas, y los reflejos de los diamantes. El aura que arrulla sus rizadas hojas es el murmullo de alabanzas exalado por todos los corazones que la contemplan, y el sol que la presta colores, es el poder de que la rodea espléndida y alta fortuna. Si no hay infanzones que caigan á los pies de la rara beldad, ¿de qué le sirven los encantos?—mas le valiera nó haber nacido que vivir solitaria en ignorado desierto....

Por eso jamás diré á mis amantes que anhele una cabaña, donde ocultar mis amores, no, quiero para amar la córte, porque donde no hay luz no viven las flores.

—¡Ay! amar, señora, es sentir la vida que huye del corazón, y va á refugiarse en el alma de un hombre, cuyo es nuestro pensamiento. Amar, es perderse en deleites infinitos animados por el rayo de una mirada ó el eco de un suspiro. Amar, es apartarse del mundo, y buscar en un desierto el Eden, para que no turben los hombres la dicha de los amantes. La memoria del que ama solo tiene un recuerdo y un deseo su corazón, y una palabra sus labios, porque amar es desposeernos de nuestra naturaleza, y habitar espacios encantados.

Sonrióse la de Haro al contemplar el entusiasmo de su esclava, y dijo:—segun eso yo nunca he amado. Gústame tan raro descubrimiento —Y en efecto, nunca he sentido por hombre alguno esa pasión, esa embriaguez que tu pintas. En un desierto, me moriría de hastío. Reniego á tanta costa del amor.—Y Leonor cayó del séptimo cielo á donde se remontara al principiar este coloquio. Volvió Leonor á sus meditaciones, cuando penetró una de sus sirvientas á anunciarla que un caballero buscaba á su padre.—¿Está mi padre en su estancia?—No señora.—¿Dónde se encontrará?

Aun no habia Leonor pronunciado estas palabras, cuando se dibujó en las paredes la sombra de D. Enrique.—Estremecióse la de Haro, y las dos esclavas dejaron sola á su señora con el noble y resuelto infanzon.

—Vos aqui? D. Enrique.

—Os estraña mi venida?

—No; pero no os esperaba.

—No me esperábais? Y yo siempre espero vuestros recuerdos, y anhelo siempre vuestra presencia. Leonor, no amais nada en el mundo?

—Sí, Enrique, amo á un hombre, cuya imágen nunca se aparta de mi corazon.

—Y podríamos saber los mortales el nombre de esa privilegiada criatura á quien Dios dotó de tan riquísimo presente.

—Y vos lo preguntais?

—No lo pregunto, Leonor. Siento en el alma una secreta voz, que me llama á la felicidad, y una íntima revelacion que me habla de amor. Y esa dulce armonía es mi único consuelo en esta vida tan llena de amarguras.

—Vos padeceis D. Enrique?

—¿Quién no padece en el mundo? Mi deseo combate siempre con mi debilidad, y mi debilidad con el destino. ¿Quién saldrá vencedor y quién vencido?....

Lo ignoro; pero si Dios presta ayuda á mi brazo, yo alzaré con la punta de mi espada una corona para colocarla en esa frente donde brilla mi ventura.

—Una corona abrasaria mi sien; dijo Leonor con fingido disimulo, achaque que resaltaba entre todas sus cualidades.

—Las coronas sientan á las hermosas frentes como los rayos al sol.—¿No os agradaria, Leonor, veros en el trono de Castilla, en ese trono el mas hermoso del mundo recibiendo los votos de los pueblos, prodigando sonrisas, y siendo ídolo de mil vasallos? El tálamo real va á quedar solitario.—D. Alfonso odia ya á Doña Violante. Ni la virtud, ni la hermosura severa de la reina, ni su cándido corazon, ni su acendrado amor lucen á los ojos del mas sabio de los reyes. Se ha esforzado en creer que la infanta de Aragon no comprende sus delirios de poeta, y sus arrebatos de sa-

bios, y la martiriza con el desden, y la asesina con el desprecio. Esta angustiosa situacion no puede durar por mucho tiempo.— Doña Violante, pasa sus dias en el dolor, y sus noches en el insomnio, perseguida de horrible pesadilla, solo ve su desgracia y solo mira el desvio de su real esposo.—Es tan buena que le faltan palabras para quejarse, y le sobra corazon para sentir. Siempre tiene lágrimas en los ojos, nunca rencor en el pecho. Y sin embargo, esa muger irá á morir en algun destierro, llevando por torcedor sus amores, y por único consuelo sus virtudes.—El rey pedirá licencia á Roma para contraer nuevo matrimonio, pretestando la esterilidad de su esposa y todas las princesas de Europa, convertirán sus ojos á Castilla, y suspirarán por esa corona que es tan querida del sol. Y vos, Leonor, vos la mas hermosa de las ricas hembras de Castilla; la mas noble y poderosa ¿no alzarias vuestros ojos á contemplar esa nueva aureola que tan solo os falta para ser la primera entre todas las mugeres del universo?

—Me insultais, D. Enrique, nunca iré á sentarme en el trono, que deja vacante la virtud. La muger que se atreva á pisar el palacio de Castilla para recoger la diadema arrancada á las sienés de tan feliz esposa, será odiada de todos los nobles corazones, y maldicida por las generaciones venideras.—Vengan en buen hora esas mugeres, á quienes deslumbran la riqueza, y embriaga el poder á gobernar el pueblo de Castilla; pero las que nacimos en noble cuna española, y nos criamos en señoriales castillos, ni queremos para lucir nuevos resplandores, ni mendigamos proteccion á la fortuna; nunca la hija de los Haros pensará en ser trofeo de las victorias del rey, y blason de las desgracias de la reina.

Doña Leonor seguia encubriendo maravillosamente sus sentimientos.

—¡Oh exclamó enagenado D. Enrique. ¡Cuánto siento no poseer el trono del mundo para arrojarlo á vuestras plantas. Si me animara esa sonrisa, iria al campo de batalla á traeros el reino de Granada, para que envidie la tierra vuestra ventura.—Si ese re-

cuerto me acompaña algun dia, cantaré á la luz de luna á la puerta de mi tienda, trovas mas dulces que el aura de la noche, y las palmas africanas se estremecerán temerosas de que mi espada las arroje al viento, para que sean portadoras de mi gloria.—Amame, Leonor, amame, y mis deseos crecerán, y mi ambicion ciega hasta aqui, verá bien claro que no es odio mezquino ni despreciable interés lo que mi pecho encierra, sino amor inspirado por los divinos ojos, donde se abisma mi alma.

Aquellas palabras tan apasionadas, no hicieron latir de amor el corazon de la de Haro, antes bien sonaron en sus oidos como justos elogios tributados á su hermosura.

## II.

En aquel punto, y en sazón que el infante miraba estasiado á Doña Leonor, la cual reunia todas sus gracias para encadenar aquel altivo corazon, presentóse en la estancia gallardo pagecillo, anunciando que los nobles aguardaban al principe reunidos en la estancia de D. Diego de Haro.—No le plugo mucho esta nueva á D. Enrique, porque su corazon comenzaba á sentir el preludio de una pasión y abandonó mal de su grado el atabesco retrete, donde Doña Leonor tegia doradas cadenas, que difícilmente podria romper el principe castellano, si daba entrada en su pecho á los encantos de aquella muger ornada de singular hermosura; pero desprovista de todo sentimiento. Y en efecto, Doña Leonor calculaba con frio razonamiento y sosegado corazon, las ventajas que le ofrecian sus amantes; su alma se habia convertido en adoradora de su belleza, y preciaba en mas la luz de sus ojos y el sonrosado esmalte de sus megillas, que todo sentimiento; porque adivinando instintivamente que la vida del alma ha menester del dolor y de las lágrimas, que todo sentimiento infinito lleva en sí angustias infi-

nitás, no queria ó no podia declararse esclava del amor en menos-cabo de su belleza y de sus entonces seductoras gracias.—Era un ángel sin alma, una flor sin aroma, una sombra, un vago eco de hermosura; pero tantas dotes se eclipsaban por la dureza de su corazón, y el frío disimulo de su carácter.—El infante la amó, desde el instante en que pudo posar sus ojos en aquella rara beldad. Mil veces en el alcázar se habia detenido á adorarla en silencio, mientras otros mas afortunados mortales recibían en su corazón el rayo de una mirada ó el armonioso eco de dulcísima palabra. Y aquel amor alimentado por una vaga esperanza iba á apoderarse de su ser, para castigar sus faltas, porque Dios azota siempre al culpable con el látigo de sus propias pasiones.—Sigamos, pues, al príncipe, porque nos interesa no perderlo ni un momento de vista.

Esperábale impaciente lo mas florido de la nobleza; veíanse en el espacioso salón á D. Diego Lopez de Mendoza, á D. Gonzalo Ruiz de la Vega, á D. Miguel Iñiguez de Suazo, Fortun Sanchez de Bellflor, Pero Lopez de Pampliega y otros innumerables infanzones; que en obsequio de la brevedad omitimos. Al penetrar el infante, saludáronle todos con noble respeto.—Y D. Enrique les dijo:—Celebro veros aquí reunidos y animados de un solo deseo. Dios quiera que en el día de la contienda nos halle el cielo tan unidos, para que la fortuna corone nuestros esfuerzos. Porque ya es hora de que la nobleza castellana sacuda el yugo que la oprime.—Sus fueros ganados á botes de lanza no pueden ser juguete del capricho de los reyes.—Nuestras prerrogativas, transmitidas por los siglos son tan sagrados como la corona real; y no hay poder por poderoso que sea, ni ley por justa que parezca, capaz de atentar á derechos de que solo Dios puede pedirnos debida cuenta.—Si dejais que las banderas reales hagan sombra á vuestros castillos; si permitis que el corcel del monarca huelle vuestra corona, la sombra de vuestros padres saldrá de sus panteones, para maldecir á sus hijos, que se han dejado despojar villanamente de su gloriosa herencia.

Oyóse un murmullo semejante á los primeros rugidos de la tempestad. Y en efecto, la nobleza altanera y mal contenta fué siempre remora á los proyectos de los reyes. Elemento desorganizador de suyo, porque era poco para mandar y mucho para obedecer; agitó en la edad media el reino lanzando sus fueros y sus derechos señoriales á la frente de los monarcas de tal modo que lograron á veces aplastar con su planta la corona.

—No hay salvacion, sino en la lucha; añadió D. Diego de Haro en ronca voz, y desabrido acento.—Las montañas nos esperan.—Descolgrad vuestras lanzas, aprestad vuestros bridones. La nobleza debe recoger el guante que el rey le arroja con insultante desprecio. ¿Por qué nosotros que le hemos sostenido en nuestros hombros, mientras el pueblo castellano le aclamaba, hemos de ser sus perros de caza á guisa de villanos? Mañana nos mandará á Gascuña, á Navarra, á Granada para que nos matemos, mientras él emplea el tiempo en arrancar blasones á nuestros escudos, y diamantes á nuestras coronas.—Que el grito de guerra sea la única contestacion dada á sus palabras.

—Y es tanto mas de desear este arrojó, dijo el caballero de Pampliega notando que D. Enrique hubo de olvidar algunos de sus consejos, cuanto que el Rey D. Alfonso no se halla muy seguro en su trono. El Africa consumirá sus tercios, y si Granada le abona, Navarra le provoca; Aragon le amenaza, Jeréz y Niebla invaden el territorio sevillano y Portugal le arranca los Algarbes. ¿Dónde está pues el poder de D. Alfonso?

Estas palabras iluminaron la mente de D. Enrique, que conoció su omision, y dijo:

—Qué debemos temer?—No está la justicia en nuestra causa y el valor en nuestro brazo? D. Jaime, el mismo D. Jaime saldrá á nuestra defensa—Navarra es tambien nuestra aliada.—D. Alfonso cree que los pueblos se subordinan á su voluntad como esos nobles que escuchan sus palabras con ademan recogido y abatida frente.

—Y quién os ha asegurado que Aragon es nuestro? preguntó con aire de duda D. Miguel Iñiguez de Suazo.

—Nos lo aseguran, contestó D. Enrique, acontecimientos mas valedores que la fé prometida, y la palabra empeñada.—Nos lo asegura el desamor del rey, las lágrimas de Doña Violante, y el solemne juramento de D. Jofre de Loaisa. Y despreciaremos tantas ventajas?

Nobles castellanos, los enemigos se acercan á vuestros muros; y los aguardais con serena frente? Pues mañana levantarán horcas para ajusticiar á vuestros hijos.—Alzad vuestras puentes, y no deis entrada á la traicion en vuestros castillos.—Vuestros palacios deben convertirse en fortalezas armadas contra el poder real; vuestros feudos en oro para la guerra, vuestros siervos en guerreiros, cada brazo en una lanza, y cada pecho en una coraza. Ya es hora de que suene nuestra voz en el campo.—Olvidaos si quereis de los escudos, pero no os olvideis de las espadas.

Decid á vuestros hijos, que vais á buscar la muerte, para que ellos encuentren el poder.

—Vuestros deberes se encuentran aqui escritos; añadió el de Pampliega, desdoblado larguísimo pergamino. Se os pide fé en vuestra causa, y esperanza en el porvenir.—Se os obliga á la concordia como hermanos, á la fidelidad como caballeros.—Se os recuerda que combatís en propia causa, y con propias fuerzas; y por último se os ruega que no quede escudo en vuestras cajas, ni brazo que labre vuestras tierras, ni caballo que se apaciente en vuestros prados, ni espada que cuelgue en vuestras salas de armas; mientras Dios nos llame á pelear y á morir.

—Si, exclamó entusiasmado el de Haro, no hay sacrificio imposible cuando se trata de pelear por justos derechos. Yo en presencia de Dios juro, que hasta lo mas sagrado, lo mas santo, lo que mas adore mi corazon caerá en la honda sima de esa guerra.—Las montañas de Vizcaya palpitan al eco de la trompa guerrera, y sus hijos fuertes como la encina resistirán todo combate, y arrollarán

todo enemigo.—Yo maldigo á los abatidos que flaquearen en tan alta empresa, maldigo á los que huelguen y se alegran mientras la guerra nos espera; maldigo sobre todos al traidor que nos venda, ó al infame que nos abandone.... Y juro por la cruz de mi espada no dormir bajo techado, ni pisar mis dominios, mientras el delincuente no haya visto caer sobre su cuello la tajante espada de la venganza.

Aquella maldicion fué pronunciada con tan aterrador entusiasmo que todos los nobles cayeron en profundo silencio.

—Juremos, pues, en presencia de Dios, no descansar hasta ver realizados nuestros ensueños; dijo con bronca voz D. Enrique. La fortuna nos sonríe, somos el poder y la fuerza.—Nobles castellanos, sacad vuestros aceros, estendedlos en presencia de Dios, y jurad por la cruz de esas espadas herencia de vuestros abuelos, que esgrimisteis en mil combates, pelear por el resarcimiento de todo derecho violado, por la salvacion de las prerrogativas amenazadas por alcanzar nuevos fueros debidos á vuestra lealtad, á la memoria de vuestros padres y al poder de vuestros brazos.

Cruzaron los nobles sus aceros, y un juramento sincero y franco salió al tiempo mismo de todos los pechos.

—Acercaos; imprimid vuestro sello en este pergamino. Esta es la única ley, que es de nuestro deber acatar; ley formada por todas nuestras voluntades, obedecida por todos nuestros corazones; ley que bien pronto escalará el trono de Castilla. En vuestra frente se junta el reflejo de la gloria; noble ambicion late en vuestros corazones; y los secos labios tienen sed de venganza.—Sellad con vuestro propio sello este contrato.

Los nobles obedecieron con recogimiento y silencio aquella orden.

Pronto sonará el día de la lucha.—Mientras tanto hemos cumplido ya nuestro deber, dijo el infante; al paso que los nobles se disponían á partir.

Mientras esto pasaba en el interior, salgamos nosotros á las

afueras del palacio, donde no nos ha de hacer falta algun raro suceso que contemplar.

Volvíase Gutier á la vivienda de su dueño, ganoso de contar las aventuras que tan buenos proyectos le habian inspirado, y repasaba en sus mientes las circunstancias que podria añadirles de su propia cosecha; cuando en tortuosa callejuela, sintió que una mano de hierro le oprimia la garganta. El mucho dolor mezclado al miedo que sentia, le quitó la luz de los ojos, pero no tanto que no viese brillar torvo puñal.

Las sombras le impidieron conocer quien era el buen mortal que en tal aprieto le ponía, cuando conocida voz vino á sacarle de su incertidumbre.

—Anoche viste lo que no debias ver.—No te mato porque necesito de tus ruines servicios; pero ya sabes que tengo afilados puñales en el cinto, y buenos escudos en la bolsa.—Si cuentas lo que viste probarás aquellos; y si me llevas á donde te indique, regalárte con estos.

—Yo haré lo que pidais.

—Llévame al palacio de tu señor; cuyos menores escondrijos te son conocidos, llévame, y cuida de ocultarme donde pueda ver y observar. Y diciendo esto, arrojó algunos escudos en manos de Gutier, que tomó seguido de Nuño el camino que conducia al palacio de Haro.



## CAPITULO XI.

### Inquietudes y misterios.

El monarca castellano escuchaba con atencion á Fernando Yañez, su notario mayor, que le daba cuenta de las pretensiones con que se presentaban en la córte de Toledo los embajadores de Sancho Capelo, que pedia al rey de Castilla, la corona de Portugal, y de D. Martin Nuñez, que representando á D. Alfonso hermano del desposeido Sancho Capelo, sostenia sus derechos. Los embajadores de Eduardo de Inglaterra renovaban á su vez la pretension de su señor D. Enrique á la mano de Doña Leonor, hermana de D. Alfonso. Por todos lados la Europa inclinando su frente ante la grandeza de D. Alfonso, aunque tanta reverencia y humillacion era debida, porque cuanta gloria puede sentarse en un trono contempló la Europa en el trono castellano del siglo XIII.

—Bien Yañez, dejad ahí esos pergaminos, tomaremos espacio para examinar pretensiones tan contrarias.

—Obedezco señor.

—¿Qué nuevas presenta la corte?

—En la puerta de vuestra cámara el adelantado, y el canciller de estos reinos esperan.

—¿De alta trascendencia serán las noticias, cuando tan de mañana se nos entra por las puertas del alcázar el buen Pedro Guzman?

—Señor, lo ignoro.

—Adivino en el tono de tu voz, nuevas interesantes.

—Señor, nada se me alcanza de las cosas públicas.

—¿Son políticas segun eso las nuevas?

—Señor, repito que ignoro cuanto al estado se refiere y á las pretensiones de los nobles.

—¿Me anuncias revueltas y disturbios?

—El adelantado de Castilla espera vuestra vènia y dará cumplidos pormenores, contestando á vuestra pregunta—é inclinándose Yañez pidió permiso para retirarse.

—Id, y que entre mi buen adelantado.

Salió Yañez y estrechando la mano de D. Pedro,—le dijo:—Entrad; he cumplido vuestro encargo.—S. A. os espera impaciente.

Entró D. Pedro en la cámara real, dispuesto á dar cuenta de los progresos de la conspiracion acaudillada por D. Enrique.—La energia de D. Diego de Haro engañó sus cálculos políticos y sus juicios personales y al ver cuan amenazadora se presentaba la nobleza, solo sintió en sí su amor á D. Alfonso, y como fiel vasallo, acudió á señalar el peligro, pronto á presentar su lanza y su escudo á los atentados de los nobles.

—¿Y bien mi Guzman?

—Señor, ante todo ruego al rey de Castilla, que me escuche.

—Por qué al rey de Castilla?

—Porque mis palabras herirán á D. Alfonso, y lastimarán su pecho.

—¡Lastimar mi pecho!

—Si.

—Hablad, que redoblais mi impaciencia.

—Señor, sensible es tener enemigos; pero cuando los botes de nuestra lanza pueden herir su frente, y los cascos de nuestrós corceles hollar sus pendones, parece que es mayor nuestra nobleza porque es mayor el esfuerzo que mostramos.

—Continuad.

—Pero cuando vemos salir enemigos de entre las paredes de nuestra vivienda, ó cuando los vemos levantarse entre las sombras que rodean nuestro lecho, el espanto crece, crece la inquietud, porque nuestra faz no se presenta libre y sin mancha, que precisados á seguir la marcha tenebrosa de los traidores, nos embozamos tambien en oscurisimas tinieblas.

—Vuestro discurso me estremece, Guzman.

—Señor, cuando un rey combate en la frontera, su grandeza es sublime; pero causa tedio el verle precisado á desconfiar de sus nobles.

—Guzman acusais?

—Denuncio tramas como adelantado, y como vasallo.

—Concluid.

—Acuso á D. Diego Lopez de Haro, y á sus deudos, los Mendozas, y Velascos,—acuso á vuestro hermano.

—¿A quién Guzman?

—Al infante D. Enrique, que desde el dia de la audiencia, en que hizo el papel de retador con el fin de congraciarse con la nobleza, ha permanecido oculto en Toledo, conspirando con los Haros, Velascos, y Mendozas.—Juro y acuso al infante D. Enrique, de atentar contra la autoridad real de D. Alfonso de Castilla—juro y acuso á.....

—¡Basta Guzman, basta!

—Hace tiempo señor, seguia con ávidos ojos los progresos de la conjuracion.

—¿Y hasta hoy mis oídos no escucharon nueva de tal linaje?

—Señor, los reyes no deben conocer los crímenes de sus súbditos sino para el castigo, ó el perdón; á sus fieles vasallos toca sondear la caverna del mal, y del misterio,—perderia su brillo la corona, escuchando los sordos pasos del traidor.

—La corona debe saberlo todo, para quilatar el castigo ó el perdón.—Íntimos son los lazos que nos unen, D. Pedro, mi vida alienta hoy gracias á vuestro esfuerzo, y juntos hemos escuchado los gritos de guerra del alarbe; pero si acusando á mi sangre vuestras palabras mintieron, os espera el castigo que impone mi ley á los perjuros.

—Señor, cuando habla un noble de Castilla, no ignora que con su sangre confirma sus asertos—contestó D. Pedro con altivez.

—No pongais en olvido esas palabras.

—Estan escritas en los blasones de mi casa—continuó D. Pedro con el mismo acento de firmeza.

—Basta Guzman, la prueba con que sosteneis la acusacion.

—Débeos bastar mi palabra, señor, mi fiel palabra de vasallo nunca desmentida—dijo D. Pedro con acento de amargura, pero atendid á los detalles.

Escuchó con atencion D. Alfonso las pruebas que su adelantado le presentaba y ahogando profundísimo suspiro, exclamó:

—Mi buen Guzman, vuestra fidelidad á mi persona, cubre con velos de dolor ese sol que tan brillante apareció hoy ante mis ojos, y trueca en amargura la calma y la felicidad que mis recuerdos de ayer difundian en mi existir.—¡Cómo pruébanme estos hechos, que no hay goce cumplido, ni dicha verdadera!—Mas tratemos de atajar la tempestad que á todo andar avanza sobre mí.—¡Padre mío, vuestras palabras en el lecho de muerte, cuán olvidadas son ya por vuestros hijos!—¡Bien anunciásteis Guzman, que partiriais mi corazón!

—Señor, cargas son de los reyes!

—El rey de Inglaterra pide la mano de mi hermana Doña Leonor,

y pronto llegará á nuestros reinos el príncipe D. Eduardo.—Disponed la marcha de la córte á Burgos en donde aguardaremos su llegada, y efectuado el enlace partiremos contra el moro de Andalucía.

—Quizá no baste tal medida para detener la marcha de la conjuración.

—Bastará, conozco el carácter del infante.

—Depositar en sus manos los pendones castellanos,—señor, creo que.....

—No Guzman, marcharé yo á la cabeza de mis nobles, y seguirán mi estandarte los Laras, Haros y Velascos, y el infante D. Enrique acaudillará las banderas de mi adelantado mayor, de los Caballeros del Templo, las huestes del adelantado de Murcia, é irán con el al fonsado, los buenos homes de las municipalidades de Cuenca y de Toledo.—Es necesario, puesto que desea conquistar el afecto de la nobleza, que redunde en beneficio de la patria la ambicion del infante.—Los nobles aman el valor, y acatan al valiente; y el conocimiento que ha de tal verdad, será causa de que se encienda su ánimo y se estiendan los dominios castellanos, y al mismo tiempo, el temor de que su gloria no menoscabe el brillo de mi corona, porque el rey es el primer caballero de su reino, dará mayor pujanza á mi brazo y nuevos brios á mi corazon.—Y así Guzman, las contiendas personales, dotarán de mayor grandeza á los dominios de Fernando de Castilla.

—No en vano, os reputan los hombres como sábio.

—Guzman, que mis órdenes se cumplan.

Inclinóse el buen adelantado y salió, y su magin le acordó en aquel momento, que no habia estendido su demanda..... pero el buen Guzman tenia sobrado corazon para ser hábil político. El dolor que dejó traslucir el semblante de D. Alfonso, al saber la trama de su hermano, quitó á su ánimo el deseo de acusar á Doña Violante y borró de su fantasia el deseo de gozar mayor poder— ¡no! no! exclamaba atravesando los salones del alcázar, no acusaré

á la reina, no quiero aumentar los dolores de mi rey—vigilaré su conducta, y estaremos en guardia á fin de que Aragon no nos sorprenda.—Hay en las palabras de D. Alfonso un timbre que penetra en el alma y nos hace mejores si somos buenos, y buenos si somos malos.—No quiero sobre su dolor levantar mi privanza. á mas es poco noble fundar poderes en lágrimas.

—Mi hermana apreciará mi conducta—y contento y satisfecho el buen Guzman abandonó el alcázar.

Lastimado por demas y profundamente conmovido quedó el rey castellano con el relato del Adelantado mayor de sus reinos.—Pesábale en el alma la conducta de su hermano el infante D. Enrique, pesábale porque sentia con horror separarse la sangre de sus venas y sentia que los disturbios interiores amenguáran su fuerza para combatir y levantar á gran altura su nombre, que debia resonar por todos los ámbitos del mundo.—Solo la ciencia y el amor son capaces y tienen en sí fuerza para distraer los sentimientos humanos.—Bien aseguraba el sábio rey, que amor y ciencia son nombres distintos de una existencia, porque amando, se conoce la riqueza del corazon de los hombres y se ama á Dios, y estudiando conócese la grandeza de Dios, y postrados ante su magnificencia le amamos elevando á las regiones de los espíritus puros, el perfume de nuestra ánima, que en alas de la oracion asciende á formar el ambiente de los bienaventurados.

Despues de corta meditacion,—estudiemos—esclamó y hablando con Dios olvidaremos á los hombres.—Y siguiendo oculto pasadizo se encontró en el salon de estudio que ya conocemos. Allí veianse nuestro conocido Hazan, Mohamad Gebber, Rabbi-zag de Sujurmenza, Rabbi-Jhuda Mosca, Guillen Daspaso y otros sábios no menos

entendidos en ciencias astronómicas, á las que se dedicaba en aquellos momentos D. Alfonso con amor, porque formábanse las famosas tablas alfonsinas, que á tan alto punto elevaron la ciencia de nuestro rey, y tan imperecedero monumento levantaron á la ilustración española en los siglos medios. En el centro de la estancia que formaba bóvedas veíase escrito el nombre de Yhowah, en caracteres hebreos, que no menos que tan alto nombre podía presidir aquel cielo de sabiduría.

Entróse sin anuncios D. Alfonso y árabes y judíos humillaron sus frentes tocando con ellas el encubierto suelo, á la manera que nos humillamos los hombres cuando deslumbrador fantasma de gloria y ciencia pasa por delante de nuestros ojos de carne.

—Gloria al Rey!

—Dios ilumine á los maestros;—título mas lisongero—contestó D. Alfonso con ahogado suspiro.

—La corona recibe rayos de Dios, contestóle Mohamad.

—La ciencia recoge esos rayos, y no los recibe.

—Pero dichoso el rey, que reúne la doble corona del poder y del saber, porque entonces la ciencia no halla límite y la autoridad no encuentra obstáculo.

—Dejemos reyes y volvamos la vista á las estrellas... Trabajos?

Y sentándose el rey, examinó y reformó con minuciosidad los cálculos y estudios que le presentaron los sábios, que su cuidado reunió en la córte de Toledo.

—Bien, espero que pronto concluyamos estas tareas, porque despues del cielo, nos espera la tierra. Mi Fuero Real, no basta á mis proyectos y deseo una ciencia de las leyes.

Cuanto oyeron sus palabras inclinaron respetuosamente sus frentes, ante el genio de aquel rey que al parecer habitaba como natural esfera, la region de lo sublime.

—Hazan.

Levantóse el judío y acercándose al rey inclinó su cabeza esperando sus palabras.

—Plácenme tus últimos cálculos y acertadas teorías.

—Vuestra palabra me honra sobre manera.

—Hay en tí cierto secreto influjo, que me obliga á girar en torno tuyo, á pesar de mi voluntad.

—Señor, aumentais mi reconocimiento.

—Sin duda tu ciencia, tu frente en la cual resplandece la sagrada huella del estudio, atrae á mi ánima, que impelida por su entusiasmo lánzase en pos de tí!

—Señor.

—Y sin embargo, continuó el rey hablando consigo mismo, no satisfácenme del todo tales reflexiones, porque en cuanto mis ojos alcanzan á este hebreo, jamás hártanse de verlo.

—Señor, como vuestra grandeza encargóme uno de los trabajos en que principalmente estriba la conclusión de las tablas, quizá vuestro amor por la ciencia dota al humilde Hazán de una atracción que no es mas que sencillo efecto de vuestro entusiasmo científico.

—Tendrás razon Hazán, pero no me encuentro contento, como me sucede siempre que lo desconocido me agita y me atormenta.

—No veo causa para tamaño desasosiego.

—Hay sin embargo en mí un misterio en cuanto se refiere á este judío, continuó D. Alfonso: se presenta ante mí y miro sus ropas con atenta mirada, como si trajera en ellas recuerdos de un mundo en donde la felicidad vagára por encantados horizontes, como si perfumes celestes vivieran en sus pliegues, cual si los ecos de su voz fueran encantados, porque oídos de ángeles los recogieran y contemplo su frente como si la mirada de un Dios hubiérase posado en ella, pintando geroglíficos que encierran goces inefables para el mortal, á quien su compresion no esté velada.

—Estraña manía! murmuró el judío.

—¡Misterios son, esas simpatías que toman arraigo en el alma y crecen y desarróllanse sin que nos sea dado sondear sus causas, ni explicar sus efectos!—Y jamás hártanse mis ojos de contem-

plar al judío; ¿qué encierra este hombre que á su presencia siento en mí cúmulo tal de sensaciones, que gozo y sufro?

—Vuestra fantasía de poeta, es gran rey, la causa de tal tumulto.

—No Hazan, mi fantasía de poeta, vé las estrellas llorando luz, mira los cielos estremeciéndose de amor al sentir la ardorosa mirada del rey de los astros, que pasea sus espacios seguido del cortejo que forman sus resplandores de fuego, contempla las palpitaciones de la naturaleza, que víctima de sus deseos quiere besar los cielos y no pudiendo, lanza á las auras sus raudales de inciensos y perfumes, para que se suman en los abismos de lo infinito. Mi fantasía de poeta, Hazan, llora con las flores, gime con los arroyos que depositan en las anchas márgenes de los rios el secreto de sus amores con la floresta y el valle, y con los rios entra en el mar cantando las glorias, que viera entre los hombres: y así como el cántico de los rios se pierde en las ondas de los mares, así mi pensar se pierde en la contemplacion de esa gota desprendida de las nubes, de ese mar de lágrimas de dolor vertidas por el Eterno que abrazando al mundo, truena y se irrita al ver las iniquidades de los mortales y se levanta airada cual si quisiera castigar esta tierra donde solo la prevaricacion habita y donde únicamente el crimen tiene su vivienda. Pero mi fantasía exalta, arrebatada mi alma, no la postra y la conmueve, mi fantasía lleva la oracion á mis lábios, pero no las lágrimas á mis ojos.

Conocia Hazan el corazon humano, pero su conocimiento se estrellaba ante el real corazon de D. Alfonso, y en vano revolvía en su cerebro todas las fórmulas que encontrara en Ibn Badja el maestro de Ibn-Roschd ó Averroes y los demas sábios que se ocuparon de filosofia, á fin de penetrar el significado de aquel delirio, que agujijoneaba las potencias del rey de Castilla.

Despues de pronunciar sus últimas palabras calló el rey cansado por la vehemencia con que esforzó su acento.

—Dejemos esto Hazan, son misterios que Dios y su ministro el tiempo aclararán.

—Señor, yo también tengo misterios cuya resolución voy á proponer á V. A.

—¡Misterios!

—Sí, misterios de Dalanda.

—De quién?—esclamó el rey levantándose y llevando al judío al fondo de la estancia y en su rostro pintóse desgarradora inquietud.

—De Dalanda, señor,—repitió el judío, sin parar mientes en la confusión y extrema zozobra de su real interlocutor.

—Habla pronto.

—Señor, á mis oídos en medio de las tinieblas de la noche, ha llegado la historia de esa niña, repetida por labios que no eran los vuestros, y eran mis oídos los que escuchaban.

—Qué dices!

—Contaban señor una historia horrorosa, historia que es la historia de Dalanda, y es la historia que vos ignorais.

—Aumentas mi curiosidad habla, Hazan.

—Era en Toledo el año 1241 y en una casa situada detrás de la parroquia de San Roman, oíanse voces tumultuosas y gritos de desesperación. Era una madre joven y hermosa que defendía á su hija contra los esfuerzos de un marido y de su hermano.

—Sus nombres?—esclamó D. Alfonso.

—No acierto á leerlos señor, son de elevada alcurnia y están escritos en mi corazón; pero hay una mancha de sangre que los oscurece.

—Hazan, sus nombres, te lo mando.

—Señor, todas las noches se presentan ante mis ojos, pero, continuó el judío lanzando azorada mirada en rededor de sí—los sábios se alejaron al comenzar la conversacion secreta del rey—pero..... mi conciencia no acierta á leerlos.

—Qué dices? por qué son tan enigmáticas tus palabras?

—Porque en esa historia, señor, hay un nombre de judío... porque la lucha continuaba y la madre, clamando por su hija, evocaba todos los sentimientos tiernos del corazón de su esposo,

recordaba á su padre sus juegos infantiles, les hablaba con el acento del delirio de la hermosura de su hija, que lloraba amargamente y arrodillada á sus plantas, les besaba los pies pidiéndoles á su hija mientras la estrechaba exclusivamente contra su seno: entonces ¡qué horror! resonó la voz del judío, que dijo:—á las madres solo la muerte es poderosa á separarlas de su hija—y entonces brilló un puñal, resonó un ay! cayó un cuerpo y un hombre entregó un ángel al infante D. Alfonso que acudía guiado por sus sentimientos de caballero, al oír los lamentos de una niña, y huyó llevando en brazos un cadáver.

—Quien fué el asesino.

—El marido.

—Quien el judío.

—Yo!

—Tú! y yo puse en tus manos aquella noche esa niña ¡necio de mí! que no ví en tus caricias, los halagos del tigre, vuélvemela, ni un momento mas en tu poder.

—¡Oh! por piedad noble rey, dijo el judío, abrazando las rodillas de D. Alfonso, por piedad! por vuestra vírgen! cuando oigo su voz angelical me parece que los profetas cantan himnos de perdon! por piedad!—es mi castigo porque me recuerda siempre el crimen, y es mi dicha porque sus ojos dicen que me perdonan el haberla privado de la ilustre cuna que la esperaba, ¡por piedad noble rey, tomad mi vida, pero dejad que Dalanda derrame una lágrima sobre mi tumba, porque esa lágrima será el perdon del Eterno!

Habia en el acento del judío tanto dolor, recordaban sus ojos encendidos tanto llanto y tanto remordimiento, que D. Alfonso sintióse conmovido.

—Basta judío y prosigue.

—Esta historia señor, la escuché hace pocos dias, á caballeros poderosos: ignoran que vos la recogisteis y que vos protejeis su cabeza, y una doncella hermosa en casa de un judío es señor, una bolsa de escudos en el camino.

D. Alfonso no contestó.

El judío conociendo el estado de su espíritu, salió del aposento.

Quedó solo el rey de Castilla. Dalanda! murmuró pasando su mano por su ardorosa frente—Dalanda, repitió, y sus labios se unieron cual si quisiera besar aquel nombre tan querido—Dalanda, yo te..... y como acosado de un vértigo, abandonar la estancia.



## CAPITULO XII.

### Hazan medita y obra.

#### I.

En tanto el judío atravesaba las calles que conducian á su vivienda y encerrándose en su retiro en el cual se dedicaba al estudio, exclamó:

—Oh! esa funesta época de mi vida, me perseguirá siempre cual una sombra y mis planes mejor concebidos y con mayor detencion meditados, serán nubes de la mañana ó nieblas de la tarde.—¡Quise penetrar un secreto y adivinaron el miol Me pareció leer en el fondo de las elocuentes palabras de D. Alfonso, «Dalarada» y al dejar caer su nombre me acosaron los recuerdos de su historia y lloró mi corazon y hablé con otro, lo que hasta hoy solo habia osado hablar conmigo en los misterios de la noche—¡Hado maldito presidió á mi nacimiento! Sino desnudamos las debilidades propias de nuestra mísera materia ¿qué somos los mortales?

Y meditando las palabras del rey, que la memoria traía á su mente tranquila y sosegada ya y en plena posesion de sus vastas facultades, arribó al mismo resultado que hizo entrever D. Alfonso con la exclamacion que dejó escapar su ánima.

—¡Sí, exclamó, en esa alma forjada para lo bello, nace un amor violento y el objeto de ese amor es Dalanda! Sus palabras me lo indican claramente—¡necio de mí que no lo comprendí cuando tan claro se presentaba delante de mis ojos!

Pero ese amor, esa pasion habrá D. Alfonso llegado á tener completo conocimiento de ella ó acaso habrá confundido tal pasion con su ciencia, y será uno de los misterios que su mente adora en la esclencia de los séres? Asi debo creerlo, porque sus palabras lo espresan.

¿Y no será que como medio de hacerme conocer ese amor escogió tal recurso?—Oh! no. Son sugerencias de mi natural desconfiado, es sobrado noble el rey castellano, para usar arterias de tan villano linage.—Ese amor vive, como vive el pensamiento antes que el estudio le preste alas, ese amor no se distingue aun, no tiene la fuerza necesaria para separarse del fondo de su pensar riquísimo en ideas, sentimientos y emociones.

Oh! mi Dalanda, mi remordimiento y mi salvacion, mi gloria, no, Dalanda no recibirá el amor de ningun hombre, no manchára á la flor de mi pensamiento el hálito de los mortales—si se aman, Dalanda se separára de mi..... es imposible—exclamó levantándose de su asiento y midiendo la estancia á largos pasos Oh! rey de Castilla, grande es tu poder y mucha tu ciencia, pero el vulgo me tiene por mágico y he sido tu maestro.

Y por largo rato solo se escuchó en el aposento del judío el mesurado son de sus pisadas. Su pensamiento se entregaba sin duda á combinaciones profundas.

—Si la ciencia oculta de mi colega Mohamad-Gebber, fuera una verdad como lo son mis cálculos astronómicos, exclamó con sonrisa que se dibujó en su lábio sarcástica y traidora, ahora vendría á

sosegar mi inquietud, un bebedizo que apartará de su magin el encantador sueño del amor de Dalanda, y cumplidos se verian mis deseos, pero ya que no encantamientos, tiene el hombre resortes que producen efectos parecidos....

O nada se me alcanza de achaques de córte ó conseguiré mi objeto. Doña Violante ama al rey en cuanto es posible que las criaturas amen á Dios, pero D. Alfonso no encuentra en ella la imagen fiel de sus ardientes y fantásticos amores; pero hay un bebedizo que trastorna el seso, que causa al corazon ansias mortales, que muda de tal modo nuestro ser, que la paloma truécase en aguilá y ese bebedizo está en mi mano y ese bebedizo son los celos. Doña Violante, tu esposo hace tiempo que roba momentos á tu corazon y los deposita á los pies de otra beldad mas afortunada. Doña Violante atiende á la hora que marca el sol, porque es la hora de tu dicha; ese amor huye y se desvanece, rodea á tu real esposo de halagos y sorprende á ese corazon próximo á volar, sí, sorpréndelo reténlo en tus brazos y estampa en su seno beso de amor eterno; —estas palabras comprendidas por la reina, salvarian á mi Dalanda, me salvarian á mí de los tormentos de una separacion.—¡No faltará voz que haga resonar estas palabras en los oidos de la hija de D. Jaime!

Ahora dediquémonos á esa ciencia falsa que sostiene la verdadera ¡cuán necio es el vulgo que pone su fé en poderes ocultos, cuán ignorante es esa nobleza que viene á mí en busca de breva-  
jes hechizados—el único poder oculto entre los hombres es este,—  
esclamó el judío, golpeando su frente—pero si contestára á sus ridículas demandas que la ciencia era vana, tendriame en poco precio y darian al viento voces de que el hebreo Hazan era como científico persona de poca monta.—Compongamos al infante D. Enrique su breva-  
je para conseguir lo contrario de lo que yo pretendo y con amarga sonrisa, asió de sus morteros y alambicadas vasijas, encendió su hornillo y comenzó un compuesto de simples de cualidades inocentes, pero ricas en aromas y en color.

II.

Poco despues pisaba el judio las magnificas escalinatas del alcázar. Los guardias como persona conocida diéronle franca entrada y tomó dirección hácia las habitaciones reales, pero á poco torció el camino y buscando pasadizos, encaminóse al salon, que daba comienzo á las estancias habitadas por la hija de D. Jaime de Aragon.

Iba el buen judio decidido á dar la noticia del amor de D. Alfonso, con el fin de que fueran ya una verdad sus planes, y su Dalandia continuára siendo el ángel consolador de su existir. Mas fueron vanas todas sus súplicas para llegar hasta los pies de Doña Violante; su título de maestro y consejero de D. Alfonso fué desatendido, porque S. A. retirada en el fondo de sus habitaciones, se negaba á toda audiencia.

Por último, temiendo fueran vanos sus deseos, y los acontecimientos imposibilitáran su astucia, resolvióse á dirigir sus comunicaciones á D. Jofre Loaisa.

El buen ayo de Doña Violante no estaba á la sazón con el ánimo asaz tranquilo y sosegado, para escuchar nuevas confidencias, que aumentáran su malestar en la córte de Castilla. Sus últimas revelaciones á Doña Violante habian irritado su carácter bondadoso hasta lo sumo, y la cólera de su reina, pesaba con peso abrumador sobre su corazon de caballero y fiel vasallo. Sin embargo, dió treguas á sus inquietudes, el anuncio de que el cantor de la Sinagoga Toledana se acercaba á él, en demanda de misteriosa conferencia. Cuantas suposiciones formó con tal motivo D. Jofre durante los cortos instantes que precedieron á la presentacion del hebreo, es cosa que no sabremos decir y seria sobrado estenso su relato en estos momentos. Presentóse Hazan é inclinándose, exclamó:

—Que vuestro Dios vele por los preciosos dias del noble aragonés.

—Y proteja la cabeza del docto hebreo, contestó con acento de desprecio, comprimido por la consideracion, de que hablaba con uno de los mas estimados favoritos del rey castellano.

—Acaso mi presencia.....

—No, espacio habemos, el tiempo no me atosiga.

—Yo D. Jofre, hace años, que venero y respeto á la reina Doña Violante.

El exordio del judio llamó la atencion del buen ayo, y se despertaron sus temores y zozobras.

—Continuad.

—Y con sumo dolor he presenciado lo que todos hemos visto.

—Mirad, que entiendo poco de achaques de enigmas y geroglíficos, quizá dependa de que en Aragon no comprendemos gran cosa de ciencias y misterios, aun cuando no cedemos á ninguno respecto á lanzas y escudos.

—Sonrióse el buen Hazan y continuó:—Murmura el vulgo y no es por esta vez afan de murmurar, que los amores del rey respecto de Doña Violante no son de ardor tan subido que cause asombro.

—Hablas son del vulgo, contestó D. Jofre, esperando fuera aclarándose la conducta del hebreo en el trascurso de la conversacion.

—Desconfia, murmuró Hazan.—Yo como fiel aunque ignorado vasallo de S. A. la reina, sigo paso á paso las variaciones sufridas en el corazon de D. Alfonso, espiano los momentos en que la justa y santa influencia de Doña Violante pueda manifestarse con todos sus encantos.

—Mas como íntimo y obligado de D. Alfonso en todo no le seguiríais sus pasos atento solo á favorecer á S. A?

—Aprendí en Castilla, que es nobleza dedicarse al servicio de las damas.

La astuta contestacion del judio, aunque en boca de un hebreo

—¿Por qué sobremaneja al bueno de D. Jofre que exclamó :

—La reina tendrá noticia de tan leal servidor.

—En mucho precio el recuerdo de S. A.

—Continuad, continuad, decias que estabais informado de las variaciones de los sentimientos de D. Alfonso.

—Ese es el significado de mis palabras.

—¿Mas cómo conocéis tan misterioso recinto como es el corazon de un rey?

Sorprendió la pregunta al judío, pero contestó con prontitud.

—En ciertos estudios, á los cuales el rey se dedica en mi compañía, es necesario entrar con el ánima limpia, porque las escelencias de los séres no se revelan á los espíritus manchados, asi, es preciso en el umbral de la ciencia abandonar todo pensamiento liviano y de poca monta.

No entendió gran cosa D. Jofre de la contestacion del judío, mas por lo mismo se dió por satisfecho inclinando la cabeza.

Continuó el judío, —hoy el amor del rey no es el amor que en años pasados le unia á su esposa.

—Segun eso el rey tiene dama?

—¡Novicio sois en secretos reales!

—Aunque íntimo del rey nunca merecí la menor confidencia.

—Há tiempo corre por la córte el rumor á que me refiero.

—Sí, hace tiempo corria pública voz que una villana se enseñoreaba del ánimo de S. A., pero un noble no da crédito á semejantes....

—Oh! no, no, contesto el judío con viveza, porque la referencia á Dalanda hirió su ánima,—eso es imposible y carece de todo fundamento.—Ihowah me asista si será ya público el nombre de Dalanda—continuó para sí Hazan.

—Creo como vos,—pero aludiais á persona de alta alcurnia?

—De elevada y nobilísima prosapia! contestó trémulo el judío

—Su nombre?

—Su nombre, nada cumple á nuestro propósito, sea cualquiera la dama, básteos saber....

—No continuéis.—Cuando no os es conocido el nombre de la dama vuestras sospechas son infundadas, y quizá vuestra adhesión á S. A. la reina se habrá dejado sorprender con la historia de la villana.

Sorprendióse el judío por las palabras del ayo de Doña Violante, y anonadado, porque sus trazas no surtían el efecto apetecido, y fuera de sí por las alusiones á la existencia de su educanda contestó:

—El nombre no se ignora.

—Lo afirmáis?

—Lo afirmo.

—Sin embargo, no es caballero,—dijo para sí D. Jofré.

—Teneis razon no soy caballero; y la palabra de un judío es de poco precio y de ningun valor para un cristiano,—dijo el hebreo contestando no sin cierta amargura.

—Dispéñseme el docto consejero de D. Alfonso.

—Os repito que es conocido el nombre de la dama, continuó el hebreo con la tenacidad propia de su raza.

—Y se llama?

—¿Qué nobles contais en torno de D. Alfonso?

—Cuento altos blasones escudando su trono. Los Haros, Velascos, Guzmanes, Mendozas.

—Habeis pronunciado el nombre.

—Doña Leonor de Haro? Siempre sospeché... sus ojos tan oscuros.

—¡Es una niña!

—Pero dotada de sagacidad no escasa.

—No es esa, damas que brillen á mayor altura necesita el corazón de D. Alfonso.

—No adivino por mas que....

Vióse precisado el hebreo; pero según repugnaba pronunciar el nombre parecia era nombre de fuego que quemaria sus labios—

continuó.—Qué motivos os parece sostienen la privanza de Don Pedro Guzman?

—¡Doña Mayor!—esclamó D. Jofre.

—Vos, no yo habeis pronunciado su nombre, dijo el judio con tono y ademan hipócrita.

—Cierto que son por demas raras, las deferencias que á Doña Mayor guarda S. A.

—Recordad las decantadas trovas de la velada, en que presentóse á la córte el poeta provenzal.

—Razon os asiste, si recuerdo ahora tal cúmulo de circunstancias que debian haber iluminado antes mi entendimiento.

—No se reducen mis nuevas á mostraros misterios de tan escaso valor, sino que mi servicio á Doña Violante es completo.

—Continuad por Dios.

—Esos amores no nacieron ayer.

—Son de fecha?

—Y no poca, pues cuéntase por lustros.

—Que decís! esclamáó irritado D. Jofre—de modo que la hija del rey de Aragon fué despreciada, y se mancharon sus escudos y blasones que solo se lavan con sangre! El rey mi señor no dejará impune tamaño insulto.

—Olvidad lo antiguo,—continuó el judio alarmado con las proporciones que á sus ojos tomaba su obra, no os pareis en hechos pasados, volved los ojos al porvenir, rico en honores y glorias para Aragon.

—No entiendo,—contestó D. Jofre con tono brusco.

—Hoy ese amor no existe, ó se halla próximo á desaparecer.

—¿A impulso de nuevo amor sin duda? dijo D. Jofre con tono sarcástico.

—Oh! no, respondió el judio turbado y tembloroso—no, los amores ya no pueden existir en su corazon,—su inteligencia es sobrada madura para buscar nuevas distracciones, solo el corazon de la reina, solo Doña Violante puede encerrar en su alma tan riquísimo

don, y ese es mi proyecto, y tal intento ha sido el consejero de mis pasos.—Animad á S. A. y á vos está reservada unir esas dos almas: hoy está libre el pecho del rey y solo el nombre de su esposa puede esculpirse en él eternamente.

Habia tal calor en las palabras del hebreo, que encantaron sus frases á D. Jofre.

—La reina sabrá el nombre de tan fiel valedor.

—No, mejor es que lo ignore, así no sospechará D. Alfonso, no digais mi servicio y olvidad el nombre de Hazan.

Cuadraba á los intentos del aragonés la petición del judío y así prometióselo.—Hazan dióse prisa á separarse del buen ayo y encaminóse á su nueva vivienda murmurando—¡Dalanda! ¡Dalanda! tu nombre es para mí fantasma vengador, y me persigue y me arrastra, no quería hablar y he descubierto nombres,—indiscrecion que en Castilla se paga con la hoja de los puñales.—¡Fatal amaneció para mí este día!—Si los cielos tuvieran á bien que mis proyectos se cumplieran, oh! entonces,—y una sonrisa vagó por sus cárdenos labios.....

No menos suspenso y meditabundo quedó el buen D. Jofre, y en efecto, era de meditar su posición. Eran ciertas las sospechas que le comunicó D. Enrique, sospechas que el infante alimentaba según que adelantaban sus pretensiones amorosas con Doña Leonor, porque siguiendo los consejos de su favorita, era su intento dar como antiguos los amores, que á su entender no podría menos de rendir D. Alfonso á los pies de la hermosura de la de Haro, y seguro en esta confianza aguijoneaba el orgullo del aragonés, con el relato fingido de los amores y damas de D. Alfonso.—Encendióse en ira el buen aragonés y consultando solo su amor por la dignidad de su patria, refirió á Doña Violante sus sospechas y sus indicios, soltando en su arrebato las prendas, que cuidábanse mucho los conjurados de presentar como ciertas pruebas del apoyo que D. Jaime prestaría á sus intentos.—Pero no conocía D. Jofre el corazón de la reina, que más que corazón real,

era corazón de mujer.—Al ver realizados los ensueños, que turbaban la tranquilidad de sus noches por las palabras de su ayo, sintióse mordida en el corazón por el demonio del orgullo, sintióse ella la reina, postergada á una dama cualquiera y descargó el peso de su cólera sobre la causa de sus dolores, y mandó á D. Jofre no se presentara ante su presencia sin conocer la historia completa de los amores de su señor.—Esta cólera, era el peso que abrumaba al buen hidalgo cuando presentóse el judío—y sus revelaciones aumentaron su confusión.—Ahora, érale dado presentarse á su reina, pero no ya para llerar juntos el desprecio, que recaía sobre la hija de un rey poderoso, que podía presentarse á los ojos de su reina, y con su historia lacerar su corazón de amante—¿Qué hacer?—Continuar sufriendo el desagrado de S. A. y ocultar el nombre de su rival? era imposible para D. Jofre vivir sin que todos los días el cariñoso acento de su reina llenara su pecho de contento—era aragonés, y había pronunciado palabras que era necesario sostener pesie á los cielo.—Por tanto cobró alientos y se decidió á llevar tan tristes nuevas á su señora.



### CAPITULO XIII.

#### La reina y la villana.

Contiguo á su gabinete de estudio tenia D. Alfonso su oratorio.

Si en el primero se entregaba á sus investigaciones; buscaba en el segundo un soplo divino para calmar sus pesares y desvanecer sus dudas. Como Rey de Castilla, sabia que la cruz remataba su diadema, como guerrero habia combatido siempre á la sombra de las banderas cristianas, como hombre era hijo de un ángel, como caballero habia hecho todos sus juramentos invocando al Salvador, como poeta buscaba en el cielo el rayo divino que forma la aureola del génio, y como filósofo, entendía que no se explica ninguna ley del mundo moral, que no se comprenden las oscilaciones del mundo físico, sin pedir á Dios la llave de todos los misterios y el fundamento de todas las verdades. Pero entre todas sus pasiones religiosas le dominaba el culto á Maria. Su gran corazon

no sentia amor mas puro, que el que inspira la plegaria de la tarde al cruzar los cielos evocada por la campana de la oracion, sus ojos no veian mas mística luz, ni mas sublime resplandor que el de esa misteriosa luna creada por la imaginacion del Eterno, para infundir la esperanza en las desgracias humanas, y su ansiedad por lo bello le hacia volar en pos de esa hermosa muger, que abre con su sonrisa al hombre las puertas del firmamento y oprime con sus pies el mundo de las eternas tinieblas.

Cuando al morir la tarde, los primeros destellos de los astros anuncian á la tierra que María vuelve sus ojos á contemplar los mundos ansiosos de su divino mirar, cuando la naturaleza confía sus amores al crepúsculo, que los desvanece en nubes de mística luz, cuando todos los hombres recuerdan su salvacion, recordando la belleza de María, D. Alfonso el Sabio postrado en frio pavimento de mármol, con los ojos alzados al cielo, en presencia de hermosa imágen de la Virgen iluminada por la dudosa luz de aurea lámpara, entrega su corazon á los cielos y pide á María amor para adorar su belleza.

Embebido en su oracion no ve los objetos que le rodean, como no recuerda el mundo que le cerca. Si fuera menor su devocion, observára que tímidos pasos resonaban en el pavimento, y un traje de seda crugia no lejos de su reclinatorio y viera que su esposa Doña Violante entraba, pálido el rostro, nublados los ojos, manifestando en su continente inexplicables sufrimientos. La reina al ver á su esposo perdido en sus oraciones, sintió estraña conmocion de ternura, y sin atreverse á interrumpirle, cayó de rodillas plegando sus torneadas manos en actitud suplicante. Una lágrima rodó por sus pálidas mejillas y un suspiro de dolor se dibujó en sus descoloridos lábios.

Tambien Doña Violante oraba, porque en la oracion todas las almas se encuentran, todos los corazones se armonizan, y aquellos dos esposos de natural tan opuesto tenian un mismo lenguaje en el templo, mientras fuera de tan sagrado recinto jamás logra-

han unír en un solo punto todos sus sentimientos. Concluída la oracion, levantóse D. Alfonso y quedó sorprendido al contemplar á Doña Violante: tan turbada y triste apareció á sus ojos la desgraciada reina. Abandonaron ambos esposos el oratorio y penetrando en el gabineté favorito del rey.

—Quiero hablaros, señor. Vuestra esposa merece tambien una audiencia de su rey, porque vengo á pedir proteccion á las leyes y defensa á la justicia.

—Vos, señora, no necesitáis dirigiros al rey de Castilla; porque sois reina; y no hay carta real, ni órden, ni privilegio, ni ley que se firme, sin que vaya vuestro nombre á la cabeza. Al venir á mí veniais tambien á sentaros en un trono, y la ley está tanto en vuestra mano como en la mia; pero si algo quereis del esposo, si al que os debe el corazon que le dejan libres los cuidados del reino, teneis que dirigir alguna súplica, hablad, señora, porque D. Alfonso está siempre pronto á escuchar á Doña Violante.

Aquella contestacion desconcertó los planes de la reina; queria presentarse altiva como juez que va á condenar á un delincuente; y al oír la voz de su esposo, al contemplar su mirada de fuego cayó en el desaliento, temblorosa como la débil hoja agitada por el viento. Pero los dardos dirigidos á su corazon eran agudos, su orgullo de muger se veia ajado, olvidadas sus prerrogativas de reina, perdidos los encantos de su hermosura y es imposible que alma alguna por mas débil que parezca, deje arrebatarese impunemente tan altos y distinguidos blasones.

—¿Para quién son, señor, las trovás que cantan vuestros poetas? ¿Qué beldad misteriosa se esconde en el corazon de la córte, cuya influencia brilla hasta en la frente del rey? ¿Adónde se dirigen las súplicas, y en qué punto se encuentran todas las influencias? Hay una muger que domina sin rival en palácio; los cortesanos que apenas miran á la reina, se inclinan hasta el suelo delante de esa beldad, los nobles y ricos-hombres la siguen por do quier, ofreciéndola sus servicios, y considerándose afortunados cuando

logran alcanzar una mirada, los sábios que no paran mientes en mí cuando entro á presenciar vuestras conferencias, la veneran eual si el saber manara de sus labios, y hasta el rey de Castilla, hasta el severo monarca, que solo tiene memoria para recordar las necesidades de los pueblos que Dios le ha confiado, y corazon para sentir y remediar sus desgracias, y entendimiento para atender á su gloria, olvida pueblos, ciencia, deberes de gobierno para convertir sus ojos á esa privilegiada criatura á fin de recoger en su alma una palabra de amor.

—Preciso es confesar que Doña Violante se habia escedido á sí misma.

—Durante esta larga queja no fijó sus ojos en el rostro de D. Alfonso, que si los fijára, ni el corazon hubiera sentido tanta amargura, ni pronunciado los labios tan lastimosas quejas y sentidas reconvençiones.

—¿Habeis concluido?

—No he concluido, señor; porque mis quejas son infinitas como mis dolores. No he concluido, porque si hubiera de manifestar todo aquello que padece mi corazon, no concluyera en la vida, ni acaso en la eternidad.—Yo cerraria mis oidos á tantos rumores como se alzan de los abismos para amargar mis dias, si alguna vez me hubiera permitido la suerte escuchar los latidos del corazon de mi esposo; pero desde que vine á la córte, ni su mirada se ha posado en mi frente, ni su sonrisa ha lucido á mis ojos; los cuidados que consigo lleva la noble carga de gobernar á Castilla, el deseo de arrancar nuevas palabras á la naturaleza, y nuevos misterios á los cielos, la guerra contra los moros, que embarga todos los corazones, la indiferencia sobre todo del ser que debió amarme, ha tegido una corona de espinas que taladra hoy mis agitadas sienes. Yo, señor, renunciaré en buen hora á esa corona que me ofrecisteis y quiera Dios que pueda detener el brazo de la venganza.

—¿Habeis concluido señora?

—He acabado de hablar, aunque ahora comienzo á padecer.

—Siento, señora, que tantas sombras oscurezcan vuestros ojos, y que tantos dolores agiten vuestro pecho. Daria mi vida por evitaros una lágrima, mi corona por alejar de vos esos temores, y mi gloria por tornar en santa felicidad tan lastimosas desdichas. Mas hay dolores que estan en el alma, como la sangre en el corazon. Hay almas que se unen al dolor, como las estrellas al cielo y como el cielo á Dios. En palacio habeis rivales? Las coronas no tienen rival, porque estan mas altas que todas las frentes. ¿No os alaban en sus cantos los juglares? Los juglares no pronuncian el nombre de la reina, sino de rodillas, con la cabeza descubierta y los ojos hundidos en tierra. Los nobles no se acercan á vos? Es porque temen morir abrasados en vuestro régio esplendor. Los sábios no os miran, cuando entráis á oír sus conferencias? Los sábios, señora, tampoco miran á Dios, cuando pronuncian su nombre. Pero el rey tambien os abandona? Los que estamos en alturas eminentes como los que viven en colosales peñascos, han nacido para la soledad. Cuando el alma en alas de su pensamiento se aproxima al cielo, el cuerpo desfallece. Los reyes no han sido creados para la vida del corazon. Dónde está aqui el hogar, dónde el sagrado y seguro recinto de la familia? Los guardias nos rodean, como si temiesen que escalásemos los muros de nuestra prision. Los ricos-hombres nos vigilan y siempre estan fijos en las puertas de la régia estancia como carceleros de aqueste calabozo. El pueblo nos sigue, para ver si hemos roto nuestras cadenas de oro. ¿Dónde pues, hay espacio para esenchar un latido del corazon? Antes que hombres somos reyes. El amor está prohibido á nuestros pechos, porque nuestro amor es para el pueblo. Por eso recibimos en nuestros talamos no á los objetos con que sueña el alma, sino á desconocidos seres, cuyo anillo nupcial está en manos de las naciones. Hé ahí, señora, nuestro deber.

Vos tambien, señora, sois antes reina que muger. Por tanto no temais que el rey falte á sus deberes.—La reina cuyo candido corazon conocemos, se dejó llevar fácilmente de la elocuencia de

su esposo. Amábale con acendrada pasión y estuvo por arrojarse á sus pies confusa, como si realmente hubiese cometido un crimen. El rey no la amaba, pero la compadecía, como se compadeció en gigantesca selva la triste flor que nace al pie de colosal encina, para morir en la sombra sin recibir beso alguno del sol. Doña Violante no podía resistir por mucho espacio de tiempo la mirada del rey, ni el peso de su conversacion; salió pensativa, pero serena; las palabras del monarca habian caído como benéfica lluvia sobre su corazón. ¿Con que el desvio del rey proviene de nuestra propia grandeza? dijo murmurando para sí.—Pues bien, seamos antes reina que muger.

La infeliz no comprendia el recóndito sentido de aquellas palabras.

Apenas hubo traspuesto el umbral, cuando el rey dejó caer la cabeza sobre el pecho como si intentase despojarse de todos sus pensamientos.—Será verdad? decía para sí, la felicidad es tan solo una idea de nuestra mente? ¿Será el deseo un abismo por donde váya el alma á precipitarse en la eternidad!—Dónde, dónde estará la ventura tranquila como la mirada de un niño, serena como el cielo en una noche de luna? ¡Ah! exclamó, me olvidaba de Dalanda. Y envolviéndose en negro manto y calándose espesa visera abandonó por secreta puerta la régia estancia.

—No debo quejarme por las cosas que me suceden, porque cuando la ventura me visita siempre lo hace en el momento en que yo me encuentro en el punto en que me encuentro.—

Seductor era el cuadro que presentaba el conocido bosque de Dalanda. La luna apoyada en argentina nube parecia ser conducida en alas del misterioso serafin encargado de mantener su sacra luz, el rio deslizándose al través de los bosques, producía armoniosos acentos, entregaban sus aromas las flores á los aires, gorgeara el ruiseñor en la copa de los árboles y Dalanda postrada al

pie de elevado ciprés unía sus oraciones al canto de la naturaleza. El rey D. Alfonso rebujado en ancho manto contemplaba aquella escena desde la cima de la colina como el profano que se acerca á ignorado templo.

Al verle la niña alargó hácia él sus brazos, no como el que busca un ser real, sino como el alma fascinada que corre en pos de seductor fantasma. El rey descendiendo de la colina y hollando indiferente las rosas y azucenas, que doblaban su corola bajo la planta del monarca, decia: tu pureza me atrae, eres tan divina que no te puedo contemplar sino de rodillas.—Jamás amó mi corazon, porque si amára hubiera sentido esta terneza tan dulce como una lágrima y tan bella como un suspiro.—En esta pasion no hay dolor, es un éstasis, una sombra de poesia, que no caerá nunca en el sepulcro de la palabra.—Duerme tu sueño de amor, mientras yo te adoro con pasion hija del cielo. Y aqui en presencia de Dios, escondido tras el azul manto de la noche, juro que el sol de Castilla no devorará tus alas de mariposa.

—Con que por fin has vuelto á la tierra? preguntó Dalanda acercándose al rey tímida y amorosa.

—He vuelto por ver tu rostro, Dalanda.

—Mi rostro se habrá marchitado, porque en tan larga ausencia solo he sabido llorar.

—Estás mas hermosa que nunca.

—No debo quejarme por tu ausencia, porque cuando te veo re-  
cojo de tal modo tu imágen en mi pecho que siempre te estoy mirando.

—Me olvidarás?

—Olvida al sol la flor, la luna al cielo y los ruiseñores su nido?

—No.

—Me olvidará á mí alguna vez la Virgen?

—Tampoco.

—Y los ángeles olvidarán á la Virgen?

—Nunca.

—Y la Virgen olvidará á Dios?

—No es posible.

—Pues tampoco es posible que yo te olvide, porque eres mi compañero en la soledad de la noche y aun de día te apareces á mí. Si miro á la luna veo allí retratarse tu rostro. Si cojo una flor te escondes en sus hojas. En las sombras que forman los ramos de las encinas, te veo vagar perdido y en las márgenes del rio murmuras como el agua al perderse en las praderas. Pero eres muy ingrato, porque te llamo siempre y nunca te dueles de mí, porque nunca me respondes.

—De día Dalanda no puedo venir: harto lo siente mi corazón.

—Nuestro amor, como los luceros, tan solo luce de noche. Sonrióse el rey al contemplar la candidez de la niña, y le dijo:—¿En qué conoces que me amas?

—En el estremecimiento que se apodera de mí cuando te veo, en la claridad que esparces cuando bajas á mi pequeño valle. Te amo. Mira al cielo, contempla como chispean las estrellas, ya se esconden en el seno de la noche, como palomas perseguidas por voraz milano, ya se acercan á las montañas, porque tal vez en sus simas las aguarda algun ángel que querrá llevarlas ante el trono de Maria, para que su luz no se apague, ya se miran en el rio estasiadas en contemplar y en admirar su hermosura, de tal modo que mil veces suspiran por bañarse en sus ondas. Esas son mis hermanas y los luceros las siguen como tu sigues mis pasos.

—No brillo yo con esa luz, dijo suspirando el rey.

—Aparta esas sombras que te oscurecen y verás como brilla tu pecho con luz mas seductora que el lucero de la mañana. Y en efecto, desembozó la jóven á D. Alfonso y la luna reflejándose en el magnífico collar que lucia en su pecho, deslumbró á Dalanda.

—Eres algo mas que un lucero, porque llevas en tu pecho una cadena de estrellas.—Y la jóven cayó de rodillas ante D. Alfonso.

—No, Dalanda, soy un hombre que huyendo del mundo viene á buscarte, porque tu eres del cielo.

—Yo del cielo? no lo creas, siempre suspiraré por volar al cielo; pero nunca he logrado conseguirlo. Subí en la callada noche á la montaña donde los cielos descansan, pero al llegar á su cima se desvanecieron alejándose á montes mas altos. El cielo huye de mí como esquivo el jilguero la mano que le persigue.

—No, Dalanda, el cielo está en tu corazón, en tus dulcísimas palabras, en ese aliento de virtud con que refrescas mi fatigada existencia. Dios solamente podría haber imaginado alma tan seductora y corazón tan bello.

—No, yo soy de este valle.

—En los valles del mundo no nacen tan candidas rosas. Apartate siempre de los hombres.

—Nunca veo á los hombres. Algunas veces en la opuesta orilla del Tajo vuela sobre brioso corcel fuerte guerrero, dando al viento sus pintadas plumas. ¿Y querrás creer que jamás me lleva el deseo á querer seguirlo? Me dan temor sus afiladas armas, porque he sabido que las destinan para matar á sus hermanos.

—Sí, tu universo debe concluir en esa colina. Aquí está todo cuanto debe llenar tu corazón. El sol te presta luz, sombra los árboles, adornos las flores y el cielo virginal aureola.

—Sin embargo, me han dicho que en Toledo habita el rey de Castilla y desearia verle, porque debe ser su corona muy hermosa.

—No es tan hermosa como los rayos del sol.

—Diz que le rodean esforzados infanzones.

—Ninguno es tan fuerte como esas encinas.

—Y que hermosas damas ostentan ante su grandeza innumerables gracias.

—Ninguna de ellas tiene el color de la rosa, ni la candidez de la azucena.

—Su palacio segun he oido, es una maravilla.

—No hay en el bóveda alguna, tan preciosa como ese manto azul que flota sobre nuestras cabezas.

—Y los sabios le cuentan los secretos de Dios.

—Las sabios no han conocido jamás á Dios cual lo conoces tú.

—Yo quiero verle, para que me lleve delante de la Virgen.

—El rey, hija mia, aunque ama á la Virgen con todo su corazón, está bien alejado de su trono de luz.

—Entonces de qué le sirve ser rey?

—Tienes razón, es rey y no puede detener el curso de un astro ni impedir el nacimiento de una flor, es rey y no conoce la tierra que pisa, es rey y los hombres le engañan y los traidores le venden.

—Entonces ya no deseo verle, porque seré mas feliz en mi bosque que el rey en su palacio.

—Sí, aquí está la felicidad, aquí esta la vida.

—Y dime, tú no rezas? preguntó Dalanda.

—Sí, rezo todos los dias porque soy cristiano como tú.

¿Qué cosa hay en el mundo que no murmure oraciones? La rosa mira al cielo, su último perfume es su postrer oracion. La alondra se pierde en las sombras de la tarde. El árbol se levanta para tocar las alturas con su frondosa copa y el rocío desciende como el consuelo al corazón, y pasa la plateada nube por el cielo como el ángel de la esperanza.

—Segun eso deseáras como yo ver á la Virgen.

Un profundo suspiro salió del pecho del monarca.

—Todas las noches pídele esa gracia, y al fin se apiadará de nosotros. Porque debemos ser muy perversos cuando María no viene en alas de alguna estrella á ofrecernos su corazón. ¡Cuán desgraciados somos!

Aquellas palabras espresaban el sentimiento del poeta que busca su ideal, sin encontrarlo jamás, que adivina su génio, sin poder manifestarlo á los hombres. Las lágrimas de Dalanda eran como el dolor del desterrado, que contempla en apartadas regiones las ondas, que van á besar las riberas de su amada patria. Dalanda era hija del cielo, y su imaginacion suspiraba por reclinarse en su cuna.

Aquellos coloquios eran para el rey la poesía realizada. Dalanda flotaba sobre el universo, en que vivía, como el sueño del poeta flota sobre las tristes realidades de la existencia. En todas partes veía hombres, que bajaban ante él su cabeza; y Dalanda le quería como tierna hermana. La lisonja sonaba eternamente en sus oídos, y aquella muger, imágen fiel de la naturaleza, no sabía empañar con la mentira sus sentimientos y su corazón perfumado de poesía era la brillante estrella en que se embebía la imaginación del rey. Después de contemplarla estasiado por algunos momentos le dijo:

—Voy á partir, lejos, muy lejos; pero tu vienes conmigo, aquí, en el corazón. Sabré de tí todos los días, porque me sería imposible vivir sin tener noticia de que me amas, de que mi sombra pasa ante esos ojos, sol de mi vida. Yo te adoro, Dalanda, tu amor es para mí luz y armonía. Mi corazón, que yo creía muerto para siempre vuela á los cielos, que me habían velado horribles dolores. Adios, acuérdate siempre de mí, ruega á la Virgen que me proteja; porque María no puede negar nada á tu pureza; ruégale que me dé aliento, si desmayo, y que entorne todas las noches mis párpados, y me envíe al despertarme un aliento de su divino amor.

Adios, adios, dijo Dalanda.—Sus labios no pudieron murmurar palabra alguna y ni siquiera pudo seguir con la vista al rey, que se perdía en las tinieblas.—Una carcajada epiléctica sonó entonces en el bosque, y una voz parecida á horrible maldición exclamó: ¡Si, no hay duda, el rey de Castilla ama á la villana! Yo cortaré tu vuelo, águila real. Porque Hazan el judío sabe vengarse. Mis últimas revelaciones apagarán ese amor en tu corazón: ¿qué me importa tu alteza; si puedo escalar tu trono, y poner mis manos sobre tu diadema?

nos y yamantados á recibir homenajes á su rey. Los penitentes de todas las ciudades, las armas de todas las villas asustadas en el tránsito, alamporan su carrera triunfal.

Al lado del rey en arria palafren española Doña Violante, se guía de sus hermanas ricas-hombres, el infante D. Enrique y los nobles caballeros de Fano y Pamplona, andan al lado del rey, torvos los ojos, arrapado el antecodo, livido el rostro, con ira en el corazón y rubor en la frente. Sus proyectiles van á ser destruidos por potentes manos que los empujan á la puerta y castigados las espaldas, los muros, cuando temen y veniendo resaca el viento en la zona de el pecho de las flechas multitudes. En aquel día quedán los otros hermanales y tristes dominantes. Cañón estrepado bajo el pabellón de la cruz solo también az bravo, una en un estado, la gloria y el orgullo nacional los vuelve á mirar su rey en que jaxos tan sagrados podían romperse por mano enemiga en el pasar por tiempos de pocos. En la hora avanzando los mares viene á mandar la

### CAPITULO XIV.

#### Burgos.

Todos los habitantes de Toledo coronan los muros de la imperial ciudad. El rey se dirige á Burgos con el objeto de efectuar el enlace de su hermana con el príncipe Eduardo de Inglaterra. Puebla los aires el sonido de los clarines, las campanas de Toledo saludan á su señor con sus mil lenguas de bronces, los mas altos infanzones caballeros en briosos corceles, armados de todas armas vuelan por los campos devorando el espacio y burlando el rápido vuelo del tiempo: preceden á su rey los heraldos, rodéale la nobleza castellana, síguenle innumerables pajecillos vestidos de mil colores, desafiando con sus galas los matices del iris, y bravos guerreros en cuyas armaduras renace el sol con brillantísimos colores, cierran aquel magnífico y deslumbrador cortejo. En medio de tantas galas, como el sol entre planetas, ostenta su altivez Don Alfonso el Sábido. Sus labios tienen dulces sonrisas para los nobles, miradas de fuego sus negros ojos para las damas, y reflejos de

amor para los pueblos, que corren presididos por sus corporaciones y ayuntamientos á rendir homenajes á su rey. Los pendones de todas las ciudades, las armas de todas las villas asentadas en el tránsito, alfombran su carrera triunfal.

Al lado del rey en árabe palafren cabalga Doña Violante, seguida de sus hermosas ricas-hembras. El infante D. Enrique y los nobles caballeros de Haro y Pampliega, andan al lado del rey, torvos los ojos, arrugado el entrecejo, lívido el rostro; con ira en el corazón y nubes en la frente. Sus proyectos van á ser destruidos por poderosa mano, que los empujará á la guerra y calzándoles las espuelas, los hará volar como el relámpago, cruzando reinos y venciendo escollos para clavar su lanza en el pecho de las huestes musulmanas. En aquel día cesarán los odios personales y las intrigas domésticas. Castilla agrupada bajo el pabellon de la cruz, solo tendrá un brazo, una espada y un escudo. La gloria y el orgullo nacional los vuelve á unir á su rey sin que lazos tan sagrados puedan romperse por mano sacrilega, ni aflojarse por fermentos pechos. Inglaterra atravesando los mares viene á mendigar la alianza de Castilla. El heredero de su trono demanda la honra de ser armado caballero por D. Alfonso, y anhela para afianzar su corona unir su corazón á una infanta castellana. Tantos triunfos alcanzó la influencia del nombre de un rey ante quien atónita se inclinaba Europa, triunfos tan altos y gloriosos que rayaban á inmensa altura, porque su espada sellaba siempre sus palabras y sus deseos se convertían en mandatos. La influencia que su mirada de águila tenía sobre todo pecho, y los rayos de luz que despedía de su elevada frente, le hacían no el señor sino el Dios de aquellos hombres que daban treguas á sus deseos, engañándolos con mentidas esperanzas.

Cabalgaban entretenidos con sabrosos coloquios damas y caballeros, aligerando así el camino y entregándose al alegre pasatiempo de varia conversacion.

—Hermosas por mi vida serán tales fiestas, porque la ocasion lo

requiere y los pueblos lo desean,—decia el infante D. Enrique; despues de haber escuchado una larga relacion, que de los festejos preparados para honrar en Burgos á D. Alfonso le hacia, no sin malicia el muy noble caballero de Pampliega.

—Lucirán los guerreros sus vistosas bandas en brillantísimos torneos, probando el valor y el esfuerzo de su brazo.—No faltará el correr cañas, ensartar sortijas, ni dejarán de morder el polvo apuestos lidiadores.

—Los farsantes jugarán sus farsas en los átrios de las iglesias: trobas no han de faltar mientras Giraud Requier esté en Castilla y alegres danzas de moruno origen, endulzarán algunos dias la vida de villanos pecheros y labriegos.—Nada digamos de las reinas de la hermosura, ni de los ojos con que mirarán al inglés que viene á llevarseles una rival, ni del afan en lucir sus encantos, ni de las galas, de que echarán mano para divertir el gusto de tan alto huésped.

La infanta Doña Leonor, prometida esposa de Eduardo, príncipe heredero de Inglaterra, cuyas bodas debian verificarse en Burgos, prestaba atento oido á la conversacion de su hermano y el noble caballero; mientras D. Alfonso y el adelantado mayor recordaban los altos hechos de armas escritos con sangre en las piedras del camino, y la reina se entretenia en traer á las mientes los dias de su infancia alentada por la solicitud de su buen ayo de D. Jofre de Loaisa, que como buen aragonés no olvidaba ni un instante su Aragon.—¿Quién os parece que debe ser reina de la hermosura, entre tantas y tan hermosas damas? decia el de Pampliega.—Es mas que dificultoso hallar una beldad, que á todas las demas supere, porque no hay ninguna, que no pueda considerarse con derechos á tan brillante aureola, contestó D. Enrique.

—Pues no se me alcanza, dijo la de Haro, que sea tan desmedida empresa encontrar la dama digna de tamaña honra.—Hay seres privilegiados que nacieron para reinar, y sino me creéis, no lejos cabalga la hermosa dama Doña Mayor de Guzman, norte á

donde se dirige toda mirada y reina ante la cual se inclina todo noble corazón.

Al oír Doña Mayor estas palabras, refrenó su corcel que seguía de lejos la cabalgadura de la reina, y pudo bien pronto volar también por aquel horizonte, do asestaban dardos tan certeros á su corazón, pues nunca fué propio de su valeroso ánimo, desoir á sus enemigos, ni esquivar luchas.

—Vuestro juicio, dijo, me honra sobremanera, en mucho me avalorais cuando preferis mis prendas á vuestras elevadas dotes. En cuanto á nacer para reinar, todos tuvimos la misma fortuna; porque la dama que en trono no nació ni pudo solicitarlo á la suerte, se acerca cuanto es posible á su elevado dintel.

Esta amarga respuesta era arreglada á la pena del talion, Doña Mayor no ponía en olvido la horrible fórmula de ojo por ojo y diente por diente. El de Pampliega conoció, que rugía el lejano trueno precursor de la tormenta, y para aplacarla quiso llevar la conversacion á otras regiones.

—No faltarán, dijo, en Burgos aventuras.

—Es bien pobre de aventuras esta vida que vivimos, añadió Don Enrique.—Sin embargo, yo podría contar una verdadera historia; pero sentiría que tuviese demasiado de verdadera y poco de amena y divertida.

—No, contadla esclamaron en coro damas é infanzones.

—Paseábase á orillas del Tajo en una noche de luna un caballero, cuando vió venir hácia sí gallarda dama, segun de su andar se colegia, envuelta en tupido manto en cuyos pliegues pretendia ocultar sus gracias.

—Sería por cierto arrojada la señora, dijo con sarcasmo la de Haro.

—No caminaba sola la tal dama, que si así hubiera ido, á bien que el caballero no se atreviera á intentar desafueros ni desman alguno.

—Y yendo acompañada, no era digno de respetarse su secreto?

preguntó Doña Mayor, que comenzaba á temblar.

—El valor es el mas justo de los derechos. Nunca honrado caballero desgarrará el cendal de una muger; pero su espada irá derecha á buscar cuando sea de su grado, el corazon de un hombre cara á cara y frente á frente.

—Pero despues de vencido el hombre, no es tan débil como antes la muger? preguntó con rábia Doña Mayor.

—Mucho os interesa la aventura, dijo Doña Leonor de Haro á la de Guzman, con insultante sonrisa y amargo sarcasmo.

—Sí, me interesa, porque vos la habeis provocado.

—Pero, señora, dijo D. Enrique, todo hombre tiene derecho á despojos ganados en la guerra. Además, nunca el labio de aquel rico-hombre hubiera insultado á aquella muger, y si de tal consideracion fuera digna, no se hubiera atrevido su aliento á empañar aquella frente. De rodillas le habria pedido que revelase su nombre, y si la hermosa dama se hubiera negado á colmar aquel deseo, el caballero que jamás olvidó su honor y sus deberes, la hubiera protegido en todo riesgo y salvado en todo peligro.

—Siempre es digna toda muger de la compasion de un hombre.

—Os habeis constituido defensora de la dama, y cumplis como hay Dios vuestro cometido—dijo D. Enrique.

—Y vos patrono sois del caballero y no cedeis á nadie en constancia y decision.

—Si yo os dijera que aquella dama protegida por la oscuridad tramaba proyectos siniestros, que salia de cavernoso retiro, do se entrega á negras cábalas, con el fin de alcanzar bastardos fines; condenariais al hombre, cuyo fué el intento de aplastar la cabeza de tan venenosa víbora? No era un ángel, no; los ángeles buscan la luz, y aquella muger podia ser tal vez un ángel de las tinieblas.

Púsose pálida Doña Mayor como si el soplo de la muerte hubiese rozado sus megillas.

—Pero no habeis finado vuestro sabroso cuento; observó la de Haro.

—No se en que punto me hallaba; pero debo aseguraros la verdad de mi relacion antes de tomar el hilo que cortó nuestro colloquio.

Y acercándose á Doña Mayor, dijo,—cuidad mucho, de que las armas de vuestra casa no sirvan para bastardos fines. Porque vuestro escudo juega mucho en esta historia.

Por un momento perdió Doña Mayor el sentido; quedáronse en blanco sus hermosos ojos desposeidos de luz: mortal palidez cubrió su rostro, su cabeza como lirio tronchado por el huracan se movió sin fuerza agitando sus trenzas de oro heridas por el sol; un sacudimiento semejante al estertor del moribundo agitó su cuerpo; perdió la fuerza, y á despecho de su voluntad dejó caer las riendas de su corcel.—Pero aquel desmayo fué como el valido que nos sobrecoje á orillas del precipicio; perdió en duracion lo que tuvo de intensidad y súbito restablecimiento devolvió á Doña Mayor el pleno goce de sus altas facultades; brillaron de nuevo sus ojos tornó á erguirse su cabeza y á serenarse su frente; satisfactoria sonrisa vagaba por sus labios y aquella muger, que parecía sucumbir á tan fuerte herida, adquirió mas poder en el combate como guerrero que recobra las armas de que le despojara enemiga mano.—Y al tiempo que recogió sus bridas presentadas por la solicitud de un pagecillo dijo, mirando á D. Enrique.—Hizo el caballero gran conquista; y para colosal empresa arriesgó su vida y puso en juego su valor. Porque mis pages y siervas suelen pasear con frecuencia por las orillas del rio.—Y lanzó una carcajada sardónica y amarga; mirando de tal modo á Doña Leonor que la orgullosa hija de los Haros se vió precisada á bajar sus ojos.

Estas y otras aventuras tuvieron lugar; que no es de nuestro propósito referir.

Por fin llegó el Rey á las puertas de Burgos. Entraba en la gran ciudad, aclamado por el amor de los pueblos. Su planta acababa apenas de hollar el trono de Castilla y ya la gloria se había cansado de tejer coronas para su frente.

—Aun no habia lanzado un guerrero á la frontera y las naciones temblaban, cayendo despavoridas á sus pies. Los primeros albores de su ciencia no habian salido aun de su frente y los pueblos le admiraban como se admiran esas almas capaces de volar por los espacios infinitos, y de perderse en el seno de Dios. Sus leyes, como la palabra divina, resbalando sobre el caos comenzaban á dar forma á todos los derechos, á deslindar las obligaciones; refrenando el orgullo de bastardas influencias y tendiendo protectora mano á los intereses del pueblo. Por eso D. Alfonso era bendecido como el salvador de los pueblos, como la providencia de la patria; y Burgos agradecida elevaba su nombre en gritos de entusiasmo á las estrellas.

Poesías en Burgos.



El mundo de huirte  
valiente como sus apolo  
los tiempos medios, tenia de acero el corazon y de fuego el alma;  
nante de las insignias caballerescas, verdaderas reliquias de su época  
ca venia á visitar la escurra noche, que por espacio de tantos  
siglos venia las miras de sus mayores, á la puerta de una tienda  
de campaña, réturno á los doctos del mundo y arrollados en  
mil combates. Su ardor guerrero vive en Castilla porque el sol  
castellano alimentaba en tan remotas fiamas el hueso de pelear,  
verdadero patrimonio del orgullo español, y el sentimiento reli-  
gioso que andaba en toda alma caballerescas, así como en todas  
las coraxas lucia la santa cruz, convertida á nuestra patria en el  
santuario donde la poesia del siglo buscaba su campo, para  
hacer su valor y buscar guerreros aventureros. La poesia se ha-

templaban, cayendo desparcidas á sus pies. Los primeros albos de su ciencia no habían sabido aun de su frente y los pueblos lo admiraban como se admiran esas almas capaces de volar por los espacios infinitos, y de perderse en el seno de Dios. Sus leyes, como la palabra divina, resplandecían sobre el caos, comenzaban á dar forma á todos los derechos, á deslindear las obligaciones; retiraban de el orgullo de pastar las influencias y tendiendo protector mano á los intereses del pueblo. Por eso D. Alonso era bendecido como el salvador de los pueblos, como la providencia de la patria; y firmos los agraciados elevados á las

## CAPITULO XV.

### Fiestas en Burgos.

Era Eduardo de Inglaterra joven orgulloso como su linage, y valiente como sus abuelos: criado para la guerra, según usanza de los tiempos medios, tenía de acero el corazón y de fuego el alma; amante de las insignias caballerescas, verdadera religion de su época, venia á visitar la esforzada nacion, que por espacio de tantos siglos velaba las armas de sus mayores, á la puerta de una tienda de campaña, retando á los dueños del mundo y arrollándolos en mil combates. Su ardor guerrero vivia en Castilla, porque el sol castellano alimentaba en tan remotos tiempos el deseo de pelear, verdadero patrimonio del orgullo español, y el sentimiento religioso que anidaba en toda alma caballeresca, así como en todas las corazas lucia la santa cruz, convertian á nuestra patria en el santuario donde la poesia del siglo buscaba ancho campo, para lucir su valor y buscar guerreras aventuras. La poesia se ha-

hia refugiado en todos los corazones, cada batalla era un drama, cada guerra un poema, y cada catedral el canto de todas las generaciones cristianas; porque sus caladas agujas unian los tenebrosos sepulcros con las moradas del cielo.

Placiale la corte de Castilla, porque habia hallado en ella los caballeros, que cantaban las trovas de su siglo, con su corazon rebosando amor y odio, caridad y guerra; damas hermosas de cabellos negros y pálido rostro, semejantes á las vírgenes que soñaba el entusiasmo religioso de todos los corazones; guerreros tostados al sol de las batallas, que traian en su mano las palmas arrancadas á los minaretes árabes; sábios entregados á leer la palabra de Dios en el azulado mar de los cielos; un pueblo pronto siempre á oír con entusiasmo el sonido de la guerrera trompa, y un gran rey reuniendo la triple corona de filósofo, monarca y soldado.

Y á todo aquello se unia el lujo desplegado por D. Alfonso. Si entraba en palacio creia Eduardo hallarse en encantado castillo de encantadoras hadas; sus pavimentos de bruñido mármol, sus molduras de oro, sus lámparas cuajadas de esmeraldas, y los ricos árabes almohadones, y las salas de armas, templo donde se encerraban los preciados alfanges damasquinos, y las mas bellas adargas musulmanas, formaban maravilloso conjunto que parecia trazado por el pincel de un genio en medio de las tinieblas de la noche. Si salia al campo, tenia ocasion de gozarse en contemplar los andaluces caballos cabalgando en el viento, y el ginete de acero, pidiendo á Dios amor para su dama, y muerte para los moros.

Pero su admiracion crecia de punto porque á cada paso surgian á sus pies nuevas maravillas. En el dia de su boda tuvo ocasion de contemplar la riqueza y el poder de la corte de D. Alfonso. La iglesia parecia haber reunido bajo sus bóvedas las estrellas del firmamento, y el incienso de los bosques; el clero lucia sus cruces de diamantes y sus dalmáticas recamadas de oro, las damas castellanas robaron en aquel dia sus rayos al disco del sol, porque nunca pu-

dieron sacar del seno de la tierra tanto esplendor, ni hacer lucir á los metales con tanta luz, las plumas de los cascos desplegaban todos los matices como raras aves traídas del oriente; y los nobles desposados sentíanse orgullosos al contemplar tantos tributos rendidos á su felicidad. Nada hay comparable en nuestra moderna civilización al lujo con que las bodas se celebraban en aquel tiempo. Reunidos todos los deudos aunque se viesan obligados á salvar largas distancias, convidado el pueblo entero á tomar parte en los regocijos, eran fiestas eminentemente populares. Y si el enlace era de un príncipe, y si este príncipe se denominaba Eduardo de Inglaterra, crecían de punto los festejos y se aumentaba la pública ostentación. Nunca sintió el príncipe de Inglaterra tan conmovido su corazón, como en el momento en que entonó el Arzobispo de Burgos con voz solemne y místico acento el «veni, creator,» plegeria sagrada; vibración del arpa de la iglesia que une en círculos de luz los espíritus angélicos y las almas de los hombres; voz de la tierra que desfallecida busca en alas de la oración el espíritu creador, para que no desmaye su vida en el tiempo, ni su marcha en el espacio.

Además de estas tan tiernas emociones, sintió el príncipe Eduardo discurrir por sus venas el espíritu castellano, cuando la espada de San Fernando reluciendo en manos de D. Alfonso, caía sobre su espalda uniéndole á las innumerables legiones de héroes, que en sus páginas no puede soportar la historia de Castilla. Al verse armado caballero Eduardo, conoció que el porvenir no podría entibiar nunca la santa amistad que acababa de sellar con sus juramentos, porque en su pecho relucía la cruz de las órdenes militares castellanas, y su mano empuñaba gloriosa espada de caballero, timbre más preciado que la corona de un rey. Y Don Alfonso, que con su mirada de águila abarcaba la esencia de todas las cosas, y con su profundo entendimiento leía los secretos del porvenir, sellaba con aquel enlace duradera unión con un enemigo á quien sacrificaba en Gascuña valerosos soldados, sin más fin que

La mi Carmencita es una  
preciosa, un encanto;



DON ALFONSO EL SABIO.—LAMINA 5.<sup>o</sup>

ganar honra y sin mas objeto político que sostener un reino enca-  
denado por los poderosos lazos de la naturaleza á estrañas nacio-  
nes. La guerra de Africa preocupaba su ánimo; queria volar en el  
desierto, desafiando á la apagada luz de aquel abrasador sol las  
tribus errantes que hollaron un dia el corazon de España, y buscar  
á sus enemigos en sus valles, al pie de sus vírgenes palmeras, en  
medio de aquellos rios de divino origen, á la sombra de sus tiendas  
de campaña, como caravana de misioneros que iba á vengarse de  
los pasados ultrages, y teñir las africanas costas con sangre, que  
lavase la afrenta del Guadalete. Por eso queria formar paces y  
concluir tratados con todas las potencias europeas. Habia D. Al-  
fonso cedido á su hermana la corona de Gascuña. Ayudó á los  
gascones por no desatender su llamamiento y porque le asistian  
derechos legítimos para hacer al inglés tan cruda guerra. En  
estos encuentros, el valor español alcanzó laureles y victorias, que  
cuenta hoy entusiasmada la historia. La estrella de Castilla lucia  
esplendorosa reflejando sus divinos rayos en los abismos del por-  
venir. D. Gaston no queria sufrir el yugo que las fuerzas de Ingla-  
terra pudiesen imponerle; pero si D. Alfonso, salvando su indepen-  
dencia, le inspiraba el deber de unirse á estraño suelo, sin que se  
menoscabase ninguno de sus derechos; D. Gaston obedecia á su  
protector en gracia de los altos favores que les dispensara. Ade-  
mas, otros mas altos asuntos distraian la imaginacion del rey poeta.  
Granada, la huri del paraiso, dormida entre flores, y envuelta en  
gasas de plata aérea como el placer le llamaba amorosa como rene-  
gada arrepentida, y como ángel que suspira por tornar al cielo.  
Tantas ideas de gloria, y empresas tan colosales le hacian mirar  
como presagios de feliz augurio aquella ocasion de finar antiquísi-  
mas contiendas.

El rey quiso festejar á su hermano luciendo galas, que admi-  
raran su vista, y desplegando espectáculos que entusiasmasen su  
ánimo. Pasma de las gentes fueron aquellas fiestas imaginadas por la  
fantasia del poeta, por el orgullo del rey. En la plaza alzada para

los torneos, no se sabia que admirar mas, si el lujo con que estaba ornada ó los trofeos que do quier encendian el valor castellano. Banderas ganadas á los árabes en cien combates flotaban en las puertas de las tiendas de campaña, mientras la bandera cristiana lucia sus colores como reina en sus cúspides y los alfanges damasquinados entusiasmaban á los caballeros que llevaban en el cinto las armas esgrimidas por sus padres. Las damas de ojos hermosos como las estrellas de la noche envueltas en mantos de terciopelo, y ceñidas sus sienes de diamantes, y cuajados de perlas sus cabellos, daban celos al sol y envidia al firmamento. Los pages luciendo los colores de sus dueños llevaban de las riendas de oro el caballo impaciente por lanzarse á la pelea, y los jueces del campo vestidos con largas ropas talaras, mandaban señalar el terreno y probar las armas, é inscribir á los nobles campeones. Las trompetas y timbales saludaban al hermoso dia destinado á presenciarse en ancha plaza las justas caballerescas, y hermosas ninfas vestidas de blanco recordaban en sus cantares el nombre del Cid, estremeciéndose de alegría á Burgos, que fué su cuna.

D. Alfonso asentado en su s6lio, teniendo á su derecha á Doña Violante, que triste y taciturna apartaba sus ojos de Doña Mayor; reina de la hermosura, alentaba con su mirar á los guerreros; el infante D. Enrique dirigia su pensamiento á los estrados de la nobleza, do se veia ébria de envidia; pero radiante de hermosura, á la hermosa nieta de los Haros; el príncipe Eduardo, entusiasmado en la lid, ardia en deseos de lanzarse á combatir, lanza en ristre, en palafren moruno, para probar á Castilla la fuerza de su brazo y esgrimir el acero de sus armas. Pero este deseo de su gran corazon no podia realizarse.

Doña Mayor reinaba aquella tarde en el corazon del pueblo, aunque era blanco de la noble malicia de los ricos-homes. Su trage azul recamado de plata era el cielo en una noche serena; su hermoso rostro brillaba entre los diamantes como la luna entre los coros de estrellas; y el rico manto que la cubria se asemejaba á los

vapores de la tarde heridos por el tibio rayo del sol poniente. Asentada también en rico sòlio parecía la verdadera reina de Castilla. Nunca miradas altivas se posaron en su rostro, sin convertirse al momento vergonzosas á la tierra. Y al saludarla los nobles campeones, al verse aclamada como la dama más hermosa de Castilla, al oír los elogios que le prodigaba el entusiasmo de las gentes, sus mejillas tomaban el color de una rosa que abre su corola á las caricias del aura. ¡Pobre muger obligada por su gran corazón á cometer un crimen!

Cuando los clarines anunciaron que iba á comenzar la lucha, alegre grito se extendió por la plaza, y todos los corazones latieron inclinándose los ánimos ya á los que sustentaban ya á los que defendían, animando á sus principales favorecidos. Señalaron los jueces la línea divisoria, comenzó la lucha, que no debía ser á muerte, porque era triste manchar con sangre la blanca corona de una desposada, y rodaron por el suelo dorados cascos, y se rompieron lanzas, y saltaron en mil astillas ricas hojas toledanas. Doña Mayor como reina de la hermosura debía ceñir roja banda y áureo collar al caballero que llenase las condiciones impuestas para el combate. ¡Cuántos ricos-hombres se lanzaban á la palestra solo por recoger un rayo de sus ojos, cuantos infanzones mordían la arena por haber anhelado recibir de sus hermosas manos las honrosas y nunca bienpreciadas insignias, símbolo de su victoria! Pero la suerte quería que siendo tan esforzados ambos bandos, quedase siempre indeciso el triunfo. El valor castellano se escedía á sí mismo en aquel fausto momento, seducido por los divinos rostros de las hermosas, alentado por los honores de la victoria, aguijoneado en fin, por la presencia de extranjero príncipe.

Habíanse desmayado todas las esperanzas, cuando penetró en la palestra un infanzon armado de todas armas; traía una cruz en el pecho, roja banda, capacete recamado de mil labores, y coronado por un águila en el momento de desplugar sus alas, y su escudo no tenía más insignia que una inmensa cruz, realizada por os-

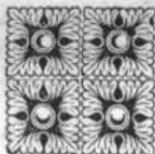
curo fondo, y tan pesada armadura parecía liviano peso á su bravo corcel que saltaba piafando como caballo salvaje en los desiertos de Africa. Retó al combate, sin decir su nombre, jurando por Dios y por la Virgen tener fueros de hidalgo; é ilustre nombre para lanzarse á la lid. Sus negros ojos relucian vivisimos al fijarse en la reina de la hermosura; su tez tostada por el sol, y su guerrero continente entusiasmaron sobremanera á reyes nobles, y pecheros y todos desearon acierto á su brazo, valor á su corazón. Parado en medio de la plaza, refrenando la bravura de su corcel, y luciendo sus pesadas armas, parecía el génio de la guerra en el momento de lanzarse á la victoria.

Salió á sostener el campo D. Pero Martínez de Pampliega; pero bien pronto rodó largo trecho por el suelo, abollado el casco, rota su lanza y perdido su escudo; en medio de los gritos de la plebe y de los ecos guerreros de las mil trompas. Uno tras otro probaron los nobles castellanos que aquel fijo-dalgo había heredado la fuerza y el valor del Cid.

En medio de sus despojos, sereno en el combate como en la victoria, alzando solo sus ojos para mirar á Doña Mayor, parecía no existir sino para la lucha, no tener alma sino para contemplar á la reina de la hermosura. Y este arrobamiento probaba que aquel hombre era el tipo de la época, que dueño de la fortuna por su valor, era esclavo de misteriosa hermosura por sus altos y poéticos sentimientos. Tal vez seria de lejanas tierras, que habiendo hecho caballeresco voto, venia á cumplirlo en tan alta ocasión, para alcanzar palabra amorosa de los labios de la señora de sus pensamientos, tal vez era guerrero de profesion, y noticioso de los aprestos que hacia Castilla, probaba á presencia de todo el pueblo castellano los laureles que su valor podia añadir á sus gloriosas batallas.

Aclamado unánimemente por vencedor, se dirigió despues de saludar al monarca, al sitio donde le aguardaba la recompensa. El pueblo le cubria de aplausos, el rey le saludaba con muestras

de admiracion, y el príncipe de Inglaterra, olvidando toda etiqueta se alzaba de su asiento para manifestar al campeón sus simpatías. Pero aquel bravo guerrero, que tan dueño de sí se mostrara en el combate, temblaba al ascender al sitio do le esperara Doña Mayor para colgar de su cuello el brillante collar, y cruzar su pecho con la roja banda. Cayó de rodillas en el almohadon de terciopelo, juntó sus manos, y bajando la cabeza dijo con indefinible acento. —Este es el instante mas hermoso de mi vida, porque vos, señora, coronais mi frente con laureles, que sin vuestra ayuda, jamás me hubieran pertenecido.—Al oír Doña Mayor aquel acento, al contemplar de cerca aquella mirada, parece que hizo un esfuerzo para recordar perdidas memorias; y sus labios dejaron escapar un suspiro, que fué á perderse en el estruendo de la multitud y entre los sonidos de los clarines guerreros.



de admiración, y el principio de la guerra, olvidando toda elocuencia se alzaba de su asiento para manifestar al campo sus simpatías. Pero aquí bravo guerra, que tan luego de él se retiró en el combate, temblando al recordar el mal de lo que sería si no se retiraba, para colgar de su cuello el brillante collar, y cruzar su pecho con la roja banda. Cayó de rodillas en el momento de ser coronado, juntó sus manos, y bajando la cabeza dijo con indecible acento:—Este es el instante más feliz de mi vida, porque vos, señora, coronáis mi frente con laureles, que en vuestra vida, jamás me hubieran pertenecido.

**CAPITULO XVI.**—Hubiera querido mirar de cerca aquella mirada, pero por desdicha un estorbo para recordar perdidas memorias, y sus labios dijeron estas palabras: que las perdiera en el momento de la muerte y entre los

### ¡Guerra!

#### I.

Siempre sucede y al parecer es ley constante de la naturaleza, que la contradicción aparezca en todos nuestros actos: el llanto es la consecuencia precisa y natural del gozo, y las alegrías al descender el sol ocúltanse entre velos de dolores sin cuento. La córte castellana ocultó sus zozobras entre los ricos atavíos de las fiestas, y sentíase ya el sordo murmurar que preside al lamento, y divisábanse en las calles de Burgos miradas tan hoscas en los ojos de los infanzones, que anunciaban comprimida cólera y daban á entender, que las iras iban tomando cuerpo en sus altivos pechos. Ya las voces de los descontentos eran cada vez de timbre mas sonoro, y se engruesaban mas y mas, considerando que tan suntuosos festejos eran para extranjeros; y murmuraban los villanos y los nobles conspiraban. D. Diego de Haro encendia los ánimos con sus pláti-

cas, dictadas por la cólera y á D. Enrique roíale la envidia al ver los agasajos tributados á su hermana, y á D. Jofre atormentábase el despecho, al ver en segundo lugar el nombre de su reina, y Doña Leonor gemia porque el trono de la hermosura no lo ocuparon sus gracias y el clamor universal no proclamó su belleza.

Todo era descontento, y solo D. Alfonso conocia los medios de hacer cesar tal tumulto y poner punto á tales desazones, y no eran otros los objetos de que trataban los íntimos consejeros reunidos bajo su direccion en uno de los aposentos del alcázar de Burgos.

—Veó vuestros deseos y tendré en cuenta vuestros intentos, al tomar mi resolucion.

—Señor, el tiempo es precioso, dijo el maestré del Templo.

—Y pronto los planes pasarán á hecho,—continuó Guzman.

—Nada ignoro, ¿las banderas están dispuestas?

—Esperando la señal.

—Pues pronto los muros de Jerez verán las enseñas castellanas. Juntos marcharemos los descontentos y reales, hasta que D. Enrique se arroje contra Lebrija seguido de mis fieles, y yo acaudillando la nobleza castellana, veré si sus espadas son tan valientes, como altaneras sus lenguas, y si como se apartan del rey en las leyes, siguen su paso en las lides....

—Señor, dijo con sentido acento el adelantado de Murcia.

—No, distingo, nobles sois porque rodeais mi trono y sostenéis mi poder; mas los ricos-homes que de mí se apartan, no tienen harta nobleza para poder seguir el vuelo de mi autoridad.

El arrogante tono del monarca subyugó el ánimo de cuantos le escucharon.

—No es nobleza la que solo há espada y lanza, sino aquella que con su brillo aumenta el esplendor del trono.

Las ideas del rey sorprendieron á los magnates que no comprendian tal lenguaje,—era necesario que la espada de D. Pedro escribiera con sangre tales teorías, para que sus ojos las leyeran.

—En cuanto á D. Diego de Haro, tomad,—dijo dando á su can-

ciller un pergamino con su sello,—ese mandato real para que comparezca á mi presencia. Y ahora señores, cumplid vuestros deberes.

Nunca en Castilla presentóse á los atónitos ojos de los grandes, con tanta magestad la autoridad real, nunca comprendieron hasta sentir las palabras de D. Alfonso la fuerza del poder y el prestigio de un trono. Suspensos mirábanse absortos ante tal alarde de autoridad, mientras con mesurado y magestuoso paso internábase el rey en las habitaciones del alcázar.

—Señores, cumplamos nuestros deberes, dijo D. Pedro Guzman, yo á reunir las banderas, vos á intimar á D. Diego y vosotros señores, á probar los filos de vuestras montantes y los hierros de las lanzas. Y los nobles partieron.

## II.

Si cuidados aguzaban á D. Alfonso, zozobras tenian en perpétuo desvelo á D. Diego de Haro. Por última vez habian concertado tiempo, lugar y ocasion para alzar á D. Enrique y encender la guerra civil, y estas tramas cuya direccion estábale encomendada, le traian desasosegado é inquieto. Es achaque de conspiradores contar los segundos, atender á los menores ruidos y con atenta y aguzada mente, interpretar los movimientos que nota en su torno. Y en tal situacion de espíritu halló á D. Diego la presencia del enviado que traia el sello de S. A.

Desdobló el pergamino y al leer la imperiosa orden de D. Alfonso, sintió cuanto es posible que sienta un corazon amasado por el odio, el orgullo y la cólera, y al que presta el valor, ánimo y fuerza. Contestó con arrogante tono, que habia leído el sello y despidió al mensajero.

Entonces llamó á su hija, y á su hijo niño de tierna edad y con acento indefinible les dijo:

—El rey me llama.

—¡Oh, señor, no vayais! exclamó Doña Leonor.

Una cosa parecida á una sonrisa quiso asomar á los labios de D. Diego.

—No necesito consejos, y sé la conducta que debo seguir; hijo mio, tu nombre es el mas ilustre y venerado de Castilla, emplea siempre tu poder en continuar la obra de tus ascendientes,—y su mirar de fuego se posó en la frente de su hijo, como si quisiera dar á el alma inocente y niña de D. Lope el hálito abrasador que consumia su alma.—Para Castilla hijo mio guarda siempre ódio,—y un beso yerto y frio resonó en la estancia. D. Lope besó las manos de su padre y retiróse llorando.

—¡Hijo,—dijo con airado tono el de Haro, solo las mugeres y villanos vierten lágrimas!—Y el niño enjugó sus lágrimas con los escudos de sus mangas con ademan violento, accion que llenó de gozo el corazon del padre.

—Es hijo mio! murmuró.

—Ahora Leonor, tomad asiento y escuchad.—La liga de los nobles toma incremento y prontos se encuentran á lucir sus aceros en defensa de sus prerrogativas y privilegios. No lejos de Burgos hay un lugar, que es el designado para enarbolar el pendon de la nobleza castellana y dar el grito de guerra, el dia se acerca, pero yo no veré ese momento, nó, mis conatos de estos últimos meses serán perdidos para mí, el cielo nó quiere luzca un dia de dicha, un dia en que encuentre solaz mi ánimo de hierro... dejemos esto, he nacido para el mal y aun el misero bien que llamo no viene á mis ruegos. Falta mi mano para dirigir esos brazos, falta mi pensamiento para dirigir esos pensamientos, que nó saben el grito de guerra é ignoran la empresa que acometen; pero quiero que mi pensamiento y mi mano pasén á vuestros lábios y á vuestros ojos. Leonor ¿sientes palpar tu corazon sediento de gloria y de venganza? preguntó con vehemencia D. Diego!

—Padre!

—Si, leo y adivino en tus ojos tu pensar, sé que mis hijos son miembros de mi empresa, sé que mi audacia y mi valor no yacerán conmigo en el fondo de una tumba ignorada, porque veo que se encarna en vosotros mi pensamiento, y si me alejo de Castilla, quedan en Toledo trozos de mi ser.

—Mandad y sereis obedecido.

—D. Enrique guiará la empresa; pero débil por carácter, cuento con que el de Pampliega encienda su ambición, y que vuestros ojos animen su ánimo;—que siempre encuentre fuego en vuestro mirar y en vuestro acento; separadle mas y mas de D. Alfonso, que odios de hermanos nunca ceden.

—¿Abandonais el suelo castellano?  
—Sí, cuando los cielos se cubran con los velos de la noche, tomaré el camino de Aragón y allí serviré á mi causa; como la serviría en Castilla.

—Mas ¿por qué no usais del plazo concedido á todo rico-home?

—Porque el rey no me destierra, sino que yo me alejo de su corte, y para que entienda mi conducta me alejo desobedeciendo las órdenes que me llaman á su presencia. Tomo su venganza, pero en Aragón buscaré tanzas que rompan sus esenadrones. Creo que el paso que dá D. Diego de Haro endontrará eco en el corazon de la nobleza, y comprenderán los infanzones que llegó el momento de forjar una corona con nuestras propias manos, para colocarla en las sienés de un cómplice, no de un señor.

—Temó que huya con vos el alma de la conjuración.

—No, Leonor, mi paso es el grito de guerra y los nobles seguirán las huellas de mis corceles.

—Dios os escuche!

—Vos hija cerrad mi casa, velad mis armas con fúnebre crespon y guareceos en la casa de D. Diego Lopez de Mendoza, nuestro deudo y aliado, esperando bajo su techo los acontecimientos. Y ahora hija mia,—y D. Diego abrió sus brazos, y arrojóse en ellos Doña Leonor.

Poco despues camino de Aragon galopaba un caballero seguido de no escasa tropa de escuderos, y los villanos que volvan de sus faenas murmuraban al verlos,—son las armas del de Haro!

En tanto D. Diego encomendábase á su buena suerte, tropas de ballesteros al son de clarines publicaban la guerra contra el moro y á su sonido todos los corazones de los viejos castellanos henchíanse de ansias de aspirar al polvo de los combates y ver los alfanges damasquinos frente á frente de las hojas toledanas. Los vasallos acudían á sus señores ébrios de gozo, los de soldada corrían á su señor y los nobles miraban sus corceles y visitaban sus salas de armas. Las mugeres daban suelta á su lengua y hablaban pestes de Mahoma, y sus sectarios, los niños lloraban porque el yelmo y la coraza eran armas sobrado pesadas para sus miembros delicados, y los adolescentes probaban sus fuerzas, y los hombres erguíanse porque iban á combatir á los enemigos de su patria y de su religion. El nombre de guerra asociado al nombre de moro, era el hábla mas alhagüena, que podían escuchar oídos castellanos, si se recuerda que era un pueblo que oraba combatiendo y solo pedia esfuerzo al Dios de los cristianos para derrocar los muros que guardaban á los adoradores del profeta. Era un pueblo religioso y guerrero, compuesto de nobles y sacerdotes, porque la guerra sostenia á la religion y la voz del sacerdote prestaba fuerzas á la guerra.

En tanto la nueva de la fuga de D. Diego llegó á todos los oídos, pero nadie siguió sus pasos, porque seria considerado como infame y cubierto de baldon el nombre del que abandonara las banderas de su patria, cuando el clarin sonaba llamando á la pelea, era accion propia de cobardes y no conocíase tal nombre en el lenguaje de la nobleza de Castilla. Asi los planes del de Haro, fueron infructuosos ante la esperta politica del rey, que provocando la guerra contra el moro hizo desaparecer á los rebeldes y solo contó ya con españoles.

Poco despues camino de Aragon salopaba un caballero segun  
 de de de escosa tropa de escoba III. y los villanos que volaban de  
 sus lazas miraban en volos. — son las armas del de fiero

Los primeros rayos del sol iluminaron el hermoso espectáculo que presentaban los campos de Burgos, hollados por caballos sin cuento, que cubiertos de pesadas armas, con sus movimientos y relinchos daban á conocer la impaciencia que sentian, ansiosos de beber los vientos. Empuñando grueso lanzon de dos hierros y cubierto de armas trabajadas con suma riqueza, el adelantado de Castilla sostenia el pendon de su casa; no lejos los Mendozas y Velascos sostenian sus pendones, los templarios mostraban el pacto que debian sellar con su sangre y las municipalidades de Leon, Toledo, Burgos, Cuenca, guiadas por los alcaldes acudian presurosas á engrosar las filas castellanas. Siempre la vista de un ejército que marcha á las fronteras á sostener el pabellon de su patria conmueve los corazones y el clarin del combate enciende el ánimo y se respira gloria y se escuchan acentos de entusiasmo. Pero en el siglo XIII la vista de un ejército que partía á las fronteras, era un cuadro que rayaba en lo sublime; el grito de guerra era la tonante voz del Eterno que lanzaba su maldicion al seno del pueblo árabe y envuelto en sus armas sentia el castellano el espíritu de religion que vertia lágrimas; sus pendones eran los recuerdos vivos de sus padres, que con ojos de fuego contaban sus hazañas, en sus pechos brillaban los escudos de los héroes que dejaron sobre nombre inmortal, y sobre sus cabezas volaba el ángel de la guerra señalando el camino de la gloria y el sendero de los cielos. Invocábase no al hombre, no á la misera idea surgida de su seno, que Santiago animaba sus intrépidos pechos, y sus lanzas no herian cuerpos humanos, sino perros musulmanes. Era el recuerdo del Guadalete, era la proteccion de Covadonga, y de Clavijo que llenaba su existencia del fuego de los cielos.

Ninguna guerra presenta caractéres tan sublimes como la lucha sostenida durante siete siglos por nuestra España, porque los gri-

tos de Dios y patria, truecan en héroes á los tímidos, y á los valientes en cides.

Esto y mas que esto sentia el pueblo de Burgos al presenciarse como su rey salia á campaña; aquellos que no habian podido engruesar sus filas, ocultábanse en el fondo de las viviendas huyendo de su propia vergüenza.

En tanto los salones del alcázar presenciaban la despedida de D. Alfonso y Doña Violante.

—Señora, á vuestra lealtad encomiendo mis reinos; sed para mis vasallos recto juez y amoroso padre.

—El peso de vuestra corona es hartó pesádo para las delicadas sienes de una hembra.

—Dios habla con las coronas y su mirada sostiene su pesadumbre;—y vos D. Jofre, —vos mi Canciller y vos caballeros que guardais mi córtè, sostened á vuestra reina y señora.

Y los nobles juraron hacerlo asi.

Entonces besó la reina las manos de su esposo, y pidióle su espíritu; que depositó el rey con casto beso en su frente cubierta de nubes.

—Y pues conoceis mis intenciones y habeis mi espíritu, guardadlo bien, señora,—dijo el rey fijando su mirada en los ojos de D. Jofre que humilláronse al punto.—Y seguido de sus nobles descendió al patio donde sus pages teníanle brioso corcel, que adivinando la levantada merced que le aguardaba, se erguia con orgullo. Sostuvo el buen D. Jofre el estribo real, y al subir preguntóle D. Alfonso.

—¿Sabeis D. Jofre cuánto tarda en atravesar la tierra que media entre Andalucía y Toledo, mi corcel árabe?

—Señor, no lo ignoro.

—Pues no lo pongais en olvido, contestó el monarca con tono significativo. Y picando su caballo salió á la plaza, donde numerosa plebe le aclamó con dictados alhagüeños.

En alto mirador, con delicado cendal daba Doña Violante su

último adios á su real cónyuge, yéndose tras él sus enamorados ojos; y en verdad que mas gallarda apostura era vanó buscar entre los infanzones castellanos. Montado en blanco corcel, que pació las yerbas de la encantada vega de Granada, regalo de su tributario el rey granadino, llevando en su casco ceñida la real diadema, con gruesa lanza en la cuja, y vistosas plumas que ondeaban dando señal de la ilustre prosápia del caballero, aparecía D. Alfonso vistoso y desplegabá en los movimientos de su corcel toda la maestría y vigor de su mano. Los rayos del sol reflejándose en su bruñida armadura y en la color de su caballo, prestábanle aspecto radiante de belleza; y su animado rostro que con los ecos de las trompas de guerra adquiria ya el fuego de la guerra, dejaba entrever tanta magestad como pujanza. Saludó al infante D. Enrique, que revestido de las armas acaudillaba los vasallos de Murcia y de Guzman, y entrando por las filas de los nobles dió su grito de guerra, enarbolóse su estandarte que empuñó su alferez mayor, y declarando con las usadas fórmulas la guerra al de Jeréz, partió el escuadron con velocísimo paso, y pronto densa nube de polvo, ocultó sus insignias, sus bandas, sobrevestas y vistosos atavios.

Aquel mismo dia la córte escoltada por numeroso escuadron partió para Toledo.



## CAPITULO XVII.

### Corte sin rey.

La reina lloraba, D. Jofre entregábase á profundas meditaciones, y Doña Mayor gemia, y llantos, meditaciones y gemidos reconocian por única causa la ausencia de D. Alfonso. El llanto de la reina corria silencioso por sus pálidas megillas, porque los cortesanos rendian homenaje á la dama del rey, que impelida por su orgullo desplegaba todo el tesoro de sus gracias y talentos arrojando cuantas ánimas acercábanse á contemplar sus encantos, y tanto homenaje hacia que las meditaciones de D. Jofre fueran mas y mas oscuras. No ponía sin embargo en olvido las palabras del monarca, que le mostraban eran conocidas sus relaciones con los caballeros, que tomáran parte en la liga que desvaneciése al son de los clarines reales.—Doña Mayor veía ya sobre sí el peso de la vergüenza y el arrepentimiento iba tomando asiento en aquella ánima,

que sentia ya huir el amor del monarca castellano y en vano intentaba hacer perdediza su memoria entre el tumulto cortesano, que era su temple asaz noble para desvanecerse en fútiles devaneos. Y así su amargura era estrema, solo su hija tenia fuerza bastante para mitigar su llanto. Sin embargo, Doña Leonor dió su vivir por gozar ese título que coloreaba con los ardientes colores del rubor, las mejillas de Doña Mayor.

Rodeada de sus ricas-hembras Doña Violante contemplaba la puesta del sol que enrojecia los altos minaretes de las antiguas mezquitas musulmanas—y daba pábulo á las hablillas de sus cortesanas, que animadas por la envidia, prestaban al retrato de Doña Mayor que traian entre manos, negrísimos colores. Sobrado pequeño el corazón de Doña Violante para soportar tamaño infortunio, abría anchas atargeas á su dolor, derramando la hiel atesorada en los oídos de sus confidentas.

Quien negaba á Doña Mayor el ingenio, quien la nobleza de carácter, y Doña Beatriz tachóla de ser su belleza sin brillo y animacion. En aquel momento comparaba á su odiada amiga con los murmullos, que escitaba su paso en la corte y emitia ingenuamente el juicio que formó acerca de la inferioridad de la hermana del adelantado. Pero las palabras de la alocada niña turbaron á la reina, que contestó con melancólica sonrisa.

—Bajo ese punto de vista somos iguales la esposa y la dama.

—Señora, tal comparacion menoscaba á S. A.

—Sin embargo, mayores cualidades há la dama que la reina, puesto que el corazón del rey es suyo.

—Esos amores comenzaron antes de que V. A. presentárase en la corte de Castilla.

—Mas continúan.

—Dícese que el amor de S. A. no es ya la pasión de años pasados.

—Beatriz, tus recelos son infundados, en las fiestas de Burgos...

—Fué el último esplendor de la lámpara que se estingue.

—Qué es de Leonor de Haro?—dijo la reina dando distinto giro á la conversacion.

—La desnaturalizacion de su padre, la impide presentarse en la córte.

—¡Misteriosa es la conducta de D. Diego!

—Poco me precio de entender cuestiones políticas, pero....

—Silencio Beatriz, dejemos á los reyes y á la nobleza, que ventilen sus diferencias como les plazcan.

Mas tiende ya la noche sus velos y espérame la presencia de la de Guzman, que viene esta velada en demanda de mi vénia, para abandonar la córte.

—Y recibireis.....

—Si, Beatriz,—dijo la reina con tono melancólico, concluyendo la frase de su favorita, si recibiré á mi rival, quiero admirar su belleza y quiero conocer su talento.

En efecto, Doña Mayor formó el proyecto de abandonar la córte y retirarse á las tristes y solitarias casas, de que aun tantos vestigios quedan en Toledo, y que habitaban las dueñas y doncellas mientras sus esposos y padres peleaban.

La atmósfera de la córte abrasaba su alma, la presencia de Doña Violante era insoportable y sus mudos reproches herian su pecho. Rendíanle pleito homenaje todas las frentes palaciegas, pero era homenaje rendido á su deshonra y tal respeto hacia que gruesas lágrimas asomáran á sus ojos. Una mirada del rey trocaria en cielo aquel tormento; pero sin su mirada sentia desfallecida su voluntad y apelaba en vano á su orgullo, capaz solo de prestarle mentida y momentánea resistencia. Asi por última vez salió de su palacio conducida en magnífica litera, y rodeada de numerosa cohorte de pages y escuderos, que con hachas iluminaban su camino y atravesando las calles de Toledo presentóse en las puertas del alcázar.

Un page anunció á la alta y poderosa señora Doña Mayor de Guzman.

La reina en su s6lio y rodeada de los atributos de la magestad, esperaba intimidar 6 la de Guzman, pero con soberbio paso y altanero continente atraves6 la estancia y 6 los pies del trono dijo:

—Señora, mi salud, d6bil por demas me obliga 6 dejar la c6rte y como rica-hembra vengo 6 pedir vuestra v6nia.

Era espect6culo por demas curioso el cuadro que presentaban aquellas dos mugeres. La reina llam6 asi todo su orgullo para anonadar 6 su rival y Doña Mayor penetrando sus intentos, prometi6se no dejar la victoria al orgullo de la esposa de su amante.

—Siento privarme de vuestros servicios y compañia,—contest6 la reina con ir6nico acento.

—Siempre mi corazon estar6 al lado de V. A.

—Pero la distancia apaga los afectos!—continu6 la reina.

—El corazon no reconoce espacio, señora.

—Pero nunca como antes me ayudareis 6 soportar el peso de la corona.

—La corona solo tiene al corazon por ayuda.

Mordi6se los l6bios Doña Violante, mas no quiso abandonar la empresa.

—Yo estoy alejada de mi esposo, vos de vuestro hermano, y unidas hallariamos consuelo.

—A m6 me bastan las memorias para hallar consuelo, sino mi hermano, su recuerdo siempre est6 siempre conmigo.

—No me opongo 6 vuestros deseos, mas sola...

—Me acompaña la oracion.

—S6, pero la oracion solo brota de las almas desvalidas y vos...

—Solo de la oracion nace la esperanza.

Conoci6 Doña Violante que serian vanos todos sus esfuerzos, y veia que las altaneras y discretas contestaciones de Doña Mayor conquist6banle aplauso entre las gentes del palatinado.

—No insisto, vos sabeis lo que mayormente conviene 6 vuestros deseos.

«No quiso Doña Violante dejar desaperecida la ocasion que presentábase.

—La oracion y Dios, ved señora mis deseos.

—Mucho desconfiais del mundo cuando nada os mueven festejos y galanteos.

—Señora, hay almas á las cuales place el regocijo, y los placeres ligeros que nacen y se desvanecen como sombras, pero hay otras que solo gustan de los placeres infinitos de la inteligencia y del amor divino.

«Las palabras de Doña Mayor agotaron la paciencia de la reina, que levantando la mano dió la audiencia por terminada. Claras y manifiestas eran las muestras de cólera de la reina, de modo que ningun caballero adelantóse á acompañar á Doña Mayor, que inclinándose respetuosamente retirábase, cuando un caballero de veladas armas le ofreció su compañía, como caballero castellano. Inclino Doña Mayor la cabeza y al subir en su litera, montó el incógnito caballero en su corcel seguido de escuderos y hombres de armas.

Corto fué el camino, y sin embargo, fué en alto grado fecundo en sentimientos para Doña Mayor. El sonoro timbre de voz del caballero, no era desconocido á Doña Mayor, pero en vano evocó sus recuerdos para encontrar el lugar y el tiempo en que por primera vez llegó á sus oidos, eran tantas las emociones que pasaron sobre su corazon en los últimos años, eran en tan crecido número las ideas que conoció su mente, que inútiles fueron sus esfuerzos para recordar un nombre en el torbellino de su existencia.

Y Por fin encontráronse frente á la solariega casa de los Guzmanes.

—Caballero, vuestro generoso auxilio merece loores sin cuento, puesto que habeis hecho lo que nadie en la corte de Castilla atrevióse á ejecutar.

—Señora, nadie tampoco os juzga como os juzgo yo.

Esta contestacion dejó muda á Doña Mayor, que ignoraba si considerarla como un insulto, ó como una lisonja.

—Mucho pueden los años, cuando han borrado mi recuerdo de vuestra imaginación.

—Desde que oí vuestra voz por primera vez, batallo por encontrar un recuerdo.

Levantóse la celada el caballero, y sin duda su semblante no fué desconocido de Doña Mayor que dijo:

—Honrad mi vivienda,—conozco en vos al desconocido campeón de las justas de Burgos.

Una sonrisa lúgubre y triste como la que produce el desengaño, asomó á la faz del caballero, que silencioso siguió los pasos de la castellana.

Tomaron asiento en el gabinete que ya nos es conocido.

—Mucho muda la faz el sol de Palestina, cuando intentais en vano recordar mi semblante.

Clavó con avidez los ojos en aquel misterioso caballero Doña Mayor, y acudió el recuerdo á su memoria, porque dejó escapar un sordo gemido y copioso llanto nubló sus ojos.

—Me habeis reconocido?

—¡Sí Fadriquel!

—Y llorais?

—¡Oh, si lloro!

Situaciones guarda la vida en sus recónditos misterios, que necesitan del lloro, como el ángel del amor y la flor de la luz. Momentos guarda nuestro existir, en que sentimos un drama desenvolverse en nuestro seno ahogándonos con los dolores que presenta á nuestra vista, y la presencia de D. Fadrique Dávalos, colocaba á Doña Mayor en una de esas situaciones, que el pincel no pinta y la pluma no describe, porque solo el alma las comprende, porque no admiten mas colores, que las lágrimas ni mas espresion que los sollozos. La presencia de aquel noble infanzon traía á su memoria su edad primera, sus encantados sueños mecidos por el candor y la inocencia, sus ilusiones de niña, fantasmas hijos del sol, que solo á los ojos de la pureza les es dado contemplar, y en vez de aquel

recuerdo que le traía aquel hombre compañero de su infancia, de aquel corazón puro y animado por celestes visiones manantial de goces é inefable éxtasis, ora presentábase á sus ojos un corazón llagado, una existencia galvanizada por el orgullo y una frente con mancha, en vez de la aureola de su candor primero. En Fadrique Dávalos veía el amenazador fantasma de su conciencia, el terrible grito del castigo.

—Llorais señora, infortunado nací, necio fué mi pensar al creer, que la vista de un amigo con el cual trascurrieron los mas encantados y felices dias de la vida, os causaria placer.

—¿No comprendeis la causa de mi llanto?

—Ocúltadmela, que temo comprenderla!

—¿Recordais á la Mayor de nuestra infancia?

—Señora, ese recuerdo ha sido la fuente donde he bebido el agua de la vida en los desiertos de la Arabia, ese recuerdo ha sido mi escudo contra las aceradas armas de los infieles, ese recuerdo fué causa de que considerára mi existencia como indigno albergue de don tan celeste, é intentára purificar y ennoblecer la morada de vuestro nombre, ciñendo á mis sienes mil y mil coronas de gloria. En el polvo de los arenales solo un nombre leían mis ojos, solo una imágen adoraban mis labios, y era la imágen de aquella niña que descendía al suelo sin mas vida que su belleza, porque su ánima volaba aun por las mansiones de amor, que el Eterno creó para sus elegidos.

Un sollozo comprimido contestó á las palabras del caballero.

—Llorais, ¿solo tiene fuerza mi acento para arrancar lágrimas á vuestros ojos?—me retiro si tan importuno soy.

—No, Fadrique, son sensaciones que intento en vano sofocar.

—Estoy mas tranquila.—¿Cómo en Castilla despues de ausencia tan prolongada?

—Concluyó la cruzada y ardióse mi ánima en deseos de volver á besar el suelo de mi patria y el Santo-Padre encargóme misiones

para el inglés. Mas cerca de Cádiz furioso vendabal arrojóme á las costas de Portugal, donde hallé franca y liberal acogida de D. Alfonso, cumplí mi misión, y aprovechando el portugués mi partida, dióme asimismo encargos para el rey castellano. Presenté al décimo Alfonso mis respetos y ordenóme quedára en Toledo aguardando su regreso de Jeréz. ¡Nunca quedára en la corte, ni por primera vez vuestro nombre, agudo puñal penetróme en el alma al escucharlo! Hoy al contemplar vuestro continente comprendí vuestro derecho y os ofrecí mi ayuda.

—Veo al hombre como conoci al niño, noble y generoso.

—Oh! colmada está mi ambicion, mi único anhelo era escuchar de vuestros lábios esas palabras.

—¡Poco precio tienen mis palabras D. Fadrique!

—La muger es la estrella del guerrero y en el revuelto mar de la vida, su purísima mirada es el galardón, que en mas estima tiene el bien nacido.

Las palabras de D. Fadrique cayeron como lluvia de fuego sobre el pecho de Doña Mayor. Llores en boca de cumplido caballero, eran tormentos espantosos, que causaban á su alma sufrimientos desgarradores. Cuando la virtud se refugia en nuestra mente, y abandona como impura nuestra existencia, nuestra vida es una estrella perdida que rueda de abismo en abismo, al remordimiento acosada de espectros vengadores. Entonces se derrama llanto amargo, como amargo era el lloro que surcó las mejillas de la dama del rey.

—Ese llanto?

—D. Fadrique, el corazón de la muger es un misterio y su único lenguaje es el dolor, dejad que hable el mio.

—¿Causo ese lloro?

—Sí, causais este lloro, causais mi sufrir como la mirada de Dios causa el eterno desconsuelo de los malditos, como la mirada del sacerdote causa el rubor, que asoma á la frente del perjuró. Dejad que me abandone esa máscara eterna, que estampa el orgu-

ello sobre mi faz, permitid que sueñe con un corazon amigo, capaz de sentir mis duelos.

—No os comprendo!

—Sois cumplido caballero D. Fadrique; en Toledo estais y habreis visto mi nombre en mil lenguas.

—Vi mal pronunciado vuestro nombre, pero enseñó mi daga como se pronuncia.

—Pues bien, Fadrique, no mancheis vuestro noble acero con sangre inocente. Hay un rey en Castilla y el que intenta llevar su nombre y guardar su mirada, se rompe en mil pedazos, como los nublados disipanse ante el rayo de Dios.

Aquellas palabras desgarraron cual acerado puñal el pecho de D. Fadrique, un vértigo espantoso apoderóse de su espíritu y sin nuestros fantasmas que giraban en círculos mil, se presentaban á su cerebro.

—¿Y vos?

—Yo!—en aquel momento levantóse simulado tapiz y apareció encantadora cabeza que dijo con acento infantil.

—Esta noche no habeis depositado vuestra bendicion sobre mi frente.

Al ver aquel rostro, al escuchar aquel acento, levantóse Don Fadrique y la desventurada madre corrió á estrechar contra su seno al consuelo de sus dolores, esclamando con loco frenesí:

—¡Hija mia! ven á mi seno, bálsamo consolador de mis sufrimientos, ángel de amor y de paz que iluminas mi vida. ¡Dios mio! ¡Dios mio! Cuando el sufrimiento de mi pecho era mas agudo, tú me enviaste tu perdon envuelto en el angelical acento de mi hija.

D. Fadrique ante aquella luz, ante aquel delirio tembló, y allá en el seno de su generoso pecho depositó una á una las lágrimas de hiel de su amargura. De su alma dolorida solo brotó un acento triste, como el que produce el sauce mecido por la brisa de la noche.

—Y yo la amaba!

Aquel acento, aquel canto fúnebre entonado por el dolor sobre el corazón de D. Fadrique, llegó á los oídos de Doña Mayor, como centella desprendida de las airadas manos de Ihowah, y apretó convulsivamente la cabeza de su hija contra su pecho, y con ansia devoradora estampó mil y mil besos en los labios de la niña, como si quisiera apagar su dolor, bebiendo en ellos el sagrado nectar del amor maternal.

Despidió á la niña y quedaron solos en la estancia Doña Mayor y D. Fadrique, y ambos pedían la muerte antes de soportar la primer mirada que se dirigieran.

Trascurría el tiempo y Doña Mayor lloraba y D. Fadrique gozábase en resucitar sus ilusiones esperando, que los recuerdos ahogarían su vida, porque era intenso el padecer, y el dolor era un manantial fecundo en nuevos sufrimientos, que nacían para dar mayor tormento á su ánima afligida por desgarrador desconsuelo. Doña Mayor temía leer en sus ojos el desprecio y tal pensamiento aumentaba su llanto y todo su ser estremeciase con temblores convulsivos. Por fin un sollozo comprimido, que á pesar de todos sus esfuerzos escapóse del pecho de D. Fadrique, interrumpió el silencio.

—Llorais?—dijo Doña Mayor á su vez.

—No, señora, suspira mi alma porque ya no ve á Dios, ni la esperanza anida en mi corazón.

—Vos aun podeis gustar la felicidad.

—Desconozco el sentido de esa palabra.

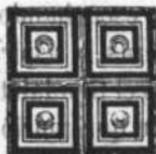
—Oh! no aumenteis mi desconsuelo D. Fadrique, no aumenteis mis llantos dándome á conocer nuevos crímenes. Amante, solo guardo memoria del pasado amor, orgullosa soy el ludibrio de las gentes y madre solo veo nieblas densísimas apiñadas sobre la inocente cabeza de mi hija. ¡Por piedad compadecedme no me juzguéis!

—Señora, solo Dios es capaz de juzgar existencia como la vuestra. Como rica-hembra de Castilla os acato y venero, y siempre

mi brazo como mi acero estarán á vuestros pies. Misterios hay en vos; pero aquel que os crió tan superior á los demás seres tiene el secreto de la mision, con que coronó vuestra ánima, nacida al soplo vivificador de su pensamiento. Siempre os recuerdo que mi nombre y mis lanzas son vuestras.—Y besando las manos á Doña Mayor salió de la estancia D. Fadrique, con el corazon muerto y cubierta de luto eterno su existencia.

—Gracias, Dios de las misericordias,—murmuró Doña Mayor cayendo de rodillas—gracias—no abandones mi vida,—y su pensamiento perdióse en éxtasis celeste. En aquel momento un page depositó un pergamino sobre una mesa y salió con callado paso respetando la oracion de su señora.

En tanto tenia lugar la escena anterior, D. Jofre en la casa de los Mendozas sostenia larga conversacion con Doña Leonor, que ponia en su noticia las últimas nuevas recibidas de su padre, que no permanecia ocioso en Biar donde á la sazón tenia sentados sus reales el rey Aragonés.



capítulo de una obra en existencia.

—(Dios de las misericordias)—murmuró Don Mayor cayendo de rodillas—gracias—no abandonés mi vida—Y su pensamiento se dirigió al momento en que depositó en el pecho de una mujer y salió con callado paso respetando la oración de su esposa.

En tanto tanto lugar la escena anterior, D. Jerez en la casa de los Mendocanos sostenía una conversación con Doña Leonor, que ponía en su nobleza las mismas virtudes que su padre, que no permitía que en su hogar se hablara de la sazón tenía sentados sus pies el rey Alfonso.

## CAPITULO XVIII.

### Jeréz y Lebrija.

#### I.

Bajo el encantado cielo de Andalucía y sentada en amenísima floresta encuéntrase Jeréz, escuchando los murmullos del Guadalquivir, que le llevan las auras, y aspirando las frescas brisas del no lejano Occéano. Cerca vese el Guadalete y con sus turbias ondas recuerda la fatal contienda en que murió el imperio godo y dió nacimiento la epopeya que cuenta á Pelayo, el Cid y San Fernando.

Defendida por altos murallones y barbacas, como todas las plazas fuertes de la edad media, reduciase su sistema de defensa al alcázar, del cual partía y al cual volvía la muralla, y de una torre octogona al Este y otra cuadrada al Sud-oeste. Mas que en tales medios confiaban sus moradores en el valor de su rey Aben-Abit y en los fuertes pechos de las tribus, que aprestábanse á la guerra ciñendo sus alfanges damasquinos. Cuando los pendones de Don





D. ALFONSO EL SABIO LAM. 6.<sup>a</sup>

Alfonso despues de ligeras escaramuzas aparecieron en el llano que se estiende uniendo á Jeréz con Sevilla llamado hoy de Santo Domingo, ni un grito de espanto ni el menor asomo de pavor dejóse sentir en el recinto de la ciudad. Valientes y esforzados eran los cristianos, mas el esfuerzo de los árabes no les cedía en bizarra intrepidez y ardor guerrero. El ódio que animado por la religion vivia en los corazones de los dos bandos, era una sed inestinguible de sangre, que ni los continuos combates en las vegas, ni las continuas algaradas era bastante á satisfacer su ansia de esterminio. No invocaban los combatientes mas nombre que la Virgen y Alá, que en sus pechos resonaba siempre. Conocian el valor de los contrarios, pero sentir temor ante los gritos de guerra y tajantes cuchillas, era indigna bajaiza que no ocurriése á ningun soldado.

D. Alfonso cercó la ciudad con sus lanzas, tanteó los puntos que mejor prestábanse á la acometida y animando sus huestes preparóse á la contienda, y el valeroso Aben-Abit temeroso de que achacaran á cobardia el esperar las armas cristianas, guarécido bajo el seguro amparo de las murallas, seguido de su pueblo, abandonó la ciudad y por todas sus puertas cual desbocado torrente corrió al centro de las huestes de Castilla, con su lanza en la mano y la rabia en el corazón. Entonces comenzó una de esas luchas gigantescas, que hoy contemplando los despojos de aquella edad, nos estremecemos de espanto al considerar su recuerdo. Y no es el ay! del moribundo, no la vista de la sangre, ni la muerte que vuela en torno de los combatientes espiano las heridas para helar su alma, no es la memoria de la madre desolada, y la huérfana desvalida, no son los llantos y sus lamentos los que nos conmueven, es eso y mas que eso, es el ver el noble infanzon D. Diego de Mendoza asiendo su pesada hacha de armas, é impeliendo su corcel y llevado por el generoso animal al centro de las filas musulmanas, abrir anchos surcos rompiendo escudos de hierro, rasgando templadas corazas y reduciendo á polvo los broncees de los yelmos y capacetes. Espectáculo grandioso; D. Alfonso seguido de su estan-

darte rompe las apiñadas turbas de los árabes, con su lanza rota, y empuñando su montante y asido con ambas manos descarga golpes terribles cual sobre un yunque, y como el eco de los golpes sentíase el ligero y triste gemido que lanza el alma al abandonar el cuerpo sin vida y sin aliento, y al resplandor que forman las chispas que despiden los heridos hierros, veíase el resplandor de los ojos que lucían cual la antorcha funeraria de aquel espectáculo sangriento.

Tintas las armas en sangre, asentando el pie sobre despojos, los nobles y pecheros cumplían con su deber como buenos. Los gritos llamando á los cielos para que contempláran aquellos horrores y demandarles ayuda, hervían como las ondas de alterado mar en aquel horizonte poblado de cólera y suspiros, y el inmenso clamoreo aturdió los sentidos de los combatientes haciéndoles olvidar cuanto habían de hombres, y dejando solo seres animados por las iras de la cólera y del odio.

Obstinada fué la lucha, sangrientos recuerdos guardan aquellos hermosos campos de tal jornada. Por fin D. Alfonso acaudillando lo mas escogido de las lanzas castellanas, acompañó con los botes de la suya la morisma hasta las puertas de Jeréz. El primer grito de guerra que pobló los aires fue el suyo, el último bote que hirió al musulmán fué el de su lanza.

Reunidos en la tienda real, encomiaban los caballeros los lanceces de la jornada y hacíanse lenguas para encomiar el esfuerzo de su rey como el de otros infanzones.

—No esperaba menos de la nobleza de mis reinos,—dijo Don Alfonso,—harto hemos probado que Toledo no enerva nuestro ánimo, y que siempre nos encontrará la morisma dispuestos á rechazar sus dardos y sus flechas con escudos y con lanzas esforzadas.

—Nuestra mision es la guerra.

—Los dorados sueños de mi ambicion redúcense á que pronto pisemos la celebrada vega de Granada.

—¡Sí! ¡Sí! Granada, clamaron con entusiasmo los nobles.—

—Si vuestros pendones siguen mi estandarte, pronto la media luna buscará asilo en los desiertos africanos, y en todas las ciudades españolas la santa cruz rematará sus torres.

—¡Sí! ¡Sí! Castilla por D. Alfonso!—gritó la nobleza, ¡postrada ante la gloria de su monarca y admirando sus laureles de rey y de guerrero.

—¡Tu misión mi padre y señor,—esclamo el rey mirando el Africa—á mi no me es dado separar de ella mis ojos.—Mas dejemos ensueños del porvenir y acudamos, señores, á los médicos que enmendarán los entuertos de la jornada.

Los nobles retiráronse con la frente radiante de entusiasmo. Vino la noche y el mayor silencio reinaba en el campamento y en la ciudad; pero en el primero era el ensueño de la esperanza y en el segundo el silencio que precede á la desesperacion. Los mas valientes y esforzados campeones moros, yacian en el sueño eterno de la muerte, ó en duro cautiverio maldecian su desgracia. Aben-Abit con semblante meditabundo, contaba los medios de defensa, y en vano volvía los ojos, por do quier solo divisaba las armas de Castilla. Granada tributaria del rey castellano animóle á la lid, mas cuando cayeron sobre sus muros las banderas de D. Alfonso vaciló y no salió lanza alguna á defender los campos de Jeréz, así que con rostro descompuesto paseaba entre sus soldados, que á su vista inclinando la cabeza murmuraban: Pedro y como siempre D. Pedro de su pecho y la fuerza de su brazo; mas fueran.

Aquellas palabras probaron al rey, que era inútil tentar nuevos esfuerzos para impedir, que brillara la cruz en los minaretes de la mezquita. Así llamó á uno de sus mas valientes capitanes y le encomendó el llevar á D. Alfonso las llaves de la plaza, siempre que dejara en libertad al rey para dirigirse á Granada en demanda de refugio.

Partió el noble moro, y velado por la luna penetró en el campo cristiano preguntando por su rey y ya en su presencia.

—Señor, dijo—Alá quiere que Jeréz sea tuyo, castigando así nuestros delitos. No tu esfuerzo sino la voluntad de Alá, son causa de que yo en nombre de Aben-Abit, te presente el dominio de la plaza.

D. Alfonso, con su nobleza habitual dejó en libertad á los moros de encaminarse al Africa ó á Granada.

El sol del nuevo dia iluminó uno de los mas gloriosos que cuenta el reinado de D. Alfonso. Con la conquista de la ciudad y de las villas, que la cercan aseguró su dominio sobre las mas bellas comarcas de Andalucía, al mismo tiempo que ponía en seguro á su querida Sevilla, de los intentos hostiles de los moros fronterizos. Así que la conquista de Jeréz no tenia precio y la gloria que alcanzaba era brillante y esplendoroso timbre.

II. En las montañas que rodean á la ciudad de Lebrija, se veía una gran fortaleza. No lejos de Jeréz y conlindante con su comarca y á orillas del Océano, vese Lebrija. Su posición fronteriza era causa de que se considerase como de gran precio su posesión deseada por San Fernando y apetecida de nuevo por su hijo D. Alfonso el Sábio. Ante sus muros clavó sus banderas el infante D. Enrique. Comenzó la lucha y como siempre D. Pedro de Guzman hizo patente el arrojo de su pecho y la fuerza de su brazo; mas fueron vanas sus heroicas hazañas, porque la victoria no mostraba su faz favorable á ninguno de los bandos, y cuando despues de sangrienta lucha, preparábase los castellanos acaudillados por D. Enrique á romper los muros, un heraldo presentó en el campo cristiano una de aquellas proposiciones tan comunes en la edad media, reducidas á estipular que si en el espacio de tres dias no recibían los sitiados alguna ayuda, se entregaría la fortaleza.

Convínose el infante, saboreando la esperanza de que el rey no

podría apoderarse de Jeréz y él se apoderaría de Lebrija, uniéndose despues á su hermano, y sonando así que solo con su ayuda pudo escapar D. Alfonso del peligro en que le puso su posición.

El primer día animó las esperanzas del ambicioso infante, aumentando las inquietudes del adelantado, que penetrando el juego sufría tormentos indecibles, pidiendo con todas las veras de su corazón que su rey y señor alcanzase señalada victoria.

Los primeros albores del segundo mostraron á los mensajeros de D. Alfonso y de Aben-Abit, que ordenaba al de Lebrija que siguiese su conducta pues toda defensa era inútil.

No ocultaron los nobles el gozo que causó en ellos tan fausta nueva y con tal motivo los soldados poblaron los aires de entusiastas aclamaciones, y el eco de tanta alegría resonaba en el corazón de D. Enrique como concierto infernal.

—Es preciso confesar decia, hablando con Pero Martinez,— que la fortuna ó la casualidad, ó lo que quiera que sea, siempre se muestra contraria á mis proyectos.

—Señor no desconfieis.

—¿Que no desconfie, cuando D. Diego que con tanto nervio ponía en planta mis proyectos, se vé precisado á buscar refugio en la córte del Aragonés, cuando esta guerra desbarata los planes mejor concebidos, y ahora que cargó con lo mas florido de la nobleza castellana, una misera villa me resiste, y si entro en ella no es por mi valor, sino por el esfuerzo de D. Alfonso?

—Los grandes proyectos requieren grandes esfuerzos.

—Son vanos los consejos, desisto y prometo poner en olvido cuantos proyectos soñé. A mas lo confieso, tengo la imágen de mi amor tan acendrado y vehemente, siempre ante mis ojos; Toledo y mi felicidad:

—Doña Mayor es el objeto de vuestro amor?—dijo el de Pampliega con ironía.

—¡Martinez!—esclamó D. Enrique encolerizado.

—La querida de un rey, dá alto honor á un infante,—continuó el astuto caballero con sarcasmo.

—¿Quién os dá tanta osadía?

—Mi amor á vuestra persona.

—Sé que me sois adicto, mas respetad mi sentimientos.

En aquel momento presentóse lucido escuadron á las puertas de la tienda, acompañando al alcaide moro, que acatando las órdenes de su monarca ponía en sus manos las llaves de la ciudad.

—Tomad, Dios y el rey lo quieren.

Montó á caballo D. Enrique y penetró en la antiquísima poblacion. Los soldados aclamaron su nombre, la plebe se inclinaba ante su paso. A su derecha marchaba el adelantado de Castilla y á su izquierda su inseparable el de Pampliega. Mientras el adelantado en nombre del rey de Castilla tomó posesion de la villa, murmuraba Pero Martinez.

—¡Cuán grandioso es ese poder que proclaman! todo obedece á su voz, tierra y hombres y el aire se apresura á repetir sus glorias—en efecto, en aquel momento resonaba el aplauso del ejército contestando á los vítores del de Guzman.

—Basta, Martinez,—dijo D. Enrique con severo tono.

—Señor, cumplo vuestra voluntad encomiando el valor y gloria de nuestro rey D. Alfonso.

—¡Vívora!—murmuró el infante, cuan certeros son tus dardos.

Concluida la ceremonia continuaron su camino hácia la alcazaba donde tomó tierra el infante.

—Señor, ¿cuándo marchamos á engruesar el ejército real, teniendo asi ocasion de recibir alguna blanca del tesoro de gloria que se tributará á S. A?

—Mañana—contestó con rabia D. Enrique contenido por la presencia de varios caballeros.

—Bueno—dijo para sí Martinez, sus nuevos proyectos se desvanecen ya y arderán con mas fuerza los antiguos, si son tan hermosos como antes los ojos de Doña Leonor, y á mi no me falta la vida.

nos sorprende, ni el castaño nos llama, pero al volver, cuando convertidas en polvo y despojas de sus alas vienen á ser buenas prisioneras, y á pagarnos un tributo, las arrojamos con malos presos al suelo, sin curarnos de aquella blanca esperanza que nos muestra antes fascina nuestro espíritu. Esa es la injusticia del hombre y la desgracia de la mujer. Dada mayor conocia ya esta injusticia, y horada ya esta desgracia. Atraída por el poder de D. Alonso cayó á sus pies, sin reconocimiento, sin fuerza, no fue esclava del crimen, sino esclava de su corazón, perdida su dignidad y envuelta en su delirio su castigo.

No amo en D. Alonso la corona, sino el corazón, no dujo al monarca, sino al hombre.

**CAPITULO XIX**

Los celos de amor, que en tiempos de castaño o ya estaba en los labios de su amante, y ven que habian muerto ya las flores de su jardín, ruidos festivos de su criminal fealdad, y con las flores muertas las flores, y con las flores el amor. En la amante tropa despreciable de misterio. ¡Celos! Y sin embargo, frente a su pecho no corrían las lágrimas de su corazón. Y sin embargo, boca mayor nunca tocaba; sus ojos se escapaban en contemplar la siempre del rey, este ventura descendía á su pecho en

Enigma bien oscuro es el humano corazón. Por mas que la mente anhele sondear sus abismos; por mas que pongamos la mano sobre nuestro pecho para escuchar sus latidos; siempre llevaremos en el fondo de nuestro ser un impenetrable misterio. ¿El amor es un premio ó un castigo? Hé ahí una pregunta todavía no contestada por la historia; no resuelta aun por el canto del poeta. El hombre corre en pos del amor, como vuela el niño tras la pintada mariposa. Las blancas alas del hermoso insecto matizadas con los colores del iris atrae el deseo y seduce la imaginacion, su inconstante vuelo que ya se mece entre el perfume de las flores, ya se agita entre las ondas del arroyo embriaga nuestros sentidos y nos lleva á correr en pos de aquella dorada ilusion; y nos entregamos á nuestros deseos como la mariposa al aire; corremos sin que el calor

nos sofoque, ni el cansancio nos fatigüe; pero al cogerlas, cuando convertidas en polvo y despojadas de sus galas vienen á ser nuestras prisioneras, y á pagarnos un tributo, las arrojamos con menosprecio al suelo, sin curarnos de aquella blanca esperanza, que momentos antes fascinára nuestro espíritu. Esa es la injusticia del hombre y la desgracia de la muger. Doña Mayor conocía ya esta injusticia, y lloraba ya esta desgracia. Atraída por el poder de D. Alfonso cayó á sus pies, sin conocimiento, sin fuerza; no fué esclava del crimen, sino esclava de su corazón, perdióla su delirio y envolvió en su delirio su castigo.

No amó en D. Alfonso la corona, sino el corazón; no quiso al monarca, sino al hombre. Pero conocía que el aire solo guardaba los cánticos de amor, que en tiempos de entusiasmo oyera estasiada en los labios de su amante, y veía que habían muerto ya las flores de su jardín, mudos testigos de su criminal felicidad. Y con las flores murieron las ilusiones, y con las ilusiones el amor. Ya la amante troba desprendida de misterioso laúd no turbaba su sueño, ya delirante suspiro no conmovía las fibras de su corazón. Y sin embargo, Doña Mayor amaba todavía; sus ojos se estasiaban en contemplar la sombra del rey, celeste ventura descendía á su pecho en las palabras de D. Alfonso, y su pasión nacida entre doradas esperanzas se aumentaba con el dolor tomando una intensidad infinita. Siempre ama la muger, desgraciada víctima, á quien Dios puso en su pecho un tirano en castigo de su crimen. Pero lo que aumentaba las penas de Doña Mayor, era verse postergada á desconocida rival, indigna tal vez del ánimo del rey. Misteriosa revelación le anunciaba, que en apartado bosque á orillas del río entre coronas de flores, habitaba una muger á quien el rey consagraba sus amores. Leía y releía Doña Mayor el pergamino y de sus ojos secos no manaban una lágrima y sus contraídos labios no esparcían en los aires el mas mínimo suspiro.—No, no puede ser, decía para sí; ya que oculto enemigo se complace en revelarme un dolor, veré la causa de ese dolor. Y la infeliz probará mi corazón. Y llamando á

Nuño y á su dueña, salieron del palacio, tomando la senda que conducia á los amenos jardines asentados á orillas del magestuoso Tajo.

Estaba sola Dalanda, guarecida en gruta de jazmines, sentada sobre el césped, deshojando una rosa, cuyas hojas arrastraba agrádecido el arroyo. Su blanco traje la envolvía como leve nube, y unas tímidas violetas escondidas entre las negras hebras de su largo cabello, parecían haberse allí refugiado para huir de las abrasadoras caricias del sol. Seguían sus negros ojos el inconstante curso del arroyo, y sus lábios émulos del clavel, modulaban místico cantar como arpa escondida, que agitada por el viento, produce misteriosos cánticos y sus manos acariciaban una paloma no tan inocente como su alma, y alegres pajarillos enamorándola con sus trinos, daban vida y encanto al sagrado bosque, templo y asilo de aquel ángel descendido del cielo para cruzar un instante sobre el lodo de este mundo, sin perder ni el mas leve brillo de sus brillantes alas. Qué pensaba no sabremos decirlo. Tal vez hablaba á la Virgen, tal vez Dalanda como todos los seres, que han fijado por un momento en la tierra su vivienda, sentía el dolor y se apartaba de tan negras sombras, cobijándose bajo el estrellado manto de sus ilusiones.

Levantó distraida su frente, y extraño éstasis descendió sobre su alma; púsose de rodillas, alargó sus brazos y juntando sus manos con delirante entusiasmo dijo: Si es ella, madre, madre mía! Al ver Doña Mayor de aquella guisa á la rival, que aguardaba encontrar orgullosa é insultante, perdió toda su cólera; y dulce estremecimiento conmovió su corazón.

—Ahl no es,—dijo Dalanda;—pero es hermosísima como mi sueño.

—¿Por quién me tomaste?—preguntó Doña Mayor á su rival con tierno interés.

—Os tomé por el ángel de mis ensueños.

—Por un ángel!—murmuró la de Guzman asaltada por desgarrador remordimiento.—Sueñas tú con los ángeles?

—Todas las noches despues de dormirme, penetra en mi alma una luz semejante al primer albor de la mañana. Despues me embeleso y veo nacer de en medio de sus reflejos un ángel, que al principio es leve aroma, despues blanca nube y por último una vision con rostro parecido al vuestro; blancas alas y corona de estrella.

—Oh! dijo para sí Doña Mayor, te comprendo, rey de Castilla. Has encontrado la poesia que anhelaba tu imaginacion.—Esta muger te ha inspirado sus cántigas; y en sus ojos se ve ardiente el sello del cielo.

—Y de qué te habla ese ángel? preguntó.

—No me habla. Me mira tan solo un momento, se sonrie y desaparece.

Peró tú tambien eres hermosa. ¡Que bien sentaria una morada violeta entre tus cabellos de luz!—Aquel elogio en boca de una rival conmovió profundamente á Doña Mayor, y lágrimas de ternura asomaron á sus párpados. Aquella muger se apasionaba por todo lo grande, por todo lo bello, y amaba la virtud aunque se veia desposeida de su bello influjo.

—No soy tan hermosa como tú.

—Sí, sí, mira esas dos rosas, la misma aura abrió sus hojas y dos mismos colores las esmaltan. Viven contentas en su amorosa amistad y viven mutuamente de un mismo existir, y beben las aguas del mismo arroyo.

—Tambien yo viviria á tu lado si me creyese digna de tu amor.

—Sí, yo te amo, que contenta estaria en el bosque, si te quedases conmigo.

—¡Qué aire tan puro se respira aquí!

—Si, por la noche rezariamos unidas, y se estremecerian de amor los cielos, enviándonos por compañera una estrella. Tus blancas manos tegerian coronas para el altar de mi Virgen, que está allí, bajo del sauce, y te espera. Ven, ven, ¡nos querrán tanto los gilgueros! El arroyo agradecido murmurará nuevas canciones, y nacerán flores en torno nuestro.

—Y nunca viene mortal alguno á visitar este encantado laberinto?

—Si, venia un hombre, á quien yo creí un lucero. ¡Es tan hermoso! Pero ahora vivo sola con mi protector.

—No le ves, y le amas?

—Eso que importa, tampoco he visto nunca á Dios, y sin embargo le amo.

—Hace mucho tiempo que no ves á ese hombre?

—Desde que le vi, tres veces ha muerto la luna, tres veces sus rayos han huido del bosque por espacio de algunas noches.

—Y no lloraste cuando por vez postrera partió?

—A que llorar, si quedaba conmigo su recuerdo, tampoco lloro cuando la flor se marchita, porque espero verla renacer en su tallo.

—Y cuando le ves que haces?

—Entonces si que lloro; pero lloro de alegría.

—Y esperas siempre volverle á ver?

—No tengo madre, y espero verla algun dia.

—¿Dónde?

—En el cielo.

—Tienes razon, no me acordaba que para la virtud existe el cielo;—dijo Doña Mayor, temblando de espanto, al considerar aquella tan sencilla y encantadora respuesta?

—¿Quereis una corona de blancas rosas!

—No, no! han nacido al aliento de tu pureza, y moririan abrazadas en mi sien.

—Si eres tan hermosa! Antes ufanas y contentas se inclinarían para gozar tu aliento.

—Hermoso ángel;—dijo Doña Mayor estrechando contra su pecho á Dalanda, no conoces al mundo, y juzgas por tu corazón todos los corazones.—Mira esa planta, ayer lucia verdes hojas y el viento la ha despojado, ve esa flor, asqueroso insecto ha roído su cáliz, y hoy solo queda un deshojo de ese arbusto, y un cadáver

de esa flor! Así mi alma se abrió á la vida y fué abrasada al cer-  
nerse sobre ese mundo que no conoces. Y Doña Mayor dejó caer  
su rubia cabeza sobre el hombro de Dalanda. Hermoso era aquel  
cuadro. Aquella llorosa mujer inclinada sobre el seno de la her-  
mosa niña parecia ángel caído, que ve pasar por los aires á un  
ser humano, cuyo vuelo se dirige á las alturas, y le detiene para  
contarle sus dolores.

—Huye del mundo. Vente aquí. No hay palacio mas hermoso  
que el campo. Aquí está la vida, porque en la pradera nace el  
aire y bebe sus colores la luz.

—Solo vendría aquí á llevar la pesadumbre de mis remordimien-  
tos. Esta pureza me asesina.

—Sí, tu recobrarás la pérdida tranquilidad. En el invierno no  
tienen verdor los árboles; pero pródiga la primavera les devuelve  
su manto de verdura.

—Ay! quiero decirte mis dolores.

—Si cuéntamelos como cuenta el ruiseñor á los aires sus con-  
gojas.

—Antes debes decirme, Dalanda, si amas mucho á ese hombre  
cuyas misteriosas visitas tanto contento te dan.

—No podría vivir sin su recuerdo. Ruego á Dios le proteja, me  
duermo pronunciando su nombre, y él me envía el luminoso ángel  
de que te hablaba ahora mismo.

—¿Y si ese hombre se ausentara para siempre, morirías?

—Si se ausentára, estaria en el cielo y entonces ¿quién mas  
feliz que yo?

—¿Tu quieres que sea feliz lejos de tí?

—Sí, si la felicidad está para él lejos de mí, por qué no he de  
querer que la encuentre? de otro modo no le amaría.

—Qué elocuente lección!—dijo Doña Mayor con entusiasmo.—  
Tu no eres de este mundo. No hay en las entrañas de la tierra gér-  
menes para engendrar tanta virtud. ¡Ay, Dalanda, si la suerte nos  
hubiera unido, en vez de abrir entre nuestro destino tan honda

sima, tu amistad hubiera sido el único amor de mi corazón. Si el alma pudiese recobrar su perdido esplendor; si la naturaleza se regenerase alguna vez, después de haber caído en la muerte, yo te seguiría á tus florestas. *Oyeme, Dalanda, y fija en tu memoria mis palabras. Yo fui amada de un hombre, que no vivía, sino para mi amor. Oí sus palabras, porque aquel hombre era un Dios. Yo temblaba bajo su mirada, y me perdía en su amor como ese arroyo en el río! Y ahora estoy abandonada, y el hombre que me abandona es el mismo que te busca.*

—No llores, le hablaré en pró de tu cariño, diréle que le amas, y que la ingratitud es triste para el corazón.

—Tu vas á hablar en pró de mi cariño al hombre que adoras.

—Pudiera ser yo feliz mientras tu lloras? Ambas podemos vivir en su alma como viven dos estrellas en el cielo.

—Dalanda, corazón mio, te quiero desde que te he visto, desde que he oído tu dulcísimo acento. Te ha formado el pensamiento de los cielos. La naturaleza te presta sus galas, Dios su amor, y su pureza la Virgen. Cuando te entregues á tus oraciones, cuando postrada al pie del sauce invoques su ayuda acuérdate de una desgraciada, que necesita olvido y perdón. El amor, Dalanda, tiene espinas como la rosa, y aguijones como los dorados insectos. Verlaré sobre tu frente, y tu serás el ángel que me encubra con sus alas. Yo te daré mi ayuda, y tu me darás tus oraciones.

—Volved pronto á mi bosque,—dijo conmovida Dalanda, y ambas jóvenes se abrazaron con efusión.

—Acuérdate de mi.

—No me olvideis.

Y tiernas lágrimas bañaron el rostro de ambas hermosas rivales.

Doña Mayor comprendió que Dalanda era el amor del poeta. La fortuna, esclava de D. Alfonso, realizaba para un rey en el mundo hasta las más aéreas ilusiones. Cuando la hermosa niña se

perdía en los espresando cuanto es superiores á todo encarecimiento; Alfonso de Castilla debía sentir el amor del artista que ve cruzar por los cielos el dorado fantasma de su inspiracion. Por eso entendia Doña Mayor, que siendo Dalanda claro espejo, do se reflejaba el alma de D. Alfonso, nunca él empañaria con ponzoñoso hálito aquel divino cielo, donde vagaban perdidas tantas armonías, venidas tal vez de mas altas regiones y reveladas por Dios á la pureza de aquella alma, gota de rocios, que esmaltaba blancas guirnaldas de azucenas.



—No lores, la habrás en pró de tu carino, dirle que lo amas, y que la ingratitude es triste para el corazón.

—Tu vas á hablar en pró de mi carino al hombre que adoras.

—Pudiera ser yo feliz mientras tu horas? Amas poderosas vivir en su cima como viven dos estrellas en el cielo.

—Dalanda, corzon mi feudo que lo he visto, desde que he oido tu dulcísimo pensamiento, el pensamiento de los cielos. La naturaleza, Dios su amor, y su pureza la Virgen. Cuando á tus oraciones, cuando postada al pie del sauce invocas su ayuda recordaba de una hermosa gracia, que necesita olvido y perdón. El amor, Dalanda, tiene espigas como la rosa, y arrojadas como los donados insectos. Yo estaré sobre tu frente, y tu serás el ángel que me encubra con sus alas. Yo te haré mi ayuda, y tu me darás las oraciones.

—Yolved pronto á mi hogar, —dijo conmovida Dalanda, y sin pasávoselo se apartaron con elusion.

—Acordate de mí.

—No me olvidéis.

—Y tantas lágrimas habieron el rostro de ambas hermanas.

Doña Mayor comprendió que Dalanda era el amor del poeta. La fortuna, esclava de D. Alfonso, realizaba para un rey en el mundo hasta las mas áridas ilusiones. Cuando la hermosa niña se

## CAPITULO XX.

**Deber y Amor.**

Apoiada en el alfeizar de gótica ventana contemplaba Doña Leonor de Haro los lejanos campos, con triste semblante y apagados ojos.

El dolor por vez primera se habia deslizado entre los bordados carmenes de sus ilusiones, y su orgullo pagaba tributo de lágrimas á la justa ley de la naturaleza. Espiraba el día, prestando negras tintas al ánimo de Doña Leonor, espesos nubarrones cruzaban la atmósfera como manada de errantes cuervos; algunas gotas herian los vidrios del palacio, produciendo un ruido semejante al lloro del desgraciado, ó al quejido de inocente víctima; lívidos relámpagos iluminaban los abismos, y negro cendal cubria el estrellado firmamento. Allá á lo lejos, y como desafiando el poder de los elementos, se oian gritar confundidos clarines, trompas, timbales, campanas, y aclamaciones del pueblo. D. Alfonso entraba

en Toledo, trayendo atadas á su carro triunfal dos hermosas ciudades, despojos de su valor, que abonaban aquel atronador entusiasmo. Mientras tanto la noble hija de los Haros, la rica-hembra que siempre se presentaba en la córte, atrayendo miradas, é inspirando suspiros ó inspirando amores; sola abandonada á su dolor oía los lejanos ecos de las fiestas como malditas palabras que insultaban su tristeza. Sin padre, porque el que Dios le diera peregrinaba en estraños reinos, buscando auxilio para retar la gloria de D. Alfonso; sin amigas, porque la desgracia nunca las tuvo; sin cortejo de aduladores, porque la adulacion jamás se acerca á los que se alejan de los reales alcázares; sin mas compañero que su tierno hermano, cuya rábía aumentaba su despecho. Doña Leonor sentia, no ese tierno dolor propio de delicada alma femenil, sino estraño furor alimentado por negros desengaños. La oscuridad de la noche le placía, porque oscuro estaba tambien su corazon, relumbraba la fosfórica luz del relámpago un sin igual encanto á sus ojos ávidos de venganza, y el mudo trueno rugia á lo lejos como el irritado orgullo de aquella muger, hermosa flor arrebatada á la virtud por el vendabal de estraviadas pasiones. La naturaleza y su alma hablaban un mismo lenguaje, y sentian unos mismos dolores. Su única amiga era la callada noche, porque airada parecía tomar venganza de la tierra, y Doña Leonor seguia el incierto paso del nublado, como si encerrára en sus negros abismos preñados dolores, el rayo de venganza que habria de aplacar su sañuda cólera. Entregada á este delirio estaba, cuando oyó resonar en el pavimento del oscuro callejon fronterizo á la puerta principal del palacio de su dendo Mendoza el paso de un corcel, y vió á la luz del relámpago bravo ginete armado de todas armas, encerrado en brillante acero, pero cuyo rostro se ocultaba tras sigilosa visera. Latió su corazon como si hubiera resbalado ante su vista la imagen de la esperanza. Su ánimo adivinó que aquel corcel le traia un amigo verdadero, rayo de consuelo en el inmenso mar de los dolores. Y su altivo corazon que en otros tiempos despreciaba toda galan-

tería como desprecia orgulloso señor la caricia de su esclavo, se guareció bajo aquel consolador presentimiento. Necesitaba un amigo, y le quería a toda costa y efectivamente le encontraba en aquel caballero, que sin aliento arribaba a los umbrales de su vivienda. Paróse el corcel á la puerta del palacio, llamó el guerrero levantando con la punta de su lanza el pesado aldabon, cuyos ecos parecían perderse en las sombrías bóvedas de un desierto cementerio. Pero aquel oscuro sonido resonó en el alma de Doña Leonor, como las vibraciones de armonioso laud en mágica floresta poblada de esperanzas. Abandonó su ventana y levantando el tapiz esperó ver colmados sus desos.

Agria voz de áspero criado respondió al llamamiento del impaciente caballero, y tal tardanza inesperada por cierto, dolió á Doña Leonor y al infanzon, que se entendían al través de la distancia como se buscan sol y luna en el ilimitado horizonte.

—A quién buscáis? preguntó.

—Te interesa saberlo.

—Como que sin mí no habeis de entrar.

—Abre esa puerta ó te abro la cabeza.

—Como no atravéis esas planchas de hierro á guisa de brujo, lo dificulto mucho. Decidme quien sois.

—Un caballero.

—No deja de ser luminosa la respuesta. Mis señores estan en palacio, y sin decir vuestro nombre y vuestros intentos, vive Dios que no habeis de entrar.

—Abrevia de razones,—dijo el caballero dando rabioso golpe con la punta de su lanza en la pesada puerta.

—Insultante como el solo es el guerrero, si se habrá llegado á imaginar que esa puerta es negro y desmedido gigante.

—Busco á Doña Leonor,—dijo con reconcentrado furor, al tiempo mismo, en que arribaba un pagecillo con orden de su señora, para que inmediatamente se franquease entrada al infanzon.

Aun no comunicada esta orden ábrese la puerta, penetra el

caballero, se apea, depone su lanzon y su adarga, arroja con descuido las riendas de su corcel; sube la escalera con precipitado paso, atraviesa anhelante larga galería guiado por un falconero, levanta riquísimo tapiz, ve á Doña Leonor, alza su visera, se arroja fuera de sí á sus plantas.

—D. Enrique!—gritó la de Haro.

—¡Leonor!—dijo este con amargo acento.

Una lágrima asomó á los ojos de la hermosa Dama; lágrima de reconocimiento y de ventura; inspirada por aquel extraño afecto; muestra de lo que puede aun en las almas altivas los albores de su verdadero amor. D. Enrique cubrió el rostro con las manos agoviado bajo el peso de su felicidad; sin atreverse á levantar su rodilla del pavimento, como si temiera que al agitarse el viento le robara aquella dulcísima luz, si, por un momento la felicidad agitó sus alas sobre aquellas almas, que tantas veces se habían arrasado por el cieno de la tierra. Hay momentos en que las almas más abyectas sienten á Dios en su seno; y se levantan al cielo, y se pierden en los aromas de la eternidad; y oyen estasiadas el canto de las alturas y recuerdan que fueron creadas con divino soplo; y que se han desprendido de la aureola del altísimo.

—Levantaos, Señor, vos solo teneis en las mientes mi recuerdo; y en el corazon mi imagen. Desposeida de mi padre, me he visto sola; sin que amigo corazon viniese á ofrecerme su ayuda, sin que palabra alguna de cariño resonase en mis oidos. Todos los nobles que antes poblaban mis sillones; las ricas-hembras que me seguian con tan solícito cuidado se han ausentado; dejándome sobrellevar á solas el peso de mi delirio. Las doradas nubes de la adulacion se han desvanecido al soplo de la desgracia, y ahora, me veo, despojado de todo amparo mientras, que en prósperos dias me ofrecian su amistad todas las damas, y su brazo todos los caballeros. Yo bendigo, señor, el momento en que partió mi padre; porque desde entonces conozco los secretos del mundo; y saboreo la gota de hiel que esconde siempre en su copa el porvenir.





D. ALFONSO EL SABIO LAM. 7.<sup>o</sup>

—No, Leonor, mientras yo respire será vuestro mi corazón, y si no os basta con mi corazón, os entregaré mi vida. Leonor, la suerte también me persigue; y también se conjura el abismo contra mi frente. Donde busco poder hallo esclavitud; donde anhele gloria solo descubro impotencia; y á quien creo amigo, le contemplo; reuniéndose á mis contrarios. Solo en tu amor encontraré mi dicha.

—Mi corazón D. Enrique, no está templado para el amor, sino para el odio. No busco corazones que me idolatren, sino brazos que me venguen. No sabéis como el dolor esteriliza el alma, y no comprendéis vos hijo de Reyes, asentado en el dintel de elevadísimo solio la humillación á que me inclina la desgracia, y la negra sombra que aparece en nuestra vida. La riqueza de los esclavos atados á poderosas plantas, el aura de la adulación emanada de todo pecho, frentes inclinadas para recibir livianos favores como altas prendas de honor, el incienso que embarga el ánimo de los príncipes, y las hermosuras que pueblan sus estancias, son parte para conseguir tranquilidad, y leer con ávida mirada y satisfecha sonrisa la palabra dicha en el oscuro libro de lo futuro. Pero nosotros, mi pobre hermano y yo buscamos por el mundo acerados pechos, que nos venguen de los ultrajes recibidos y iaven con sangre el blason de nuestra casa.

—Vuestro padre ha partido bien de su grado.

—No lo creais D. Enrique, mi padre ha partido, porque arrojado en el torbellino de la insurrección por almas viles y mezquinos pechos, se vió solo en el día del dolor, cuando sorprendidos todos sus proyectos, y deshojadas en flor sus esperanzas, vió sobre sí el cetro de la justicia real que le arrastraba hasta las gradas del trono.

—Leonor, ¿no soy yo vuestro caballero, no he jurado perder mi vida en aras de vuestra hermosura?

—Me amáis, D. Enrique?

—Si os amo, no me lo preguntéis á mí, preguntádselo á la noche, al campamento, á la luna. No habia sonrisa en mi labio que

no fuese inspirada por vuestro recuerdo, ni latido en mi corazón que no proviniese de vuestro amor, ni fuerza que vos no me dié-  
seis, ni santo albor de esperanza, que no surgiese de vuestro di-  
vino espíritu.

—Y deseáis que este amor sea el patrimonio de vuestra vida?

—Lo deseo como deseaba clavar el estandarte de la Cruz en los  
muros de Lebrija.

—Habeis suspirado muchas veces en la ausencia?

—Ay Leonor, no vivía para mí, sino para tí, no respiraba sino  
el aire que venía de Toledo. Cuántas veces al despertarme con el  
alba y fijar mis ojos en los primeros celages del día, creía ver tu  
imagen que descendía á traer la paz y el consuelo de que estaba  
necesitada mi alma.

—¡Enrique, cuán feliz soy en este momento!

—Sí, amada Leonor, tu pasión es ya mi vida. Tu eres el único  
astro encantador que ha lucido en mis días. Aliento eres de mi  
pecho y luz de mis ojos. En esos penosos días de combate, cuando  
el alma se aparta del cuerpo, que yace espuesto al duro golpe  
enemigo entre el infernal concierto que forman el grito del soldado  
y estertor del moribundo, tu nombre era mi escudo, y el ángel que  
cobijaba mi existencia.

—Pues bien, Enrique, si me amais, aprestad vuestras armas y  
seguidme.

—A do pretendéis ir?

—Voy á Aragon, con ánimo de alentar á mi padre, para que  
emprenda la guerra contra Castilla.

—Y quereis que yo hijo de reyes, nacido en el sòlio, infante de  
Castilla, descendiente del Cid, abandone mi palacio, arroje mis  
armas, rompa en mil pedazos mis blasones, y desoyendo la voz de  
mi patria, vaya en pos de la venganza á declarar guerra á mi her-  
mano en extranjero suelo, cobijado por estrañas leyes, y blan-  
diendo con mi noble mano armas enemigas de Castilla.

—Pues entonces quedaos;—dijo con menoscprecio la de Haro.

—No, no puedo quedarme sin vos, ni con vos partir. No puedo quedarme solo, porque el amor me asesinaría, no puedo seguiros porque el deber me encadena.

—¿Y erais vos el que alentaba á los infantes contra su hermano y á los nobles contra su rey.

—Yo deseaba que protestase Castilla contra D. Alfonso, pero nunca Aragon; queria que los ricos-hombres se alzasen en masa para imponer la ley á mi hermano; pero nunca quise que extranjeras lanzas brillaran al hermoso sol de Castilla en pró de nuestra causa.

—Mi corazon os libra de todo compromiso. Partiré sola á buscar al noble que vos habeis precipitado en honda sima, á sostener su brazo si flaquea, á confortar su ánimo si desmaya; partiré al rayar el alba sin pages ni escuderos como conviene al luto que viste mi alma, maldiciendo el suelo en que por vez primera vi la luz del sol, y aclamando por todas partes la desgarradora verdad de que no hay castellanos en Castilla.

—No me escucháis, Leonor, ó no me ois. Yo os amo, os sacrificaré mi vida, pero mi patria, no puedo, no debo hacer semejante sacrificio. Mandadme que corra el mundo, que clave una lanza en los muros de Constantinopla, que arrastre por espacio de luengos años horrible penitencia, y me vereis velar el campo sin yelmo ni coraza, para que mas pronto enemigo dardo traspase mi corazon, y me vereis en el desierto arrastrando resignado vuestro rigor. ¡Pero huir de Castilla y refugiarme en Aragon! ¡Nunca Leonor, nunca!

—Ya os dije que os quedarais.

—¡Ay, ese es mas horroroso martirio. Vos partir sin llorar, y yo me quedo entregado á los padecimientos del infierno, no eso no puede ser; antes el sol se caerá del cielo. Cuando no te veo es conmigo el dolor.

—Pues yo cuando veo anublado el brillo de mi casa, no tengo tiempo para amar.

—Y no me amais?

—Os ruego, D. Enrique, que depongais tan frivolas palabras.

—Frivolo mi dolor cuando siento aqui horrible llaga que me encierra el alma.

—Y yo no puedo levantar mi cabeza, que aplastan el rubor y la vergüenza.

—Compadecedme, Leonor.

—Necesito para mí la compasion que en vos debia emplear.

—Escuchadme.

—Ya os he oido, quereis que sepa algo mas?

—No sabeis cuanto puedo amaros.

—Vuestro amor puede tanto como vuestra alcurnia. Sois infante, lamed, lamed en buen hora vuestras cadenas.

—Ay, os temo, vuestras palabras me hacen temblar. Temo que me sobrecoja un vértigo, y despreciando todo derecho y desoyendo toda obligacion, temo lanzarme en la florida senda del deshonor, que iluminan vuestros ojos.

—Enrique,—esclamó Leonor, aprovechando aquel momento de encadenar á su amante.—Olvidadme para siempre;—y dejó caer su hermosa cabeza en sus blancas palmas.

—¡Olvidarte! No, no puede ser. Un ser tan hermoso como vos, no niega la vida á las almas que le adoran. Quiero ser feliz, y este deseo alimentado por la desgracia se cumplirá. El infortunio arrancó una por una las flores de mi corona de jóven, y solo me quedais vos, Leonor, vos sola podeis probarme que la vida es una realidad, y el cielo una esperanza.

—Me amais tanto, y nada quereis sacrificar en aras de ese amor?

—Sí, todo. Mañana mismo convocaré á los nobles, y hablándoles de sus derechos volveré á encender la ira en sus corazones.

—Está bien. No fio en la nobleza de Castilla; seguidme á recibir mi último adios.

—Pero mi honor es sagrado.

—No os dolerá mucho mi partida mientras os acompañe vuestro honor.

—Por piedad, no os goceis en mi martirio. Los hijos de los reyes no nacemos para vivir hoy, y morir mañana. Nuestras acciones vivirán eternamente en la memoria de los siglos. Y este sacrificio tan inmenso que me exigis, Leonor, me acusará no solo ante el altar de la patria y ante el trono de mis padres, sino que cayendo sobre mi sepulcro la maldición de las generaciones venideras será ludibrio de las gentes, y borron de los blasones castellanos.

—No os disputo vuestros timbres, ni es mi intento despeñaros en tan hondo precipicio! Conservad la pureza de vuestros blasones, pero dejadme partir en pos de mi padre!

—Cuán injusto fué el cielo en no herirme en los campos de Lebrija. Muriera amándoos, y muriera digno de vos. Pero prestareis vuestro amor mañana á un caballero espatriado; sin hermanos, sin amigos, sin honor. ¿Vuestra alma tendrá poder bastante para sobrellevar mi vida?

Tembló Doña Leonor ante aquella consideracion. No era dada á poéticos amores, y de consiguiente no amaba; pero exijia el sacrificio. Creíase tan hermosa, que juzgaba por mezquino cualquier presente tributado á su hermosura, aunque fuera el honor, verdadera vida del alma.

—Venid, D. Enrique, acercaos á mí para escuchar mi último adiós, porque mi resolucion es inapelable.

—Leonor, no me asesines. Tu vas á partir tu, y que haré yo sin tí? Mi alma no tendrá vida, ni luz mis ojos, ni colores el porvenir. Te lo pido de rodillas. Puedes matarme, pero partir, separarte de mi lado! Oh! no no, te estrecharé en mis brazos, y tendrás que romper esta cadena de acero, te oprimiré contra mi corazón, y oirás los latidos, y conocerás mi dolor; y eres muy hermosa para ser cruel. ¡Dios no pudo excusar tanta maldad en tan peregrina hermosura!

—No, lo que he dicho se cumplirá. Ois, el viento ruga busca enemigos como mi corazón. Los árboles caen sacudidos por su ímpetu, como caerá Castilla mañana herida á los pies de los señores de Haro. Esos sombríos relámpagos con los destellos de mi esperanza, que me aseguran la perdición de mis enemigos. La naturaleza me avisa de mi suerte, no quiero despreciar su aviso.

—Aquí la felicidad, allí el deber;—dijo D. Enrique, señalando á Toledo que desde la ventana se descubría como gigante dormido bajo el látigo de la tempestad.

—Id con Dios á vuestro deber.

Calóse el infante la visera, y un doloroso gemido salió con tal violencia de su pecho, que parecía partir en dos pedazos su acorada coraza. Juntó por última vez sus manos, como la víctima que va á subir al cadalso busca por última vez un fantasma de esperanza. Doña Leonor le señaló el campo y la ribera.

—Oh!—dijo D. Enrique, lucharé; si triunfa mi deber morirá yo, pero si triunfa mi amor morirá ella; y abandonó con reconcentrada furia la estancia de su amada.

Doña Leonor no podía sufrir el peso de su dolor. Aléjase de la ventana, y padeciendo como herida ciega fué á caer sin fuerzas en un sillón. Una violenta ráfaga de viento penetró en el gabinete, y estrelló contra las columnas la dorada lámpara que pendía de la techumbre. Entonces pudo Doña Leonor contemplar la oscuridad de su corazón, comparándola con la oscuridad de la estancia.

El campo presentaba un aspecto desolador. Las ramas de los árboles rodaban como leves pajas, humeaban á lo lejos pajizas cañas heridas por el rayo, negras aguas cubrían las campiñas, y el relámpago era la única luz que iluminaba aquel horrorosísimo cuadro.

Apenas los primeros albores de venidero día lucían en las orlas del horizonte, teniendo con el presentimiento de consoladora esperanza los cielos agoviados por la tormenta, apenas el ave nocturna dando al viento sus gemidos buscaba asilo en arruinada

torre ó alto campanario, huyendo de su enemiga, la luz; apenas las últimas estrellas de la noche volvian al seno de Dios, apagando sus rayos en los primeros destellos de la naciente aurora, cuando á orillas del Tajo caminaba por desconocido sendero sobre fogoso alazan Doña Leonor de Haro, velada por ancho manto, seguida de vetusta dueña y fiel escudero, y acompañada de su hermano; y salia de la imperial ciudad, teatro de sus triunfos sola, desoyendo las súplicas de su amante, entregándose á siniestros proyectos, y burlando la vigilancia de los deudos, á cuya tierna solicitud la encomendára su padre. Toledo la habia abandonado, Doña Leonor deseaba vengarse de Toledo. Sin embargo, al perderse en las sombras las agujas de la imperial ciudad, sintió frio en el corazon y lágrimas en los ojos,



Amada D. Fabrique Dávalos á Doña Mayor y aquella pasión que creció con su vida dispóse ante la terrible verdad, que lució á su vista con luces tan impopulares. Esta pregunta la dirigia D. Fabrique á su alma durante los insomnios de sus noches y los delirios de sus dias.

Pocos dias transcurrieron desde las escenas relatadas. Salia Don Fabrique del alejarse, despues de larga conferencia con D. Alfonso acerca de los negocios que train enemistados á Castilla y á Portugal y concluyó la conferencia prometiendole el caballero al rey, que buscaria tiza para poner fin á tales desavenencias. Las municiones que habia sostenido D. Alfonso con el rey de Portu-

las últimas estrellas de la noche volvian al seno de Dios, apagando sus rayos en los primeros destellos de la paciente aurora, cuando á orillas del Tago caminaba por desconocido sendero sobre fogoso alaxan Doña Leonor de Haro, velada por ancho manto, seguida de velusta dueña y del escudero, y acompañada de su hermano; y salia de la imperial ciudad, teatro de sus trinitas soas, desoyendo las súplicas de su amante, entregándose á sinistros proyectos, y durante la vigilia de los dardos, á cuya tierra solicitaba en comendáta su padre. Tocho la palia abandonado, Doña Leonor desecha vengarse de Toledo, sin embargo al pararse en las som-bras las aguas de la imperial ciudad, sintió frío en el corazón, y lágrimas en los ojos.

## CAPITULO XXI

### Un caballero y una madre y un hermano.



¿Amaba D. Fadrique Dávalos á Doña Mayor? ¿Aquella pasión que creció con su vida dispósese ante la terrible verdad, que lució á su vista con luces tan imponentes? Esta pregunta la dirigia D. Fadrique á su alma durante los insomnios de sus noches y los delirios de sus días.

Pocos días trascurrieron desde las escenas relatadas. Salia Don Fadrique del alcázar, despues de larga conferencia con D. Alfonso acerca de los negocios que traian enemistados á Castilla y á Portugal y concluyó la conferencia prometiendo el caballero al rey, que buscaria traza para poner fin á tales desavenencias. Las comunicaciones que habia sostenido D. Alfonso con el rey de Portu-

gal en los últimos dias, habian sido frecuentes, y allá en Portugal decíase, que era muy hábil la conducta del caballero castellano.

Al abandonar el alcázar dirigió el caballero sus pasos, á la mansion y fuente de sus dichas y dolores. Pidió audiencia á Doña Mayor y al pronunciar su nombre, fué conducido por el pajecillo á la habitacion donde la orgullosa castellana contaba las horas por sus lágrimas y oraciones, que es la oracion manantial fecundo de consuelos cuando el mundo nos presenta solo el sufrimiento. En caracteres como el de Doña Mayor el sufrimiento es un néctar, y un consuelo. Al ver que su corazon tenia valor para sufrir y sus ojos lágrimas que derramar, se entregaba con todo el ardor de su alma al sufrimiento, buscando con serena frente la espiacion de sus faltas. El sentimiento de la justicia divina arraigado en su seno era causa de que las caricias de su hija, las considerára como goces, á los cuales no tenia derecho su corazon bastardeado por el crimen.

En tales meditacionés pasaba Doña Mayor su vivir, y en tales pensamientos se adormecia, cuando el nombre de D. Fadrique hirió sus oídos, desvaneciéndolo el éxtasis que la envolvía.

—Bien venido el infanzon.

—Dios cuide á la rica-hembra.

—Tomad asiento.

—Si haré, que mi conversacion requiere largo espacio.

—Asi encontrará mi ánima algun soláz.

—¿Os atormenta el sufrimiento?

—¿Vos me lo preguntais D. Fadrique?

—No tengo razon ni fundamento para presumir.....

—Decís bien, y no debo sentir vuestra palabra, porque es justa,

—continuó Doña Mayor ahogando mil suspiros que se desvanecieron en prolongado sollozo.

—¿Sufrís?

—Preguntad á mis ojos, interrogad mis megillas;—dijo Doña Mayor alzando su hermosa cabeza,—y si veis apagado su brillo y marchito su color, no preguntéis la causa.

El tono melancólico de la hermosa dama, afectó á D. Fadrique que contestó:

—Y sin embargo, mayor amargura caerá sobre vuestra alma.

—Cualquiera que fuere, la recibiré con tranquila y resignada frente.

—Hay sin embargo amargas, que superan á nuestras fuerzas y aniquilan la voluntad mejor templada.

—¡No conocéis mi alma!

—Me mereció siempre muy elevado concepto.

—Lisonjas!—dijo con triste acento Doña Mayor.

—Jamás manchó la torpe adulacion mi lábio.

—Os creo y aumento mi reconocimiento.

—El conocimiento, que poseo de vuestra nobleza, me ha movido á ejecutar acciones, que sin tal conocimiento nunca hubiera imaginado.

—No adivino el sentido de vuestra palabra,—dijo la de Guzman con interés.

—No es fácil, porque aun está velado, y solo lo descubrirá el alto juicio que yo formé de vuestro corazón benchido de elevados sentimientos, y que amamanta una pasión santa y sublime,—y al concluir estas palabras, el buen caballero dió patentes señales de sufrimiento.

—Heris mi ánima D. Fadrique.

—Mas me entendeis?

—Oh! una madre pronto entiende.

—Habeis pronunciado ya el nombre, que mis labios no sabian pronunciar y ahora me dirijo á ella.

—A la madre?—os escucho con sumo interés.

—Hace pocos dias, en esta misma estancia...

—¡Por piedad, no recordeis aquella escena!

—Cumple á mi propósito ese recuerdo.

—¡Continuad!—dijo Doña Mayor ocultando su rostro con delicado cendal.

—Os ví despues de largos años de ausencia, mas dejemos de lado sentimientos y dolores míos, que á nadie interesan.....

—¡D. Fadrique!

—Aquel día, de vuestra boca escuché palabras de madre—dijo con violencia D. Fadrique,—y aquellas palabras grabáronse para jamás desaparecer en lo mas sagrado de mi ánima. Desde entonces medito sin cesar vuestras palabras, y como caballero intento disipar las nubes, que oscurecen el porvenir de vuestra hija, derramando así alguna felicidad en vuestro corazón desconsolado.

—Oh! D. Fadrique siempre tan noble como generoso!

—Señora, cumplo con mis deberes de noble y caballero.

—Tanta grandeza me humilla.

—Desde aquel día busco un puesto seguro, donde colocar ese tesoro de vuestro corazón, mas... obstáculos presentáanse, porque el castillo de un rico-hombre no es el horizonte donde debe girar, una hija de Doña Mayor de Guzman.

—Delirais Fadrique?—dijo Doña Mayor con anhelante acento.

—Si deliro, deliro,—dijo el noble infanzon, deteniendo con ambas manos los latidos de su alma,—deliro pero es de dolor.

Tenia la voz del caballero un eco tan lúgubre, que Doña Mayor se levantó conmovida.

—Basta D. Fadrique, os aflije demasiado esta entrevista.

—No, perdonad y continuemos, que son harto importantes mis palabras,—y con acento reposado á cuyo través, vislumbrábase estaña mezcla de dolor y alegría, dijo :

—No es propio de la noble prosapia de vuestra hija, que encerrada en altivo castillo, escuche solo el rumor de las cadenas y el grito de las atalayas

—Oh! no creo que hasta tal punto le sonria la fortuna.

—Qué decís? si el infortunio se cebó en vos tan noble, creada para destinos inmortales, ¿ha de ser vuestro sacrificio estéril? No, mientras yo aliente. La corona os robó vuestra dicha, porque nacida para el trono volásteis á él como el águila al sol, como la

abeja á la flor, pero si en ese vuelo desvaneci6se vuestra felicidad, vuestros dolores de hoy, vuestra santa resignacion os alcanzara una corona, que adornara vuestro corazon de madre.

—¡Por piedad Fadrique, por piedad, me asesinais!

—Señora,—dijo con radiante acento el caballero,—bien dijisteis al anunciarme dias pasados, que aun podia conocer la dicha, porque en este instante la siento germinar en el fondo de mi alma,—contest6 D. Fadrique con entusiasmo.

—¡Noble corazon!—murmur6 Doña Mayor, y continu6—espero vuestras palabras como el sediento el agua y el moribundo el perdon.

—Escuchad, no ignorais mis relaciones con el rey de Portugal, y no ignorais las diferencias que median entre D. Alfonso.... como lazo de union.....

—Mi hija!—esclam6 Doña Mayor.

—Si vuestra hija un caballero portugu6s acaba de llegar y es el portador de la nueva.

—¡Gracias! ¡gracias! mi providencia sobre la tierra—y en su arrebatado de madre, hinc6se de rodillas delante el caballero.

—Por Dios, señora, no me humilleis, levantad.

—Mas el rey de Portugal est1 casado,—dijo Doña Mayor como recordando.

—Esa union est1 disuelta, (1) el rey de Portugal acept6 con j6bilo mis proposiciones, solo me resta recabar de D. Alfonso, su consentimiento y la donacion de los Algarbes como dote, y para tal empresa cuento con vuestra elocuente voz de madre.

—¡SÍ! ¡SÍ! contad.

—Ahora, mis palabras ser1n mas dolorosas, porque me dirijo á la dama,—los sollozos embargaron su voz.....

En la vida humana nos encontramos en situaciones, que arran-

---

(1) Sobre este punto y como dato hist6rico, véase al M. de Mondejar y á la cr6nica.

can del corazon lágrimas de fuego, que cubren de duelo el alma y colorean el rostro con las tintas de la vergüenza, y hay momentos en que nos sentimos superiores al mundo, porque nos acude santo valor para hollar sus mezquinas leyes, y nos consideramos colocados en mas alta esfera que los demas vivientes, porque ninguna existencia sino la nuestra puede desplegar tal lujo de virilidad. Són instantes supremos, en los que como clara vision adoramos nuestro origen, limitado para el placer, é infinito para el dolor, y en tal estado se hallaba D. Fadrique ante la muger que amó, que amaba y que para el porvenir repetia mil y mil juramentos de adorarla siempre.

—Hablad.

—Esa corona, tiene condiciones.

—Las cumpliré.

—Son sacrificios.

—Los consumaré con firme voluntad.

—Pues adivinad mis palabras, porque su sentido me desgarrá el seno.

—¿Temblais?

—Si soy muy cobarde para deciros,—un temblor convulsivo agitaba á D. Fadrique, era la lucha entre su corazon amante, su alma caballeresca y el deseo de cumplir su palabra;—iba á herir con acerado puñal un corazon que respiraba orgullo y nobleza.

—Os escucho—dijo con ligero acento de impaciencia Doña Mayor.

—Esa corona ceñirá solo las sienes de una hija de D. Alfonso!

—Me pedís mi deshonra,—esclamó Doña Mayor con indefinible acento y cayendo de rodillas y elevando sus manos á los cielos, esclamó:

—Oh Dios justiciero! Tu justicia es infinita como fué infinita mi falta. Me cegó el orgullo y castigais mi orgullo. Nació en mí la santa pasion de madre y os valeis de ese amor para mi castigo....  
Publicar en la córte de Castilla el nacimiento de mi hija deshon-

rando á su madre, nunca! ¡nunca! Coronas que son mentidas glorias, cuidados sin cuento... pero es mi hija, mi Beatriz. ¡Cuán hermosa seria sentada en un trono, y rodeada de poderosa corte! ¡Cuántas veces sus hermosos labios bendecirían mi nombre y mi sacrificio. ¡Hija mia! Oh! ¡si supiérais cuánto sufro!—dijo Doña Mayor dirigiéndose á D. Fadrique, y se levantó del suelo parecida á una sombra que despues de visitar los infiernos del Dante, ascienda á regiones mas puras. La vaguedad de sus ojos, el espanto pintado en su rostro, que alteraba su belleza, sus miembros contraidos y su sudorosa frente cubierta con los rizos de su rubia cabellera, prestábanle un aspecto tan desconsolador á la par que terrible, que era aquel, espectáculo que rompía las fibras del corazon manchando con negra amargura cuantas ilusiones pueda abrazar existencia.

Y con pasos vacilantes atravesó la estancia cayendo en un reclinatorio colocado á los pies de santa imagen.

En cuanto á D. Fadrique no podremos decir si lloraba, porque dejó caer sobre su rostro la visera de su casco.

Quedó en silencio la estancia, solo percibiase el murmullo de las oraciones de Doña Mayor, que oraba con el semblante oculto entre sus manos. Corto fué el ruego, pero fervorosas fueron sus palabras. Llamó á D. Fadrique.

—Escuchad,—dijo volviendo su hermosa cabeza, con los ojos bañados en llanto de madre y de muger, llanto dos veces sagrado.

D. Fadrique dió dos pasos hácia ella.

—Os escucho.

—Asegurad,—dijo con sobrehumano esfuerzo,—que será reconocida y aclamada como hija de D. Alfonso... y como hija mia.

El caballero se inclinó y sin decir palabra, pues le era imposible, salió de la estancia. Al oír el último eco de su paso, cayó sin sentido Doña Mayor esclamando,—¡mi hija! una corona!

Amargas amarguras acibararon el espíritu de Doña Mayor, pero no menos amargas fueron las que destrozaban en aquel mo-

mento el corazón del noble D. Fadrique. Pedir al objeto de su santa adoración que diere al vulgo la nueva de su deshonra, era pensamiento que enloquecía su mente.—¡Maldito el día en que quise consolar su corazón de madre destrozando mi alma. . . . pero no, primero es la felicidad de . . . su hija,—esta palabra me abrasa el cerebro y enrojece mis labios.

II.

Estaba escrito que aquel día, había de ser de eterno luto y de eterno llanto para la infortunada madre de Doña Beatriz.

Poco después de la salida del caballero, penetró en la estancia D. Pedro de Guzman, que siguiendo inveterada costumbre, venía á depositar un beso en la frente de su hermana, Doña Mayor vuelta en sí continuaba en su reclinatorio entregada á sus dolores.

—Siempre el mismo desconsuelo!

—Ah! sois vos hermano mio, pláceme vuestra venida.

—Salgo del alcázar y mi primer cuidado es por vos, mas no me place encontraros siempre con los ojos nublados por el llanto, aun cuando lloreis en mi ausencia, cuando yo venga vea lucir vuestro rostro sin duelos.

—¿Y por ventura será menor mi dolor encubierto que patente? Creéis que lo que con mayor sigilo ocultemos corroe menos el alma, que aquello que comenta el vulgo con su torpe lengua.

—Nunca creí tal.

—Nunca?—dijo Doña Mayor con acento irónico.

—No entiendo.

—Decidme, qué nuevas traéis de la corte?

—Ninguna importante, dícese sobre amores entre D. Enrique y la de Haro.

—Creo que hoy vuestro amigo D. Fadrique Dávalos ha tenido larga conferencia con el rey.

—Así es y creo era sobre los asuntos portugueses.

—Decis verdad, pero ignorais los asuntos ventilados?

—De todas veras.

—Decid mi hermano, ¿qué destino espera á Beatriz?

—Las hijas de reyes ó coronas ó conventos, mas dejad conversacion que fatiga y me es enojosa.

—Llegó el dia en que debemos sacrificarnos por ese ángel, nacido por nuestro crimen.

—Por Dios, hermana mia!

—No, escuchad, hoy ha venido aquí D. Fadrique Dávalos, que oyó dias pasados unas palabras sobre el nebuloso y triste destino de mi Beatriz, y Beatriz es el lazo señalado para unir los reinos de Castilla y Portugal.

—Delirais?

—No deliro, pero creo que pronto perderé el juicio,—dijo Doña Mayor pasando su mano por su ardorosa frente,—escuchad, como condicion piden á mi corazon de madre el sacrificio de mi orgullo de rica-hembra.

—Pardiez, hablais con enigmas?

—No, quieren que sea, públicamente, lo entendeis ahora, reconocida Doña Beatriz como hija de D. Alfonso.

Mudo de asombro quedó D. Pedro al escuchar las palabras de su hermana, al fin exclamó trémulo de cólera.

—¿Y no habeis llamado á vuestros pages para que dieran fin con la vida del blásfemo?

—Oh! vos no conoceis de cuanto es capaz una madre. Yo sacrificaré mi...

—Señora,—dijo D. Pedro con airado acento,—no se trata de vos, sino del blason de vuestro linage.

—¿Y creeis ahora, que no es mancha, cuando se oculta la sangre en las tinieblas, y no es dolor el dolor cuando la faz muestra alegría! No ignorais que la córte me señala como dama del rey.....

—Harto lo sé.





D. ALFONSO EL SABIO LAM. 8.

—Lo sabeis, ¿y por qué cuando fijé mis ojos en el monarca y el monarca miró los míos, no enrojecisteis con mi sangre vuestra espada? ¡Hermano mio, llegó el castigo, y solo nos resta inclinar la cabeza.

—Mi corazón sufre toda clase de infortunios, pero no he sido formado para la deshonra.

—Sin embargo, mancha ya nuestro escudo.

—¡Basta!—dijo colérico D. Pedro,—escuchad nunca! nunca! mientras yo exista, sabrá nadie el secreto del nacimiento de esa niña.

—Es mi hija y quiero su felicidad.

—Y yo soy el jefe de la familia y no consiento la menor mancha en mis cuarteles.

—Hermano mio!—dijo Doña Mayor postrándose á los pies de su hermano—es mi hija! por piedad!

—Nunca! nunca!—esclamó D. Pedro saliendo y rechazando á su desconsolada hermana.

Doña Mayor loca por el dolor corrió á estrechar á su hija contra su seno esperando encontrar consuelo en sus caricias.



## CAPITULO XXII

### Amantes antiguos.

#### I.

En aquel momento entraba en las habitaciones reales D. Fadrique Dávalos. Tan larga como secreta fué su conferencia con D. Alfonso. En vano los que mayor privanza gozaban, intentaban adivinar qué puntos trataría D. Fadrique. Solo D. Pedro Guzman permanecía sombrío y era que conocia sobradamente el corazon de su hermana, el amor de D. Alfonso á su hija y la hidalguía del buen Dávalos, que habiendo prometido una corona, moriria en la empresa ó llevaria á cabo sus intentos, y el adelantado temblaba al ver asentada en un trono á la bastarda, hija de D. Alfonso y de una hembra de la familia de los Guzmanes. Veria su deshonra próxima, inevitable, y solo encontraba para rechazar la tormenta recursos que no comprendia su noble espíritu. Su entusiasmo por D. Alfonso, su amor al valeroso infante que sucedia á S. Fernando fue-

ron causa de que no se opusiera á los amores de su hermana. Después quizá alguna de esas ideas de ambicion que brillan en el horizonte del hombre en los primeros años de su vida, hizo que no viera el incremento de aquella pasión, pero nunca habló de ella á D. Alfonso y raras veces recordó á su hermana los peligros que corría.

Ahora recordaba las palabras de su hermana y diera la sangre de sus venas por borrar la historia de los últimos años, y por evitar aquel castigo tan doloroso, que la justicia celeste suspendía sobre su cabeza.

En tanto D. Alfonso meditaba las proposiciones hechas en nombre del rey de Portugal por D. Fadrique Dávalos. Sobremanera ahagaba, su orgullo de rey y su amor de padre. Acosábale asimismo el pensamiento, la idea que tan desasosegados traía á D. Pedro y á Doña Mayor, y ante aquel sacrificio, ante aquella delirante pasión de madre su alma de poeta sentía el divino hálito del entusiasmo, y aun creyó conocer en su pecho, la embriaguez del amor, las sensaciones ardientes y puras de aquellos días en que á los pies de su amada sentía sus blancas manos acariciando su frente, bebía en sus ojos raudales de inspiración celeste, en tanto que modulaba sus sublimes cántigas á la virgen, celebrando sus *milagros y loores*. Dos seres que se hablan de amor, que respiran el ambiente perfumado con sus hálitos amantes, y sus inteligencias bajo la sagrada advocación de la madre de los Dolores, recorren los paraísos celestes, es cuadro que solo se comprende en España, bajo su cielo de purísimo azul, en las noches perfumadas por las flores, alumbradas por las estrellas y allá en el confin del horizonte por los primeros rayos de la luna, parecida al primer reflejo de felicidad con que ilumina la esperanza al corazón.

Aquellos recuerdos caían mansamente en el corazón de D. Alfonso, enardecido ya por su amor de padre. Vivía en lo pasado, recordaba sus primeras impresiones á la vista de Doña Mayor, veníale á la memoria la pasión que le inspirara y uníase este cúmulo de

sensaciones el magnánimo sacrificio que por su hija consumaba aquel noble corazón. — ¡Cuán ingrato soy! iré en cuanto cierre la noche ¿Pero Dalanda? Yo no amo á Dalanda, que es tan solo la hija de mi imaginación.

En efecto las tinieblas de la noche envolvían en misterios á la imperial Toledo cuando abandonaba D. Alfonso el alcázar. El tránsito fue fecundísimo en emociones. Hay en el corazón humano secretos resortes, que nos someten á mágicas influencias y cuando recordamos el sitio en que gratas sensaciones nos conmovieron, ó recordamos á la vista de un objeto, que para nosotros pone fin á una época pasada de dichas y goces, á una persona que coronó de flores nuestra ánima, de esa tumba del espíritu llamada memoria alzanse fantasmas, que presa de nuestra momentánea ilusión, acariciamos cual si estuvieran dotados de la luz y de la vida, que adornára á los seres que representan. En el camino y á la vista de la puerta secreta destinado al paso del rey, encontrábase D. Alfonso sometido á una de aquellas influencias y forjábese la ilusión de que vivía aun en el fondo de su alma, la pasión que en sus primeros años le inspiró la de Guzman.

El fiel Nuño, como había hecho durante tantos años, hacia aun. Todas las noches en la atalaya de la torre del jardín esperaba la venida del rey, y todas las noches volvíase á su lecho exhálalo un suspiro y diciendo entre sí. — ¡Pobre Doña Mayor!

Júzguense pues de su sorpresa, cuando interrumpió su soñolienta meditación, la señal que servía para anunciar al rey.

— Cielos! D. Alfonso! Dios mío á qué vendrá?

Y presuroso corrió á franquear la entrada al monarca.

— Tu señora?

— En su estancia.

— Me espera?

— Señor.

— Habla.

—Como hacia tiempo.

—Bien, calla y anúnciame.

La contestacion del criado hirió el amor propio del rey.— Los hombres casi nunca amamos, pero queremos que nos amen siempre.

Nuño corrió apresuradamente á preparar á su señora que oraba en la capilla.

—Señora, señora.

—Por qué me interrumpes, Nuño.

—*El*, él está ahí.

—Quién?

—D. Alfonso.

Apoyó Doña Mayor ambas manos en su corazon y encaminóse á la torre del jardin. El rey tenia ya en sus brazos á la pequeña Beatriz y admiraba la gravedad del rostro y la perspicaz inteligencia de la niña.—¿Ya no me reconociais? preguntábale.

—Como era pasado tanto tiempo sin que os viera.—En aquel momento apareció en el dintel de la puerta de la morisca estancia Doña Mayor severa, pálida y orgullosa. Toda su sangre agolpóse al corazon y veíase precisada á apoyar sus manos en el pecho para reprimir sus latidos. Conoció D. Alfonso todo lo falso de su posicion y exclamó poniendo en juego todo su talento.

—Venid, señora, venid y ayudadme. Decid á esta niña que si me he privado de su cara presencia, es porque los cuidados del reino y la última guerra han sido obstáculos insuperables para mí.

—Si hija mia, el reino, las guerras y la *judería* han impedido que guardára tu memoria.

D. Alfonso quedó mudo de sorpresa, creia que sus entrevistas con Dalanda eran un misterio impenetrable.

—Oh! señor,—apresuróse á decir Doña Mayor,—no creais.

—y con esa delicadeza, que únicamente conocen las madres, conoció que las palabras que iba á proferir eran mal sonantes para los oidos de su hija.—Beatriz déjanos,—la hermosa niña presentó

su frente al rey, que la besó con ardor, besó las manos de su madre y saludando se retiró.

—Decías—dijo D. Alfonso con curiosidad.

—Decía que vuestras entrevistas con Dalanda.

—Qué habláis?

—Oh! señor, no me juzgueis de ligero, me desamais, y sufro el castigo de mis faltas, amais á otra, y al ver aquella inocencia, al ver aquel ángel celeste, al oír sus armoniosos acentos que suenan como melodías entonadas por coros de serafines, comprendí que vuestro corazón debía ser suyo, entendí como mi alma manchada y mi espíritu lleno de lodo debió disgustar vuestro espíritu, que sondea con entusiasmo las sublimidades del cielo.

—No! no! mi corazón es vuestro, amo á Dalanda, porque la recogí de sangrienta cuna.

—Basta, señor,—dijo Doña Mayor,—reconozco la nobleza de vuestro corazón, me veis apenada y llorosa y venís en mi auxilio como amigo sincero y leal, gracias señor.

—¡Sois tan severa como bella!

—Dejad á un lado vanas galanterías, llegó para mí el día de la expiación, murieron las ilusiones, que brotaban á impulsos de vuestras palabras y poblaban mi mente de fantasmas seductoras,—hoy el desengaño me posee y causa mi lloro.

—Sois digna de un amor eterno,—dijo el rey besando la mano de la noble dama.

—No fatigüeis vuestro numen de poeta buscando regaladas frases, mirad—y con convulso ademán llevó al rey á la ventana.—Recordad por un momento nuestros amores, ¿os acordáis como se perdían nuestros espíritus en esos mundos de amor que giran en el espacio? ahora miro las estrellas y se me aparecen como ojos llenos de ira, sus rayos son palabras malditas y la luna que se levanta sobre el río es la faz de Dios airada y amenazadora. Oh! busco mis ilusiones en el fondo de mi alma y solo contesta del terrible eco de los remordimientos á mi enamorada voz.—

—No me amais?

—Callad por piedad!—dijo Doña Mayor, cayendo de rodillas,—no aumenteis con palabras imprudentes el martirio, que desgarrar mi alma. Allá en el fondo del santuario solo pido á los cielos el olvido, pero me persiguen vuestros recuerdos, y resuenan en mis oídos, y solo á los pies de Maria encuentro paz y consuelo. Dejad reine solo en mi alma la voz de Dios y el acento del remordimiento.—Y la noble dama, inclinó su cabeza en las manos del rey dando salida al llanto que henchía su pecho.

D. Alfonso conmovido, consideraba la riqueza de aquel carácter tan noble y tan generoso. En vano buscaba el encendido acento de las pasadas horas, cuando sus labios iban á pronunciarlo se confundía en el confuso clamoreo, que levantaba su conciencia.

—Nos unen lazos, que no pueden romperse, y nos revisten de un carácter sagrado. Como vos veo la imagen de Dios separando nuestros destinos, y ahogo los latidos de mi corazón que murmura vuestro nombre.

—Por piedad! no continueis, que siento un fuego abrasador correr por mis venas, y mi corazón quiere lanzarse en pos de vuestras palabras,—y sus hermosos ojos se encontraron con la ardiente mirada del monarca.

—Te amo,—murmuró el rey ciñéndola con los brazos.—

—Y yo!—oh! no mi hija—esclamó Doña Mayor desasiéndose de los lazos del monarca,—mi hija!—repitió con voz dolorida.—

—Si, teneis razon, nuestra hija—repitió D. Alfonso.—

—Habeis hablado con Dávalos?—dijo Doña Mayor con rápido acento.—

—Si—dijo el rey con tristeza.—

—Esa corona de Portugal?—

—Se apoyará en las sienes de Beatriz.—

—Mas su casamiento?—

—Se encarga el portugués de obtener su anulacion.—

—Y los Algarbes?—

—Serán el dote de nuestra hija.

—Oh! gracias, gracias, Dios mió!

—¿Pero y vos?

—Yo escuchad, Alfonso no os recuerdo como os amé y... amo ahora á mi hija, porque es vos, es mi amor, es mi pasada felicidad, es mi perdon concedido por los cielos. Hay cierto orgullo en la vergüenza, y yo soportaré las miradas de la plebe, porque yo misma causo mi vergüenza y con el sacrificio de mi honra formo un don de eterna felicidad para mi hija, mi Beatriz. Mi hermano no quiere, mas ignora á cuanto raya el corazon de una madre, que tiene una hija como Beatriz. Señor, os ruego que en el momento de mi sacrificio no apartéis de mí los ojos con desprecio, no, por Dios os lo ruego, si me faltan las fuerzas, una mirada vuestra me sostendrá, no pongais en olvido que os amé, vos me amásteis y que ese ángel es mi hija. No me despreciareis, no?

Gruesas lágrimas corrieron por la noble faz del rey, el delirante acento de su amante enternecia las fibras mas profundas de su pecho.

—¿Pero vuestro hermano?

—Sacrificaré si es necesario, su amor en las aras de este amor mas vivo y mas profundo, así el sacrificio por mi hija será completo.

—¿Pero y vos?

—Yo las Huelgas de Burgos me esperan!

—¿Quereis que me persiga siempre vuestra memoria?

—No Alfonso no, allí oraré y mis oraciones derramarán sobre las cabezas de los séres que amo las bendiciones de los cielos!

—¡Cuánto infortunio, causado por mí! miserable.

—Me compadeceis, ¿soy infortunada? no es cierto que Dios me perdonará? no es cierto que sino la madre, la hija será feliz?

Aquel dolor era ya sobrado intenso y el rey temia por el juicio de aquella desventurada madre.

—Sosegaos, yo respondo y os juro por la cruz de mi espada que nuestra hija será feliz.

—Oh! vos lo podeis todo, en vuestro mirar va envuelta la dicha, siento el corazon aliviado de horrible peso y mis lágrimas son mas tranquilas.

—Adios, señora,—dijo el rey depositando un beso en la cabeza de aquella muger santificada por el dolor.—Rogad á Dios que nos ilumine y nos consuele.

—Adios, Alfonso,—murmuró con acento desgarrador.

Y partióse el rey meditando sobre la humana existencia, que no acierta á separar las lágrimas de las sonrisas y el llanto del placer, y al mirar por última vez el palacio de los Guzmanes, exclamó—La pasion es la vida, es la inteligencia.... lo es todo!



## CAPITULO XXIII.

### Diplomacia aragonesa.

#### I.



En vano pretendia D. Enrique poner en olvido las palabras de Doña Leonor; eran sobrado intensas las conmociones, que despertaran en su ánimo, para que no fueran profundos los pensamientos que embargaban su imagen. No pasó desapercibido para el astuto caballero de Pampliega, el desasosiego y la inquietud de su señor, y á fuer de hábil cortesano sirvióse de aquel momento, y exaltó la imaginacion del infante con alhagüños cuadros de amor y felicidad.

—Si una corona brillára en vuestra frente, la desdeñosa castellana mendigaría vuestras sonrisas.

—Oh! cuando recuerdo que cruza en este momento los campos de Castilla sin que vaya en su compañía, un pensamiento del dolor que me inspira! Mas dejemos pensamientos que aumentan mi sufrir. ¿En qué manos para el pacto firmado por los nobles en casa de D. Diego?

—Señor en vuestras manos—apropósito hoy en demanda de secreta audiencia ha llegado á vos D. Jofre de Loaisa—habló conmigo, mas como sabia no era vuestro propósito reanudar el hilo de pasadas escenas, no puse el mayor cuidado en sus palabras.

—Sin embargo, placénme sus palabras y lo grato de su compañía—dijo el infante con acento sentido.

Sonrióse Pero Martinez y—continuó.—No ignorando el solaz que os causa su compañía y la distraccion que os procura, le dije presfariais oído á su demanda aquesta noche, y por cierto que no debe estar ya lejos el momento de su llegada.

Enrojeciósse la faz de D. Enrique al ver penetrado su pensar con tanta claridad, y permaneci6 en silencio admirando la astucia que distinguia á su confidente.

Salió el de Pampliega y bien fuera efecto de sus diligencias ó la historia contada á D. Enrique fuera verídica, punto que no hemos podido averiguar, no tardó muchos momentos en aparecer el buen aragonés en la puerta de la estancia del infante.

—Dios vele por vos Señor.

—Y á vos estienda su mano.

—Permitid que antes salude al vencedor de Lebrija.

Aquellas palabras efecto de la casualidad y buena fé de D. Jofre, ó inspiradas por Pero Martinez, hirieron á D. Enrique y la ira hizo sentir su abrasador influjo lacerando su corazon.

—Gracias por vuestro cumplido, contestó con frio acento.

No rayaba hasta tal punto la candidez de espíritu del aragonés, que no conociera habia caido en desgracia, y aun euando no daba con la causa que pudo motivar el resentimiento, proyectó no dar márgen á nuevos disgustos, entrando de lleno en sus proyectos.

—¿Sabeis de Doña Leonor de Haro?

El dardo despedido por esperimentada mano no causára mayor confusion en el ánimo del infante: pálido y trémulo dejóse caer en un sillón murmurando—¡Siempre Leonor!

—Los cielos me acudan decia entre sí D. Jofre—¿quién dotára

á mis palabras de temple capaz de confundir á un infanzón?

Serenóse D. Enrique, pero aquella serenidad se ostentaba solo su rostro; su pecho entregado á los sentimientos que trajo la palabra de D. Jofre batallaba con los dolores mas acerbos que pueden causar, el amor y la ambicion de consumo.

—Decias?—murmuró con voz ininteligible.

—Que á manos de la de Haró llegaron nuevas de sumo interés.

—Y son?

—D. Diego constante en sus proyectos, cerca de D. Jaime mi señor, sigue abogando con todo el ardor de su ánimo, por la causa de la nobleza castellana.

—Son vanos sus proyectos, despues de las últimas glorias alcanzadas por el rey en los campos de Jeréz.

—Desconfiais.

—Yo... no—dijo D. Enrique con esfuerso.

—Pero temeis?

—No comprendo tal palabra, creo que allaga en alto grado el orgullo de la nobleza de Castilla, el ver el pendon ondear sobre moriscas almenas, para que turbe tal contento ningun pensamiento de extraño linage.

—Sin embargo sellaron un pacto, y se cumplirá ese pacto.

—Pero faltá un grito de guerra.

—Eso vengo á traeros.

—Vos?

—Si, á noticia del rey de Aragon ha llegado la triste situacion de su hija en la córte de D. Alfonso, y que postergada á los pies de torpe manceba, el sol ilumina únicamente su dolor, y la humillacion de los blasones aragoneses.

—Hábil es D. Diego.

—Asi el rey mi señor dispone ya sus medios de venganza y por mi medio ofrece una corona y ayuda al que acaudille los descontentos castellanos.

—Entended mis palabras, si el rey de Aragon pone sus lanzas

à mis órdenes, mi espada será la primera que alumbrará el sol el día de la contienda, pero un infante castellano nunca mendiga socorros.

—Sin embargo propio es de nobles y caballeros salir à la defensa de una reina humillada.

—En el desamor de un rey, no cabe humillacion y es frivolo pretexto para levantar banderas de rebelion.

—Si hubiera pruebas que no dejaran paso à la duda acerca de la humillacion titubeariais?

—No.

—Entonces poco esperareis.

—¿Y para buen éxito de nuestra empresa qué seguridades hay?

—El rey de Aragon se unirá al rey de Navarra Teobaldo y entrarán por las fronteras de los reinos de Castilla.

—Pero notad, que han sido vanos los esfuerzos imaginados para separar à D. Alfonso de su esposa.

—Hace tiempo que no pisais los salones del alcázar.

—Nunca fui dado à pasatiempos palaciegos.

—No es de estrañar ignoreis los rumores que circulan. Háblase de que D. Alfonso tiene una hija é intenta presentarla à la còrte como tal.

—Con el objeto.

—Fácil es de preveer, hasta hoy el rey no tiene hijos de Doña Violante (1) y por Dios que esplotan à su sabor la esterilidad de la reina los que rodean al monarca.

—¿Qué decis, el trono castellano ocupado por bastardos?

—Voces del vulgo son y cuando habla el vulgo!...

—Nunca, exclamó con furia D. Enrique, mientras aliente mi pecho y el vigor acuda à mi brazo!

—Si los nobles solo guardan respeto y veneracion à su monarca, su voluntad pesará como ley sobre su cabeza.

(1) Véase la crónica.

—Oh! no, que corre noble sangre por las venas castellanas.

—Pues buscad traza de conjurar la tormenta, que avanza á pasos agigantados,—y en tanto qué respondo á mi señor?

—Escuchad, dijo el infante trayendo así al caballero aragonés. En esta empresa pongo en juego mis afecciones mas caras y rompo por ella los lazos mas sagrados, el secreto de mi conducta solo lo sabe Dios. Veo claramente mi destino y lo arrostro con frente serena, por lo tanto sé la parte que me pertenece. En cuanto á vos derramad sin cesar en el corazon de Doña Violante la idea de separacion ó de divorcio y cumplid como cumpliré yo, y que cumpla vuestro rey como nosotros cumpliremos, y escribir á D. Diego que redoble sus esfuerzos,—voy á dar comienzo á una lucha en la que envuelvo mi existencia, mi felicidad y mi corazon.

—Cumpliré cuanto decís.

—Cuento con Aragon,

—Contad con entera confianza.

—Pues el cielo os guarde.

D. Jofre salió de la estancia, su conducta maravillosamente iluminada por la casualidad fue hábil en extremo. Habia tocado las fibras mas dolorosas y vibrantes del corazon de D. Enrique y en su alma irresoluta hizo nacer resoluciones violentas. D. Enrique aconsejado por su amor cerraba los ojos, y con toda su anima acogia las consecuencias de su conducta, que quizá le arrastraria al lado de Doña Leonor. Espiritu débil buscaba rodeos para llegar como impelido por el acaso al punto que no osaba abordar de frente; creia asi encontrar sobrada razon para acallar el grito de su conciencia.

## II

En tanto D. Jofre entregábase á sus pensamientos, y no eran por cierto livianos y de poca monta, la situacion del ayo de Doña Violante era superior á sus fuerzas y talentos. El rey de Aragon

habiendo firmado tratados con Teobaldo, rey de Navarra, á todo trance anhelaba, que aprovechando los inconvenientes que pudieran sobrevenir capaces de alterar la paz de D. Alfonso y Doña Violante, suscitára el ayo una separacion ó un divorcio, á fin de tener un grito de guerra, que lanzar al invadir las fronteras de Castilla. Este deseo del rey, unido al dolor mas y mas intenso cada hora de Doña Violante y al temor que le causaba, el compromiso contraido con los conjurados, en la reunion celebrada en casa el de Haro, eran otros tantos pensamientos que fijaban las ideas de D. Jofre, solo en la consecucion del proyecto inspirado por D. Diego de Haro á D. Jaime de Aragon. Conocia el buen aragonés, que aquel cúmulo de intrigas, y aquel laberinto formado por tan distintos y encontrados intereses era para él empresa árdua y difícil, así arrojóse á ella sin trazar plan ni proyecto, pero pidiendo de todo corazon á los cielos fuerza y ayuda para salir de aquel conflicto.

—Vamos,—decia entre sí al abandonar el aposento de D. Enrique,—mi paso se ha visto coronado del éxito mas feliz, y los cielos me dispensan su proteccion: espero salir con bien. Vamos al segundo,—y encaminándose al alcázar, penetró en los aposentos de su reina, que escuchaba las trovas de Giraud Riquier.

—Señora.

—Mi buen ayo! Gracias Riquier, habeis con nuestras cántigas distraído mis doloridos pensamientos.—Retiróse el provenzal.

—No serán tan agradables como las de ese buen provenzal, vuestras palabras,—dijo Doña Violante dirigiéndose con melancólica sonrisa á su ayo.

—Señora, los leales siempre somos los portadores de las malas nuevas, las agradables y placenteras son dominio de la turba de cortesanos aduladores.

—Sé á cuanto raya vuestro respeto por la reina.

—Hace pocos dias llegaron á mí pergaminos de vuestro padre el rey de Aragon.

—Cómo lo ignoro yo?

—Hacian referencia á vos, y no venian dirigidos á V. A. No creí conveniente poner en vuestra noticia su contenido.

—Y hoy lo haceis?

—Señora, hoy tiene efecto uno de los espresos mandatos de vuestro padre mi señor, y esa es la razon.

—¿Y á qué hace referencia ese mandato?

—Ordena D. Jaime, que al menor desdoro y menoscabo que sufran los timbres aragoneses encarnados en vos....

—Yo no veo hoy ese desdoro.

—Señora, como seguro corre en la córte un rumor, que no debe manchar la pureza de vuestros oidos, y ese rumor es ya ó va á ser una verdad.

—De qué hablais,—dijo la reina.

—Hablo señora, de un suceso inesperado y terrible para vos, hablo de una presentacion, que tendrá lugar en la próxima audiencia.

—Una presentacion! ¿Pues la de Guzman no es rica-hembra?

—No se trata precisamente de Doña Mayor, pero quizá... dijo D. Jofre como meditando, sea ella la que sacrifica su orgullo en aras de su ambicion.

—Basta, callad, callad!—dijo la reina comprimiendo sus lágrimas,—no quiero comprender.

—Pues bien, señora, ya que entendeis, ¿qué mayor menoscabo puede sufrir la corona y el timbre de Aragon, que ver presentarse ante la reina que gime solitaria, un bastardo?

—¡Cuánto desprecio Alfonso!—murmuró la reina.

—Quizá se pretenda que ese bastardo sea alzado por rey de Castilla á la muerte de D. Alfonso, pero sea en buen hora y gobiérnese Castilla como mejor le plazca, que no verán vuestros ojos tamaño desacato.

—Pues qué intentais?

—Señora, el rey os tilda por estéril, vivis sola en la córte de vuestro esposo, pero en la de vuestro padre honor y gloria estarán

á vuestros pies. Estas son las órdenes—añadió poniendo varios pergaminos en la mesa de Doña Violante.

Pero la reina al oír las palabras de su ayo, cayó en profundo marasmo, murmurando—un divorcio, ¡Alfonso te amo, yo te amo!

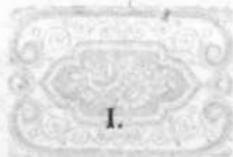
El buen Loaisa, quedó suspenso diciendo para sí,—no he sido tan cauto, prudente y hábil en el segundo paso, como lo fui en el primero.—Pobre reina ¿por qué le dije tan crueles palabras, quizá calumniando á una dama como Doña Mayor?



El corazón de Doña Mayor no conocía más dolor que el dolor y á do quier que volvía sus ojos encontraba solo las muestras del castigo con que el cielo castigaba sus días. En casa, en pasados tiempos por teatro de sus dichas recordábase la hora con que prorrumpieron las plamas de sus huesos, resacañidos ahora en su frente. Si por tarde en la capilla pedía consuelo á las sagradas invocaciones que aprendieron en los labios de sus padres, la oración no acudía á su muerte y eran vnos sus angustias y perdidos sus esfuerzos. Don Pedro de Guzman aumentaba con su desventurada tristez los terribles dolores de la dama de D. Alfonso y las sendas impetuosas de su cólera estremecían de dolor á la madre de Doña Mayor.

## CAPITULO XXIV.

### Beatriz.



El corazón de Doña Mayor no conocía mas solaz que el dolor y á do quier que volvía sus ojos, encontraba solo las muestras del castigo con que el cielo afligia sus días. Su casa, en pasados tiempos teatro de sus dichas, recordábale la honra con que brillaron los blasones de sus abuelos, escarnecidos ahora en su frente. Si postada en la capilla pedía consuelos á las sagradas invocaciones, que aprendiera en los labios de sus padres, la oracion no acudía á su muerte y eran vanos sus súplicas y perdidos sus sollozos. Don Pedro de Guzman aumentaba con su desgarradora tristeza los acerbos dolores de la dama de D. Alfonso, y las sordas imprecaciones de su cólera estremecian de dolor á la madre de Doña Beatriz.

Recorriendo el jardín distraía pesares Doña Mayor y embebida

en sus recuerdos pisaba distraída la floresta, cuando el rumor producido por el paso de un guerrero cubierto de todas armas, interrumpió sus solitarias reflexiones. Levantó sus ojos y reconoció á su hermano, que se acercó á ella con ese ademán, que nace de una suprema resolución.

—¿Hermana mia,—dijo—habeis meditado vuestros intentos?

—Sí, y no hay consideracion ni súplica que sea capaz de torcer mi ánimo.

—Y no os arredra la maldicion de vuestros antepasados?—esclamó D. Pedro, montado en colera.

—No me arredró para cometer la falta que hoy castiga el cielo, y mi rostro no puede presentarse al mundo con el antifaz de la virtud, mientras mi corazon presente á los ojos de Dios la negra mancha del crimen.

—No veis,—le interrumpió D. Pedro,—levantarse las sombras de nuestros mayores rompiendo las losas, que cubren sus cuerpos? no veis que nacidos para el honor no pueden dormir tranquilos, mientras vendemos sus blasones por una corona?

—Hermano mio, nuestros padres duermen bajo la tierra y sus almas en el seno de Dios gozan santa recompensa, pero mi hija vive y el honor de su madre no servirá de rémora á su felicidad?

—Y no bastaria á vuestro corazon de madre, nuestras riquezas. Tendria señoriales castillos, feudos pingües...

—¿Y el dia que le preguntaran su nombre?

—¿Por ventura cubrirá su cuna la púrpura real?

—Los vasallos no alzan su vista hasta la cuna de sus reyes!

—Y todos pereceremos por esa niña,—dijo el adelantado dirigiendo á su hermana una mirada henchida de reproches.

—Hablemos Guzman: cuando el rey me amaba, aun no era reina de Castilla Doña Violante de Aragon. Su pasion era infinita, como es infinita mi desgracia. ¡Cuántas veces en su delirio de amante me ofreció su trono, pero era sobrado noble mi amor, para que sus palabras encontráran eco en mi corazon! Conocí que

tal union menoscabaria su dignidad para con la nobleza y los pueblos, y entregaria su corona á los azares de una lucha porfiada y sangrienta, y preferí ser su dama á ser su esposa.

—¿Por qué no me escuchó entonces el cielo?

—Escuchad y ved si padeci y padezco. Asistí á sus bodas, y aquel hombre en el cual vinculaba mi pasion, uni6se á otra muger. Lloré, pero dominé mi dolor. Entonces amé á mi hija con este delirio con que la idolatro hoy. ¿Y quereis que paren aquí mis sacrificios? Oh! no, es justo el cielo, fueron largos los dias de mi felicidad y deben ser eternos los de mi castigo. ¿Si perdí el cielo por el padre, por qué no he de perder el mundo por la hija? Tengo la conciencia de un delito y en buen hora, que sea el objeto del escarnio de la córte, y que sea para las generaciones venideras la dama de D. Alfonso, mi sacrificio devolverá quizá al corazon su perdida calma.

—¡Infeliz,—esclamó Guzman horrorizado,—ese es un delirio!

—Si, muy infeliz hermano mio, ya solo espero el consuelo en el mismo dolor. Dios me ha arrojado á los abismos donde no luce la esperanza. Hasta mi amor de madre es maldito! No puedo hablar de mi hija sino cubriéndome el rostro! ¡Perdon hermano mio si prefiero la felicidad de mi hija á nuestro honor, ¡harto el cielo me castiga!

—Y no hay un sacrificio para tu hermano?

—Si,—esclamó Doña Mayor con exaltacion.—Al rey le sacrifique mi virtud, á Beatriz lo sacrifique mi honra, y á tí te sacrificaré mi existencia.

—Hermana mia, no, no, soy tu cómplice y es justo que llegue á mí el castigo. Abandono á Castilla, iré á regiones apartadas á buscar en medio de las lanzas enemigas la gloriosa muerte de un guerrero!

Y D. Pedro estrechó á su hermana contra su corazon.—Doña Mayor murmuró adios y se desmayó en sus brazos.

El adelantado besó sus lábios y depositándola sobre un banco,

después de contemplarla por breves instantes, salió del jardín sin volver atrás los ojos.

Al abandonar su casa dirigióse con vacilante paso al alcázar, y cada calle, cada monumento le recordaba un día de su infancia, un momento de amor de su juventud, ó le presentaba el teatro de sus glorias. Pasó por delante la catedral. En aquel tiempo mil obreros levantaban sus góticos arcos y revestían sus pórticos y ojivas de aquellos geroglíficos, que guardan los secretos de la ciencia en los siglos medios. Al ver la catedral, al contemplar aquellas esculturas despertándose del sueño de la nada, como el mundo á la voz de Ihowah, el adelantado se paró un instante, inclinó su cabeza y despidióse de aquellas elevadas columnas, cuyo fundamento habia visto y cuyo remate presencian los siglos.

Llegó por fin al alcázar. Inclináronse ante él todas las frentes, pero infanzones, pages y escuderos leyeron en sus ojos cruel dolor, que nunca el buen castellano supo encubrir con hipócrita máscara los afectos del corazón. Entró en la cámara real: al ver al rey turbóse y se pegó su lengua al paladar. D. Alfonso estaba entregado á sus estudios y andaba el rey tan embebido en sus meditaciones que no paró mientes ni en el anuncio ni en la presencia del adelantado.

—Señor,—murmuró D. Pedro.

—Mi buen Guzman. Aquí ya! ¡Cuan cierto es que el tiempo es largo y solo el estudio le torna breve! ¿No serán asuntos de mis reinos los que tan de mañana os traen á mi presencia? Ha tiempo que el infante y los nobles no turban nuestro sosiego.

—Señor, decís bien, no vengó como adelantado. Solo soy un vasallo afligido, que pide á su rey su venia para partir á la tierra santa.

—Deseáis partir? preguntó el rey fijando su mirada en Guzman.

—Señor sí. Nuestro santo padre Alejandro IV os ruega que aprestéis armamentos para sostener el estandarte de la cruz en aquellas regiones, y vuestro primo Fernan Perez Ponce se apresura á partir. Yo os pido que me permitais tomar la cruz y cual simple soldado formar parte de la espedicion.

—¿Tanto es vuestro ardor guerrero que considerais manchados vuestros timbres si permanecen ociosas vuestras armas?

—Acertais, contestó D. Pedro con exaltacion, mis blasones son gloriosos y ahora se verán manchados!

—Basta Guzman.

—Señor concededme.

—Guardad antes en la memoria las palabras, no de vuestro rey, sí de vuestro compañero de armas. Como padre daré un trono á mi hija, como noble y como caballero no debo aceptar el sacrificio de una dama y no lo acepto. El nombre de la madre de mi Beatriz quedará oculto bajo el sello del notario mayor de mis reinos, y cuando deban los heraldos dar al viento el nombre de la reina de Portugal, añadirán un nombre ante el cual se oscurece el de Guzman y palidece el mio. Partid, pero á Sevilla y aguardad allí las órdenes de mi canceller.

—Señor, os ofendí!

—Sí, Guzman, me desconocisteis,—y el rey salió de la estancia.

Inclinó el adelantado su cabeza, abandonó el alcázar y seguido solo de su escudero partió para Sevilla. La córte se ocupó por espacio de tres ó cuatro dias de tan inesperada salida, quien lo atribuía á destierro ó sino á mision secreta, pero nadie adivinó la causa de tamaña novedad.

### III.

Trascurrieron dias y por fin amaneció el que debía alumbrar la concordia entre España y Portugal. D. Alonso III, rey de Portugal

destronó á su hermano Sancho, el cual acudió al trono de Castilla en demanda de auxilio. En la crónica de este reinado léese lo siguiente: «El rey D. Alonso de que esto supo envió á decir al rey D. Alfonso, que tuviese por bien de no le destronar por aquel fecho, ni ser contra él y que casaría con la su hija Doña Beatriz... y el rey por buen talante que habia con aquella su hija y viendo que le era de gran provecho casarla, etc.» El cómo y el por qué de este enlace lo saben ya nuestros lectores y solo nos resta relatar el fin.

#### IV.

Acababa Doña Mayor de ataviar á su hija con aquel gusto sencillo á la par que elegante que distingue al siglo XIII. Su blonda cabellera caía sobre sus espaldas en ensortijados bucles. Beatriz contaba entonces once años, pero en su mirada y en su sonrisa leíase la precocidad del corazon y de la inteligencia. Reclinada en las rodillas de su madre parecia comprender sus mas íntimos sentimientos, porque se escapaban de su pecho tristes suspiros. Doña Mayor jugaba con los rizados cabellos de su hija, sin curarse de que ajaba sus preciosos adornos, y secaba con sus sudosas hebras las amargas lágrimas, que descendian silenciosas por sus megillas.

Sin hablar estaban entregadas á su cariño madre é hija, cuando fué anunciado D. Fadrique. Estremecióse Doña Mayor, llamó á sus esclavas para que concluyeran el tocado de su hija, y esperó al buen caballero, que debia presentar secretamente en palacio á Doña Beatriz y asistir á la declaracion de D. Alfonso, por la cual quedaria reconocida como hija del rey de Castilla.

Entró el de Dávalos y dirigiéndose á Doña Mayor despues de saludarla, exclamó:

—Es tarde señora, y esperan!

—Cuando gusteis, Beatriz está preparada, pero antes oid.

—Señora....

—Me importa poco la estimacion de los hombres, ni la pido ni merezco—dijo—pero tengo en mucho la amistad de un hombre como vos. Creedme D. Fadrique, soy mas desgraciada que criminal!

—Os creo, señora! necesito creerlo para amar algo en el mundo, para tener un objeto al cual dedicar mi existencia.

—¡Siempre me anonadais con vuestra grandeza, con vuestra generosidad! No puedo permitir....

—Concededme, que dedique mi vida á velar por vos! Será un manantial de continuos goces saber, que tengo aun deberes que cumplir, que mi existencia no es estéril, porque la amistad exigirá de mí consuelos y servicios. ¡Sed generosa!

—D. Fadrique, mi hermano se ha separado de mí para siempre, ¿quereis llenar su puesto?

—Gracias! Gracias!—murmuró D. Fadrique besando la mano de Doña Mayor.

Aquella rápida conversacion derramó un bálsamo consolador en el corazon de Doña Mayor y de D. Fadrique, Doña Mayor sabia que tendria siempre un amigo, y D. Fadrique gozaba con la idea de ser el único apoyo de la muger que tanto idolatrara.

En aquel instante entró en la estancia Beatriz. Besóla Doña Mayor y la puso en manos del caballero, que la condujo al alcázar.

El rey aguardaba á su hija sentado en la cámara real y conversando con su notario Fernan Yañez, con el maestro del Templo y el Canciller de sus reinos, designados para dar testimonio de la solemne declaracion que Alfonso X iba á estender y de los esponsales en que debia prometer su hija bastarda al monarca de Portugal. Apareció Beatriz en el dintel seguida de D. Fadrique que representaba al rey D. Alfonso el III. Aguardó el monarca á su hija, que fué á postrarse á sus pies con recogimiento y amor. Besóla el rey, la oprimió contra su pecho y saludó cordialmente á D. Fa-

drique. Despues dirigiéndose á su Notario mayor, le dictó las siguientes palabras con reposado acento:

—El rey de Portugal me pide la mano de mi hija Doña Beatriz, y declaro aquí solemnemente ser Doña Beatriz, que veis delante hija mia habida en Doña...

D. Fadrique tembló y fijó su vista en el rey. Los nobles instintivamente miraron tambien al monarca.

Continuó D. Alfonso.—Dejad en blanco el nombre, lo escribiré yo de mi puño y letra. Baste saber al de Portugal, que pertence á elevada alcurnia—continuad.

D. Fadrique elevó á los cielos una mirada de agradecimiento. Dar el rey á la vergüenza, con los mismos labios que desfloraron su frente, el nombre de su amada, era una idea que le llenaba de indignacion. Ahora bendecia al rey, porque no hubiera podido soportar tanta vergüenza.

El rey continuó dictando—«y es mi voluntad acceder á los deseos de D. Alfonso, entregándole la mano de mi hija, porque segun ha jurado en manos de su enviado D. Fadrique Dávalos, fue dispensado de su primer matrimonio en breve estendido, por el papa Inocencio.»—Firmó el rey, firmaron los nobles, despues de estampar sus sellos, escribió el rey el nombre de Doña Mayor de Guzman y doblando el pergamino se lo entregó al notario, que lo selló colgando de él el sello real pendiente de una seda.

Los nobles abandonaron en silencio la estancia. D. Alfonso acarició á su hija por largo tiempo, y la puso despues en manos de D. Fadrique que la condujo otra vez secretamente á la casa de los Guzmanes, accediendo asi á los ruegos de Doña Mayor.

Hay en los alcazares reales misteriosos conductos, que transmiten las palabras y cuentan los hechos, sin que nadie conozca la

voz que suena, ni la boca que cuenta. Y esos conductos misteriosos son las lenguas palaciegas. En esta ocasion mas que en otra alguna, porque era de importancia el asunto, se aguzaron oídos y se afilaron las lenguas.

Corrió al principio un vago rumor de que el rey de Portugal se dirijia á toda prisa á Toledo, una voz añadió que venia á casarse, con una hija de D. Alfonso. Hasta aquí podia señalarse el origen de tales rumores, y era el caballero Portugues que trajo á D. Fadrique las cartas de que D. Alfonso III aceptaba la mano de Doña Beatriz mediante se le entregaran como dote los Algarbes. Y en esto era disculpable al buen Portugués. Quería conocer qué efecto produciria en la córte toledana el arribo de su señor y la noticia de su enlace. Pero el caballero Portugues no añadió una palabra mas, bien es verdad que era imposible que añadiera, porque hasta aquí llegaban sus noticias.

Pero comenzaron á bullir las lenguas cortesanas. Se trataba de averiguar quien era esa hija ¿ dónde se escondia? como se llamaba su madre.

Referir los comentarios que se hicieron, las liviandades hasta entonces ocultas, que salieron á plaza, seria tarea prolija por demas. Solo escucharemos la conversacion de dos antiguos conocidos, que ocultos en la penumbra de una columna del gran salon, sostenian á la caída de aquella tarde un diálogo que puede reducirse al siguiente.

—No me resta sino averiguar el nombre de la futura reina.

—¿ Y afirmais lo demas D. Enrique?

—¡ D. Jofre mi palabra es sagrada!

—Perdonad ¡ pero pierdo la cabeza! Son tantos los acontecimientos que van á aglomerarse!

—No lo veo yo asi! Es una partida de caza que dá mi hermano á sus cortesanos. Se trata de averiguar quien es la madre y quien es la *hija* antes de que llegue el de Portugal, porque entonces, los heraldos reales nos darán sus nombres en la ceremonia del

casamiento. ¡ Con que ánimo D. Jofre y aguzad los oídos!

El conspirador había vuelto á ser cortesano. Le faltaba el alma que estaba en Aragon, y le faltaba la inteligencia porque Pero Martínez de Pampiega no estaba con él.

—Yo, continuó el infante, tengo un hilo que me ha de dar mucha luz y es un judío...

—Hazan!

—Le conoceis! pues ó mucho me engaño ó es la llave del enigma y bueno será no perder tiempo. Adios D. Jofre y dejas de meditaciones.

Pero el ayo de Doña Violante no siguió el consejo de D. Enrique. Y en verdad que el orgullo del Aragonés tenia doble motivo para resentirse. Una alianza de Castilla con Portugal era nueva que haria fruncir el ceño á D. Jaime y esa alianza llevada á cabo por medio de una bastarda, era un desacato á la autoridad de Doña Violante, que se prometia el Aragonés no dejar impune. Aquella noche tuvo D. Jofre larga conferencia con Doña Violante y al amanecer del otro dia partió un emisario con cartas para el rey de Aragon.

El carácter del infante D. Enrique se revela tan pronto como se vean las impresiones que le VI. D. Jofre anunció á D. Alfonso que su señora partía para el reino de Aragon buscando á su hijo en las gradas de su reino. D. Jofre anunciando las noticias instruí-

Al otro dia circulaba de boca en boca el nombre de Doña Mayor de Guzman y D. Enrique contaba ensalzando su habilidad y tacto, el como había llegado á descubrir ese nombre. Decia que en el arrabal habia un judío, al cual tenia sujeto por medio de un secreto y que por este medio manejado ingeniosamente consiguió que aquel depositario de los secretos de Toledo le descubriera aquel misterio, que tan desasosegados les traia desde la vispera. Al concluir su cuento en medio de los aplausos de los cortesanos, diviso el infante á Giraud-Riquier y exclamó:

—Decid buen provenzal no era esto materia para una cántiga?

—Señor en las cántigas como decís, los caballeros mueren por las damas, pero no las disfaman.

Al oír aquellas palabras el grupo de cortesanos se dispersó y el infante quedó solo en la estancia murmurando:

—Dice bien el provenzal, mi conducta no tiene mucho de honrosa.



Al otro día circulaba de boca en boca el nombre de Doña Matilde. Rápida como el viento se extendió su fama, y como había llegado a descubrir sus nombres. Decía que en el arca había un libro, el cual tenía escrito por medio de un secreto y que por este medio manejado inteligentemente conseguía depositar en los secretos de Toledo la descripción de los misterios que tan desasosados los ojos de la tierra. Al concluir su cuento en medio de las aplausos de los cortesanos, dijo:

## CAPITULO XXV.

### Concluyen antiguos planes.

El carácter del infante D. Enrique revestía tantas formas cuantas eran las impresiones que recibía. D. Jofre anunció á D. Alfonso que su señora partía para el reino de Aragon buscando asilo en las gradas de su trono. D. Jofre secundando las secretas instrucciones que recibiera, aprovechaba aquella coyuntura esperando, que seria bien recibido el enviado encargado de anunciar la determinación tomada. Entonces cobró aliento D. Enrique y puso en juego sus antiguas relaciones, renovó antiguos odios, pero llamó en vano y fueron infructuosas sus diligencias. El tiempo es el enemigo mas temible para las conjuraciones, cada dia que trascurre roba una parte á su virilidad. Ademas en aquellos momentos estaba la corte entretenida con el cuento de las novedades y sucesos que se aguardaban, y sabido es que la conjuración cortesana nace del hastío y

del descontento, pero nunca se presenta cuando las mentes estan ocupadas en guerras ó en amores.

Este era el objeto de la conversacion que ocupaba á D. Enrique y á su fiel Pero Martinez de Pampliega.

—Es inútil decia el infante, mientras su escudero desceñale la armadura,—segui vuestro consejo y he visitado los alcázares y he galanteado y he mentido, pero en vano pretendo recobrar el prestigio de que dotaba D. Diego á nuestra causa; los infanzones castellanos se ocupan ya mucho de inspeccionar la faz de S. A. y curan de su gloria y alcanzan gran honor pisando sus antesalas...

—La ocasion, es menester confesar que era propicia. Theobaldo de Navarra, D. Jaime de Aragen, contra Castilla y la noble castellana contra el rey..... y un bastardo que aparece.....

—Sea en buen hora reina de Portugal, asi me dijo D. Luis de Souza.... el enviado portugués.

—Yo recordé á la nobleza sus votos, el apoyo del Aragonés y el menosprecio con que mira D. Alfonso sus fueros y privilegios, su corazon helado por el temor quizá, es incapaz de sentir el sagrado fuego de la indignacion.

—Ahora dejareis á un lado proyectos, volveremos á nuestra tierra buscando solaz y noble diversion en la caza—dijo con acento melancólico D. Enrique recostándose en su sillón con ademán de desaliento.

—Renuncias de hecho, señor?

—Si, en esta empresa solo he logrado dolores, he perdido la dulce tranquilidad de mi alma y batalla ahora el pecho á impulso de violenta pasion. Si fuera poeta como el rey, haria cántigas cantando las horas de mi dolor, si fuera muger, derramaria lágrimas, pero sentir fuego en el alma y no poder espresarlo ni hacerlo sentir á los demás, es tormento cruel muy cruel, porque se consume la vida en esta hoguera sin poder lanzar un gemido.

—Olvidad.

—Es en vano que tal pretenda; solo me daba alientos para alio

gar mi dolor el ensueño que alimentábamos, ese fantasma de ambición que me sostuvo durante los últimos meses, pero ya solo diviso la muerte para mis pretensiones, y la muerte para mi amor. —

—Dejad pensamientos que aumentan vuestra aflicción. —

—Dices bien, un page espera mi audiencia ahí fuera, hacerle pasar, y oyendo sus nuevas distraeremos pesares. —

Dióse la vénia al page que penetró sin levantar la visera de su casco.

—¿Quién sois?—preguntóle el infante, sorprendido al ver su talante gentil y orgulloso continente.

—Mi nombre está proscrito en Castilla. —

—Mas ¿cuál es el blason del caballero?—dijo Pero Martinez.

—Solo tienen derecho para interrogarme reyes, ó hijos de reyes.

—Orgulloso es el noble. —

—Vuestro nombre?—dijo el infante cortando la contienda.

—Me llamo D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, y alzando su visera mostró á los atónitos espectadores un semblante de niño, pero unas facciones tan pronunciadas y tan atrevidas y una mirada tan altiva, que de todo punto era imposible no reconocer en aquel niño de quince años, el orgulloso linage de los señores vizcainos.

—Vos en Castilla!

—Yo en Castilla, tomad y leed.

Rompió apresurado la seda y el sello del enrollado pergamino que le presentaba el de Haro y conmovido al ver el sello de Doña Leonor, leyó:

«—D. Enrique, soy huérfana, nadie sino vos me ampara, valdeme si sois caballero y si son verdad las palabras que escuché de vuestros labios.»—Leonor.

—Leonor huérfana!—esclamó D. Enrique levantándose, mientras D. Pero Martinez daba dos pasos hacia atrás.

—Si, soy yo el señor de Vizcaya,—dijo con voz trémula D. Lope.

—¿Y D. Diego?

—Murió.

—¿Cuándo y cómo?

—De muerte desastrosa en los baños de Bañares (1).

—Dios acoja el ánima del noble caballero!—murmuró D. Enrique.

—Yo vengo á Castilla, en demanda de ayuda, vengo á probar el caballeresco valor de la nobleza castellana. Huérfanos anhelamos continuar la empresa, confiada á nos por nuestro padre.

—Dios! Dios!—murmuraba D. Enrique.

—Doña Leonor os invoca, vendreis en su ayuda?

—¡Oh! sí! sí!—esclamó D. Enrique,—pero solo, abandonar un infante solo á Castilla.

—Esperad—dijo Pero Martinez, con su voz de serpiente—quien causó la muerte de D. Diego?

—Se ignora,—contesto con acento de rabia D. Lope.

—¿No huyó D. Diego á buscar un refugio contra las iras del monarca de Castilla?

—Sí,—dijo no comprendiendo la idea que guiaba á Pero Martinez.

—Ah! entonces clara es la muerte de D. Diego,—dijo Pero Martinez con fingido calor—el brazo de D. Alfonso llega muy lejos y veía en D. Diego un rival harto temible, para detenerse en la eleccion de los medios á fin de hundir en el sepulcro una existencia que amenazaba su corona.

La torpe calumnia del de Pampliega, surtió los efectos por él apetecidos, porque encendióse el rostro de D. Lope, balbucearon sus lábios convulsos de ira palabras de venganza, y torrentes de odio envenenaron aquella alma generosa y jóven, en tanto que atónito D. Enrique media las consecuencias del arrebatado celo de su servidor.

—Oh! sí! sí! él ha sido: corro en pos de venganza, yo mostraré

---

(1) Véase Zurita y la crónica.

á mis deudos la sangre de mi ilustre padre y veremos si los blasones de los Mendozas, los Haros é Iñiguez consienten mancha tan torpe,—y con continente que solo comprenderán los que hayan sentido el hálito abrasador del odio, abandonó la estancia.

—¡Qué habeis hecho!—dijo D. Enrique con acento trémulo y ademán convulso.

—Señor, ya no abandonareis á Castilla acompañado únicamente de pages y escuderos, sino que nobles castellanos formarán vuestro cortejo—contestó el de Pampliega con frialdad.

## II.

¡En cuán poco precio debemos tener los propósitos que forman los humanos! Ya no recordaba D. Enrique sus propósitos de poco antes; el corazón del infante tumultuosamente agitado por su amor, le impelia por la senda insegura y resbaladiza de las revueltas, y su confidente aprovechando aquel momento de vértigo arrojaba nuevas llamas en aquel incendio que consumía sus proyectos y sus mas caras afecciones. A través del espacio divisaba la imagen de Doña Leonor rodeada de cuantos encantos puede crear la fantasía de un amante, que gime lejos del objeto de su culto, y cuando los nobles le recordaron los lazos que uníanle con D. Diego de Haro, y enseñábanle su faz cubierta con la fría máscara de la muerte, su imaginación no encontraba otro medio, que lanzarse á la pelea con sus armas y pendones.

Era curioso por demás asistir á la lucha de aquella ánima débil, presa de momentos supremos: era interesante el ver aquel confuso caos que formaban pasiones de índole distinta y diverso linaje, rompiendo los estrechos límites de la existencia, que efecto de los acontecimientos las encerraba en su seno, como es curioso ver los satánicos esfuerzos del hombre que siente morir su naturaleza á impulsos de pasiones por él desconocidas.

En aquel momento interrumpia su calenturienta meditacion, la voz de su confidente.

—Señor.

—Ah! sois vos.

—Los nobles deudos de la casa de D. Diego, me encargan os diga señaleis dia y hora para presentar ante el rey su protesta.

—Dia y hora! mañana.

—Mañana?

—Si, cuanto antes deje este suelo, mejor, creo que lejos de Castilla, calmaré mi afan.

Cumplisteis mis órdenes?

—Cumplidas. En vuestro nombre he dicho á los nobles, que do-  
lia á vuestro dolor de hermano, el ver infamado el nombre de Don  
Alfonso, y todos respetando vuestra caballescá hidalguía han ju-  
rado no mentar el hecho de la muerte de D. Diego.

—Si, duele no á mi corazon de hermano, sí á mi corazon de  
cristiano mancillar tan torpemente la buena y justa fama de Don  
Alfonso en cuanto á caballero, con tan inaudita calumnia.

—Señor, los enemigos no tienen á nuestros ojos, sagrado en el  
blason, ni vida en el alma....

Y cuando ese enemigo es un hermano, que os desprecia.  
A mas no olvideis que D. Jaime os ofrece la corona de Castilla, y  
allá en Biar hermosa dama os guarda dulces caricias como pre-  
mio de vuestro sacrificio.

—Sin duda sois evocado del infierno por el demonio de mi per-  
dicion.

—He nacido para vuestra gloria. Cuando sentado en el trono y  
con la diadema real en la frente rijais los dilatados dominios Caste-  
llanos, buscaré señor, en ignorado retiro la vida de la penitencia.

—Encendeis con mas vivo fuego la llama que me consume.

—Dejad, señor, que os guie ese ardor generoso y esforzado que  
os domina, y el porvenir tejerá coronas sin cuento para vuestras  
sienes.

—Bien. Pedid audiencia al rey, y concluyamos de una vez.

—En cuanto segun es usanza en Castilla, perdamos la calidad de castellanos, abandonaremos este suelo para no volver como vasallos, si como señores.

—Id y el cielo os guie.

### III.

El rey concedia audiencia accediendo á la peticion del infante y de varios nobles. Era cosa harto comun en Castilla el espectáculo de aquellas audiencias en la cual los nobles arrojaban á los pies del trono su blason, y partian á enemigas naciones en busca de banderas alzadas en contra de su señor natural; pero aun no habian llegado los desastrosos reinados de los Pedros y Enriques, y era por lo tanto cosa que aun conmovia á los vasallos del monarca el presenciar como un rico-home abandonaba á su rey.

No era aun llegada la hora de la audiencia y se encontraban los vastos salones de la alcazaba ocupados por multitud de ricos-homes, hijodalgos y escuderos, que entretenian el tiempo con pláticas acerca de los rumores que corrian comentando los motivos que habrian los infanzones para pedir tal audiencia.

—Oyense sobre el caso peregrinos comentarios, decia un noble leonés.

—Mas son voces del vulgo.

—Guardémonos de asentir á tales rumores, de lo contrario pronto mancharian nuestros escudos.

—La verdad es que el adelantado marchó á la tierra Santa, que su hermana.....

—Por Dios, no hablemos de señoras, que es torpe conversacion para hidalgos.

—Habla de una dueña,—dijo el interpelado con acento despreciativo.

—Medid la lengua, que hasta hoy nadie manchó su fama y arrojó mi guante al que pronuncie palabras que ofendan los fueros de una hembra principal,—contestó el defensor de Doña Mayor.

—Señores, guardad para mejor ocasión vuestros enojos, si accedéis rumores de palacio, á cada momento apelareis al acero,—dijo un caballero ya entrado en años y por lo tanto en prudencia.

—Señores—añadió un nuevo interlocutor,—¿qué me decís del abandono de la corte de Castilla por nuestra reina Doña Violante?

—Orgullo de D. Jaime.

—Maquinaciones del de Haro, allá en Biar.

—O preludios de lucha encarnizada.

—Dios os atienda, que tengo vivos deseos de medir mis lanzas con Aragon.

—Y yol.

—Y yol.

—Pues tendremos pronto ocasión.

Al tener D. Jofre noticia del paso dado por el infante y varios nobles y temiendo que una entrevista de los reyes ahogara sus planes, quiso mejor aparecer como cómplice de la nobleza, que exponerse á quedar en la corte sin apoyo y así dispuso su partida para Aragon.

Tenia nuevas de Aragon y sabia que Navarra armaba ya sus huestes, así que conveniale romper el lazo que unia al Aragonés y al Castellano. No podia D. Jaime ver con resignacion la preponderancia de Castilla y queria amenguarla sino con la astucia con las armas, y D. Jofre siguiendo sus instrucciones aprestábase á abandonar la corte.

Interrumpió las pláticas de los nobles la voz de los heraldos que anunciaban la audiencia del muy noble rey D. Alfonso.

Vióse entonces entrar el cortejo de los nobles, con la visera ca-

lada y velados los escudos, situándose en el fondo de la estancia. Se adelanta un escudero de D. Enrique, fidalgo de nacimiento, hasta el centro del salón y dirigiéndose al rey que ocupaba el solio acompañado de lo mas noble y aguerrido de su reino, con voz clara pronunció la fórmula acostumbrada.

—Señor, D. Enrique rico-home, beso yo á vos la mano por él, é de aqui adelante non es vostro vasallo. Y envid vuestros porteros para que tomen los castillos que de vos ha.

Adelantáronse asimismo escuderos de D. Lope Diaz de Haro, de D. Sancho Garcia de Salcedo, de D. Diego Lopez de Mendoza, de D. Lope de Velasco, Gonzalo Ruiz de la Vega, Gonzalo Gomez de Agüero, Juan Martinez de Heredia, Ruiz Sanchez de Landa, Fortun Sanchez y otros varios, y asimismo hicieron su declaracion que escuchó con frente tranquila y ademan sereno D. Alfonso. Concluidas las declaraciones preguntó el canciller si alguno de los ricos-homes tenía algun desafuero que señalar, y contestándole únicamente el silencio, los despidió relevándoles del pleito homenaje rendido á la corona.

Salieron los nobles y al lanzarse sobre su corcel, esclamo Don Enrique:

—Partamos, señores, que en este suelo me acosan sentimientos que atosigan mi ánimo. Dios quiera que en estraña tierra encuentre el solaz que voy buscando—y como si intentara aturdirse con la velocidad de la carrera, partió al galope.—Los demás caballeros siguieron sus pasos.

—D. Alfonso quedó silencioso despues de la audiencia, los disturbios domésticos, afectaban en sumo grado su espíritu, y el espectáculo de pasiones bajas y mezquinas llenaba de amargura su corazon avezado á lo bello y á lo noble. Al retirarse se le oyó murmurar:

—¡Aragon! siempre Aragon destruyendo mis proyectos.

IV.

Pocos dias habian trascurrido desde la partida del infante y todos ignoraban sus paradero, aunque era voz pública que encaminóse al moro, cuando Doña Violante á su vez preparábase á abandonar la corte de su esposo. Vestida ya de viaje y preparadas sus literas y comitiva, quiso quizá por última vez hablar á D. Alfonso.

—¿Me abandonais, señora, cuando mis hermanos y mis nobles me abandonan?

—Oh! señor mio, el cielo sabe, que tal no fué jamás mi intento, pero oigo en torno de mí que me apellidan estéril, y mi padre me llama.....

—Sí, no ignoro, que el rey de Aragon unido al de Navarra, se apresta á invadir mis fronteras, mas decidle, que á una voz mia, surgirán lanzas y peones, tan numerosos como las estrellas del cielo. ¿Mas llorais?—dijo el rey con interés.

—Si lloro, porque mi padre y mi esposo afilan sus armas uno contra otro, lloro porque mi padre no me ama y me sacrifica á sus intentos, lloro porque mi esposo tampoco me ama!

—No lloreis, que lágrimas de muger causan tormentos horribles y al caer en el corazon hacen nacer remordimientos. A vuestra sombra han hallado abrigo los conspiradores, pero sé que vos nunca animásteis sus intentos. Por piedad, señora, no lloreis!—dijo el rey atrayendo á sí su esposa,—vuestro dolor me causa horrible penar. Las circunstancias en que nos hemos visto colocados, han sido causa de que yo no haya leído en vuestro corazon ni vos en mi alma. Partid, mas no pongais en olvido, que sois mi esposa, que ni mi voluntad ni la vuestra os alejan de mí, y que os llevais mi respeto y mi veneracion. Lucirán dias mas felices para nosotros, confiad en Dios y confiad en mí.

—¡Oh Alfonso! Alfonso! cuanto te amé y cuanto te amo.

—Oh, señora,—dijo el rey—os amaré!

Doña Violante reunió sus fuerzas para articular un grito de alegría y partió. D. Alfonso dejóse caer abrumado por el peso de tantas emociones en su sillón, después levantóse, y exclamó con acento varonil.

—Ola! mis adelantados y capitanes, reyes de Navarra y de Aragón, vereis en el campo al rey de Castilla, mas ay! de vosotros!

La Reina de Portugal.



Preparábase D. Alfonso para las armas de Navarra y Ara-  
gonas, que amenazaban unidas sus fronteras, mas quiso antes  
ver realizada una de sus mas caras ilusiones, y era el contemplar  
la corona portuguesa descansando en las sienes de su hija, y de-  
tener al infante D. Enrique en sus proyectos.  
Supone que el mal aconsejado infante levantaba bandos en los  
condes de Andalucía, y partieron mensajeros á D. Diego Núñez  
de Lara, á la sazón en Sevilla, ordenándole marchar contra el in-  
fante levantado en Lebrija, con las compañías reales.

II.

En el palacio de los Guzmanes y en la vivienda de Doña Mayor  
encontrábase la futura reina de Portugal, recibida en el seno de  
su madre, que con el delirio en la frente y en los labios, hablaba

## CAPITULO XXVI.

### La Reina de Portugal.

#### I.

Preparábase D. Alfonso á combatir las armas Navarras y Aragonesas, que amenazaban unidas sus fronteras, mas quiso antes ver realizada una de sus mas caras ilusiones, y era el contemplar la corona Portuguesa descansando en las sienas de su hija, y detener al infante D. Enrique en sus proyectos.

Súpose que el mal aconsejado infante levantaba bandos en los confines de Andalucía, y partieron mensageros á D. Diego Nuñez de Lara, á la sazón en Sevilla, ordenándole marchar contra el infante levantado en Lebrija, con las compañías reales.

#### II.

En el palacio de los Guzmanes y en la vivienda de Doña Mayor encontrábase la futura reina de Portugal, reclinada en el seno de su madre, que con el delirio en la frente y en los labios, hablaba

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



D. ALFONSO EL SABIO LAM. 9.

palabras que la niña no comprendía, pero hacían derramar copiosas lágrimas á sus ojos, adivinando los secretos dolores que creaban tales ideas, y si no adivinaba aquellos misterios de madre, el melancólico acento de Doña Mayor impresionaba con fuerza su imaginación infantil, llenando de lágrimas sus hermosos ojos.

—Si hija mia, ¿no olvidarás nunca á tu madre?

—Señora, os amo tanto para olvidaros!

—Mi Beatriz, espíritu de mi vida, tú me amarás siempre, tú contarás las lágrimas de mi corazón y mis ayes exhalados en la soledad encontrarán eco en tu pecho!

—No os separeis nunca de mi lado!

—Beatriz! Beatriz! pronuncio tu nombre, porque encuentro en él el bálsamo consolador que dá aliento á mi vida y paz á mi alma Beatriz! amame como yo te amo!

La hermosa niña, arrojóse en los brazos de su madre enjugando el llanto que nublaba sus ojos con ardientes besos.

—No me abandoneis, lejos de vos, todo será negro para mí, me faltará el sol y ya su luz no me dará alegría.

—Oh! mi Beatriz! tú serás siempre mi ángel tutelar; los pensamientos que tu me consagres, serán fervorosas oraciones, que henchidas de mi nombre subirán al trono de los cielos.

—Sí, sí, oraré siempre por vos.

—¡Hija mia! y allá cuando todas las frentes se humillen ante tu gloria y escuches esas palabras de fuego, que murmuran los arcángeles en los oídos de las cabezas que ciñen corona, no me olvidarás? no, que mi nombre será el último que pronuncien tus labios, y mi recuerdo el último que verá tu memoria, cuando el sueño descienda sobre tí. ¿No es cierto, hija de mi alma?

—Oh! señora,—dijo la tierna niña hincándose de hinojos ante su madre—vuestro santo recuerdo siempre irá conmigo y donde quier que me encuentre, vuestro amor formará el goce de mi corazón.

—¡Soy feliz hija mia, levántate—dijo Doña Mayor,—y la felicidad revestía á su faz de esas tintas maravillosas, que en momen-

inefables sentimos ascender del corazón y colorean el rostro con aspecto sobrenatural.

—¡Cuanto contento me causan esas palabras, no más llanto, no más dolores! ¡Si supiérais cuanto sufro al veros sufrir!

—¿Sufres tú hija mía, mi Beatriz, por mí? Oh! no, no sufrirás, desde hoy verás el júbilo en mi rostro y el contento rebosará en mi corazón. Seria cruel que te causara yo dolores; cuando anhelo únicamente tu felicidad. Hoy es el día de tu desposorio, Beatriz, y hoy será para mí el día de mi júbilo. Llama á tu sérvidumbre y cuida de tu compostura, mientras dirijo mis preces al cielo. Pronto acudo á tu lado.—Besó la niña á su madre y salió.—

No eran mentidas las palabras de Doña Mayor: sentia en sí un gozo del cual jamás formó idea en las dilatadas agitaciones de su vida, y nacia tan plácido sentir de su amor de madre y de su orgullo. En el laberinto que forman las ideas y los sentimientos humanos no hay ninguno por bajo y despreciable que sea su dinaje, que no sea capaz de crear momentos de solaz y de puro contentamiento. En el hombre la adoracion de sí mismo, es una tendencia propia de su naturaleza, y en aquel momento atestiguábalo Doña Mayor, porque despreciable á sus ojos poco antes, al ver á su Beatriz subir á un trono, su orgullo le recordaba cuan doloroso fué su sacrificio y sentia un consuelo, que mitigaba sus acerbos sufrimientos.

Oraba y su oracion era serena y tranquila prometia abandonar al mundo tan luego como el destino de su Beatriz brillara puro y sin mancha: una vez reina Dios la protegeria, porque á los reyes solo los protege Dios.—Al mirar al porvenir no causábanle temor las nieblas densas y oscuras, pobladas únicamente por la soledad y por sus dolores, porque veia que la nueva de la felicidad de su hija desvanecia aquellas nieblas, iluminando un corazón con luces celestiales.—Tranquila ya dirigióse á las estancias de su hija para cuidar de su atavío.

Al entrar en la estancia acercósele Beatriz ruborosa por el

riquísimo traje que vestía, y al mismo tiempo satisfecha porque sus anhelos de niña lo estaban también.

— ¡Madre mía!... ¡Dios me libre de los primeros días de su amor, y tome a los

— ¡Bien mi Beatriz! tu vestido corresponde á tu dignidad; procura que tus ademanes y conducta guarde relación con tu régia estirpe.

— ¡Oh! señora mi educacion es vuestra y nada temo.

Sonrióse Doña Mayor—adulación! pronto has respirado el ambiente de los palacios.

— ¿Y qué es adulación, señora?—dijo la niña con sencillez encantadora: Doña Mayor por toda respuesta besó la linda cabeza de su hija.

— ¡Hija mía, harto la conocerás!

En aquellos momentos apareció D. Fadrique Dávalos encargado de llevar como de incógnito á Doña Beatriz al alcázar. Su faz mostraba el contento y en aquella ocasion forzosó es confesar que decia verdad el rostro del caballero: veia coronada su obra y esto le daba contento, no parando mientes en las lágrimas derramadas, y teniendo solo presente el júbilo de la madre.

— Señora.

— Dios os bendiga como merecéis mi buen amigo!

— La reina de Portugal se dignará admitirme como su escudero—dijo don Fadrique dirigiéndose á Doña Beatriz.

— El cielo quiera siempre esté á mi lado tan noble corazón y tan bizarro caballero.

— Ese es tambien mi deseo, porque mi vida es vuestra.

Los ojos de Doña Mayor espresaron tesoros de reconocimiento.

— Señora si os dignais—en el alcázar os esperan.

— Vamos—y arrojándose en brazos de su madre lloró el dolor que le causaba aquella separacion eterna quizá.

Doña Mayor besó una y mil veces á su Beatriz lloró tambien, mas fueron lágrimas de alegría y de dolor.—Al escuchar por última vez la voz de su hija, cayó de rodillas esclamando con acento divino de amor, y de amargura.

—¡Señor! ¡señor! ya estoy perdonada porque me separo de mi hija, de mi Beatriz!—y entonces aparecieron en su mente los recuerdos de su amor, de los primeros días que vivió con palabras amorosas: de su hermano perdido, de su pérdida inocencia, su falta, su sacrificio, y la imagen de su hija, y cada recuerdo al resbalar sobre su pecho llenábalo de amargura y ante aquel cuadro de su existencia miraba á los cielos y le parecía ver la palabra de amor que descendía á su alma anunciándole el perdón de Dios.—En aquel momento resonó un sollozo en la estancia: levantó la cabeza, y vió á Nuño, que reclinado en el cancel de la puerta, miraba y lloraba.

—Tú aquí Nuño.

—Señora perdon, subí porque quise ver con traje real á Doña Beatriz y mirarla por la última vez en mi vida.—Salió y no me vió—murmuró el buen anciano...

—Nuño, dijo Doña Mayor—ya comienza para nosotros la vida del cielo.—Derramemos por última vez una lágrima sobre esta mansión de mis abuelos y partamos.—Tu y mi nodriza me acompañareis al retiro, que he elegido para sentir como pasa una vida y como desciende la muerte.

—¡Gracias! dijo Nuño besando las manos de su desgraciada señora; porque el jardín me ahoga y las flores me envenenan con sus perfumes.

Y decía bien el buen viejo, aquella casa fué para él su mundo y aquel jardín su gloria, pero su gloria con ángeles, porque primero Doña Mayor animó aquellos pensiles y después Doña Beatriz encantó aquellas florestas, y ahora su corazón las miraba sin conocerlas y en vano quería recordar sus alegrías con la vista de céspedes y flores, que estaban nublados sus ojos y angustiado su corazón.

El pueblo de Toledo el día en el cual se efectuó el desposorio de Doña Beatriz con D. Alfonso de Portugal, trascurría por las calles de la imperial ciudad, bullicioso y contento, aun cuando podía traslucirse en el rostro de los buenos ciudadanos cierta curiosidad.

Dos villanos, frente al alcázar comunicábanse las nuevas que habian logrado traslucir.

—Bien, ¿pero Gomez no sabes mas?

—Es lo único que he podido averiguar.

—No te habrás cuidado mucho de nuevas cuando ignoras el nombre de la desposada.—Pues corre muy valedera la nueva de que es hija de Doña Mayor de Guzman, hermana del adelantado que fué.

—Oí dias há tal rumor, pero no le di crédito.

—Pues no dudes, que te lo afirmo.

—De todos modos viva D. Alonso! que impone reinas á los orgullosos portugueses.

En tanto el alcázar henchido de cortesanos escuchaba voces, y rumores semejante á los que escuchan las calles y plazas de boca de los villanos. Todos hablaban, preguntábanse unos á otros quién era la madre de la reina futura de Portugal y los nombres de las damas mas preciadas corrian de boca en boca, escudriñábanse la vida de las ricas-hembras, buscando la genealogia de Doña Beatriz, aunque forzoso es confesar que el nombre de Doña Mayor era el mas pronunciado y era su conducta la mas apasionadamente vituperada ó defendida.

En régia estancia D. Alfonso de Castilla, conversaba con D. Alfonso de Portugal. El rey Portugués frisaba en los cuarenta años, su estatura era alta, de luenga barba, mirada altanera y astuta. Interrumpió sus pláticas la presencia de Doña Beatriz seguida de D. Fadrique Dávalos, el notario, el adelantado mayor, el de Murcia, los maestros de las órdenes y varios ricos-homes Castellanos y Portugueses.

Entró la hija de D. Alfonso con repósado continente impropio de su temprana edad, pero claro indicio de su ánimo, que desde la infancia remontóse á la esfera natural de su padre. D. Alfonso la estrechó entre sus brazos presentándola despues al rey portugués.

—Os presento mi hija muy querida Doña Beatriz y vuestra esposa.

—Su belleza es divina: altura y mayor acatamiento merece que el que á mí me es dado rendir á sus pies.

—Señor, no hay mayor acatamiento que dar nuestro nombre y ese acatamiento recibo de vos.

Admiró la atinada contestacion de Doña Beatriz, pero D. Alfonso sintió inefables goces de padre al ver tan manifesto el talento de su hija.

—Sois digna de que el mundo os proclame su reina por vuestra hermosura y talento.

—Soy digna por mi padre, que plugo al cielo dármele tal, que es el mas grande rey de la cristiandad,—contestó con orgullo Doña Beatriz.

D. Alfonso besó con amor á su hija y continuó la conversacion dando mientras duró pruebas señaladas Doña Beatriz de talento no comun.

A poco interrumpió la plática la hora anunciada para celebrar los desposorios ante el arzobispo de Toledo, que esperaba a los reyes consortes en uno de los salones del alcázar, adornado para el efecto con sorprendente lujo y oriental magnificencia.

Los cortesanos que ocupaban la vasta estancia, acogieron con respeto á los reyes, pero un murmullo de admiracion circuló por el salon, cuando D. Alfonso cogiendo de la mano á Doña Beatriz se la entregó á D. Alfonso de Portugal.

—Tomad mi hija, hacéda vuestra esposa y nunca olvidéis que es mi sangre.

—Señor, nunca mejor alianza se cimentó con joya tan preciosa.

Doña Beatriz ruborizóse, aquella ceremonia celebrada con tal pompa, dióle á conocer todos los misterios que posee el corazón de la muger, y no paró mientes en la diferencia de edad que la separaba de su esposo, porque no comprendia aun el vínculo que la enlazaba á él en aquel momento.

El arzobispo bendijo á los esposos. Pero llegó el momento—

al levantar las banderas portuguesas, los heraldos y hombres de armas, en muestra de reconocimiento, era preciso dieran al viento los nombres de los alzados por reyes de Portugal.

Los ricos-homes, hidalgos é infanzones de la córte, esperaban con ansiedad aquel momento, creyendo descubrir el secreto del nacimiento de Doña Beatriz, que rodeada de las damas de la córte, conquistaba afectos y ganaba voluntades.

El canciller acercóse al rey preguntándole segun antigua usanza el nombre de su hija.

—Beatriz de Castilla!—dijo D. Alfonso con orgulloso acento.

Palidecieron mil rostros, Doña Beatriz lanzó un grito queriendo lanzarse en brazos de su padre, que la miraba con ojos de amor, D. Fadrique juró en su corazon adorar á rey tan grande, á Don Alfonso ahogábale la alegría, y los heraldos gritaban levantando pendones portugueses.

—Portugal por D. Alfonso y Beatriz de Castilla, á cuyo grito contestó la muchedumbre con entusiastas aclamaciones.



al levantar las banderas portuguesas, los heraldos y hombres de armas, en muestra de reconocimiento, era preciso daban al viento los nombres de los señores por reyes de Portugal.

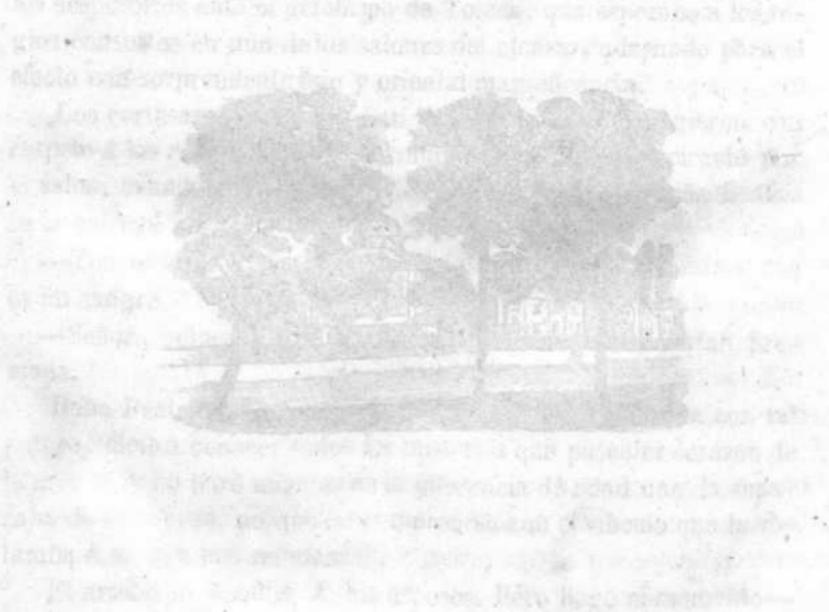
Los viejos-hombres, halagos é intenciones de la corte, esperaban con ansiedad aquel momento, creyendo descubrir el secreto del nacimiento de D.ª Beatriz, que robada de las damas de la corte, comprada á ciertos y grandes voluntades.

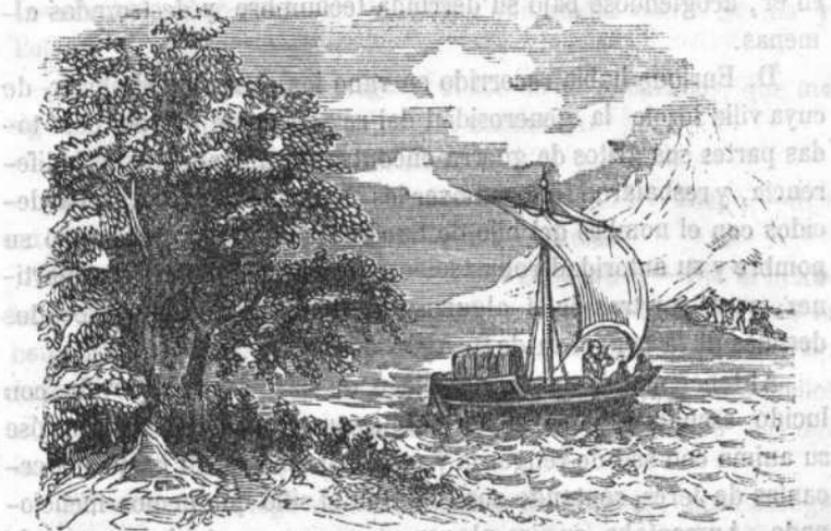
El conde de Alentejo al rey preguntándole según antiguas usanzas el nombre de su hija.

— Beatriz de Castilla — dijo D. Alonso con orgulloso acento.

— Beatriz — dijo D.ª Beatriz levantando un grito que hizo de lágrimas en brazos de su padre, que la miraba con ojos de amor. D.º Fernando juró en su corazón adorar á rey tan grande, á D.ª Beatriz tan grande, y los heraldos gritaban levantando banderas portuguesas.

— Portugal por D.º Alonso y Beatriz de Castilla, á cuyo grito con tanto entusiasmo con entusiasmo aclamaciones.





## PARTE SEGUNDA.

### CAPITULO I.

#### Esperanzas defraudadas.

El Sol iluminaba la estensa vega que rodea á Jerez y en el espléndido cielo de Andalucía, veíanse vagar los últimos albores de la noche, que disipaban las auras matinales. En un ligero collado que hoy cubren viñedos celebrados, divisábase arruinada fortaleza, que por efecto de las últimas contiendas, yacia abandonado y solitaria, sirviendo de albergue á las aves nocturnas y á los transeuntes, que acosados de la miseria, veíanse precisados á pernoctar

en él , acogiéndose bajo su derruida techumbre y destrozadas almenas.

D. Enrique habia recorrido en vano los campos de Lebrija, de cuya villa hizole la generosidad del rey teniente mayor: por todas partes sus gritos de guerra encontraron únicamente la indiferencia, y resbalaron sin conmovier los corazones andaluces, enardecidos con el nombre del hijo de San Fernando. Solo consiguió su nombre y su autoridad robustecidos por la astucia de Pero Martinez, arrastrar tras de sí algunos caballeros y moros convertidos despues de la conquista de D. Alfonso.

Al tener noticia de que D. Diego de Lara salia de Sevilla con lucido escuadron para poner coto á sus desmanes, enardecióse su anima con sed de venganza y salió á su encuentro hasta las cercanías de Jerez, sentando sus reales en el sitio que hemos mencionado. Aumentaba su ira al ver en cuan poco tenia la corte de Toledo sus esfuerzos, que no enviaba contra él ejército alguno, sino que encomendaba á D. Diego que con sus lanzas, ahuyentára del cielo andaluz las banderas del infante.

Armado de todas armas conversaba con Pero Martinez.

—Hoy se decide mi suerte, temo me sea adversa.

—D. Diego de Lara con las lanzas, que le siguen es enemigo poco temible.

—Pero tiene en su pró la bondad de la causa.

—Vos peleais por vuestros fueros de caballero y por vuestra palabra, y nunca mejores causas movieron á caballero cristiano.

—Escuchando los consejos, que me dais, llevo á creer que me asiste derecho, pero faltándome la presencia de Pero Martinez desconfío de todo y todo aparéceme de nuevo color.

—No dejéis que os dominen vagos temores.

—De todos modos, la galera está dispuesta segun mis órdenes?

—Espera en la costa, en el sitio designado.

—¡Pronto surcaré los mares dirigiendo las velas á las costas aragonesas!

—Pronto señor cruzareis la tierra que media entre Sevilla y Toledo.

—Animad con vuestro fuego el ardor de los caballeros, que me siguen: no desmaye su pecho en la contienda.

—No desmayarán, que adoran en vos.

—Ya el vigia anuncia la vista de las lanzas de D. Diego,—dijo un paje del infante terciando en la conversacion.

—Pues Dios nos asista y salgamos á su encuentro,—dijo el infante dirigiéndose á su corcel. Ya la sangre arrebatada al rostro y el convulso temblor de sus miembros daban á conocer con claras señales, que la vista del enemigo inflamaba su valor, y en aquellos momentos olvidado de sus temores, ponía todo su anhelo en dar las primeras heridas.

En efecto D. Diego de Lara seguido de escasas, pero escogidas lanzas, aparecia dejando la ciudad de Jerez, y dirigiéndose al arruinado castillo donde sentó D. Enrique sus reales.

A su vista el infante aconsejado por su impetuoso ardimiento, dió su grito de guerra, desoyendo á Martinez, que queria esperar la acometida de D. Diego en la colina que ocupaban, con el intento de no perder la superioridad que les daba su posición, que con ojos descontentos consideraba el de Lara. Mas fueron vanas sus palabras de prudencia, que el infante lanzando al galope su corcel y dirigiéndose á los ballesteros y falconeros, que disparaban sus armas exclamó:

—Lejos de mí armas arrojadizas: los buenos caballeros sólo confían en su lanza y en su espada. Recordad vuestros fueros y que vuestro valor espresé vuestro enojo.

Siempre el valor ejerció influencia en corazones españoles; y los caballeros, que se preciaban de tales, siguieron la carrera del infante y cual torrente impetuoso descendieron arrojándose sobre la reducida hueste de D. Diego de Lara, y él mismo Pero Martinez encogiéndose de hombros, puso en ristre su gruesa lanza y picando su corcel corrió al lado de su señor.

D. Diego al ver descender con tan impetuoso arrojo al escuadron,—gritó ¡Castilla por D. Alfonso! y arrojóse seguido de los suyos á detener el impetu del infante.

—A mí, á mí el de Lara,—gritaba D. Enrique arrollando los soldados reales. á mí á mí y cuando el buen caballero volvió su corcel para hacer frente al que tal desafío le proponia, ya la lanza del infante, dando en su casco rompió la celada hiriéndole en el rostro. Cayó el caballo de D. Diego no pudiendo resistir el impetu del esforzado caballero, pero D. Diego confiando su rabia á su espada y evitando como diestrísimo que era la caída, hendió el coselete del infante con fiera estocada, aun cuando sin herir sus carnes. Dejó caer el infante su maza de armas sobre la cabeza del fiero castellano, rompiendo su casco quebrantado ya por los botes de su lanza. Al golpe cayó sin sentido el de Lara y D. Enrique pasó adelante dando señaladas pruebas de valor. Pero cuando un escudero de su casa acudió á alejarlo del campo creyéndole muerto ó mal herido, y cuando sus soldados desmayaban y engreíase ya D. Enrique con sueños de victoria, recobró D. Diego el sentido y con él su rabia. Pidió un caballo y una lanza y sin armar su cabeza y con el rostro ensangrentado lanzóse de nuevo en lo mas recio y sangriento de la refriega, y era donde D. Enrique y Pero Martinez hacian prodigios de valor, teniendo sus armas con la sangre mas noble de los caballeros andaluces.

Y en verdad que si el espanto acudia al corazon de los hombres de armas de D. Enrique y el temor paralizaba los brazos, era porque asemejábase D. Diego al dios del esterminio ó á temeroso fantasma evocado por la venganza de los astros infernales. Sus facciones dotadas de toda la gracia y hermosura de su temprana edad, tintas en sangre; su cabeza descubierta y su cabellera negra formando en torno de su rostro espantable aureola movida por el viento y por el impetu de su carrera, y los roncos gritos de venganza, que pronunciaban sus lábios y el fuego que radiaba de su mirar y los sangrientos reveses de su mandoble, que asido

con ambas manos caía cual espada esgrimida por el ángel de las venganzas, dábanle un aspecto temeroso y revestíanle de un aire sobrenatural. Su paso se señalaba con ayes de dolor y suspiros de muerte, y su ronca voz sobresaliendo entre aquel coro formado por el dolor, causaba mayor espanto, que su brazo y su cuchilla. Sus hombres de armas y escuderos cobraron sus perdidos ánimos y cargaron de nuevo con valeroso aliento á los partidarios del infante.

En vano intentó Pero Martinez oponer su valor á la ira de Don Diego, que rodó largo trecho por el suelo con el casco hendido y con honda cuchillada en la cabeza. Exhaló un ay! y su postrer mirada dirigióse al infante, que con sin igual valor combatía contra caballeros deudos del de Lara, que le acosaban con furor y que entretenido con sus contrarios no vió la mala ventura de su escudero, que si lo viera, su lanza acudiría en su auxilio. Después de dar con aquella mirada sus últimos consejos al infante, cerró sus ojos y entregó su alma á Dios, horrorizando á sus amigos y contrarios.

Con la caída del de Pampliega, apoderóse el terror de los caballeros de D. Enrique y ya el griterío era menor y el ruido de las armas no ensordecía los aires y veíanse algunos infanzones buscar su salvación en la fuga. El infante ponía en juego todo su arrojo, llamaba á sí toda su altivez y todo su orgullo, que amenguaba su blason el ser vencido por simple caballero, y este pensamiento dábale nuevos bríos y multiplicaba sus fuerzas. Pero la empresa de Don Enrique maldita al nacer, perdía toda esperanza en los campos de Lebrija, con la caída del de Pampliega, como perdió su fuerza con la muerte del de Haro.

Con rabia en el corazón intentó D. Enrique el último esfuerzo y se lanzó en busca del de Lara, que contaba los golpes por los cadáveres, que hollaba su corcel, pero confuso tropel de caballeros y hombres de armas arrastrólo en su huida, y no halló mas recurso que seguir la corriente y clavando espuelas á su corcel y enjugando lágrimas de rabia, exclamó:

—¿Dónde mi consejero? el que me prometió coronas, que presencia ahora mi vérgüenza.

—Pero Martínez ha muerto, dijo una voz ronca.

—¡Ha muerto! ¡ah! triste es su último consejo y lugubre su postrero aviso, porque me señala cual debía ser mi conducta.

Y sin desplegar los lábios corrió á todo correr, hasta la escondida bahía, donde una galera pronta á cruzar los mares, esperaba la noticia del éxito de su empresa.

Embarcóse y desde aquel momento, comenzó la vida miserable y errante del infante Castellano. Solo, acompañado únicamente de sus odios, de sus amores y de la conciencia de su impotencia recorrió la Europa buscando siempre banderas levantadas contra su hermano.

Al perder de vista las playas andaluzas preguntó el piloto al infante:

—Señor ¿dónde hacemos rumbo?

—A Valencia, dijo D. Enrique y murmuró en voz baja ¡Leonor! ¡Leonor! y solo este nombre murmuraron sus lábios y solo este recuerdo embargó su mente, mientras la galera favorecida por las brisas atravesaba el estrecho, despidiéndose de las encantadas aguas del mar de Cádiz.



## CAPITULO II

### Hazan y Dalanda.

El santuario de Hazan era su mágica estancia, do olvidado del mundo y de sí mismo se daba á conjurar diabólicos espíritus, á recoger zumos de desconocidas yerbas, á formar encantadores filtros, á leer en el silencio de la noche el destino de los mortales; á sorprender en una palabra, los misterios que la Alquimia y la Astrologia; verdaderas emanaciones de las altas ciencias que el espíritu humano guardaba en su desarrollo prodigioso; ráfagas de lo porvenir, que atravesando el horizonte envueltas en cienientas nubes deslumbraban á los sábios del siglo XIII. Apagada la hornilla, recogidos cuidadosamente sus carbones, aventadas sus cenizas, quedó envuelta en tinieblas aquella academia de esqueletos. Hazan se dejó caer en su sillón como si el trabajo del entendimiento fatigando sus cansadas fuerzas le hubiesen privado del existir, porque nadie mas experimentado que él, en analizar, ni mas cuidadoso en

observar, ni mas afortunado en descubrir, ni mas incansable en estudiar, ni mas descreído, ni mas desesperado, ni mas sábio. El espíritu del siglo se veía condensado en su frente, el malestar de la ignorancia vivía en su corazón. Era el génio invocado por Dios antes de que sonase en el tiempo la hora de su destino, el vigía puesto á la cabeza de las generaciones venideras, sin ser mas que sus sombras, y un rayo de luz que aumentaba sus dolores, la inteligencia reconociendo su poder, pero perdida en laberintos inmensos, sin esperanza en la redención, sin fé en sus propios descubrimientos; el martirio de Hazan era el martirio del orgullo, desvanecido en sus aspiraciones, é impotentes en los esfuerzos por eso se parecía á Luzbel al pasar de ángel á hombre para convertirse en demonio. Pero su esperanza era Dalanda. La habia instruido en la virtud, habia avivado en su alma la llama del amor cristiano, rodeándola de la cruz y de María, del símbolo del sufrimiento, y del albor de los cielos: habia levantado su alma á las alturas para que al perderse en las ondas luminosas del amor divino le trajese en sus blancas alas el perdón que pedia á Dios. De sus ciencias habian resultado sombras, de sus artes desgracias, de sus conjuros desasegadas dudas, de su amor al estudio la pérdida de sus creencias, pero de su corazón habia surgido Dalanda, única oración en aquel torrente de blasfemias, única luz en aquel océano de tinieblas. Pero el génio del mal arrastrándose entre flores corría á tentar aquel ángel, para que de sus sienas desapareciese la auricula de la virtud, y de su corazón el perfume de la inocencia y el rey de Castilla embriagado de amor, impelido por el soplo de Satan arrastraba á Dalanda al precipicio, circulando en sus venas la ponzoña de desvariadas pasiones. Y si Dalanda, flor sin espinas, espuesta al huracán llegase á caer en el abismo, la obra de Haaan era perdida, inútiles sus trabajos, imposibles ya sus esperanzas. Habíanse agotado en su imaginación los recursos, y cada nueva tentativa frustrada, era el grano de arena que rueda en el reló, nuncio de un porvenir sin esperanza.

—No, decía, es imposible su perdición; quiero salvarla para salvarme con ella. Si empañan su frente, si la despojan de sus vestiduras angélicas, no podré al presentarme á Ihowah decirle: «Veis, señor, aquel ángel que en la tierra, mansion maldita, vuela con los cántares de los escogidos en sus lábios, la luz de vuestra gloria en la frente, y con la pureza de los serafines en el corazón?—pues esa muger que no ha caído en el lodo de la tierra, antes bien purifica sus negros abismos, es idea nacida de mi lóbrego pensamiento, es rayo de luz emanado de mi frente carcomida, es el deseo de salvación que ha dorado mi vida, al perderme como la piedra que cae al mar, en la sombra de la humana ciencia....—Nada he podido para apartar al rey de aquesta obra maldita. Ni las traidoras revelaciones hechas á la reina á despecho de mi palabra empeñada, y de las amenazas, que penden sobre mi cabeza, ni el pergamino que envié á Doña Mayor para exaltar sus celos, y avivar su rabia, ni todos mis amaños encaminados á separar á D. Alfonso de este bosque, do en coronas de flores guardaba yo mi esperanza para elevarla en mis brazos hasta el cielo; ni mi imaginación tan fecunda en obras de menos precio, me ofrece ya medio alguno de salir de aqueste intrincado laberinto.—Y encendido en furor dejó caer su cabeza sobre las huesosas palmas de sus manos.—Nada, nada aquí, nada, dijo, golpeándose la frente. ¿Se agitará como la materia el espíritu? Se conserva la virtud sin dolor, y se alcanza sin sufrimiento el perdón? No, no es posible. Padecerás, Dalanda, padeceré tanto como tú, pero nos salvaremos. Es preciso que desaparezcas á los ojos del rey, y que te oculten las entrañas de la tierra. Y en frío calabozo morirás de dolor, pero morirás pura, y santísima.—Y diciendo esto, y levantándose, y abriendo una puerta tendida en el suelo, oculta bajo la negra mesa, dijo.—Te faltaba la corona del martirio, pero la conseguirá tu frente, y mis cansadas manos te darán esa nueva y mas preciada aureola.

Dejó entreabierta la oscura caverna, atravesó los húmedos corredores, abrió la pequeña puerta de la blanca casa, y salió en pos

de Dalanda. Al respirar el aroma de los pensiles, y el puro ambiente del campo ensanchóse su pecho y al recoger los brillantes rayos del sol se dilataron sus contraídas pupilas. Contempló por un momento á Dalanda que corría ansiosa tras blanca paloma, jugueteando entre las flores y sintió que le taladraba las entrañas agudo puñal, cuando hubo de considerar que la arrancaba á la libertad, á la vida, por conservar su pureza. — ¡Dalanda, hija mia, sígueme!—Deja tu campo, abandona esa paloma, que se burla de tus congojas, y acompáñame á mi vivienda, porque tenemos que hablar.

—Me vas por fin á enseñar tus habitaciones. Hé ahí un deseo que siempre tuve, y jamás he visto cumplido. Mil veces he pretendido adivinar, que guardabas ahí, y por mas que he seguido tus pasos, siempre burlaste mi deseo, y es tal mi curiosidad, que de buen grado te sigo y dejo á mi ingrata paloma, que ya volverá cuando acosada del hambre anhele picotear en mis manos para que le dé dorado trigo.

Hazan se conmovió al ver la sencilla confianza, que en el porvenir tenía Dalanda. —No es extraño, decía, tomando el camino que conducia á la casa, seguido de su hermosa protegida,—no es extraño que tenga tan ciega fé en mañana, cuando la espera espantosa esclavitud.—Confía en jugar con su paloma, y va á vivir entre murciélagos: adora la luz, y la esperan las tinieblas, es hija de la libertad y le reservo honda prision, nació para el campo y en reducido espacio se moverá ahora como enjaulado gilguero, ceñia á sus sienes blancas coronas de rosa y en negra caverna sus cabellos de ébano se enredarán con asquerosas telarañas, volaba por el cielo y desde hoy verá tan solo la oscura bóveda de un subterráneo; sobre todos, y mas que todos se mecia en el aliento de puro júbilo y va á ser presa de la desgracia.

Pero todas las divinidades exigieron siempre cruentos sacrificios, y la virtud es implacable, añadió.

Y diciendo esto, abrió la puerta y penetró Dalanda. El último

rayo de luz que lució en su frente parecía acariciarla dolido de perder tan bella prenda.

Entró Dalanda, pero la frialdad de la atmósfera, que envolvía aquellos estrechos pasadizos, parecía quitar aire á su pecho, y á sus venas sangre. Horrible estremecimiento sacudió su cuerpo, y como no estaba avezado á caminar entre tinieblas, ni dispuesta á quedarse en aquel recinto, norte antes de todos sus deseos, retrocedió; y golpeando con estrépito la puerta pugnaba por volver á sus pensiles, curada ya de su nociva curiosidad. Pero la huesosa mano de Hazan paralizó sus esfuerzos, atrájola á sí el anciano con inaudito furor y la pobre niña sobrecogida de terrible espanto dejóse arrastrar sin oponer resistencia: tan intenso era su espanto y tan profunda la honda sensación que le había causado aquella misteriosa caverna. Nada diremos de su estrañeza y estupor, cuando entró en la estancia del judío. Las calaveras diseminadas en las mesas, los huesos esparcidos por el suelo, las yerbas suspendidas de la negra techumbre, los carbones apagados de la hornilla, los metales de distintos colores, y tantas otras cosas como había reunido allí el deseo devorador de un sábio, debían ser bien estraños objetos para aquella angelical criatura, de continuo entregada á las armonías de la vida, á recoger las semillas de la planta, y á cultivar los débiles arbustos. Sus ojos acostumbrados á beber la luz del sol, no acertaban á distinguir las ennegrecidas paredes iluminadas tan solo por el débil rayo que traslucíase al través de opaco cristal, empañado tal vez por el aliento del tiempo.

—¿Te estraña esta mansion?

—Vámonos presto de aquí, porque esta estancia se asemeja al infierno. No puedo acostumbrarme á tan espantosa lóbreguez. Quiero luz, luz, y calor, porque tengo frio en el cuerpo, y miedo en el corazón.

—Es necesario, hija mia, doblar la rodilla é inclinar la frente ante los decretos de la suerte. Goza de esta luz, porque Dios sabe, si mañana suspirarás por ella.

—Suspirar por la luz! Dios no la niega nunca á la tierra. Ni se apaga en las nieblas, ni se disipa en las nubes, porque la luz es hija del cielo.

—Pero el aliento del hombre es ponzoñoso, y potentísimo.

—¿Y qué hombre se atreverá á privarme de la luz?

—Yo.

—Tú! ¿Estás demente? Es posible que tú mi protector y mi padre, yo que no conocí otro alguno, tú que has bordado de flores mis jardines, quieras privarme de la vida? No lo creo, no puedo creerlo, aunque de rodillas me lo jures.

—No me martirices, Dalanda, he pronunciado tu sentencia, y es necesario que se cumpla. Te privaré de la luz transitoria que se oculta todos los dias en el manto de la noche, para darte la luz que no conoce ocaso. No volverás á ver una flor, ni á volar por el campo, pero los ángeles tejerán para tus sienes en el cielo una corona de estrellas.

—Y si la luz viene de Dios, si cada rayo del sol es el espíritu de un arcángel, que trae la vida á este mundo, albergue do gimen miseros desterrados, si en la mirada de la luna aparece María, privándome de la luz, ¿no me privas de oír los ecos anticipados del cielo, de contemplar la sombra de la Virgen, no me privas de mis ilusiones, de mis encantos?

—Pero no conoces el sacrificio, no adivinas los combates del mundo, ni entiendas que el dolor abra las puertas de la eternidad, ni adivinas que la desgracia es ley impresa por la mano de Dios con caracteres indelebles contra nuestro mismo corazón.

—Mira, ves esa honda cueva abierta en el seno de la tierra, ahí espira la vida, y se apaga el corazón: y yo que te amo, que daría gota á gota toda la sangre de mis venas por tí, que no conozco otra pasión, ni otro amor, sino el que me inspiras tú pobre niña, educada por mis desvelos, yo te digo que penetres ahí y te envuelvas viva en las sombras de ese sepulcro.

—Qué horror!—dijo Dalanda, inclinándose á contemplar su

rara prision. —¿Qué males te he causado para que así me martirices?

—¡Me ahoga el dolor! Ninguno, antes bien si algun albor de felicidad, si alguna celeste esperanza ha lucido en mi vida, la deberé siempre á tí, ángel consolador de mis dolores.

—Cuán mal me pagas mis consuelos!

—Día llegará, en que abriendo tus ojos á la luz del mundo comprendas que te di la vida en horrorosa noche, cuando Dios y los hombres te abandonaban á la muerte, que te albergué en pensiles tan hermosos como imaginara un profeta, y estas muestras de cariño son vanas sombras, comparadas con el inmenso sacrificio que estoy pronto á consumir en aras de tu dicha; ahora que te arrastro á la muerte, privándote de la libertad.

—Ser así, ¿pero vas á privarme de mi Virgen, de mis flores, de mis palomas? Es imposible. Si tal es tu agrado, si meditas mi muerte, llévame al pié de la cruz, y allí con acerado puñal desgarras mi pecho, para que pueda al espirar convertir mis apagados ojos al cielo.

—¡Por piedad, Dalanda, por piedad!

—Pero, no, no, yo no entro ahí, me moriré de frío, los buhos me arañarán en el rostro, y las arañas taladrarán mis carnes, y en esa inmensa soledad, sin luz, sin estrellas, y sobre todo sin luna me encontrarás muerta. ¿Y tú, pobre anciano, tú no querrás que yo muera?

—Yo querer que tú mueras, cuando sufro el martirio de tu desgracia por convertirme en un ángel.

—Mira te lo pido por María, por la Virgen, sácame de aquí, porque no puedo respirar.

—Ah! conozco un medio, para precipitarla en esa tumba. Oyeme, Dalanda: Un día tu Virgen, tu adorada Virgen vivió en la tierra. Nació su hijo en frio portal, porque unos hombres le negaron asilo en sus viviendas, tuvo que huir, porque intentaban esos hombres degollar á Jesus. Y esos mismos hombres tiraron piedras al

Salvador, ciñeron á sus sienes coronas de espinas, cargaron sobre sus hombros una cruz, y cuando la tierna madre, la que mantiene con su aliento los cielos, al pié del patibulo, con sus ojos arrasados de lágrimas pedia perdon para el hijo de sus entrañas; aquellos hombres desoian los ruegos de la desgraciada reina de sus ángeles, y taladraban con agudos clavos las manos de aquella prenda de su corazon, y maldecian al varon mas justo que jamás en su seno vió la tierra, y aquella madre lloraba en vano.....

—¡Calla, calla!

—Escucha. El soplo de Dios dispersó á esos hombres, y yo soy un descendiente de aquesa maldecida raza. Estás en mi poder; aquella puerta no ha de abrirse; solo este sepulcro podrá apartarte de tan horrible mónstruo.

—Oh! tienes razon,—dijo Dalanda precipitándose horrorizada y como fuera de sí en la honda cueva.

Hazan dejó caer la pesada puerta, pero era tanta su pena, tan desgarrado estaba su corazon, que cayó sin fuerza, sin vida sobre la piedra de aquel sepulcro, en que encerraba á Dalanda.







D. ALFONSO EL SABIO. LAM. 10.

### CAPITULO III.

#### El Rey y Hazan.

Tristísimo era el calabozo, en que plugo á la desgracia arrojar á la desventurada Dalanda. Su pavimento alfombrado de paja humedecida, ennegrecidas sus paredes, falta de luz, porque apenas penetraba un moribundo destello del dia por estrecha rendija, abierto en un abismo que parecia perderse en las entrañas de la tierra; era la imágen fiel de un sepulcro vacío ó de una fosa do en otro tiempo durmieron cadáveres hacinados. Resbalóse como impelida de diabólico soplo la infeliz Dalanda por sus angostas escaleras, y no veía aunque se esforzaba en recoger la luz, ni acertaba á dar paso alguno, ni se movía como si fuese blanca estátua abandonada de los hombres, ni llegaba á distinguir, si era ilusion forjada por espantoso sueño aquella negra caverna ó la verdadera cárcel, do la había sepultado la justa cólera de Dios. No había lágrimas en sus ojos, ni suspiros en su pecho, ni quejas en su cora-

zon, ni palabras en sus lábios: muda, espantada, sin perderse en la desesperacion á manera de las almas templadas para el dolor, sin desconfiar de Dios como los corazenes que se precian de fuertes, sin temblar por la duracion de su atroz suplicio, porque veía dibujarse en su espíritu los cándidos matices de la inocencia, padecio horribles dolores impulsados por la espantosa escena que acababa de presenciar, por las terribles palabras, que á su protector habia oido, por el triste lugar do habia sido precipitada. Quiso dar un paso, y amedrentada retrocedió á la escalera, porque las pajas le parecian humanos huesos, despojos de los muertos, las piedras lustrosas calaveras, y el agua que por do quier destilaban las paredes, sangre inocente de infelices víctimas. Buscaba luz, porque creia haber perdido la vista, queria aire para respirar, porque angustiosa opresion ahogaba su pecho, y sin embargo, solo oía el rumor del Tajo, vivo recuerdo de su perdida libertad que sonaba á lo lejos, para aumentar sus tormentos. En un rincon veia lucir una amortiguada luz, pero de verdoso color y siniestros resplandores, luz que no se movia, ni centelleaba, como un círculo de fuego impreso en la pared. Estendió sus brazos temiendo estrellarse contra algún escollo opuesto á su camino, pero cual fué su horror, cuando al llegar cerca de do lucía la siniestra y moribunda luminaria sintió que cambiaba la luz de puesto, y al tiempo mismo, horrible lechuza sacudía sus alas sobre aquella su encantadora cabeza. Dió un grito, que hubiera conmovido las piedras, si Dios no les hubiera negado el aliento de vida que concediera á otros mas infelices, y huyó precipitada, quiso buscar su primer asiento, y perdióse en las tinieblas, porque aquel negro abismo parecia no tener más límites que la inmensidad.

Si Dante, el gran poeta del siglo XIII, la hubiera visto con su blanca vestidura, hermosa cual la primer estrella de la mañana, inocente como el sueño de su fantasia, puro como el horizonte de Florencia, hubiera creído ver á su Beatriz, á su vida arrancada del cielo por sus enemigos, y arrojada en el seno de infernales abismos.

Hazan hubiera querido moderar su pena, pero su pensamiento nació súbito con su mente, y temeroso de que un solo instante le hubiera costado una eternidad, arrojó sin compasión á Dalanda en tan horrible recinto, desconocido completamente de D. Alfonso, que en sus nocturnas expediciones habia visitado mas de una vez la misteriosa vivienda del Judio, en cuyos alrededores tuvo ocasion de conocer á la inocente protegida del cantor de la Sinagoga Toledana, templo denominado hoy de Santa María la Blanca.

Pocos dias despues atravesaba el rey la Puente de Alcántara, acompañado de lujosa comitiva. Volvió la vista hácia la Galiana, y dijo á los caballeros que deseaba descansar en aquellos sus palacios, do le llamaban asuntos de alto interés y provecho para el Estado; sus órdenes espresadas en lacónicas palabras fueron oidas con respeto de todos, y arribaron á los poéticos jardines, por cuyas mágicas florestas empezaron á discurrir caballeros y pages, mientras el rey se entregaba á sus cábalas politicas en los dorados salones de su moruno palacio. No bien se halló solo, dió órdenes para que nadie le turbara en su retiro, y dijo que si no salia de aquella estancia despues de puesto el sol, se volviesen los caballeros, dándoies vénia de alongarse á do mejor fuera de su grado, porque sus grandes trabajos exigian largo espacio de tiempo y maduras meditaciones. Pero el monarca no iba en pos de trabajo, sino de descanso, queria huir de su propia grandeza, y despojándose de sus reales insignias, y abriendo subterráneo pasadizo dispuesto á usanza árabe, fué en pos de su amor, de Dalanda, de cuyas poéticas entrevistas le habia privado por largo tiempo, ya las fiestas celebradas en Burgos, las guerras de Jeréz y el enlace de Doña Beatriz.

Iba con el corazon henchido de amor, y de esperanza. El sonido de las auras le parecian suspiros de amor, blancas ilusiones las nubes que manchaban el horizonte, caricias de un ángel los rayos del sol que se acercaban á su sepulcro, y promesas de felici-

dad el canto de las parleras aves, porque la ventura en que vive el espíritu, se une á la naturaleza, espejo brillante do se reflejan todos nuestros pensamientos, ya esten perfumados de encantadora alegría, ya de melancólica tristeza. Aquellas locas esperanzas, convertian en otro hombre al rey de Castilla. El rey envidiado del mundo hallaba la felicidad en oscuro bosque, el guerrero iba á postrarse á los pies de inocente niña, el mas noble infanzon de toda España entregaba su alma á una beldad, que ni siquiera sabia quienes fueron sus padres; pero como su vida tenia muchas faces, y su inteligencia muchos colores, era monarca para un pueblo, soldado para los moros, caballero para las damas, y poeta para Dalanda. Acostumbrado á ver el respeto de sus vasallos, buscaba la felicidad en su confianza, perseguido siempre por los dardos de la adulacion queria descender de la dorada nube, do le envolvia la lisonja cortesana.

Llegó al bosque, subió á la colina, y nada vió. El viento del otoño se llevaba en sus remolinos las hojas desprendidas de los árboles, cuyas ramas iban perdiendo su verdor y tomando el triste matiz del desengaño, nuncio de la muerte. Bajó, y la alegría le iba abandonando, porque no habia ni una flor en los pensiles, ni un gilguero escondido en los arbustos, ni atravesaba blanca paloma los aires, ni se oia la voz de Dalanda, místico acento de aquel vergel, alma de sus praderas, y armonia de sus arroyos y fuentes, corrió al pié del sauce; el poético altar se hallaba despojado de sus galas, secas coronas yacian en el suelo maltratadas por la inclemencia de los elementos, y ni un tributo de amorosa devocion ornaba aquel sitio, do siempre conversaba Dalanda con Maria. Los rosales que al pié de la santa imágen crecian habian sido tronchados tal vez por despiadada mano, y secos ya, helados por la muerte, conservaban solo sus espinas.

Al pié de la cruz crecia melancólica pasionaria, y su cenicienta corola, sus simbólicas hojas, sus tristes tallos tan poéticamente divinizados por la imaginacion de los pueblos, no abrazaban ya al

sagrado árbol de la humana redención. Todo había desaparecido, todo había muerto.

— Alarmáronle aquellos signos de muerte en bosque consagrado á la vida, y lanzándose á la puerta de la casa, golpeó con rabia, hasta que el Judio, movido del estruendo, salió á reconocer al que de tal modo atronaba sus oídos, dando de bruces con D. Alfonso.

— Hazan, — dijo el rey, — ¿Cómo tan desierto este bosque?

— Señor, Dios ha dispuesto que á la luz sucedan las tinieblas, y á la primavera el estío.

— Antes las flores tapizaban el cielo, y había espléndidas coronas en ese altar, y...

— Y ahora, señor, las flores han devuelto á los cielos sus aromas.

— Faltan en estos vergeles armonías?

— Cuando el viento rompe las cuerdas de una lira, recoge por vez postrera sus enamorados acentos.

— Hazan, Hazan!... — murmuró el rey temblando. — No seré tan desgraciado, no. Dios no azotará tan cruelmente mis espaldas.

— La voluntad de Dios es infinita, omnipotente. Amaba á su pueblo y le arrastró con cadenas al palacio de los Faraones, amaba á Moisés, y le dejó morir sin que gozara la tierra prometida.

— Salgámos de estos enigmas. ¿Y Dalanda?

— Señor, ha muerto.

— Dios! — gritó el rey con espanto, y con dolor, cubriendo su severo rostro con sus manos y derramando amargas lágrimas.

— De qué te vale tu ciencia, — dijo volviéndose al Judio, — si no has podido detener á la muerte, para que no se posara en tan hermosa criatura.

— Despertarla, señor, bajo el pedestal de esa virgen duerme su cuerpo en paz.

— No atraigas sobre ti mi justa ira, pidiéndome con amarga sonrisa un imposible.

— Pues si no alcanzais á desvanecer sus sueños: de que os vale ser rey.

—Retírate—dijo D. Alfonso con tono desabrido al Judío, que se perdió en el bosque.

—Solo otra vez, sin corazones que recojan mi amor, sin ser alguno á quien hacer feliz. Donde estás, Dalanda, por qué no contestas á mi voz que te llama dolorido, por qué no bajas á consolar mi afán? Cuantas veces te vi en este sitio, bendecida por las auras de la noche, acariciada por los rayos de la luna, trémula de amor y de esperanza, vaporosa como ilusion de los sentidos, puro y angelical como los sueños del alma. Ahora, duermes en la tierra, sin ser compadecida de las mismas plantas, que tantas veces te ofrecieron sus hermosas galas. Duermes, y los aires se han olvidado de tu nombre y tus huellas no existen ya en la pradera. Do estás, tierna imán de las estrellas, ángel perdido en los laberintos del mundo. No hubo muger tan hermosa como tú, porque los cielos se matizaban en tu alma, y los astros bebían su luz en tus ojos y Dios te envió al mundo para prueba de su grandeza. Vives, porque las almas divinas vuelven á Dios, y vagarás perdida en la eternidad, sin convertir los ojos á mirar la tierra. No te olvides de tu Alfonso. Eras mi poesía en la tierra, el divino canto que guardaba yo en estos bosques, para presentir el beso que Dios imprime en la frente de sus escogidos. Pero allá en la tarde, cuando la oracion del hombre perdida en los espacios busque á Dios, despliega sus alas de luz, sacudes las sonrosadas ondas del celeste albergue lánzate á la inmensidad, vuela entre las liras de oro que pulsan los serafines en sus gloriosos tronos de centelleantes nubes, y atravesando las esferas y los océanos de luz, y dejándote á tus espaldas los mundos, tráeme la poesia increada que vive desde la eternidad en el pensamiento de Dios.

¡Pero que soy ya débil mortal! Todos me abandonan, Dalanda, Dalanda, acuérdate de Alfonso desde el cielo. Y ahora, madre mia, virgen santa, que viva eternamente el dolor en mi alma, que nunca se borre este recuerdo de mi memoria, que su imágen me guie en la oscuridad de este mundo, y que Dios en los espacios

del pensamiento que sube al cielo y su amor que me busca entre las sombras de este destierro.

Después de haber orado por algunos momentos tornó el rey á llamar al Judío.

—Dios proteja al rey de Castilla. ¿Qué me queréis, señor?

—¿Murió tranquila?

—Recostó su cabeza con suma tranquilidad en el seno de la muerte.

—¡Pobre niña! Es inmenso mi dolor, porque yo Hazan la amaba como á un ensueño, como á una ilusión, como á una esperanza. En su presencia sentía tan solo mi alma, como si el cuerpo hubiese caído en la huesa. Mi amor no tenía formas ni colores. Era como los invisibles ángeles, que siguen al mortal, un canto sin sonidos, una pintura sin colores. Era aquella pasión para mí la poesía que adivina el poeta, la idea que el escultor vé cernirse sobre sus moles de mármol. Y donde está ahora? Si, en el cielo, pero yo me hallo solo, abandonado á mi dolor en la tierra.

—No os desesperéis, señor.

—¿Que no me desespere? Soy rey y no tengo poder para volver la vida á un cadáver. Los hombres me llaman poeta, y en alas de mi inspiración no me es dado perderme allá en la gloria con mi amor. Vosotros, mis maestros, me decís sábio, y no sé si hay escritos en la naturaleza, para avivar por un momento los oídos de un ser amado, que perdió para siempre el corazón.

—Pero la ciencia y el poder tienen su límite.

—¿Y por qué no lo había también de tener el deseo? Pero, dime, pronunció mi nombre?

—Fué su última palabra.

—Ah! se ha llevado consigo mi recuerdo á los cielos. Ya Dalanda no tornará á este bosque. Debo buscarte en la oración, en el amor, y en la virtud. Si algun día mi nombre resuena en las generaciones venideras, si el mundo guarda en los bronce que la inmortalidad reserva á los altos pensamientos, si Castilla me es

deudora de algun beneficio, todo, todo te deberé á ti Dalanda.

Cada uno de estos objetos que dejó para siempre me desgarran el corazon. Bajo ese sauce se guarecia, seguianla los gilgueros regalando sus oidos con dulces endechas, por esos campos esmaltados de flores que nacia al abrigo de su solcito cuidado. Toda ha muerto, ¿y mi corazon? mi corazon sufre espantosa agonía. Adios no volveré á Toledo esta tarde, quiero un retiro do poder consagrarme á mi dolor. Y con tardo paso tomó la senda, que plugo á la suerte señalarle. Seguíale Hazan con la vista y apenas se perdió á lo lejos, cuando impulsado por loca alegría, exclamó:—¡Ya no tornará—salime con mi empresa.

—El la llorá muerta, però realmente ha dejado de existir, porque no volverá á verla, ya que ha jurado no visitar mi bosque.

—Loado sea Dios. Estás libre, Dalanda, puedes volver ya á tus campos, á la luz. Bien pocas horas has visto pasar en tu destierro.—Y loco de alegría y con la agilidad de un niño hizo girar la pequeña puerta sobre sus goznes, sin acordarse de cerrarla, atravesó el corredor, entró en la estancia, inclinóse, levantó la puerta del oscuro calabozo y sin proferir palabra alguna, se guareció en la sombra para gozarse en la alegría de Dalanda. La niña salió precipitada como paloma que recobra su perdida libertad, y al ver abierta la puerta que daba al campo, se lanzó á todo el correr de su deseo en pos de sus matizadasavecillas. Hazan siguió sus huellas, mas al verle Dalanda, dijo tomando precipitada carrera. «No, no volveré á do tu estés en toda mi vida, adios María, mi cruz, adios para siempre.»

—¡Qué horror!—exclamó Hazan, lanzándose á detener á Dalanda. Pero la pobre niña mas volaba que corria, y al anciano le faltó fuerza.



...vamos á trasportar á nuestros lectores...  
 Es un monte, hondo ásimos lo cerros, horribles peñascos lo  
 cortan, cordando negras selvas, y en elevado pico se divisa un  
 convento separado del mundo como el nido de un águila de los  
 Alpes. Las hudasas sombras, cruzando largo tiempo por sus ci-  
 mas, tienden su negra cabellera por cielos y tierra, subyérgense en  
 las tinieblas las selvas, el torrente recoge las últimas rayas del tra-  
 pasculo, suspira el ave nocturna, calla el tráfago y con la última  
 vibración de la campana...  
 con los misteriosos murmullos de la noche.

#### CAPITULO IV.

En hombre asalta los precipicios con seguro paso, desprecia  
 los peligros y obedeciendo al llamamiento del cielo entra en el  
 templo y se postea para hablar con Dios. La iglesia está oscura.

#### Los amores del rey.

El pálido resplandor...  
 tantas perdidos bajo las inmensas bóvedas tiene el rostro de las es-  
 tatas y aumenta la magnitud de las columnas. Algunos monjes  
 atribulados al pie de las escroscas azas manifiestan oraciones.

Dulce y hermosa es la hora de la oracion. Que pensamientos  
 tan dulces inspira á nuestra alma el lejano eco de la campana, el  
 rezo del labrador agradecido, y el último vuelo de la alondra que  
 vuelve á posarse en su nido para contemplar los cielos. La natura-  
 leza toda suspira y ama, en esta hora sublimé. Cuando el sol se  
 apaga en las ondas, piciñendo coronas de rosas al océano, y el  
 aura se duerme en la ribera, acariciando las alas de las aves que  
 corren á buscar su nido oculto en fragosos peñascos azotados por  
 los huracanes, cuando el marinero entregado á frágil tabla hija de  
 su pensamiento, ve nacer entre las perlas de las espumas que el  
 aire se lleva en sus alas, la primera estrella de la tarde depositaria  
 de divinas bendiciones, cuando los cielos cantan escribiendo sus  
 cantares con letras de fuego en el vicio, la oracion del hombre busca  
 afanosa el amor infinito, cuyas sombras son las maravillas de la  
 naturaleza, y cuya esencia es la eternidad.

— Pero esta poética hora tiene mas encantos en el lugar donde vamos á trasportar á nuestros lectores.

Es un monte, hondos abismos le cercan, horribles peñascos lo cortan, corónanlo negras selvas, y en elevado pico se divisa un convento separado del mundo como el nido de un águila de los Alpes. Las dudosas sombras, cruzando largo tiempo por sus cimas, tienden su negra cabellera por cielos y tierra, sumérgense en las tinieblas las selvas, el torrente recoge los últimos rayos del crepúsculo, suspira el ave nocturna, calla el milano y con la última vibracion de la campana repetida por los lejanos bosques, comienzan los misteriosos murmullos de la noche.

Un hombre asalta los precipicios con seguro paso, desprecia los peligros y obedeciendo al llamamiento del cielo entra en el templo y se postra para hablar con Dios. La iglesia está oscura. El pálido resplandor de las lámparas que oscilan como astros errantes perdidos bajo las inmensas bóvedas tiñe el rostro de las estatuas y aumenta la magnitud de las columnas. Algunos monges arrodillados al pie de las sacrosantas aras murmuran oraciones, cuyos suspiros repite el eco de los claustros. Zumba el viento, haciendo girar la elevada veleta, y se estremecen los pintados vidrios como los negros crespones que cubren las góticas ventanas, se agitan cual las sombrías alas del ángel de las tinieblas venido á tentar el corazón de los justos. Aquel hombre junta sus manos, y espresa esta oracion.—Quiero amor, Dios mio, amor. Porque lo presentais por do quier—negándolo á mi corazón. La tierra descansa en brazos del sol, la golondrina surca los aires en pos de su amado, que la conduce al antiguo campanario morada de sus amores, el rio besa los campos y fecunda las colinas coronadas de flores, tiernos objetos de las caricias del aura, y mi corazón anda cadáver en la puerta de la vida, negra nube entre rayos de luz, se halla abandonada á sí propio oyendo para mayor martirio el prolongado suspiro de todos los amores.

Apenas habia espresado estas quejas, cuando ve deslizarse

entre las sombras blanca aparición. Acaso parece al caballero ilusión de su mente enardecida, mofa tal vez de su deseo, acaso creer en ella una virgen que abandona su altar para socorrer al desvalido, tal vez el humo de los incensarios, los destellos de las lámparas, los acentos del órgano y las oraciones de los cristianos uniéndose en el cielo, á do se dirigen, han formado aquel encantador espíritu, que viene en el silencio de la noche al templo para distraer al servidor de Dios.

La sombra se detiene delante del altar, estiende al cielo sus brazos y la trémula luz de la lámpara, que alumbra al santuario hiere su blanca frente. Acércase oculto en las tinieblas el caballero, fija su vista en aquella fantástica aparición y al ver sus ojos alzados con tan místico recogimiento á la Virgen esclama á media voz «Dalanda.»

—Ay, oigo tu voz,—esclamó la niña,—me llamas desde el cielo, pero yo no puedo ascender á él. He llamado á la muerte para que ciñera blanca corona á mis sienes, y despiadada é ingrata se ha negado á mis súplicas.

—Ruega por mí á Dios, alma pura, ilusión de mi deseo.

—Que ruegue á Dios por tí?—preguntó Dalanda;—los que mueren deben rogar por los vivos, por los que arrastramos misera existencia en un mundo que ya solo nos ofrece espinas.

—Dalanda, me conoces?—dijo el caballero; oprimiendo la mano de la niña con loca efusion.

—¡Ah eres tú, Alfonso, Alfonso;—y el peso de su felicidad oprimió en tan alto grado el corazón de la sensible niña, que al sentir el aliento del rey en sus sienes cayó sin vida en el frío pavimento, como el lirio devorado por los amorosos besos del sol.

—Impostor!—esclamó el desconocido, en quien habrán adivinado al rey nuestros lectores, cogiendo en sus brazos á la niña y sacándola á la puerta del convento, para que respirase libremente el ambiente de la noche.

En aquellos momentos habia padecido horriblemente el ánimo

de D. Alfonso. Creyó ver en Dalanda un sér nacido de la imaginacion, que acariciando con amor gratas ideas llega á darles vida, á engendrar séres purísimos, que cruzan los aires en las nubes y se mecen en las hojas de los árboles y viven con la vida del sentimiento y de la fantasía dentro de nuestro pecho; pero que al tocarlos se desvanecen; huyendo al cielo, templo do habitan los objetos de todas las grandes aspiraciones y el sueño de todos los artistas.

—Respiras—dijo con amoroso acento.—Angel mio, soy yo. Te habia abandonado, pero vuelvo á ti; á tu amor, vuelvo á tus pies para vivir contigo y contigo morir.

Abrió sus ojos Dalanda, y dijo:—Por fin has vuelto. Mira los bosques han perdido sus hojas arrancadas por el sañudo viento; los arroyos silenciosos no cantan, ni suspiran las aves, solo en la noche se oye el ahullido del huracan que desgaja los árboles, y el lloro del cielo que azota las cabañas.

—Todo está triste; porque nos habia separado la fortuna. Pero ahora Dios nos une, aqui á la puerta de un templo, para divinizar nuestros amores. Porque te amo, Dalanda, con loca pasión.

—Y cómo amas tú?

—Como ama todo lo que existe. No ves la luz que desciende á la tierra, es el suspiro del amor de Dios. Esas estrellas son la corona que el Eterno puso en las sienes del mundo para probar cuanto amaba á los hombres. La flor ama á la luz, la luz al cielo, el cielo á los ángeles, los ángeles á Dios, y Dios al Universo.

Sin amar, ni Dios puede existir.

—Y yo habia pensado en la muerte, porque no podia sin ti vivir.

—No pienses en la muerte, cuando la vida nos álhaga con la felicidad. El mundo nos ofrece sus campos porque el sol envidia nuestra ventura. No volverás á separarte de mí, y cómo el alma vivirás siempre para animarme con tu sonrisa, para dar luz á mis ojos, y á mi vida poéticas ilusiones.

—¡Permanecer siempre unidos, no lo creo! Es el sueño de la vida que se pasa, es que voy á despertar en el cielo.

—Estamos aqui en el mundo y en el cielo. Dios á las criaturas que ama, á las que elige para su corazon, las envia rayos de esa divina aureola, para que presenten la felicidad que les reserva allende la muerte.

—Debe ser muy dulce morir amando.

—El alma no puede amar como deseara en esta vida, Dalanda, pero cuando se desprende del cuerpo mortal y atravesando sus espacios sembrados de luminosas arenas se pierde en la eternidad, y se uné á las orlas del manto de Dios, que flota sobre los mundos, para reservarlos de la muerte, siente derramarse todas las delicias que le hicieran confiar sus esperanzas.

—Viviremos en los campos; me has de jurar que nunca entrarás en poblado. Huiremos lejos, muy lejos de la córte, donde nadie nos vea. Qué hay en Toledo? Espléndidas luminarias? Brillan mas las lámparas de los alegres cielos. Es mas risueña que una mañana de mayo, cuando la aurora se levanta en la cima de los montes, y los lirios del vallé cargados de rocío saludan su venida. Alegres cantos? El susurro de las hojas es armonía mas santa, y si te place oirla, siempre canta acompañada del arroyo amantes endechas que halagarán tus oidos. Nada nos falta.

—Siento que se abre mi vida á la felicidad, y mi corazon á la virtud. ¿Quien pudiera faltar á Dios cuando te contemplo, cuando ve en tí una obra de sus manos? El Eterno ha derramado en tí todos sus dones; y así como ha dado á la flor perfumes para embalsamar los campos, y colores para esmaltar los campos, ha puesto en tí la pureza de la gloria y el amor de los bienaventurados.

—Viviremos lejos del mundo. Me lo juras?

—¡Ay, y si yo no pudiese abandonar ese mundo!

—Y dices que me amas?

—Si lazos indisolubles.....

—Delante de Dios no tienes mas obligacion que mi amor.

—No soy libre, Dalanda, esclavo de los hombres, arrastro cadenas de diamantes.

—Pero la voluntad rompe las cadenas.

—Y si Dios las hubiera forjado.

—Dios no esclaviza á ser alguno. Has dado á las aves el aire y á los hombres la tierra.

—Oh! tu no puedes entender que nazcamos ya en la cuna preparada para el dolor, que no podamos dar un paso sin tropezar con la vigilante mirada de otro hombre que espia nuestras menores acciones. Hija de la naturaleza, tu has gozado en la libertad; pero nosotros hijos del mundo vamos atados á su carro triunfante, sin poder desasirnos de tan estrechas ligaduras.

—Habian huido de mi memoria recuerdos de otros días. Quería separarte del mundo sin pensar que tal vez cometia un crimen, que acaso algún corazón falto de luz espiraba solitario y devorado por el dolor, mientras la felicidad lucia en mi vida! Vuelve, vuelve al mundo, torna á Toledo, porque he visto una muger hermosísima que suspira por tu amor.

Habia tanta sencillez y ternura en aquella sublime súplica, que el corazón del rey de suyo poético y entusiasta sintió ese desvanecimiento que inspira una idea grandiosa; cuando escediendo á los límites de toda naturaleza y á los términos de todo encañecimiento hoy de la tierra, y cual perdido eco de mas altas esferas hace estremecer de alegría al espíritu, que ve á Dios en los arrebatos de exaltadas pasiones.

—¡Dios mio!—dijo D. Alfonso levantando al cielo los ojos.—Que bien dicen los que denominan al corazón destello de tu trono. No ha nacido el hombre para vivir escondido en negra nube, cual rayo abrasador de su justicia, ni para adormirse en brazos de la nada; sino que atraído por su poder el cielo respira siempre amor infinito, recuerdo de su divino origen, presentimiento de su elevado destino. Reservas al hombre para ti y pones en su memoria un recuerdo, en sus oídos tu voz, en su inteligencia las sombras de tus

ideas, y en su imaginacion el albor de tu hermosura. Este ángel canta como el arpa de David acariciada por los perfumados vientos del Libano. Es un aviso de tu poder, una muestra de tu amor, y yo juro por tu pasion sacrosanta respetar su virtud y su pureza.

—Seremos siempre buenos, para que Maria nos mire con amorosos ojos. De qué le vale al reptil su veneno si se arrastra por el suelo, sin poder volar como el inocente gilguero por los aires. Y no es bueno el que arranca una lágrima á humanos ojos, el que desprecia á sus hermanos, el que ve indiferente la desgracia, sin acudir en su auxilio. Te pido de rodillas, por el amor de la Virgen que vuelvas á Toledo, que consueles aquel corazon afligido, porque si asi no lo haces, olvida para siempre mi cariño.

—Dalanda, mereces un trono, eres la primera entre las mugeres.

—Un trono. No es esta montaña elevado sólio? Nada nos domina, nada nos manda. El cielo estiende sus azulados esmaltes sobre nuestras cabezas como las alas del ángel de nuestra guarda, las nubes rozan nuestras plantas, piérdense á lo lejos los campos, el torrente se despeña y toda la tierra nos ofrece sus tributos á nosotros reyes sin cetro, sin diadema como la que llevan siempre cual pesada carga los señores del mundo.

—Ven, no te apartes de mí, temo que sople el aire del cielo y te arrebatte en sus alas para llevarte á la morada de los ángeles.

—Somos bien ingratos; perdidos en nuestra felicidad, nos olvidamos de que la Virgen está en el cielo. Arrodillémonos, y oremos.

En aquel instante la luna asomó en el horizonte, buyeron cual blancas águilas las nubes esparcidas en el cielo, y un suspiro de amor subió á Dios en el murmullo de aquellas oraciones.



— ¡Batallas! mereces un trono, eres la primera entre las mu-  
 si así no lo haces, olvídate para siempre mi cariño.  
 que vuelvas á Toledo, que consules aquel corazón aligido, porque  
 acudia en su auxilio. Te lo voy á decir por el amor de la Virgen  
 desprecia á sus hermanos, el que ve indolente la destrucción, sin  
 no es bueno el que arranca una lágrima á humanos ojos, el que  
 suelo, sin poder volver como el inocente gólgoto por los aires. Y  
 rosos ojos. De qué le vale al reptil su veneno si se arrastra por el  
 — ¡Seremos siempre buenos, para que María nos mire con amo-  
 y yo juro por la pasión sacrosanta respetar su virtud y su pureza.  
 los del Líbano. Es un aviso de tu poder, una muestra de tu amor,  
 canta como el arpa de David resacrida por los perfumados vien-

### CAPITULO IV

## Don Jaime de Aragon.

— ¡En trono. No es el momento de dudar! Nada nos dormi-  
 na, nada nos manda. El cielo estirando sus azules esmaltes sobre  
 nuestras espaldas como las alas del águila de nuestra guarda, las  
 nubes tocan nuestras plantas, pidiéndonse á lo lejos los campos, el  
 torrente se despaña y toda la tierra nos ofrece sus tributos á nos-  
 otros reyes sin cetro, sin diadema como la que llevan siempre del

Tenia D. Jaime asentado en Monteagudo su córte, cuando le  
 vinieron noticias de que, D. Jofre habia formulado la separacion de  
 Doña Violante, y hubo dolor por las angustias de su hija y placer  
 por encontrar camino de declarar guerra á Castilla, cuyo engran-  
 decimiento y poder daba graves recelos á su corazón. Meditó  
 largo tiempo sobre las eventualidades de la guerra; dióse á cabilar  
 planes de batalla, porque el buen rey ducho en el arte de guer-  
 rear, y buen político, por lo que ganó renombre de conquistador,  
 con cuyo famoso dictado le reconoce la historia, y cansado bien  
 pronto de meditaciones y cálculos mandó que inmediatamente se  
 presentase á él su hijo Alfonso, heredero del reino de Aragon.

No se hizo esperar el jóven principe largo rato; y apenas es-  
 escuchó las órdenes de su padre, encaminóse á su estancia, entró

con respetuoso y humilde continente. Era Alfonso joven de nobles pasiones y encendido corazón, dado á empresas caballerescas y á guerreras zambras, adorador rendido de las damas y ferviente devoto de sus amigos.

No bien hubo entrado el joven, cuando D. Jaime dirigiéndose á él con mal talante le dijo :

—Vuestro amigo, caro Alfonso, ha por fin, acatado sobremañera los respetos que vuestra amistad se merece. Entiende que le faltan guerras para alimentar la bravura de sus nobles, y corre en pos de guerreras hazañas y prueba nuestra paciencia para probar mas tarde nuestro valor, y lo probará, Alfonso, tengo aprestados aguerridas huestes, reunidas mis banderas y afiladas mis cuchillas, para que Castilla pruebe cuanto pesan en la balanza del mundo las barras aragonesas.

Dejó D. Alfonso que se desvaneciese aquel nublado, y dijo con tranquilo acento.

—Confieso que el rey de Castilla es mi amigo y mi deudo; si en la batalla viese su vida en peligro, acudiría á salvarle á todo el correr de mi corcel; pero como vasallo obedeceré vuestras leyes y como aragonés defenderé vuestra corona. Mas permitid un consejo á vuestro hijo, que estima en mucho la honra de su padre.

—¡Consejos! ni los permito, ni los tolero. Ni oigo consejos sino de mi corazón irritado y de mi encendida cólera. Hollados los respetos debidos á nuestro carácter, torpemente insultada la gloria aragonesa, despreciada mi hija, vuestra hermana, Alfonso, que llora el desamor de su esposo,—no hallo mas recurso que me aplaque; una horrorosa guerra y un sangrienta victoria.

—Apláquese vuestra cólera, porque el odio ciega el ánimo, y la precipitacion en tomar grandes medidas es siempre desastrosa á las naciones. Caballero, no menospreciará D. Alfonso á una dama, el rey, no arrojará torpemente de su lecho á una infanta aragonesa.

—Me desmentís?

—No os desmiento, os doy avisos. ¿Creeis que dude de la amistad? No puedo. Ni las intrigas palaciegas, ni las rencillas entre naciones nacidas para ser hermanas, ni la vil calumnia serán parte á debilitar mi amistad, á desconocer el corazon del monarca castellano.

—Alfonso, dudo de vuestro afecto á mi causa.

—Y yo doy derecho á mi padre para que me quite la vida; pero no le doy derecho para que insulte mi honra.

—¿No quereis que dude de vos, cuando aquí en mi presencia teneis valor para defender al que insulta los blasones de vuestra familia?

—No me comprendeis, señor, dudaba del insulto, que si existiera, fuera yo el primero en vengarlo, porque nunca tuve en las mientes intento de dejar impunes las ofensas.

—Pues existe, Alfonso, leed y obrad—y entregó con sardónica sonrisa un rollado pergamino.

Apenas puso en él los ojos D. Alfonso, cuando perdió la color y turbóse el semblante, y estremecióse y se dejó caer casi sin fuerzas en su sillón.

—Y ahora me seguireis al combate?

—Os seguiré.

—Me ayudareis á lavar nuestras afrentas?

—Os ayudaré.

—Necesito condiciones, de que os dispensa el padre; pero el rey no es dado dispensarlas.

—Hable V. A. señor.

—Me rendireis pleito homenaje y juramento de ser siempre defensor de mis banderas?

Miró á su padre el príncipe con adusto y torvo mirar, pero era tanta la rabia de que estaba poseido, que dijo:—«Bien, lo arriesgo todo con tal de conseguir la venganza.»

Aquel papel se llevaba un pedazo del alma del jóven aragonés, porque desvanecía una ilusion en su pecho. D. Alfonso de Castilla



empapada ya en sangre, sus hijos, buscaron nuevos mundos donde esgrimir sus aceros.

—Era Doña Margarita de Navarra noble señora, dispuesta á sostener con valor toda contienda, y enemiga de menoscabar los derechos de su hijo Teobaldo confiado á su tutela. Hacia frente á toda guerra con denuedo, sufría los reveses de la suerte con paciencia, se entregaba con entusiasmo á los cuidados de su gobierno, decidia con su sagaz política las mas intrincadas negociaciones; y amando con delirio á su hijo pensaba solo en afianzar su corona, hacerla temible á los pueblos estraños y aumentar sus quilates, uniéndole toda clase de privilegios y despojándola en cuanto de su mano pendiese los feudos y tributos, que le habia impuesto en distintas épocas su adversa fortuna.

—Celebro infinito,—decia á D. Jaime en esta sazón,—que hayais conocido los ambiciosos proyectos del castellano rey.

—Los conozco, y juro ponerlos raya, por la Virgen del cielo. Yo le enseñaré como se pelea, y se triunfa, y si no sabe los perances de la guerra, porque peleó siempre con huestes consumidas por el placer; deber mio es mostrarle como buen padre los reveses de la suerte para que aprenda á reinar.

—Ya sabeis que Navarra os seguirá á la pelea. No debo consentir que se veje su independencía, y mientras quede un brazo en mi reino, no ha de faltar guerra á Castilla. Me piden vasallage que no me creo obligado á rendir, me manda que pague tributos olvidados ya en la memoria del tiempo. Sacan como prueba la época de D. Alfonso VIII, el vasallage rendido al emperante por Garces-Ramírez, pero si un rey navarro fué débil y cobarde, y consintió ver esclavo su reino, mientras yo aliente he de lavar las manchas y corregir los desaciertos de mis abuelos.

—Con tan valeroso ánimo y tan santo entusiasmo, triunfaremos del enemigo.

—No le abandonan sus nobles?

—El infante D. Enrique ha venido á mis reinos pidiéndome un

escudo y una lanza para guerrear contra su hermano. D. Diego de Haro ha muerto, pero en su hijo renace su valor.

—Entonces que nos falta?

—Nada, sino que suene la hora de la venganza.

—Y las armas que al de Haro ofrecísteis?

—Agregadas á nuestras huestes cumplirán con su destino.

—Decidme, que es de Doña Leonor de Haro?

—Nunca pareció en mi córte. Retirada con Doña Violante consume en silencio su acerbos dolores.

—Suspirará tal vez por Castilla?

—Es natural, nunca del corazón se borran los recuerdos de la infancia.

—Algun amor?

—No es capaz de amar á mortal alguno.

No tiene mas Dios que su orgullo;—continuó el rey.

—Pero ha precipitado á muchos nobles en nuestro pró.

—Si esto es así que Dios la bendiga,

Con que anhelas la guerra?

—Guerra á muerte, D. Jaime.

—Siempre fué mi deseo complacer á las damas;—dijo el rey con estraña galantería.—Mi hija será vengada, y redimida Navarra.



## CAPITULO VI.

### Los dos hermanos.

El rey de Castilla no esquivó la lid; pronto siempre á sostener sus derechos, aprestó sus huestes; montó sobre un guerrero brido, y dando al viento la bandera castellana, desafió su noble arrojado y encendido corazon al orgullo aragonés, y á la bravura navarra; retándolos á la demanda y deslumbrando á sus émulo con el brillo y el poder de sus numerosos ejércitos. Acampado en los campos de Tudela, rodeado de trovadores, que hacian resonar los lejanos montes con los cantares tributados á sus glorias, seguido de la alta nobleza castellana, olvidada de sus antiguas contiendas, aun no del todo estinguidas; entregado al estudio como en sus retiros de la Galiana, ó en sus salones de la Alcazaba; escribía versos sobre su escudo y leia en la noche á la puerta de su tienda los secretos de las estrellas. Imaginacion privilegiada veia por do quier grandes ideas, y ligando lo porvenir y lo pasado, era dueño de los tiempos.

Era una hermosa mañana de esas que solo lucen en el bellissimo cielo español, inundados de luz los campos, por los primeros rayos del sol: relucian con mil colores, merced á los varios reflejos del rocío pegado á todas las hojas como tributos de amor llovidos de los cielos, regalaban guerreras armonías á los soldados castellanos las mil trompas guerreras que saludaban al nuevo día con marciales acentos, y las tropas esparcidas por las llanuras entregadas á ejercitarse en el manejo de sus armas, y dispuestas á pelear, daban sombrío encanto á tan hermoso cuadro. Asentado el rey á la puerta de su tienda situada en una eminencia, se gozaba en contemplar su poder y en ver relucir los guerreros aparejos heridos por los primeros rayos del sol. El campamento era un verdadero asiento de festejos; reinaba alegría sincera en todos los pechos, el amor crecía con los lejanos recuerdos, las vistosas armas de las nobles familias infundían ardor en todos los corazones, y todas las sienes palpitaban ansiosas por verse coronadas de laureles.

En estos pasatiempos se entretenía el monarca, cuando llegó á la puerta de su tienda un guerrero, que demandaba permiso para hablar con el rey.

Traía armadura de caballero, y le fué permitida la entrada sin embarazo; aunque traía calada la visera, porque en aquellos tiempos, como se cumplía la palabra empeñada se respetaban los secretos. El caballero ya entrado en la tienda, alzó su casco mostrando negros ojos, alta frente, magestuoso mirar, color trigueño, y amable sonrisa.

El rey le reconoció prontamente, y abriendo sus brazos y esbozando un exhalando hondo suspiro recibió en ellos al desconocido, que era D. Alfonso de Aragon, amigo muy amador de nuestro rey.

— Vos aquí en mi tienda y en mi campamento, creí que no guardábais remembranza de mi amistad, que puesto en hacer batalla contra mi reino, os habíais puesto también en apartar del pecho aquella acendrada pasión, que siempre hubo nuestro espíritu.

—Y yo creí que vos, Alfonso, guardábais rencor para vuestros hermanos, porque la fatalidad tiene empeño de alejar nuestras familias, aliadas á los ojos de Dios, y enemigas siempre á los ojos de los hombres. Yo preciaba sobre todo vuestra amistad, queria mas nuestros lazos que los lazos de nuestro reino, y sobreponer el corazon á los intereses del gobierno, porque os profesaba el respeto que os mereceis por vuestro saber, y el amor que inspirais por vuestras virtudes.

—Y ahora ha caido de vuestro corazon, pero confio en Dios, que el tiempo me hará justicia. Vuestra hermana se ha separado de mí, porque manos enemigas han herido con ponzoñosos dardos su tierno corazon. Su nombre era estrella de rebeliones y soplo de tumultos; pero creedme, nunca en mí vió razon para alejarse, ni nunca pude por voluntad motivar suceso tan opuesto á mis deseos.

—Sin embargo, os sucede tener que armaros contra vuestros hermanos, y abandonais á vuestros naturales enemigos para traer la guerra á cristianas naciones.

—Es verdad, mis pensamientos mueren en flor helados por el suspiro de la discordia. ¡Qué bella perspectiva! Alfonso, se nos presenta para ganarnos el amor de los pueblos y el aplauso de los hombres que están por venir.

El Africa, esa tierra de los misterios nos convida con la guerra. Nuestros trotones ligeros como los rayos del sol podian llevarnos en alas de su carrera al desierto, y las tribus errantes espantadas al divisar las sombras de nuestras banderas huirian en tropel dejándonos los despojos de la victoria. Llamariamos con la punta de nuestra lanza á las puertas de Tuez, y la ciudad moruna inclinando su frente reclinaríase gustosa en nuestro escudo, y dueños del Mediterráneo, de esa perla engarzada en la corona de Africa, haríamos temblar al mundo entero levantando en los aires para asombro de las gentes el signo de la humana redencion.

La elocuencia del monarca conmovió profundamente al heredero de Aragon.

—Será hermoso;—continuó el rey,—escuchar al pié de una palmera bajo el cielo abrasado y sobre la tierra sedienta, el canto oriental de una hija del profeta, y traer á nuestra historia, á nuestras artes flores que se acuerden del día primero de la creación y á nuestras ciencias misterios que hayan sido la primer palabra de Dios.

—Alfonso, es imposible oiros sin veneraros.

—Y nosotros ligados con tantos lazos, hijos de un mismo suelo, poseedores del mismo sol, hermanos por la fé, amigos por el alto destino que el dedo del Eterno nos señalara, asentados en tronos que resplandecerán con los mismos fulgores á los ojos del porvenir, levantamos el grito de guerra, desoímos los deseos de nuestros corazones, y nos lanzamos al campo empañando nuestros timbres con el polvo de fraticidas contiendas;

—Si, es necesario unirnos.

—Unirnos para realizar el bien sobre la tierra, para estender por el orbé la sublime palabra del Evangelio. Vos, sentado en el trono de Aragón, y yo en el de Castilla, unidos por esta pasión, que nacida en almas nobles no será nunca pasto de la muerte, hermanando nuestras inteligencias, blandiendo nuestras armas, y buscando lanza en ristre el secreto que en sus alas escondé la gloria, pasariamos unidos al porvenir, atravesando el torbellino de los siglos, sin que nuestro nombre dejase de ser bendecido todos los días.—Es cierto murmuraba el de Aragón, aplaudiendo los pensamientos de su amigo.

—Los reyes hemos nacido para el pueblo, y debemos ser los primeros en arrojarnos á la honda sima de los sacrificios; cuando así lo reclame la salud de la patria. Después de la victoria, cuando el brazo fatigado deja caer la espada y la frente se inclina bajo el peso de los laureles es dulce y consolador difundir con soplo de vida sobre el mar agitado de los sucesos, y adyinar los secretos, que convertidos en luminosas verdades adorará algún día la humanidad. No sentís que la tierra se mueve y oscilá como si bus-

case nuevos rumbos y desconocidos derroteros al través de los espacios infinitos. No veis que el espíritu humano levanta lentamente sus ideas á los cielos, y llega á sentir en sí el aliento del espíritu divino. Los reyes colocados por Dios á la cabeza de los hombres, están encargados de ahuyentar los errores, y levantar á Dios por medio de su poder el inmenso amor que arde en los corazones.

—Al nacer el sol...  
—Ay, esas ideas me trastornan la cabeza. Yo creo con vos, que vejetar á orillas del trono en triste letargo, sin recordar los ejemplos de nuestros padres, sin temer las sentencias de los venideros, es destino impropio de los que ciñen espléndidas armas, pero las guerras estériles nacidas solo de personales odios carecen á mi ver del alto pensamiento que debe presidir á esos juicios de Dios, cuyo palenque es una nacion y cuyos contendientes son los pueblos.

—Venia á pedir os satisfaccion que he recibido cumplida, como esperaba de vos; venia á deciros que estas fazañas deben tratarse cuerpo á cuerpo en buena lid, sin matar nuestros vasallos no culpados de los deseos de nuestro corazon y de los errores de nuestra inteligencia.

D. Jaime habia mandado á su hijo al campamento con el fin de averiguar el estado en que se encontraba el ánimo de su yerno. Desconfiaba del éxito de la guerra, y queria á todo trance la paz, que turbara con su furor, extinguido al contemplar las huestes del castellano rey. Además la amistad de su hijo heredero con Don Alfonso, y los consejos de este le inclinaban á la paz. Pero temia retirarse en vergonzosa huida, porque su gloria y la estimacion de sus pueblos le aguijoneaba para aprestarse á la lucha, aunque su ánimo no se inclinaba á creer en probabilidades, ni aun asomos de triunfo. El aragonés continuó de aquesta guisa el coloquio con su hermano.

—Preciso será poner nuestros conatos en incitar á nuestro padre, á que desestime las razones que impulsado le habian á la contienda. Es valiente y emprendedor, y no cejará nunca ante las

mas invencibles dificultades, pero la gloria pintada por un alma apasionada, y el deber recordado por hermosos lábios pueden apartarle del camino, que á despecho de sus intereses se ha esforzado en seguir por vengar afrentas que en vos no hubieron origen, sino en la suerte que á todos nos hace débiles juguetes de su inconstancia.

—Nunca yo di ocasion para semejante conducta. Doña Violante amargó mi dicha en el dia tal vez mas feliz de mi vida, cuando iba á sentar á mi hija en el trono de Portugal.

Aquella tierna niña húbela yo en muger, que conocí antes de unirme á vuestra hermana. Amor desvariado de mis primeros años lo guardaba como un secreto del alma, sin que jamás pudiera ocasionar el disgusto y las lágrimas, que á la reina inspiran mis mañosos enemigos. Hermano vuestro de todo corazon, digoos lo que guardo en el alma, lo que aqui existe; que si otras ideas vagaran por mis mientes, es bien seguro que mi altivez os las ocultara.

—Dijose tambien; tal vez para amargar el ánimo de mi hermana, que os distraiais á veces con una villana.

—Esa villana es otro fantasma, y una ilusion de poeta que pura y santísima como aromas de los cielos jamás me apartó ni pudo apartarme de mis deberes. Y sin embargo, Violante es desgraciada, porque la fortuna enemiga de su tranquilidad, la arroja á la desgracia.

—Creo,—dijo el de Aragon;—que este no sea motivo para prolongar por mas tiempo las hostilidades. ¿Navarra?—preguntó con aire de duda para sondear el pensamiento del monarca Castellano.

—Navarra me debe pleito homenaje, y tributos que no perdonaré.

—No cedereis nunca?

—Nunca, Alfonso.

—Navarra os lo confieso, es un escollo para Aragon. Por una parte se introduce en el corazon de nuestros reinos; por otra nos

impide estendernos por todo el pirineo, único modo de tener barreras seguras contra las provincias de Francia.

—Mi causa es justa en punto á Navarra.

—Convenceré á mi padre, y me placera sobremanera, que Dios sea servido de poner término á estas estériles luchas, para que de camino dirijamos nuestras miras á obras y hechos de mas alto momento, y que redunden en pro de nuestra gloria. Quedad con Dios, amigo mio.

—Que él os acompañe, y quiera el cielo iluminarnos á todos.

Salió el guerrero; calóse la visera y se perdió en el campo con la ligereza del pensamiento.

## II.

Rápido como el viento cabalgaba D. Alfonso por los llanos de Tudela, dirigiendo las fiestas militares de sus soldados. Aquel campamento se habia convertido en anchuroso palenque, do ambos ejércitos se daban á torneos y festejos, sin hacer nada que de provecho fuese para la conclusion de la contienda. Algunas cabalgadas dirigidas por osados hombres, que tenian por parte principal de vida acometer arriesgadas empresas, y por dulcísimo y envidiable el entregar á la muerte un espíritu, en belicosas demandas penetraban mutuamente en el cerco enemigo, pero volvíanse ahuyentados por la multitud, sin haber ni siquiera esgrimido sus aceros. Y estaban frente á frente, cosa que parece imposible; D. Jaime el Conquistador, y D. Alfonso el Sábio: el héroe de Valencia, y el debelador de Murcia; y acaudillaban aquellos ejércitos, fábula de la historia, que habian con la ligereza del pensamiento saltado mil barreras y destruido mil murallas, herederos unos del espíritu de San Fernando, poseedores de los pendones que lucieron en Giralda Sevillana, y en la Cordobesa mezquita alumbrados por los destellos del mas

glorioso triunfo que presenciaron los siglos y portadores de armas aun teñidas con sangre recién vertida en los Algarbes y floridos carmesíes de Murcia; en la vega de Jerez y risueñas florestas de Lebrija; y los otros acometedores de altísimas empresas, soldados aventureros que habían corrido en mil ocasiones á la Palestina y habían plantado la bandera aragonesa en innumerables pueblos, volando en carro triunfal presidido por la gloria desde Murviedro hasta Alicante. Y á estos guerreros se unían por parte del aragonés, los navarros; los hijos del gran Teobaldo, horror del Agareno, fuertes como sus montes, de corazón valeroso como lo acredita su gloriosa historia, mandados por valerosa muger, que era parte para encender sus ánimos y custodios de un niño, que si corto en años era largo en valor, y amante de guerreras algaradas. Y ambos ejércitos se miraban frente á frente con semblante altivo y siniestros ojos, puesta la mano en la espada y el pié en el estribo del tróton guerrero, sin provocarse á la lucha, sin empeñar el combate, como si Dios encendiendo sus odios hubiese dado tregua á sus deseos.

Cuentan las crónicas que fué guerra pacífica esta contienda de castellanos y aragoneses, que ni el padre ofendido se decidió á lavar la afrenta cometida en sus blasones por la separación de la aragonesa princesa; ni el hijo tuvo mayor cuidado de poner entredicho en el enemigo bando, para pedir cumplida cuenta de los beneficios tributados á los nobles rebeldes y á los infantes desertados de su palacio y huidos de sus banderas.

Y en la callada noche; cuando el guerrero cansado de su descanso se daba al sueño, pidiendo á Dios que le despertase clarín guerrero nuncio del combate, salía de la ciudad aragonesa como una sombra oculta con cuidado en los anchos pliegues de encubridor y receloso manto, y no lejos del límite do se extendía el campamento castellano, vagaba tranquilo prestando oídos al canto del centinela, á los romances que arrullaban el sueño de D. Alfonso, y á los nombres heroicos de Castilla, que caían sobre su ánimo como

los presentimientos de la muerte sobre la conciencia de temeroso criminal. Los ojos atraídos por las innumerables tiendas asentadas en lontananza, se perdían contemplando las hogueras encendidas en el campo, á cuyo alrededor hallábanse varios soldados entretenidos en curiosas pláticas.

Suspiraba, retorcia sus brazos en ademan furioso, vacilaba como si fuese ébrio; dirijáse al campamento castellano y retrocedía espantado, golpeándose la frente con sus aceradas manoplas, y el pecho con la empuñadura de su cuchilla. Y envuelto en las tinieblas, desdeñado el guerrero aparejo, errante la vista, descompuesto el cabello, arrojado atrás el casco,alzada la visera, y medio abierto el espaldar, parecía pedir la muerte como don precioso, y esperar alguna flecha como regalo del cielo. Y aquel hombre era el infante D. Enrique, traidor á su rey, enemigo de su hermano, amante de diabólica muger, desdeñado de toda la nobleza, facedor de entuertos en el castellano reino, agravio de sus blasones, é ignominia de sus gloriosos timbres.

La lealtad castellana ensalzada en los guerreros cánticos que á sus oído traía el viento de la noche acabaron de trastornar su cabeza, miró airado á los cielos como si pidiese cuenta á Dios de sus propios desvariados intentos y perversas acciones, y huyendo de sus recuerdos convertidos en devoradora lluvia de fuego, que perdíase en el campo; y en sus negras sombras demandó á la noche el asilo que le negaba la tierra y la tranquilidad de su espíritu. No había para su alma esperanza, ni en la tierra, ni en el cielo, huyendo de la vista de las gentes caía en el conocimiento de sí mismo; que era triste espectáculo para su desgarrado corazón.

Ni los largos viajes que había emprendido, ni la embriaguez de la guerra, que apuró con tan delirante furor, ni los placeres que había evocado para que enjugaran el sudor de sangre que por su frente corría, bastaron á tranquilizar su alma, hecho presa de calenturiento delirio, y solo, allá en el fondo de su sér, en el santuario de su corazón, quedaba su amor, pero amor criminal como

la muger que lo inspiraba, y horrible como el hombre que lo sentía.

Cansado de pugnar con su propio corazón, exclamó al ver el primer albor del alba que semejante á un amoroso suspiro coloreaba los límites del horizonte. — «No quiero que un nuevo día alumbré mi deshonra, todo por una muger lo he sacrificado, todo lo he perdido por su amor; perdámonos ahora nosotros mismos, porque en el camino del mal un abismo llama á otro abismo, y un desvarío á otro desvarío. Voy á verte Leonor, no he tenido fuerzas para presentarme á ti vencido y despojado de mi grandeza; pero ¡ay! desgraciada de ti si desoyes mis súplicas de amor.» — Y atravesando el campo fué á buscar la última gota de hiel, que debían apurar sus labios. Y echó á andar por el campo como si Dios le hubiese privado del juicio.

### III.

Al día siguiente debía celebrarse la entrevista entre D. Jaime y D. Alfonso. Aprestábanse los guerreros á recibir en su campo al rey aragonés; y el sol lucía con esplendorosos colores, como si quisiese desplegar sus galas para hacer mas magnífica la escena, que debía presenciarse aquel día. Poco antes de amanecer estaba Doña Margarita de Navarra asentada en su régio gabinete, penada y dolorida contemplando los inciertos achaques de la suerte y los caprichosos juegos de la fortuna.

Aquella guerra que con tanto entusiasmo provocara, iba á espirar; y los tributos que rendir debía quedaban en pié, sin que le hubiera sido dado volverlos á pagar; despues de vender á caro precio de sangre tan oprobioso vasallage. Pero la guerra era un desvarío de su acalorada fantasia, de su alto corazón de muger. Convencida por todo la clerecía de que llevaba su afán de guerrear

hasta con delirio culpable, arrastrada á la paz por el poderoso influjo del infante aragonés, temerosa tambien de arriesgar en desigual demanda el porvenir de Navarra, vióse obligada á abandonar mal de su grado sus dorados sueños, sugeridos por su orgullo de reina y su corazon de madre. D. Jaime, que deseó primero la guerra para vengar las afrentas que creia recibidas, aplacóse considerando las pocas ventajas que de la lucha reportaba su reino, pugná con sagaz política por firmar treguas, y sellar amistosos tratados, y calculó acertadamente, que sangrienta lucha serviria para separar mas y mas á Doña Violante del corazon de su esposo, y aunque hubiese sido grande su deseo de pelear é inmensas las probabilidades de un seguro triunfo, esta consideracion le hiciera renunciar á sus devastadores proyectos.

Seria la hora del medio-dia, cuando el sonido de los bélicos clarines y las aclamaciones de la multitud dieron cuenta á los aires de que se veian reunidos los dos poderosísimos monarcas.

Al ver venir á su padre, descubrióse con respetuoso ademán el rey de Castilla, y dijo:

—Padre, y señor, mi corazon os recibe con inmenso júbilo.

—Y á vos, hijo mio, os estrechan con alegría mis brazos;—añadió D. Jaime oprimiendo á D. Alfonso contra su pecho.

—Bien venido seais á mi tienda, en la alta ocasion de poner fin á nuestras discordias.

—Siempre tuve el deseo de que Castilla y Aragon se hermanaren, cesando antiguas rencillas encaminadas solo á separar los ánimos de mas altas empresas.

—Habemos enemigos de Dios en nuestros dominios, y no es justo desgarrar nuestros pechos y embotar nuestras armas en contiendas, que arrancan lágrimas á los cielos.

—Dios se ha servido iluminarnos,—dijo el príncipe aragonés, y V. A. padre mio, puede partir á Tierra Santa, segun sus deseos, y vos, señor, encaminaros al Africa.

—Hay corazones,—dijo con marcado interés D. Jaime,—que

fueron inocente causa de aquesta guerra, y que tal vez ahora piden al cielo la victoria para sus propios contrarios.

Conoció el rey castellano á do iba dirigida esa saeta, y sin inmutarse, como sino hubiera recibido herida alguna en el corazon, exclamó:

—Esos corazones fueron poco avisados en sus deseos, y poco justos en sus acciones; tal vez lloran con amargas lágrimas un tardío arrepentimiento.

—El arrepentimiento, observó el heredero del trono aragonés, que comprendia perfectamente toda aquella simulada conversacion, el arrepentimiento si es sincero nunca es tardío. A los ojos de Dios lava de toda culpa, y exenta de todo daño, y los hombres que seguir debemos las palabras de nuestro padre celestial, estamos obligados á no desestimar el lloro del infeliz, que cometió desaciertos guiado por las mas santas intenciones.

—Sí, pero hay almas débiles, que sin parar nunca á contemplar la esencia de todas las ideas, y el móvil de todas las acciones deciden á su grado en pró ó en contra de las mas justas causas. A esas almas una acusacion las convence, una mentira las mueve, un mal deseo las hace juguete de sus designios en una córte su inocencia las vende, y en un trono las pierde su propia elevacion.

Tembló D. Jaime y perdió la color, que eran asaz bien templadas las armas de que se valia su yerno, é iban dirigidas al corazon de un padre.

—Mas por qué no castigar á los hombres que tienden redes á la inocencia?—preguntó D. Alfonso el de Aragon.

—Porque hay seres que se hacen reos por su propia voluntad. Llevan el temor en el corazon y la duda en la mente; y por doquier se esfuerzan en ver lo que no existe, y provocan tempestades, cuando el cielo está despejado.

—Pero quién al ver un nublado no se asusta?—exclamó Don Jaime.

—Y quien al través de las nubes no vé siempre el sol que sigue magestuoso y brillante su carrera. A mas, si vos viéseis en el horizonte una mancha y os dijera Dios que aquel borrón no estaba en el horizonte sino en vuestros ojos, creerias á Dios?

El infante aragonés murmuró entre dientes estas palabras;— mal vocero es mi padre, Doña Violante va de vencida y D. Alfonso triunfa.

—Al fin, esté do quiera la culpa, Dios y el tiempo darán la razon á la justicia—dijo D. Jaime con amargo, pero solemne acento.

Aquellas palabras de un padre que, aunque amante de su hija deponia sus rencores en aras de la salud de su pueblo, y de la gloria de su nombre, conmovieron profundamente al monarca castellano, que era su corazon grande como su privilegiada inteligencia; tierno y dulce como su inspirada imaginacion. Despidióse por fin D. Jaime de su hijo, abrazándole con tierna solicitud; una lágrima rodó por sus megillas, porque recordaba los felices tiempos en que el sol de Andalucía saludaba á su hija por heredera del trono castellano. Pero aquellas lágrimas las vieron los ojos de D. Alfonso de Castilla, y exclamó:

—Señor, confiad, vuestra hija es aun mi esposa,—D. Jaime le abrazó en silencio.

Apenas abandonó el rey de Aragon la tienda, volvióse al obispo Martinez y le dijo: «Habeis escrito al Santo Padre, pidiéndole la anulacion de mi matrimonio?—Señor, he escrito. Y vuestros embajadores andarán ya cerca de Dinamarca.»

—Quizá hayais hecho mal,—murmuró el rey.



## CAPITULO VII.

### El destierro.

#### I.

Alejada de Toledo Doña Violante no quiso volver á Zaragoza. Los festines de la córte, sus justas de amor y trobas provenzales levantaban tristes recuerdos en su alma. Escogió para su destierro el Valle de Elda, pueblo que acababa de sacudir el yugo de los moros, merced á la valerosa espada de D. Jaime. Era aquel valle florido y ameno, como nunca igual imaginó la mas exaltada fantasma del poeta. Allí crecen en confusion maravillosa el granado con sus flores de púrpura, la cenicienta oliva, el limonero con sus coronas embriagadoras, y la palmera del desierto coronada de nubes. En el centro del valle se levanta un magnifico castillo, presa arancada á los moros de Valencia. Asentado en una colina parece el vigia de aquella amena campiña. Sus altos torreones ornados de espesas rejas, sus anchos fosos y espesos muros, su magnifico

puede levadizo, y sus recelosas puertas le dan el aspecto de un guerrero que aguarda tranquilo recostado sobre su escudo la señal de los combates.

Pero contrastaba con la alegría del valle una dama, que apoyada en el alfeizar de moruna ventana, mira el campo consereno, pero melancólico mirar. A su lado y en ademan respetuoso se ve respetable caballero: su triste faz revela los dolores del alma.

Oigamos su melancólica conversacion.

—Siempre, señora, entregada al llanto.

—Nunca, lloraré bastante mi desgracia.

—Pero el dolor tiene sus treguas.

—La tranquilidad ha huido de mi vida, creía que alejada de Toledo se acallaría mi dolor, y el tiempo aumenta mis penas; si yo pudiese arrancar del corazón este amor y ahuyentar los tristes sentimientos que me roban el sueño, sería feliz y no tan negros correrían mis días.

—Esquivais todo entretenimiento y desois todo consejo. No tenéis ya en mí confianza, no me considerais como á vuestro ayo, y vuestro decidido protector ?

—Os empeñais en martirizarme, D. Jofre.

—Señora!

—No tengo alma sino para pensar en Alfonso, ni corazón sino para dolerme de su ausencia, ni memoria sino para recordar su nombre.

—Habeis sentido y junto á vuestro esposo nunca habeis expresado vuestro dolor.

—Porque las palabras se helaban en mis labios.

—Es criminal el hombre que así os menosprecia.

—No, mi desgracia consistió en ser indigna de su amor.

—Me duele oír pronunciar tales palabras.

—Y yo me duele de que labio alguno pronuncie el nombre de

Alfonso, sin tributarle adoracion.

—Señora....

—Su nombre, sabedlo, para siempre es sagrado para mí.—

—Sin embargo, lloráis, sois desgraciada por él,—continuó Don Jofre con su peculiar tenacidad.

—Me ha hecho feliz, sí, muy feliz. Nunca hubiera sentido mi corazón el amor que hoy es mi vida, si ese hombre no se hubiera aparecido ante mis ojos fascinando mis sentidos.

—Y nunca hubierais vertido las amargas lágrimas, que hoy verteis lejos de Castilla.

—Callad!

—Vuestro afecto es ciego!

En aquel momento apareció Doña Leonor de Haro en el salón. Traía en su mano un pergamino rollado, que acaba de traer un mensajero, dirigido á Doña Leonor; pero que en realidad ocultaba una triste nueva para la desconsolada Doña Violante.

Triste debía ser la tal nueva, porque el impassible rostro de la dama castellana estaba alterado, achaque desconocido de Doña Leonor, que preciaba mucho su hermosura para consentir, que se ajase por el mas leve sufrimiento. Perdida la reina en su pensamiento, ni echó de ver á su antigua rica-hembra, ni paró mientes en las señas, que esta hacia al bueno de Loaisa, mostrándole el pergamino con indeciso ademán. El aragonés, que aunque criado en córtés, no entendia gran cosa de achaques cortesanos, y aunque instruido en el arte de disimular, jamás pudo aprender tan rara y noble habilidad, contestó en alta voz al lenguaje mimico de la de Haro, y apartando así á la reina de sus meditaciones hizo tomar parte en aquella escena. Volvió con prontitud Doña Violante su cabeza, y tuvo ocasion de ver á Doña Leonor, pálida, desheñajada, alargando con la una mano sellado pergamino y apoyándose con la otra en el respaldo de gótico sillón.

—Qué teneis?

—Nada, señora.

—Es para mí ese pliego.

—Para vos.

—Por qué titubeais? Entregádmelo.

Dió Doña Leonor algunos pasos, acercóse á la reina, fijando en aquella frente real, surcada por el dolor, sus ojos teñidos con cierto reflejo de compasion, que acrecentaba sus seductores encantos; y no bien hubo entregado el pergamino retiróse á un lado enjugando una lágrima, porque aun la muger mas pervertida siente acudir á su corazon el dolor en presencia de la desgracia, sublime soplo que regenera nuestra débil naturaleza. Entonces conoció Loaisa, que el pergamino encerraba tristes revelaciones, y su buen corazon intentó en vano remediar lo que habia hecho su corto entendimiento. Su primer idea fué arrebatar á Doña Violante su pliego, pero el deber reprimia sus intentos, y paralizaba sus deseos, y solo sintió que ni Doña Leonor fuese mas previsora en ocultar desgracias, y él mas ducho en descifrar ademanes y entender señas. Mas durante estas consideraciones la reina habia apurado el amargo trance que le traia aquel siniestro pergamino.

Levantó al cielo sus brazos para pedir ayuda á la misericordia divina y consuelos al corazon del Eterno, desvaneciéronse todos los objetos ante su vista, palpité dolorido su pecho y turbóse su vista como si el génio del mal hubiera abierto insondables abismos á sus pies.

—Señoral—esciamó compungido el de Loaisa al ver la triste impresion, que el malhadado escrito produjera en el ánimo de Doña Violante.

—Me roban,—dijo la reina,—hasta el último bien que me restaba, me roban la esperanza. ¡Triste destino es el mio!

—Qué es sucede, hablad, señora,—dijo el buen ayo.

—D. Alfonso envia por una princesa á Noruega, para unirla por siempre á su destino.

—¡Esto mas!

—Y esta princesa diz que es hermosísima y entendida.

—Oh! ¿Y no hay en Aragon quien se atreva á vengaros?

—No os exalteis,—contestó la reina con fria sonrisa,—siento





D. ALFONSO EL SABIO. LAM. 14.

que la vida me abandona. Creo que por poco tiempo se cebará en mí el infortunio.

—Reprimid vuestro dolor—dijo profundamente conmovida la de Haro.

—Tocad mi frente, y sentireis el calor del cáncer que devora mi cerebro. Estos dolores si son intensos, no son duraderos. Me hieren, me atormentan, me desgarran el pecho, me asesinan; pero los amo con pasión, porque me traerán la muerte, única esperanza que alumbrá mi tenebrosa vida.

—Desechad tan tristes pensamientos.

—No puedo con mi porvenir.

—¡Señora, por piedad!—esclamó D. Jofre juntando dolorosamente ambas manos.

—Quien me compadece. Oh! cuán triste es aquesta soledad.

—Volved en vos,—dijo la de Haro sosteniendo en sus brazos á la reina, que desfallecía desesperada y falta de aliento.

—Nadie cual yo le ama. Nadie podrá amarle como yo le amo, aun recuerdo el día en que ví á D. Alfonso por vez primera.

—Alejad de vos tales recuerdos.

—Nunca pensé en los reinos que me llamarían su soberana, ni en las perlas que ornaban mi corona, ni convertí los ojos para mirar el trono que Dios me había destinado; no, mi reino era su corazón, mis perlas sus palabras, y sus brazos mi trono. El día en que el postrer suspiro de D. Fernando nos impelió al trono, sentí un dolor inmenso, porque el rey debía suceder al esposo. Aun recuerdo el fatal momento en que la corona de reina cayó sobre mis sienes. Sentí el peso de un mando, que agoviaba mi frente. Y cuando el pueblo nos aclamaba por sus reyes, aquellos gritos de alegría sonaban en mis oídos como los ecos de la campana, que plañía la muerte de mi ventura.

—El cielo premiará vuestras virtudes!

—¡Sí, dándome por aureola la muerte!

Dejóse caer en un sillón, inclinó la cabeza sobre el pecho, se-

lló sus labios y entregóse al mas desesperante sufrimiento. Mandó que la dejasen sola, y obedecieron sin proferir palabra D. Jofre de Loaisa y Doña Leonor de Haro.

No bien hubo ésta salido de la cámara real, cuando anuncióla gentil pagecillo, que la esperaba en su aposento un caballero enviado de su hermano; y Doña Leonor se apresuró á recibir aquella embajada, diciendo:—Hoy es día desgraciado. Dios quiera que cesen ya las malas nuevas y las tristes noticias que tanto tiempo há, nos traen sin sosiego en este castillo, morada de la desgracia.

## II.

Entró en su aposento Doña Leonor, manifestando en su rostro honda sensación, producida ya por las quejas y sollozós que se habian escapado del pecho de la reina, ya por los estraños sentimientos, que agitaban su pecho.

En medio del retrete la aguardaba de pie el mensajero, anunciado por el page. Las rodillas del paladin temblaban, y sacudian su armadura, que vibraba como si rechazase las flechas del combate. La empuñadura de su larga espada le servia de báculo para sostenerse, su visera alzada dejaba ver un rostro ennegrecido por el sol de los combates; pero amarillento, livido y desencajado como si el torcedor de un siniestro pensar hubiera ido poco á poco devorando sus cansadas fuerzas, y con solo mirar su vaga vista, su satánica sonrisa, y con solo oír el sordo latido de su apagado corazón pudiera convencerse el menos advertido, de que aquel siniestro hombre era presa de horrible remordimiento. Era así, porque llamábase el fingido mensajero D. Enrique de Castilla.

Adelantóse trémula la de Haro, y retrocedió espantada al reconocer al enviado. Sus cejas y párpados estaban blanqueados con

el polvo del camino, sus ojos lanzaban destellos de muerte, y asomaban coléricas espumas á sus labios contraídos por el dolor. Su aspecto no retraía, espantaba. Avieso y foscó presentábase el buen amante en presencia de su amada, de aquella muger que nunca miraba el corazón sino el aspecto.

—Leonor, no me cónocéis? No estraño vuestra sorpresa, he sufrido mucho, y el sufrimiento quema la vida y aniquila el cuerpo.

—Por qué tan negro dolor?

—He recibido muchas heridas, ha brotado sangre de mi pecho, me he visto solo en el campo, rodeado de bravos guérreros que me asestaban crueles golpes; y herido, jadeante, abollado mi casco, desfallecido mi brazo, muerto mi corazón he buscado vida, he pedido alientos al aire, he abierto mi pecho para recoger un átomo de existencia, porque me sostenia una esperanza, que hoy debe cumplirse, porque me aguardaba un premio que hoy me pagará como es debido vuestra hermosa mano.

—Yo? He padecido tanto como vos, he visto la muerte de mi padre, la ausencia de mi hermano, el desengaño de mis amigos, y tantas desgracias no me permiten dar treguas á los deseos de venganza, que arden sin cesar en mi alma. Estas palabras resuenan como armonía de los infiernos para mí.

—Detesto la guerra, odio las venganzas, declarome enemigo de la sangre, no quiero oír el grito del vencido, ni el salvaje clamoreo de los soldados; aquí solo anhele escuchar palabras de venturoso amor.

Estremeciése la de Haro, oyendo semejantes propósitos. Nunca amó á D. Enrique, siguiendo los consejos de su desgraciado padre, atrájole á sí con seductoras palabras y brillantísimas promesas, para ofrecerle en holocausto á los planes de la nobleza. Pero muerto su padre, suscitada y desvanecida la guerra, concluidos los proyectos de rebelion, encomendada la venganza á D. Lope de Haro, heredero de tan pesado nombre, el infante era ya vana sombra en la vida de Leonor. Ni le necesitaba para fomentar contiendas, ni

sentia por él pasión alguna; antes bien le repugnaba su presencia, ni oía inspiraciones de su desmedida ambición, porque D. Enrique era un desgraciado sin patria y sin hogar, ni la alucinaba el deseo tan arraigado en su corazón de lucir por doquier sus maravillosos encantos, porque errante de reino en reino el malhadado príncipe, y marcado con el candente sello de la traición, no podía ofrecerle ni aureolas de gloria, ni el fátuo brillo de esclarecido nombre.

—Temblais? Sí, temblareis de placer. Yo que he visto sin dolor cernerse la muerte sobre mis sienes, me estremezco ébrio de ventura, cuando pienso que vais á uniros á mí, á no separaros jamás de mi lado, á ser para mí, consuelo en la desgracia, compañera en la dicha y santo númen de todos mis deseos.

—Enrique delirais?

—Sí, deliro de amor, que este supremo instante, principio de todos mis goces y fin de mis desdichas, trastorna el entendimiento y enardece el corazón. Deliro al veros en mi presencia, respirando el mismo aire que da vida á mi pecho.

—Dejad á un lado esas palabras, que mi dolor no atiende, y dadme si las traeis en realidad nuevas de mi hermano,—dijo Doña Leonor desentendiéndose de los amorosos tributos, que el infante rendía á sus pies.

—Que mal me juzgais. No he visto á vuestro hermano, ni sé de él nueva cierta, ni vine para hablaros de contiendas, sino de amor; ni para recordar antiguas maquinaciones, sino dulcísimas promesas.

—Cref que habiais olvidado nuestros pasados delirios, porque la desgracia y el infortunio de consuno deshojan todas las ilusiones.

—Bien al contrario me sucede. Los hombres, los pueblos, me desprecian, mi conciencia me atormenta, los reyes me arrojan de sus alcázares, y los nobles de sus castillos, las huestes guerreras no me quieren entre sus filas, y sin embargo, vengo á demandar amor á vuestro corazón, y á vuestros labios consoladoras palabras.

—Pues yo, D. Enrique, no os sigo en tales pensamientos. Cuan-

do los amigos me abandonan, gusto de aborrecerlos; cuando la desgracia me atosiga, anhelo buscar la mano que me envia tan deleitoso presente, cuando los reyes y los nobles, con su poder aquellos, con sus contiendas estos, causanme algun mal hecho, aliento en mi alma el deseo de venganza, y pongo en juego todos mis recursos de muger, para alcanzarla certera y cumplida. Por tanto, no es tiempo de que me requirais de amor, cuando mi padre ha muerto, y su sangre aun clama por una justa venganza.

—Señora, he peleado con los mas esforzados paladines en los torneos, he sostenido por vuestra hermosura justas sangrientas, he recorrido la España entera para levantar el ardor de los pueblos contra mi propio hermano, porque asi me lo ordenaron vuestros lábios, y ahora que vengo cargado de desventuras, pero feliz con mi esperanza, rechazais mis alhagos. Os cansan mis amores tan desgraciados siempre? Me habeis olvidado?

—Sosegaos un poco, y oidme. Nunca os amé, porque jamás se atreviera mi mente á fijarse en vuestra elevada alcurnia, sin respeto, ni á ponerse, ni imaginar en vuestro amor, sin miedo de que vuestra grandeza me abrasára. Hija de nobles soy, señorial corona ciño, abuelos ilustres me abonan, y mil feudos me rinden vasallage, pero el odio que á Castilla profesaron siempre nuestros pechos infundido de generacion en generacion, trasmitido desde el sepulcro de los gloriosos antepasados á la cuna de sus nietos, sellado con la noble muerte de mi padre, impedia siempre que la sangre de los Haros se mezclase con la sangre de sus tiranos.

—Leonor, Leonor, os mofais de mí?

—¡De vos! para qué me quereis? No sois infante?

—Despojado de mi grandeza.

—No os llaman los soldados fuerte y valiente guerrero?

—Pero no tengo armas que ceñir, ni troton que montar, ni causa que defender.

Doña Leonor queria hacer apurar hasta las heces la copa de su

infortunio al desgraciado príncipe, y continuó de esta guisa sus satíricas preguntas.

—Vuestras riquezas pueden hacerós dueño de las mas preciadas princesas que encierra Europa.

—Mis únicas riquezas son mis remordimientos.

—Pero si herís el suelo con vuestra planta, brotarán al punto mil amigas lanzas que os devolverán goces y honores.

—No tengo en la tierra un amigo.

—Y tantos nobles afiliados bajo vuestras banderas?

—Conocieron mis intentos, y me abandonaron.

—Y tanto valor?

—El valor sucumbe bajo el peso de la fuerza.

—Y vuestros castillos?

—La justicia real me despoja de ellos como á rebelde.

—Y no teneis una esperanza?

—Solo vos, que á pesar de las maldiciones de vuestros padres amareis al que por vos se ha perdido.

—Yo, no lo permita el cielo!

—Leonor, no me amais?—esclamó el infante con tan tremendo acento, que Leonor sintió horrible, y convulsivo temblor.

—No os desesperéis, y no os pongáis de tal talante. No puedo amaros, porque mi deber....

—No insultéis tan venerandas palabras, poniéndolas en vuestros fementidos lábios. Invocáis el deber, vos que habeis atizado toda rebelion, vos que habeis infundido tan horribles sentimientos á este pecho, vos que habeis armado el brazo de un hermano contra su hermano,

—Me maldecís?

—Perdonadme, no oigais mis denuestos nacidos de mis quejas. De rodillas te pido que me perdones, Leonor, amor mio!

—Levantaos, que no es propio de tan fiero paladin arrastrarse por los suelos, ni implorar de aquesa guisa.

—Tú me amarás. Ese amor es mi fé, porque lo he visto tantas

veces pintarse en los ojos, y aparacer en el rubor de tus megillas. En cuantas ocasiones oia yo los latidos de tu corazon, arrodillado á tus plantas. Os acordais de nuestra última entrevista?

—Sí, recuerdo que tuvisteis valor para seguirme.

—Sí, porque mi ambicion no fué parte tan poderosa para perderme como mi amor. Mientras estuve á vuestro lado, desoí todo consejo encaminado á perdernos á ambos, pero cuando para vos tuve que cruzar por el crimen, no titubeé ni un momento en consumarlo, recordando las palabras de aquella horrible noche.

—Me insultais, D. Enrique. Huid, nunca os amé!

—Somos dos engendros de la cólera de Dios, dos maldiciones que se han desplomado desde el cielo, para castigo del mundo. Vos, muger sin corazon, yo, hombre sin conciencia, vos mentirosa amante, yo fementido hermano, vos, faltais á vuestra palabra y rompeis vuestras promesas, yo, falto á mis deberes y quebranto mis juramentos; y para que nada nos falte, el infierno ha hermanado nuestros destinos arrojándonos á ambos lejos, muy lejos de nuestra patria, para que saboreemos el amargo pan del destierro.

—Callad, por Dios,—esclamó espantada Doña Leonor cubriéndose el rostro como si quisiese no ver aquella pálida y satánica imagen de sus remordimientos.

—Debiamos unirnos para que el mundo no careciese de vástagos dignos de heredar nuestras virtudes.

—Alejaos, D. Enrique, si la reina llega á saber que el enemigo de su esposo está en palacio, que conversa con la hermana del rebelde rico-hombre, me arrojaria de su palacio y entonces ¿qué seria de mí?

—Soy vengativo, y esas palabras me iluminan para alcanzar mi venganza. De aqui no he de moverme. Ya que estoy perdido quiero arrastraros tambien á la perdicion.

—Huid, señor, huid por el amor que me profesais.

—¡Qué recuerdo! ¡Tú invocas ese recuerdo!

—Por Dios, si vienen, y os conocen somos perdidos, perdidos para siempre. Me parece que suenan pasos, alguien se acerca. No me veis temblar. ¿Me amais y no me compadeceis?

—Te amo y no quiero apartarme de tí, si huyó, no volveré á pisar tierra española. Entonces otro mortal mas afortunado te recibirá en sus brazos, y le darás el corazon que me has negado. Ese hombre recibirá en su pecho el perfume de tus lábios, te oprimirá contra su corazon, será feliz, y yo menospreciado oiré en lejanas regiones los suspiros de su ventura, que martirizarán eternamente mis oidos.

—Por piedad, huid, este es mi único asilo, huid y os amaré!

—Ah! me amarás! tu amor nace del miedo.

Huye de mí,—dijo el infante, pero con tanto horror, y rechazando tan lejos á su amada, que la infeliz despues de dar tambaleándose algunos pasos, cayó en el suelo, hiriendo su frente en el pié de un magnífico sillón, de manera tal, que su rostro se tiñó de sangre manada de la herida.

—No puedo mas,—esclamó el infante, y cubriéndose el rostro con ambas manos, huyó precipitadamente.

Al dia siguiente partió para Tunez, disfrazado en una galera aragonesa. Mendigó favor, y no fué oido, pidió lanzas, y le fueron negadas, buscó amigos, y jamás pudo encontrarlos. Murió pobre y maldecido por el olvido, que es la mas terrible de las maldiciones posibles. Su agonía fué lenta, su corazon carcomido poco á poco por la desgracia, no halló compasion ni aun en la muerte. Tierra extranjera cubrió su cuerpo, y sobre tan dura tierra ni siquiera cayó el dulce rocío de una amiga lágrima.

### III (1).

Conversaban con calor en uno de los aposentos del alcázar,

(1) Seguimos la crónica y á Mariana, sin desconocer los reparos del M. de Mondejar.

varios caballeros íntimos de D. Alfonso, entre los cuales se contaban el obispo Martínez, los infantes D. Felipe y D. Manuel, Pelai Perez, Martín Nuñez, Alonso García, Alvar y Nuño Diaz, el maestro Jacome Ruiz y maese Roldan. Era la causa de tan acalorada discusion la próxima llegada de Doña Cristina hija del rey de Dinamarca, que venia á Castilla con la confianza de ser reina de España. Las causas que motivaron tamaña resolucion nos la revelará la conversacion de los ricos-homes.

—Yo creo ya de todo punto imposible la alianza de Doña Violante con el rey, porque su título de esposa y reina de Castilla, era un escudo á los ambiciosos planes de D. Jaime.

—Buena prueba de ello, nos muestran los campos de Tudela.

—Sin embargo, la union con D. Jaime era sólida y garantía de gloria para Castilla,—dijo D. Manuel.

—El rey debe sacrificar sus afecciones al bien general,—dijo el infante D. Felipe, electo para ser obispo de Sevilla abad de Valladolid y Covarrubias, aunque poco afecto á la clerecía,—la nobleza le pedia una union, que dejándole en libertad para obrar segun la conducta de D. Jaime, asegurase el porvenir del trono de Castilla. La esterilidad de Doña Violante no ofrecia tales garantías.

—Razon habeis, señor,—dijo el obispo—unir reinos tan apartados, es medio capaz de producir ópimos frutos y digna empresa.

—Mas el rey repugna esa alianza, y envió embajadores solo accediendo á las reiteradas súplicas de la nobleza.

—La voz de la nobleza, es voz que debe ejercer gran peso.

—Sin duda esa consideracion inclinó el ánimo de S. A.—dijo Jacome Ruiz.

—Gran significacion encierran vuestras palabras.

—Con verdad, jamás me plugo tal alianza.

—Honra es para Castilla que tierras tan apartadas nos envíen sus princesas.

—Prueba del justo renombre, que alcanza nuestro rey por todo el mundo!—dijo maese Roldan.

—Son vanos nuestros comentarios;—dijo D. Felipe—pues ya pisa tierra de Toledo la infanta, pero decidnos embajadores si es placentera la faz de la infanta y digno su ánimo.

—Poco podré decir,—contestó Alvar Diaz,—habla en latin y es habla en la cual poco se me alcanza, pero su rostro es de una belleza desconocida en nuestras tierras.

—No comprendo como viven sin sol,—dijo D. Manuel respirando con fuerza—en esas tierras que habeis visitado.

—Su talento es noble y grande,—dijo Nuño Diaz,—y es asaz conocedora de nuestra Castilla.

Cortó la conversacion la presencia del rey.

—Señores, me anuncian que la infanta Doña Cristina cerca ya de Toledo nos espera, no hagamos esperar á las damas,—añadió con ligera sonrisa.

Los nobles acompañaron á su monarca, que lujosamente ataviado presidia la numerosa cohorte de damas y caballeros que en vistoso tropel se precipitaban en pos de su paso. El rey cubierto el semblante de visible angustia, caminaba silencioso, atenido al parecer, á refrenar el brioso corcel, que ufano con su carga hacia ostentacion de sus acompasados movimientos y de la gallardía de su marcha. D. Fadrique Dávalos habíale hablado de Doña Mayor y su relato causóle sumo sentimiento. Venian á su memoria hechos ya pasados, pero que estaban siempre escritos en su alma y ante su vista aparecian de continuo. El bullicio de las muchedumbres, que se agrupaban á su paso ansiosa como siempre de novedades, y el eco de las campanas que doblaban cual si fueran la potentísima voz de aquel pueblo, no eran bastante á distraer su pensamiento, bañado en negra melancolía.

Ya dejó tras sí la comitiva la famosa puerta maravilla del gusto arábigo, y corria por los campos, y los labios del rey no se desplegaban. Los cortesanos á su sabor y como mejor les placia comentaban el real silencio, y tristes augurios corrian de boca en boca acerca del futuro enlace.

Partió el infante D. Felipe á todo correr, seguido de sus escuderos y favoritos, que era el buen infante algun tanto dado á las pompas mundanales, deseoso de ser el primero que ofrecía sus respetos á la infanta.

Era Doña Cristina hija del rey Dinamarqués, de elevada estatura, pero falto su cuerpo de la gracia y seducción que adornan á las mugeres del Medio-día, y solo su blanquísima tez, sus ojos lánguidos y su blonda cabellera de color castaño, y el singular atractivo de sus lábios, que plegaba á su voluntad, revistiendo su semblante de distinta espresion, segun el sentir que conmovia su seno, prestábanle un encanto indefinible y creaban simpatias que acrecentábanse al escuchar su voz dotada de sonoro timbre y al oir su palabra siempre llena de dulzura y respirando inocencia.

—Recibió al infante con majestuoso á la par que afable continente y conversó con él acerca del renombre de D. Alfonso, hasta el momento en que su servidumbre le anunció que el rey de Castilla seguido de sus caballeros acercábase al castillo, en el cual encontrábase la infanta. Poco después se presentó la córte, y los embajadores dirigieron al rey las saluciones de costumbre.

Descansaron los caballeros y D. Alfonso acercándose á la infanta dió principio á una conversacion que el estado del ánimo del monarca y el sobresalto de la infanta hacian mas y mas enojosa.

La córte recibió con señaladas pruebas de frialdad á la princesa. Su título de extranjera era desapacible para la generalidad de los ricos-homes y caballeros, y aun cuando conocian los inconvenientes que ofrecia el enlace con Doña Violante, la presencia del rey aragonés en la córte de Toledo, era para sus continuos deseos de revueltas y tumultos un apoyo capaz de ahogar la energia del trono. Solo parte de la nobleza adicta al trono y partidaria entusiasta de la gloria de D. Alfonso, miraba con ojos placenteros esta alianza, y de continuo hablaba de la libertad en que tal enlace

constituía á D. Alfonso respecto á navarros y aragoneses y del esplendor con que se presentaba en los pueblos del Norte el nombre de D. Alfonso.

D. Felipe mudó tambien de parecer y en la corte era el que mas distinguíase en oponerse al enlace con Doña Cristina, y esta veleidad del infante originaba curiosos comentarios entre la gente de corte. Asi que todos eran bandos, y todos alegaban para hacer valedera su opinion, observaciones sin cuento y sobre todo aumento extraordinario de palabras.

El rey llamó á su cámara al obispo Martinez, al maestro Jacome Ruiz y á sus mas allegados é íntimos, y rennidos en la estancia real pidióles su opinion sobre el asunto, que tan desasosegados traía los ánimos cortesanos.

Todos ó en su mayor parte de cuantos llamó á consejo Don Alfonso, opinaron que el matrimonio con Doña Cristina no procedía, porque anulaba cualquier idea que pudiera abrigarse de unir en lo sucesivo los reinos de Castilla y Aragón, única ambicion de Don Fernando el Santo.

La nobleza, que pidió con alborozó esta union, ahora que veia reinar la paz entre los dos reinos mas poderosos de España, y muerto ya en su ánimo el designio de ofender al rey aragonés, la contradecía abiertamente. ¡Juegos son de las cortes y achaques de de la política!

—Urge,—decia el obispo Martinez—una pronta determinacion, los embajadores instan porque se lleve á cabo este enlace.

—Escuché ya sus peticiones, pero antes de tomar mi resolucion, plúgome escuchar los pareceres de mis fieles. Ahora pediremos al cielo que nos ilumine, pesaremos vuestras razones, y si cediendo á las instancias de mis nobles partieron emisarios al norte, atenderé hoy tambien á sus clamores, porque nuestra norma es el bien de los pueblos.

Se retiraron los nobles, y en tanto el infante D. Felipe decia al obispo Martinez:

—No encuentro, por qué era imposible la union de la infanta con un hermano del rey.

—Porque no hay una mano de infante libre y pronta.

—Sí, pero mis votos son simples y revocables.

—Ya!—dijo el sagaz obispo con maligna sonrisa—comprendo vuestro dictámen de hoy.

—Vamos,—decia para sí el infante—el primer paso está dado, decididamente me enamora la blonda cabeza y casta mirada de la infanta.

## CAPÍTULO VIII.



Poco despues se presentó pidiendo audiencia á D. Alfonso, D. Fadrique Álvarez. La entrevista fué secreta y las ordinas no oían lo que hablaban, pero nuestros lectores lo adivinarán mal que lo pesa si suponía que quiso hacer un secreto aquella plática.

### II.

La mayor conversación tenida en el castillo habiéndose por esta mayor. Los escuderos y criados no oían lo que pensaban, ni el que se decía acerca del estado de su señora. Solo Juan y la nodriza se tenían conocimiento de lo que se decía en la planta alta del casti-

## CAPITULO VIII.

### Consuelos.



#### I.

Poco despues se presentó pidiendo audiencia á D. Alfonso, D. Fadrique Dávalos. La entrevista fué secreta y las crónicas no cuentan lo que hablaron, pero nuestros lectores lo adivinarán mal que le pese al cronista que quiso fuera un secreto aquella plática.

#### II.

La mayor consternacion reinaba en el castillo habitado por Doña Mayor. Los escuderos y criados no sabian que pensar, ni á que atenerse acerca del estado de su señora. Solo Nuño y la nodriza tenian conocimiento de lo que sucedia en la planta alta del cas-

tillo, porque solo ellos tenían franca y liberal entrada en tan misteriosos aposentos. Los contornos del castillo estaban desiertos, y en la aldea inmediata todo eran comentarios y secretos, que los hombres de armas de Doña Mayor aumentaban con sus misteriosos relatos.

—La mañana que nos ocupa amaneció el día triste y nebuloso, el sol se ocultaba á los ojos de las doncellas y mancebos del pueblo, que esperaban su luz para dar comienzo á las inocentes fiestas y entretenimientos con que celebraban el día del domingo. En las almenas del castillo, dos falconeros hablaban como con misterio y con temor.

—Triste es la mañana Hernan.

—Guarda consonancia con cuanto nos rodea.

—Dices Ferrando, el conjuro que la hechicera del monte del infierno arrojó sobre este malhadado castillo, creo que concluirá por quitarnos la vida y llevar nuestrás almas al demonio.

—Hace días que el miedo no se separa de mí.

—Yo; mejor quisiera volver á la toma de Sevilla, peleando contra los malditos, que Dios confunda, que estar aquí peleando contra enemigos que se cuelan en tu alma, sin que baste la cota de malla, ni los exorcismos á defenderte.

—Luego este alcaide, Nuño, tan severo, tan triste siempre, parece un nigromántico ó un hechicero.

—¿Qué harán en la planta alta del castillo?

—No sé, pero el page Rodrigo, cuenta que el día que el caballero encubierto vino, subió bonitamente sin ser visto hasta allí, y que oyó gritos y conjuros, y al caballero cantando con voz muy ronca, —dice que era el demonio.

—¡Dios nos asista!

—Ello es verdad que al salir dejó un olor á infierno que ahogaba, y aun me parece que la entrada donde se detuvo breves momentos, trasciende á azufre.

—Y dices bien, porque sin duda sellaron allí con sangre de ni-

ño, y con algun hueso, que es el sello del infierno, horrible pacto, porque desde aquel dia, Doña Mayor no sale de su aposento y solo esa vieja bruja, que dicen es su nodriza, y el alcaide, cuidan de ella y la asisten.

—No sucederá nada bueno.

—Desde que su hermano y mi señor D. Pedro desapareció, el diablo anda suelto en Cantillana.

—No suceda como con el castillo que diz que hubo en el monte del diablo, que una noche de truenos y de relámpagos, subieron los diablos y se lo llevaron, y desde entonces quedó la espantosa sima que vemos, y levantó un monge la cruz en ese monte de que que tanto gustaba Doña Mayor.

—Por eso temo á los dias que amanecen como hoy sin sol, porque como el sol es la cara de Dios y la luna la cara de la Virgen, estando ellos no se atrevan los demonios á subir, y hoy domingo y sin sol, verás como sucede algo de extraordinario.

—¡Dios nos libre y nos salve, que habemos gran necesidad de su ayuda!

La suerte se propuso sin duda satisfacer los deseos de ambos falcóneros, corroborando sus sospechas, porque poco tardó en hacerse sentir el veloz galopar de un caballo, que despertó los callados ecos de los montes.

—Oyes,—dijo Hernan temblando.

—Sin duda es el infierno, que galopa en los aires, y viene á precipitarse sobre nosotros.

Peró de poca duracion fueron sus conjeturas, porque volviendo ligera colina, que les privaba la vista, apareció galan caballero armado de todas armas embrazando tres doblada adarga y empuñando grueso lanzon.

Hirió los aires la ronca voz de guerrera vocina, y acudió á sus ecos con paso presuroso Nuño, que mandó bajar el puente y admitir al caballero.

—Nuevo conciliábulo Ferrando.

—De todas veras me encomiendo á mi santo patron Santiago, hoy es el último dia de nuestra vida.

En tanto Nuño sostenia el estribo del apuesto caballero.

—Dónde tu ama?

—Señor, subid.

—Y sigue?

—Como siempre, una idea fija y ténaz aumenta el extravío de su razon.

Siguió el caballero á Nuño como meditando y dieron por fin con la estancia, teatro de los sufrimientos de la hermosa dama.

Doña Mayor vestida de blanco, daba señales de alegría. Decia que sus tormentos iban á tener fin, porque el sol fatigado de alumbrar tantos dolores, habia subido al cielo para pedir al Eterno su perdón, y por eso no alumbraba el horizonte, y la frenética alegría que solo la locura es capaz de engendrar, se estendia por su semblante.

Mas de pronto asaltaron nuevos pensamientos su enflaquecido cerebro y tornó al llanto y volvió á gemir.

En tal disposicion la encontró D. Alfonso, que no era otro el caballero al penetrar en la estancia. Despidió á Nuño y desciñóse casco y celada, y con lento paso fué á colocarse delante de Doña Mayor.

Su desgraciada amante le contempló con ojos desencajados y asombrado mirar, retrocedió, mas de pronto dió un grito, llevó ambas manos á su frente y despues se precipitó en los brazos del rey gritando:

—¡Alfonso!

—Sí Alfonso, que viene en tu ausilio.

—¿Y Beatriz?

—Amada y acatada por un reino que se postra á sus pies.

—Pero está maldita! Alfonso está maldita, y es mi hija, y quizá me maldiga, oh! y el delirio comenzó de nuevo á vagar por su frente.

D. Alfonso miró con espanto aquella muger que la naturaleza dotó con el rico tesoro de su belleza, y vió su semblante místico y marchito por las lágrimas, y aquella frente de la cual ascendían pensamientos radiantes y sublimes, combatida hora por el delirio, engendraba solo hórridos fantasmas y cuadros de espanto. Agotó su imaginación para buscar traza que aliviaran su penar, y su noble ánimo lloró al no encontrar medios para calmar aquel espíritu calenturiento.

— ¡Oh! Alfonso, mi hija maldita por mi causa. Cuando recordaba mis crímenes y sentía sobre mi cabeza la justicia y estaban hartos de llorar mis ojos y cansada de gemir mi voz, entonces el recuerdo de que mi hija era feliz, la felicidad de mi hija era la palabra de perdón que en el seno más profundo de mi pecho, yo guardaba con afanoso anhelo. Pero hoy todo me rechaza cielo, tierra, hombres y hasta el corazón de mi Beatriz, los vientos traen á mis oídos acentos espantosos, la luz ilumina horribles fantasmas y la memoria de mejores días la redujo á cenizas el remordimiento. ¡Miserable que soy!

D. Alfonso levantó la cabeza y un rayo de alegría varió su faz nublada por el dolor.

— ¿Y quién causa el dolor de vuestra hija?

— ¡Yo, yo! atraigo sobre ella el castigo del cielo!

— No, os miente vuestro dolor!

— No! pues quién, causa su martirio?

— Yo!

Doña Mayor miró con ávidos ojos la frente de D. Alfonso. Hirió su seno conmoción estraña, y como una ráfaga de claridad penetró en su mente.

— ¿Vos?

— Sí, yo, que causé vuestro infortunio y vuestro amor lo pagué con infamia y mis deseos hoy el cielo los rechaza como malditos. Yo senté á Beatriz en ese trono, yo causé esa grandeza, que hoy atosiga nuestro espíritu.

Doña Mayor acogió aquellas palabras. Sentía un peso de cruel pesadumbre levantarse de su alma y como fresca brisa le parecía que aquellas palabras calmaban el ardor de su inteligencia. El fantasma amenazador causa de su martirio disipábase en los vientos y ya no eran tan negros los colores que veía en torno. Como un rayo de luna en noche tenebrosa aquellas palabras permitieron á su ánima reconocer los sentimientos que bullían en su pecho. Pero de pronto un pensamiento depositó amarga lágrima de hiel en su corazón y levantándose con planta vacilante fué á caer á los pies de su antiguo amante.

—Oh! Alfonso, yo te amo, tu me amabas, tu amabas á Beatriz.

—Que decís! adoro á mi hija!

—Si la adoras, y tu no quieres tu infortunio y mi desesperacion tu no causaste su ruina, tiende tu mano sobre mi cabeza, iré á Roma besaré la sombra del Papa y alcanzaré el perdón de nuestra hija.

Tú no, tú no causaste su martirio, tú eres noble, grande y generoso, tú eres sábio, yo miserable y deshonorada.

El nobilísimo espíritu de Doña Mayor, no quería conocer que su amante, su Alfonso, su Dios, hubiera sido causa del horrible anatema que pesaba sobre Beatriz, y en alas de su generosidad aceptaba la tortura de madre que desgarraba su seno, á verse precisada á odiar al único hombre, que vió en la tierra criado á semejanza de Dios.

Este recuerdo de amante que palpitaba en sus palabras, hizo derramar abundantes lágrimas á D. Alfonso, y fué causa de que el remordimiento lacerara con crueldad su caballero y noble ánimo. Aceptó aquellos dolores como justo castigo de pasadas faltas.

—No, señora, los Papas, lanzan solo sus rayos contra frentes reales, y ante su escelsa diadema solo se humillan frentes de reyes. Yo pediré, yo rogaré, cubriré mi frente con la ceniza de la penitencia, y mis lágrimas alcanzarán el perdón de la justicia divina.

—Alfonso, siempre han tenido tus palabras para mí acento divino, hoy son divinas, tu voz es la voz de Dios!

—¡La justicia del cielo á todos hiere!

—Oh sí!—dijo Doña Mayor con espanto,—pero yo misera de mí tengo dos justicias, dos espadas vengadoras, la espada de Dios y la espada de mi conciencia.

—¡Veis como soy la fuente de vuestros infortunios!

—Oh! no, yo que no tuve ánimo para guiar vuestro espíritu por la senda de las virtudes, yo que precipité vuestro amor envidiado por los ángeles.

—Noble corazón!—murmuró el rey.

—Alfonso mis noches son horribles, á la vacilante luz de la lámpara, miro día por día pasar mi vida, miro tu imágen risueña, feliz y pura como en las primeras horas de nuestro amor, pero cuando mi alma gózase en tan feliz imágen, desaparece y se levanta la sombra de mi hija, manchada con su anatema, cuando intento elevar á Dios mi ánima su voz me llama, y tu hálito orea mis mejillas y me olvido del cielo, y al reclinar mi fatigada cabeza en tu seno, oigo la voz de mi hija que me llama, maldita, maldita!

—¡Esto es horrible!—dijo el rey comprimiendo los latidos de su corazón.

—Oh! sí, muy cruel Alfonso, de día, el sol, las flores, los vientos, todo me habla... pero ninguno vierte palabras de consuelo en mi seno.

—Delirios de vuestra fantasía acalorada.

—No son delirios, es que mi vida se multiplica!—esclamó Doña Mayor, mientras copiosas lágrimas rodaban silenciosas por sus mejillas,—dicen que estoy loca, no Alfonso, mírame, no estoy loca, es que siento crecer mi corazón de día en día, para que pueda encerrar mayor amargura, es que se duplica mi existencia para gozar del dolor. Por eso ellos no ven lo que veo yo pintado en esos tapices y lo que miro trascurrir por los aires.

D. Alfonso se levantó aterrizado.

—Por eso cuando lloro nadie llora y mis gémidos quedan sin eco.

—Vuestro dolor os ha santificado: vivid en paz y orad por nosotros, yo sufriré, pero salvaré á Beatriz.

—Alfonso,—dijo Doña Mayor, reclinando su cabeza en el pecho del monarca, sintiendo placer con el frio de la coraza—nunca cometas un acto que pueda causarte dolores.

—Si pudiera borrar los cometidos á costa de mi vida!

—Escucha,—dijo Doña Mayor, como haciendo memoria—dicen que habia festejos en Toledo por tu enlace, lo oi á unos villanos..... y.....

—Sí!

—Y Doña Violante, murió la desventurada, no recuerdo—dijo pasando sus enflaquecidas manos por la frente.

—Vive.

—Alfonso, tu no me amas! tu no amas á tu hija, quieres que pese sobre ti tambien la maldicion, que quebranta la frente de mi Beatriz,—y arrojándose á los pies y ciñendo sus rodillas exclamó: —Alfonso, mentias! quisiste consolarme con falaces palabras, cuando decias que con la ceniza en la frente pedirias el perdón de Beatriz, y ahora el mismo crimen que castiga Dios, lo cometeis vos señor. ¿Y quereis asi alcanzar el perdón de nuestra hija?

D. Alfonso permaneció mudo de asombro, aquel arrebato que solo el corazon de una madre puede comprender, le causaba sensaciones indescriptibles.

—Alfonso, tu no sabes lo que son los remordimientos, tu no sabes que son los enviados de la cólera divina, que toman carne de nuestra carne, y que nos roban la vida, para tener ellos fuerza para atormentar nuestro espíritu, caido en el mas profundo de los abismos del dolor.

—Los reyes, tenemos una vida desprendida de los altos, y nuestro destino es providencial.

—Oh! sí lo sé, pero mi hija! y mi amor de otros dias—continuó con voz desfallecida.

—No lloreis, y levantad, que debia yo besar la sombra de vuestros pies.

—Mi hija!

—Beatriz es nuestro corazon, y nunca caerá el infortunio sobre su cabeza mientras aliente yo.

—Salvadla, desechad ese enlace, oh! la vida con remordimientos es cruel: muy cruel, sondear continuamente la llaga que nos devora; una mano tinta en hiel es tormento dulce, comparado con los que sufro cuando me acosa esa vengadora voz de lo pasado.

—Escuchad, si hay medio en el mundo, al cual pueda llegar mi pensamiento, ese medio se realizará y volvereis á ver á nuestra hija, con su frente de reina, pura y feliz.

—Oh, señor, por piedad, que no tengo ya lágrimas en los ojos, ni dolor en el corazon, ni fuego en mis delirios.

—El Eterno os perdona, hasta hoy habeis sufrido vos, ahora voy á luchar con ese castigo, que pesa sobre mi cabeza.

—Mi hija!

—Su nombre vive en el corazon de mi alma,—y D. Alfonso, abandonó la estancia,—presa de sentimientos que en confuso torbellino gemian en su seno. Subió en su corcel y lanzólo á todo correr, buscando en el vértigo de la carrera el olvido de los dolores, que atosigaban su espíritu.

Doña Mayor le vió partir y siguióle con ojos codiciosos hasta que se ocultó á su vista. Despues con lento paso volvió á los pies del crucifijo, llorosa sí, pero tranquila y resignada. La palabra de D. Alfonso habia calmado los arrebatos de su dolor, dando entrada á la esperanza que anidó en su destrozado seno.



## CAPITULO IX.

### Que explica el anterior.

#### I.

La escena anterior necesita algunos antecedentes. Cuando D. Fadrique pidió audiencia al rey, venia del castillo del Monte. Veamos lo que de tal modo habia impresionado el alma del de Dávalos, y que infortunio era aquel que turbó la calma de Doña Mayor.

#### II.

No lejos de Toledo y en la opuesta orilla del Tajo, caminando á Burgos encuéntrase amenisimo valle, oculto entre los primeros montes y collados que dan principio por aquel punto á las celebra-

das cordilleras toledanas; y habia en el valle y aun el curioso puede buscar sus ruinas, un castillo, casa ó monasterio que por cosas tan diferentes puede tomarse, en razon de estar adornado de los distintivos, que constituyen cualquiera de las tres viviendas del soldado, del monge y del pacífico ciudadano. En este castillo Doña Mayor de Guzman, sentia trascurrir su vida entregada únicamente al recuerdo de su hija y á la oracion. Cuando los primeros albores de luz que acompañan á la aurora, teñia de riquisimas y vistosas tintas el horizonte, Doña Mayor oraba y despues salia á presenciar la salida del sol, y apoyada en tosea cruz que la devocion de los naturales fabricó en uno de los montes inmediatos, orando, saludaba al astro del dia, y allá en la tarde tambien sus oraciones acompañaban á los últimos reflejos del sol hundiéndose en el océano. Despues en el trascurso del dia solo interrumpia sus meditaciones para preguntar á Nuño, que juró decir verdad, nuevas de su hija. Escuchábalas con atencion y daba gracias á Dios por la señalada merced, que le hacia colmando de felicidades á su Beatriz. Hasta que punto la soledad, el silencio, la enlutada capilla, y la presencia del sublime cuadro que pintaba el sol en su salida y ocaso, trastornaron su mente, no lo podremos decir, si apuntaremos que en las aldeas contiguas, llamábanle la *buena loca*, porque sus manos eran perenne manantial de consuelos, y muchas veces vieron los mancebos flotar sus enlutados velos sobre los riscos y precipicios, y oyeron de su boca palabras de dolor, cantos y oraciones, pronunciados con el fuego de que reviste el delirio, al acento y á las palabras de los hombres.

Al parecer los cielos se apiadaron de los dolores, que canceraban el ánima de Doña Mayor, y en el silencio de su retiro permitíanle gustar la paz y que la tranquilidad anidara en su seno.

En una vivienda colocada en la planta alta de la casa, Doña Mayor entretenia su soledad contemplando el variado paisaje, que le ofrecia la falda del cercano monte, y reclinada en gótica ventana, abandonaba su espíritu á las rápidas emociones que nos causa

la vista de la naturaleza. Sin conciencia de sus pensamientos, dejaba vagar su ardorosa imaginacion en el deleitoso éxtasis, que nos causa pensar sin sentir, y recordar sin dolor. Una campana anunció la hora de la oracion y sus ecos metálicos volvieron la vida al corazon de Doña Mayor. Retiróse de la ventana, pasó la mano por su ardorosa frente y exhalando un suspiro llamó á Nuño.

—Nuño, antes de entregarme á mis oraciones, ¿las nuevas que hayas de mi hija?

—Señora,—tartamudeó el anciano.

—¿No habeis recibido? en ese caso rogaré á Dios para que sean cual las anhela mi corazon, dejadme.

—Señora..... es que nuevas he recibido,—añadió el fiel criado tembloroso.

—Y os deteneis, hablad.

—Son de tal linage, que.....

—¡Habla, habla!

Su corazon de madre no queria comprender las reticencias del buen anciano, que pedia á Dios en aquellos momentos que le librasen de situacion tan dolorosa.

—Señora, como mi señor D. Alfonso rey de Portugal estaba casado antes de contraer enlace con mi señora Doña Beatriz, con Doña Matilde condesa de Bolonia.....

—Sí, pero el Papa Inocencio dispensó ese matrimonio.

—Asi seria, pero el Santo Padre Alejandro IV.....

—¿Qué hablas?—dijo Doña Mayor abandonando su asiento y dirigiéndose con impetuosidad á Nuño,—hacia ocho años que Don Alfonso vivia separado de su esposa, cuando mi Beatriz fué reina.

—Señora, resignacion,—dijo Nuño juntando sus manos con ademán suplicante.

—Acaba Nuño, yo te lo mando!

—El rey de Portugal desestimó los avisos del Santo Padre, no se presentó en Roma en el tiempo que le fué prescrito y no se separó de Doña Beatriz como se le ordenó.

—Oh! Nuño, lo que dices es horrible!—dijo con amargura Doña Mayor.

—Creyendo seria ninguno el resultado, os oculté estos hechos, mas hoy....

—Concluid.

—El Papa.....—añadió Nuño con ininteligible acento.

—Qué?

—Ha lanzado sobre ellos la excomunion!—añadió y sus ojos se inundaron de llanto,—y ha puesto su reino en entredicho.

—Ah!—esclamó la desgraciada madre cubriendo el rostro con ambas manos y dejándose caer sobre un sillón.

Dios!—murmuró Doña Mayor.

Lo que en tan supremo momento sintió el ánima de la madre de Doña Beatriz, los dolores que desgarraron su corazón, son cuadros que ni se comprenden, ni se pintan.

—¡Si, los hijos serán malditos hasta la cuarta generacion!—esclamó con acento acentuado por la ira y el odio: y la intensidad del dolor le privó el conocimiento, y cayó sin sentido.

Ya la noche tendia sus sombras, poblando de tinieblas el horizonte y solo el tembloroso rayo de las estrellas dejaba vislumbrar alguna luz en la oscuridad, cuando volvió en sí Doña Mayor. Levantóse cual si despertara de profundo sueño y con paso vacilante dirigióse á la ventana. El fantástico cuadro que presenta una noche lóbrega débilmente iluminada por los rayos de vacilante estrella, que parecia á fantasma creado por la oscuridad, vaga en su seno, exaltó su dolorida imaginacion.

—Oh! cómo tu, cielo está mi alma; tinieblas sobre tinieblas!—ni un sentimiento en mi corazón capaz de procurarme consuelo! mi hija, mi Beatrid maldita y maldita por mí! ¡Oh! Dios mio, tu ira cómo rompe mi vida! tu cólera es el hálito de mi boca y los pensamientos que con mas amor acaricia mi alma siembran únicamente el crimen y el espanto en torno mio! ¡Mi amor de madre! maldito tambien! mi hija, mi Beatriz herida por los rayos del

cielo ! entregada al ludibrio y escarnio de los hombres, que huirán de su vista ponzoñosa ! sin templo donde orar ! y sus oraciones se desvanecerán en el espacio sin que su alma pueda llegar al cielo !

Y sus ojos vagaban en sus órbitas con resplandores siniestros. En vano intento derramar lágrimas , el llanto agolpado en su pecho impedía su respiracion y ahogaba su voz. De pronto un ¡ ay ! de desesperacion y de infortunio se escapó de su pecho, y era una idea levantada del seno de las tinieblas que la rodeaban , que cual áscua encendida cayó en el seno de su alma abrasada con su amor de madre.

—Oh ! mi hija ! mi hija ! ¡ me maldecirá como causa de su infortunio !

Y esta reflexion irritó la amargura que hervia en su seno difundiéndose por su inteligencia y quedó postrada y como loca. En nube de color oscura pasaron ante su mente agitada por el torcedor del remordimiento los recuerdos de su vida, y cada uno lanzaba al pasar sobre su corazon un quejido, que penetraba su inteligencia con dardo mortal y ponzoñoso. Lanzó un sordo y estenso gemitido y su entendimiento se hundió en el abismo formado por sus lágrimas y sus dolores.

### III.

La aurora iluminaba débilmente las crestas de los montes cuando el vijta del castillo dió aviso al alcaide Nuño de que un caballero pedia atravesar el puente levadizo. Acudió el diligente anciano que habia pasado la noche pidiendo consuelos á Dios para su ama , y apenas presentóse el caballero en la parte opuesta del puente, mandó bajarlo y crugieron las cadenas, y bajó el puente y avalanzóse á todo correr el caballero sobre sus movibles tablas.

—Tu señora?—gritó á Nuño.

—Oh! venid, venid D. Fadrique, el cielo os envía.

—Me envía mi destino,—dijo el caballero arrojando las bridas de su corcel á un escudero.

—¿Descansa?—continuó.

—Descansar, oh! hoy no descansa nadie en esta casa, es un día de luto.

—Lo sabe! desdichado ¿qué has hecho? eres su asesino.

—Señor, dijo Nuño con acento lleno de austeridad,—hasta hoy no han pronunciado mis labios una palabra, hasta hoy he sido perjuro, porque me hizo jurar al pisar este castillo con la mano estendida sobre el evangelio, que nunca le ocultaría las nuevas que hubiere por los mensajeros de la corte!

—Vamos, vamos, gúfame á sus estancias.

Y con ligera planta atravesaron pasadizos y salones hasta llegar á la habitacion de doña Mayor, que puesta de rodillas delante la ventana y con las manos alzadas á los cielos, suelta la rubia cabellera, asemejábase á la imágen del sufrimiento.

—Oh, Beatriz—murmuró—no me maldigas, por piedad! auras, vientos, luces de la mañana, tomad mis lágrimas, añadia, estendiendo sus manos, id por Dios y llevadlas á sus pies, que las pisoteé, pero que no maldiga á su madre, que no me maldiga á mí; soy una miserable, pero la idolatro tanto; sí, la amo. Dios mio! Dios mio! ¿por qué tanto castigo? Ah! ya sé; porque desprecié la santa palabra de virtud que pusisteis en mi corazon, el casto beso que disteis á mi alma cuando la vivificó vuestro espíritu! basta, ya lo sé... y...

Y como si aterradora imágen se levantára ante sus ojos se levantó atemorizada y huyendo sin mover la vista de la ventana, fué á caer en los brazos de D. Fadrique que pisaba en aquel momento el dintel de la estancia.

—¿Quién me detiene? yo caía y no sé adonde! ah!... eres tú tu que me traes consuelo; di ¿no es cierto que mi hija no está maldita por Dios? Oh! Fadrique, mira, te amaré si me dices que

no está maldita por Dios!—y en su frenesí besaba con amor las manoplas del guerrero.

D. Fadrique mudó de espanto, helado de terror, quedó sin movimiento, y solo su mente tuvo fuerzas para murmurar.

—¡Loca!

Y acompañó á la desgraciada madre á un sillón donde cayó falta de aliento.

Por largo espacio continuó doña Mayor aletargada. D. Fadrique temblando contó los latidos de sus sienes; veía los colores que ascendían á su rostro; y la mayor ansiedad se apoderó de su espíritu.

Gracias á sus cuidados y á los de Nuño, volvió en sí.

—¡Ensueños horribles han turbado la paz de mi alma, exclamó con fatigado acento; pero al ver á D. Fadrique y á Nuño solícitamente agrupado en su torno, conoció que no eran ensueños, sino triste realidad los tormentos sufridos.

—Oh! D. Fadrique, os miro siempre en torno mio, cuando el infortunio me persigue con mayor crueldad. Siento que mi vida abandona el cuerpo, y que al exalarse cruza con espantosa rapidez el horizonte, perseguida por la maldición de Dios, que la desgarrará sumiéndola en los abismos!

—Sosegaos, señora!—dijo D. Fadrique con voz entrecortada por el terror.

—No, no, para mí no hay sosiego.

—Os protege mano poderosa.

—Quién me protege? solo miro el abandono, el olvido y la maldición de...

—Ese pensamiento os asesina... Olvidad tan lúgubres ideas.

—Que las olvide! si son mi alma ¿lo ignorais?

—Las coronas de los reyes os cubren con su sombra protectora.

—No habéis de coronas de fango ante la corona de gloria de Dios!...

—Hay rey que lo es del pueblo elegido por Dios, y ese es el que tiende sobre vos su mano.

—Sí, sí, habeis razon... oh! si ese rey hiciera al pontífice que no maldijera á mi hija, entonces yo no sufriria, yo seria buena, feliz y los cielos descenderian á mi corazon, y mi hija, mi Beatriz! D. Fadrique no maldeciria á su madre!—gritó doña Mayor levantándose de su asiento y estendiendo sus manos al caballero.

—Si amais á vuestra hija, sosegaos,—dijo D. Fadrique, con acento sobrenatural y con ademan lleno de nobleza,—el cielo solo perdona á los que acatan su poder y se resignan ante sus divinas leyes!

—¿Me perdonarán los cielos?

—Sí, pero vuestro dolor no ha de ser una blasfemia... el rey de Castilla alcanzará del Papa que levante su anatema.

—Oh! decid á D. Alfonso que le amo, que es nuestra hija, que lo pida con ceniza en la frente, como yo con la locura en el alma, porque lo conozco soy una miserable loca.

—¡Sin resignacion los cielos no perdonan, señora!—Dijo Don Fadrique con ronca voz.

—Oh! me resigno, Señor,—hincando las rodillas—sois justo, yo soy una muger indigna de vuestra mirada,—y por fin las lágrimas acudieron á sus ojos, consolando aquella organizacion pronta á quebrarse como frágil vidrio.

D. Fadrique salió sin decir una palabra de aquella mansion de dolores, ahogado por cruélsimos tormentos.

—Nuño! cuida de tu ama que está loca! habla á su espíritu invocando el nombre de D. Alfonso: parto á Toledo porque es necesario que el rey hable á doña Mayor á fin de que consuele su alma. Creo que la ira y la venganza se anidan en esta casa. Adios y consuela sus dolores.

Nuño besó en silencio las manos de D. Fadrique, y le miró partir, despues volvióse al lado de su señora buscando trazas para

consolar aquella ánima tan cruelmente llagada por el amor de madre.

IV.

Que D. Fadrique fué á Toledo ya lo saben nuestros lectores, que pidió y obtuvo del rey una audiencia, tampoco es un secreto ya para ellos. Pero digimos al comenzar el capítulo anterior, que su plática fué misteriosa; sin embargo, nosotros que nos desvivimos por complacer, á nuestros lectores no, si á nuestras lectoras que son las que pecan de curiosas, nos dedicamos á descifrar manuscritos y en un arrugado palimpsesto, fragmento de antiquísima crónica, usando del procedimiento químico del ilustre sábio A. Mai, logramos leer el siguiente diálogo, que si no era el buscado, es necesario confesar que viene muy al caso.

—Y Doña Mayor?

—Llora, Señor.

—Orando?

—No, delirando.

—Por Dios, qué decis?

—La verdad.

—¡Loca! —esclamó el rey sobrecogido de espanto.

—Señor, su juicio se estravía, cada momento que trascurrir es un fantasma que arranca un ¡ay! intenso, horrible, que enagena su juicio.

—Oh!... Dios, como nos hiere tu sacrosanta justicia.

D. Fadrique ante aquel dolor real retrocedió con espanto,

—¿Conoceis su historia?—preguntó el rey.

—Señor, no me preguntéis tal.—dijo D. Fadrique sintiendo la sangre agolparse á sus sienes.

—¿Sabeis que fué mi amor?

—Lo sé.—dijo D. Fadrique con sombrío acento.

—¿Sabeis que por mi holló sus santos deberes?

—Basta, señor, lo sé.

—¿Pero no sabeis que mi vida fué feliz, cual nunca y risueña á su lado?

—No lo sé, pero lo adivino.—esclamó con violencia el caballero.

—Oh! si recuerdo, que fué siempre vuestra amiga, y vos su mejor valedero.

—Os engañais, señor, fui siempre un hombre que en Francia, en Portugal, en la Siria, por do quier que la suerte me condujo adoré su memoria.

—¡Vos!

—Señor, nos meció igual cuna, y juntos vimos trascurrir los primeros sueños de la infancia. Me separé de la niña para conquistar gloria, que poder depositar á los pies de la muger y cuando volví... empleé mi momentáneo influjo en vuestra córte para que su hija fuera reina de Portugal.

—¡Corazon humano! murmuró el rey.

—¡Y ahora, como vos sufro, porque tambien causé su locura apeteciendo su bien. Asi no me preguntéis si conozco su historia!

D. Alfonso quedó mudo de asombro, ante aquel dolor, que era el mayor dolor que podia sufrir hermano corazon.

—Ahora señor, está loca, solo vos podeis mitigar su penar, sostener su espíritu vacilante. Y D. Fadrique calló porque su voz temblaba. Rogar á su rival que acudiera al auxilio de su amada, y decir que él solo podria prestar consuelo á su ánimo, es empresa sobrehumana.

D. Alfonso estrechó las manos del guerrero, y sin decir palabra abandonó la estancia. Sentia demasiado para hablar, en

cuanto D. Fadrique quedó silencioso cual una estatua, sentia demasiado para pensar.

—Que D. Alfonso fue al castillo y lo que hablaron allí ambos amantes lo saben ya nuestros lectores, aunque no nos atreveriamos á asegurar no lo hayan entregado ya al olvido.

CAPITULO X



Después que el rey hubo dejado á Dalanda, refugido en la  
hora de una pastor, que por aquellos montes andaba guar-  
tando sus ganados y cultivando, acompañado de su hermano,  
aquellas campañas. Su propósito era que le revelara todos sus  
secretos, hablándole con ese lenguaje que caracteriza los gran-  
des señores, la nobleza, la necesidad de apurarse de su mano  
to y vivir tranquilo guardada en las espaldas de aquella apartada  
montaña. Pero no era aquel lugar, idóneo para respirar su per-  
fuma; no había allí mas árboles que elevados rios, ni mas flores  
que romeros y tomillos, ni mas pajomas que de vulgares águilas,  
ni mas arroyos que equívocos torrentes, precipitándose fríos  
de riuo en riuo, y de casa en casa; en inocente alma cobrada

## CAPITULO X.

### Presente y pasado.

Después que el rey hubo dejado á Dalanda, refugióse esta en la choza de una pastora, que por aquellos montes andaba guardando sus ganados y cultivando, acompañada de su hermano, aquellos campos. Su prodigioso corazón que le revelaba todos sus deberes, hábale dictado con esa lucidez que caracteriza los grandes sentimientos, la inflexible necesidad de apartarse de su amante y vivir tranquila guarecida en las espesuras de aquella apartada montaña. Pero no era aquel lugar idóneo para respirar su pecho; no había allí mas árboles que elevados pinos, ni mas flores que romeros y tomillos, ni mas palomas que orgullosas águilas, ni mas arroyos que espumosos torrentes, precipitándose fragosos de risco en risco, y de peña en peña; su inocente alma echaba

de menos sus rosas y jazmines y se dolía de la ausencia de sus misteriosas azucenas. El rey la había dicho «yo te guardo un vergel, querido de la luna, que se baña en sus perfumes para aparecer hermosa á los ojos de sus astros; y es vivienda de ángeles que vuelan en aquellas florestas para recoger aromas con que embalsamar el corazón de los justos;» y exaltada su fantasía deseaba volar por aquellos paraísos que antes desdeñara indiferente, y recibir de sus árboles un suspiro que le recordase los dulces días de la tierna infancia.

Por otra parte su pasión había tomado una intensidad infinita. Sentía dolores, que jamás se revelarán á su naturaleza, deseos que nunca tuvo su pecho, é ideas jamás por su mente acariciadas, y que le hablaban con voces desconocidas, y que entonaban cánticos de amor sublimes como lo desconocido, pero dolorosos como el presentimiento de la desgracia. Pobre ángel! que empezaba á ver oscurecido su cielo y anublada su conciencia por el remordimiento de haber vivido largos días al lado de aquel hombre, hijo de los verdugos de su Dios, y dolorido su corazón con el amor que la poseía, y que apoderándose de un ser, le quitaba todos sus pensamientos, y absorbía todos sus recuerdos. Y era el dolor, el nuncio misterioso que venía á traerle la amarga copa de su desgraciada pasión.

Y en el punto que empezó á sentir amores, empezó también á verter amargas lágrimas.

Estaba asentada en hermosa noche de luna al borde del torrente, esperando como todas las noches la visita de aquel hombre, único lazo que la unía á la tierra. Pero solo una vez logró ver al monarca después de su encuentro en la iglesia del convento; aquellos negros ojos perdían de día en día su brillo, marchitábanse sus antes sonrosadas mejillas, no corría por el monte, porque le faltaba aire para respirar, y en su espaciosa frente leíase bien á las claras la profunda pasión que hervía en su pecho. Ibase á retirar cuando vió flotar en los aires el ancho manto del rey, quedóse de

pié esperándole, y lanzó uno de esos suspiros que tantas veces desahogan el corazón, llevándose en sus alas un dolor.

—Dalanda, gritó enagenado D. Alfonso.

—Por fin vuelvo á verte,—dijo la desgraciada niña.—Había perdido toda esperanza. ¡Cuánto he padecido!

—No quisiste seguirme. Te dije que mi deber me llamaba lejos de estos sitios, y tu ingrata me dejaste solo con mi deber, robándome la dicha de tu amor. Si vieras cuan aislado y solitario me hallo en medio de las gentes, como se aparta cada día mi ánimo mas y mas del mundo, que me agobia con su inmensa pesadumbre me seguirias á donde yo te quisiese llevar para consolar mis penas, para que nunca la fé en Dios huyera de mi alma.

—Y ahora veo que no dices mal. Es muy pequeño mi pecho para contener tanto dolor, y te amo mucho para consentir que de mí vivas separado. Ahora que has vuelto, no he de dejarte ir, porque me moriré, no lo dudes, me moriré.

—¡Morir tú! No, Dalanda, los ángeles no mueren. ¿No sufrirás mas?

—Si tu no me dejas viviré contenta y feliz. Harto he padecido ya. Cuando me levanto y salgo al campo, y no veo mis flores creo que la pena me va prontamente á ahogar: tan gran amor tenía á mis perdidas rosas!

—¿Suspiras por flores? Yo te daré tantas como estrellas tiene el cielo. ¿Quieres una hermosa Virgen? Verás si me sigues á la madre de Dios, con su rubio niño en los brazos, cuyas manecitas juegan con los rizos de su madre. ¿Deseas mirarte en el arroyo? Haré yo á tus pies brotar fuentes, que lleven en sus ondas blancas perlas, y retraten en su fondo el azulado firmamento.

—¿Quién eres, que tanto es tu poder?

—Soy un hombre á quien los hombres llaman á Dios, á mis pies deponen su lanza los guerreros, y su corona los reyes, los cuarteles de los nobles se hundén con mi mirar, y los plebeyos adoran desde lejos las orlas de mi manto, y sin embargo, Dalanda,

no puedo acallar el corazón, soy débil mortal entregado á la cólera de la fortuna, é impotente para realizar el mas pequeño de mis deseos.

—Te adoro, si, tu eres uno de esos ángeles que Dios envia á la tierra, para proteger á sus criaturas y velar por ellas. Eres tal vez el sueño, que en la noche me acariciaba, sueño que me traian mis oraciones. Llévame contigo, porque tú debes ir á Dios, y yo estoy sedienta de Dios. Pero si no vienes conmigo, si no me acompañas, no acertaria á franquear las puertas del cielo, porque sin tus ojos me faltaria luz para mirar la gloria.

—Sígueme, vámonos de aquí. Tu eres mi destino, lo conozco. Si algun día pasan mis endechas á halagar los oidos de las venideras generaciones, ignorarán los hombres cual fué la mano que pulsó mi laud, para arrancarle tan misteriosos acentos.

—No es verdad que en esta soledad te consumes? Vámonos, vámonos. La noche nos oculta, la luna nos acompaña, Dios nos cobija, nuestros corazones nos darán torrentes de ventura.

—Sí, sí, están durmiendo mis hermanos, pero ya les anuncie que cualquier noche debia partir. Nuestra conversacion ha sido una incesante despedida. Dejaré sin embargo esta prenda á la puerta de su cabaña, y colgó de las secas ramas un escapulario que pendia de su cuello.

El rey se embozó en su ancho manto, y Dalanda se acogió de los pliegues de aquel manto, y comenzaron su peregrinacion. Tomó D. Alfonso el camino de la Galiana. Conforme descendian á la llanura, respiraba mas aliviada de sus dolores Dalanda. Serena, porque no comprendia que el amor tuviese mas dolores de los que acababa de sentir; tranquila, porque no presagiaba la tormenta, que lentamente iba agolpándose sobre su cabeza, alegre, por hallarse al lado de aquel hombre, á quien profesaba tan celeste amor, olvidóse de todos los sucedidos, y se dió á su felicidad completa con segura esperanza.

Arribaron á un arroyo y humedeció sus lábios la tierna niña,

como el desterrado que vuelve á pisar las playas de su patria. Era tan grande su alegría, que desasiéndose del lado del rey sacudia los árboles para despertar á los pajarillos como si quisiese darles la feliz nueva de su regreso. El rey la contemplaba como si su corazón no tuviese otro sentimiento, ni otra idea su enaltecida mente. En su peregrinacion debian pasar por el bosque de Hazan. Bien pronto descubrió Dalanda sus sauces, y sintióse arrebatada de alegría al contemplar aquellas lánguidas ramas mecidas por los céfiro de la noche, que le enviaba amorosos suspiros.

Pero lo que no vieron ni la niña, ni el rey fué al judío Hazan, pálido, demudado el rostro, desceñida la túnica, crispadas las manos, y dirigiéndose tras de sus pasos como frío cadáver, que Dios levanta para cumplir sus fines del fondo de una tumba.

Arribaron por fin á la Galiana. Abrió el rey secreta puerta, y penetró en los jardines; pero la sombra tambien entró, y el muro no opuso resistencia á su camino. Hazan seguia á los dos amantes en la huerta del rey. Es imposible describir la impresion que produjera en el ánimo de Dalanda tan amador de la bella naturaleza aquellas fuentes que se perdian en el cielo, como si fueran á salpicar con sus liquidas perlas los rayos de las estrellas, aquellos céspedes entretegidos con tan soberana maestría, y tan nuevo arte, aquellos árboles, que nunca viera ni en sus bosques, ni en sus montes. Pero es mas imposible todavia pintar los dolores que sacudian violentos el corazón del judío, cuando contemplaba su ángel de salvacion, su santísima esperanza entregada á los caprichos de un monarca y conducida á real palacio, tal vez para perder sin remedio la honra á los ojos de los hombres, y la virtud ante los ojos de Dios.

El rey se dirigió hácia el palacio de la Galiana, murmuró algunas palabras en los oídos de los pages, y abriéndose la magnífica puerta ornada con mil labores de aquel prodigioso gusto árabe, que merece tributos de admiracion á todo el mundo, mostró á Dalanda la encantadora escalera filigranada y construida por maravi-

lloso génio, ornada de naranjos en flor, que crecen en macetas de blanco mármol, y arrastrándola como el encantador de aquel palacio encantado la dijo:—esta es tu vivienda. Espérame en sus salas que volveré pronto—y se perdió el rey como una sombra en aquella maravillosa galería.

## II.

Tan fuera de sí estaba Dalanda que ni siquiera vió la desaparición del rey. Aquella escalera se perdía en los aires, formada de mármoles de mil colores; sostenida en riquísimos pilares, coronadas bóvedas semejantes á un cielo do vagasen estrellas de distintos colores, iluminada por flamígeros candelabros, que habian robado su casta luz á la luna, eran tal vez á los ojos de Dalanda el dintel del paraíso.

Incórpórase, se dirigió á la puerta, y al levantar el tapiz retrocedió espantada, dando un grito horrible y aterrador. La pálida figura de Hazan se dibujaba en la pared.

—Por fin, Dalanda, has consumado tu delito, y mi perdición. Por fin caíste en brazos de ese hombre, que ha robado tu inocencia, y mi esperanza.

—Idos por Dios, que me dais miedo.

—Te doy miedo, porque es canosa mi barba, y repugnante mi faz; y ese hombre te hace feliz, porque es hermoso y galan. Sin embargo, yo te llevaba al cielo, yo judío respetaba tus creencias, y él te lleva al infierno, y él cristiano te arranca al seno de Dios, do debías dormir tranquila por toda una eternidad.

—¡Me horrorizais!

—Te horrorizo, á tí nacida para el amor. ¿Vas á ser muy feliz? Tendrás grandes palacios, lloverán sobre tu frente diamantes, barras de oro sostendrán tu lecho, y te obedecerán mil pages, porque

siempre tuvo grandes prerrogativas y riquezas la manceba de un rey.

—Que decís? insensato.

—Sabes do estás? Este es el palacio del rey de Castilla, esta la cámara de sus amores, ese el lecho nefando do caerás arrodillada en sus brazos para perder la honra; la honra que en el mundo solo se recobra con sangre.

—Oh! ¿Qué es aquesto, Dios mio, qué es aquesto?—dijo Dalanda llevándose sus manos á la frente.

—Esto es tu condenacion eterna. Ya no verás á Dios, porque Dios no posa sus lábios en la frente manchada con impuros besos. Ya no vivirás entre los ángeles, porque los ángeles son todo pureza, ni te amará María, aunque tu María es toda amor.

—Callad por Dios que me asesináis.

—Mas hondas heridas te causará el puñal de los hombres, cuando se ahonde en tu pecho. Villana te llamarán los nobles, y muger sin honor te llamarán los villanos, y cuando quieras hallar consuelos te verás desdeñada de tu amante y maldecida por tus hijos.

—¡Hazan, Hazan, no te entiendo!

—No me entiendes? fementidos, se han aprovechado de tu pureza para perderte! Pero yo te instruiré para que comprendas tu crimen y presientas tu castigo. Ese hombre que te ha seducido es un rey. Ya ves si su poder no te abrasará á tí incauta niña, sin fuerza y sin valor. Ese hombre está unido con indisoluble lazo á los ojos de Dios y de los hombres con otra muger, á quien el cielo le obliga á dedicar todo su corazon. Ese es un lazo indisoluble y eterno. Un pensamiento, una palabra, que robe á la muger de quienes dueño, segun vuestra ley, le hace reo de la justicia divina.

—Entonces aquella dama era su ....—dijo Dalanda confusa, y casi sin fuerza, porque el dolor que sentia era intensísimo y sobrenatural.

—Aquella dama no era su esposa, no, era otra desgraciada como tú. Amó al rey como tú le amas, cayó en sus brazos como

tú has caído, le prodigaba las mismas caricias que le prodigas tú, y ahora purga su amor y sus caricias arrastrando en tenebrosa soledad el castigo de Dios, las maldiciones de los hombres, y el peso de su conciencia.

—¡Sálvame, Hazan, sálvame!

—Ya es tarde. Si quieres salvarte á los ojos de los hombres, muere, si á los ojos de Dios, olvida para siempre tu amor.

—Basta, basta ya, porque me ahogo.

—No basta, es necesario que sepas hasta que punto raya tu crimen, porque así comprenderás cuan negro ha de ser tu espantoso castigo. Por tí tal vez la virtuosísima esposa vive en un destierro, y arrastra lutos de inmerecida viudez, y se ve abandonada de los hombres, y no vive en el día, ni descansa en la noche, y llama á la muerte para que le preste negro cenital, con que enjugar sus lágrimas.

—¿Y soy yo la culpable?

—Tú, que has distraído el rey de su deber; tú que has arrullado sus ensueños con cánticos de amor; tú, que has puesto fementido sentimiento en su corazón; tú, que le has exaltado con tus palabras; tú que acaso le has perdido con tus encantos.

—Con que soy criminal? Virgen santa; Virgen santa, porque me habeis olvidado.

—Dime, comprendes ahora, por qué quería yo sustraerte á la mirada de ese terrible rey? Entiendo aquel misterio, que se ocultaba con impenetrable velo á tus hermosos ojos, Dalanda. Ambos á dos nos hemos perdido. Tú pierdes la virtud, yo la esperanza, tú has perdido el cielo por un hombre que amabas, yo lo pierdo por la maldad de un hombre á quien aborrezco. Y para eso te había yo educado tan pura, tan virtuosa, para eso yo hijo de una maldita raza te había cantado todos los días al levantarse el sol los misterios de una religión que no era la mía, para eso te hice amar las flores, y la luna, y las estrellas, y el aire.

—Hazan, Hazan, tu eres mi padre!

—Yo!... si, yo soy tu padre, porque encontraste en mi los cuidados de un padre! sí de un padre! yo he sido tu madre, porque reconcentré en tí todo el amor que habia en mi corazón. Yo no he amado ya á ser alguno en el mundo, sino á tí, que ahora te pierdo, cuando pensaba que cuidases mi vejez, y vertieses lágrimas y oraciones sobre mi tumba.

—Huyamos, Hazan, huyamos. No quiero ver ya jamás á ese rey.

—No se si podremos salir, yo he penetrado aquí por misterioso subterráneo á riesgo de perder la vida.

Dalanda no podía andar, porque aquellas revelaciones la habian asesinado; apoyóse en el brazo del judío con aquella confianza que en otros tiempos su protector le inspirara, y se aprestó á salir, pero apenas llegaron á la puerta, cuando apareció el rey indignado, arrojando llamas de sus encendidos ojos.

Hazan cruzó los brazos, cayó de rodillas Dalanda, lanzando un gemido, y quedóse el rey inmóvil como si la humildad de Hazan fuese una acusacion, y un castigo el doloroso quejido de Dalanda.

### III.

—Hola, mis pages; llevaos á ese hombre, y encerradlo en las prisiones del castillo. La jóven cruzó sus brazos con ademán suplicante y compasivo mirar. Però los pages cogieron temerosos al judío por la túnica, y lo arrastraron fuera de la estancia, cumpliendo los mandatos del rey su señor. Cerróse la puerta; cesó el ruido de los pasos en el pavimento; y D. Alfonso mudó como la muerte no se atrevia á proferir palabra alguna, y Dalanda dolorida como la desesperacion no levantaba sus ojos para mirar á su amante.

—Ya no me amas; se atrevió á esclamar el rey.

—No entiendo esa palabra. Señor, V. A. rey de Castilla;

V. A. tan grande tan poderoso, se ha dignado arrancar, con singular cautela, y torpe amaño.....

—Qué dices? sabes lo que dices!

—Harto lo sé, por mi desgracia, he perdido la virtud!

—Callad Dalanda! nos han calumniado horriblemente, eres pura como una ilusion. Los ángeles envidiaran tu virtud que ha triunfado del amor.

—Callad señor, no habéis per piedad.

—Recuerdas nuestras noches de amor? Jamás caimos en el crimen. Nuestros amores son puros como lo son los amores de los ángeles con las flores.

—Pero V. A. señor...

—Yo, Dalanda; te amaba como ama el poeta á la idea.

Para mi no tenias forma; eras el pensamiento del amor divino, vagando entre nubes de aromas. Y de ahí no querer ni libar la miel de tus labios, ni recoger los destellos de tus ojos, ni estrechar contra mi pecho tu corazon; queria tan solo ver en tí cuanto sublima la virtud y el candor á nuestra mísera naturaleza.

Entonces te amé, Dalanda, porque tu eras la encarnacion visible de la grandeza humana, que solo logramos conocer, cuando con asiduo trabajo cultivamos la ciencia.

—Y V. A. se dignó mirar á una villana?

—¡Sí sí! Un rey tiene derecho á dudar de los amores que inspira; y de las palabras que en sus oidos resuenan. Porque lleva en su frente un sol que deslumbra, y en su mano un cetro que convierte en humo los mas altos y poderosos timbres. Despues adorándote ya quise que amases al hombre y no al rey.

—Y vinisteis á turbar mi tranquilidad.

—Fuí á revelarte el amor.

—¡Triste revelacion!

—La única tal vez; que nacida de humanos labios puede llevarnos al cielo.

—Yo era inocente.

- Y ahora eres amante.
- Era feliz con flores.
- Y lo serás ahora con los recuerdos.
- Miraba la luna, sin inquietarme por nada.
- Mirabas la luna; porque presentías el amor.
- Pero nunca un amor criminal.
- El que has tributado es puro.
- No puede ser puro nunca; porque mi amor se vinculaba en un hombre; que adoré con todo mi pensamiento; pero un hombre, que tiene altos é inflexibles deberes.
- Qué me recuerdas?
- La virtud, señor.

Os recuerdo que hay en el mundo un ser abandonado; á quien Dios os manda amar con todo vuestro corazón. Yo la pobre villana; recuerda á vos el rey de Castilla; que sois criminal al consentir que duren por mas tiempo las amargas penas, que atormentan á la reina.

- Dalanda; ángel mio.
- La infeliz llora amargas lágrimas, y vos debéis enjugarlas con vuestra mano.
- Soy tu esclavo.

—He conocido el mundo, señor, en una hora: Al subir esa escalera era una flor; ahora soy una muger. Antes creí que todos eran inocentes, buenos, y consoladores, ahora he visto que los hombres abrigan ruines ideas en su cabeza, perversos sentimientos en su corazón. Mi protector, ese judío, que habeis mandado prender me martirizaba para salvarme, y vos, señor, me halagais para perderme.

- Dudas de mí.
- Dudo de los hombres.
- No te bastan mis palabras.
- Y porque no me digisteis un día que no podiais amarme ¡Por qué alimentásteis esta pasión en mi pecho, si tarde ó tem-

prano, debíamos llegar á una eterna separacion; y no que ahora os adoro!

—Perdon, Dalanda, perdon!

—Yo os daré un ejemplo que os espante. Me habeis conócido perdida en los campos: conversaba con la luna como la mejor amiga de mi corazon; adoraba á las flores...

No he sabido luchar, ni vencer, pero ahora lucharé con mi amor y triunfaré de mi corazon. Rey de Castilla, no volverá mas á veros la mísera villana, no volverá la tierna amante á oir vuestros cánticos, y ocultando en el pecho su pasion, y tornando á los campos jamás, jamás recordará sus amores.

—Harto me castigas!

—Y yo sufro tambien un horroroso castigo.

—Me amabas? maldecida mil veces mi corona. Pero no, Dios tuvo valor para desamparar sus cielos, y venir á la tierra y aprestarse al sacrificio, y morir por los hombres, y el rey debe acercarse á Dios, porque tiene tambien encomendado á su poder un mundo ó mas bien un caos. Cumpliré mi destino. Lejos de mí, pasiones pasajeras del mundo, suspiros de amor, que habeis hasta ahora embargado mi corazon de niño, sacudamos el polvo de la tierra, y en alas de nuestro espíritu preparémonos á sentir las pasiones infinitas, como la verdad que se derrama eternamente sobre la creacion de los lábios del Eterno. Dios fué el mas desgraciado de los séres al descender al mundo, yo desde hoy subiré á mi trono para ser el mas desgraciado de los hombres. ¿Qué pedias Dalanda?

—Os pedia, señor, que consoláseis el dolor de vuestra esposa.

—Lo haré. ¿Y tú no me pides nada para tí?

—Algo necesito. Volver á mi antiguo bosque.

—Volverás.

—Rogaros que nunca mas vengais á verme, sino un solo dia de la vida en que yo os llamaré.

—Serás obedecida.

—Pediros por último la libertad de Hazan.

—Quedará libre.

—Ahora daros el último adios!

El rey se sintió tan profundamente conmovido, que hubo necesidad de encubrir el rostro surcado por sus lágrimas.

—No desesperemos,—dijo Dalanda,—corta es la vida, Dios nos espera, y en el seno de Dios podemos depositar nuestros amores.

—Dalanda, conoceré la virtud, y esperaré el cielo. No solo te deberé la corona de la gloria en la tierra, sino también la corona de los justos en el cielo.

Y el rey, después de haber contemplado un instante á la villana, se perdió en los salones con la mano puesta sobre el corazón. Dalanda siguió su sombra, y exclamó:

—¿Con que estoy sola en el mundo? Ya no veré espíritus celestes en las flores, ni en la luna, ni en las estrellas, ni en el sol. Me he acercado á un rey, y he perdido mis alas. He amado para perder el corazón. Siento aquí un fuego que me devora, y es que adoraba á ese hombre. Yo sola soy desgraciada. ¡Qué feliz es su esposa! Cuando vuelva á verla la oprimirá contra su corazón, y la llamará hermosa. Cuantas veces me lo ha llamado á mí también. Pero no volveré á oír su voz. ¡Era tan armoniosa! Ay! Alfonso, Alfonso, ven, ven, que me muero y quiero verte antes de morir. Pero no, vámonos, la puerta está abierta, adios, adios para siempre!—Y rápida como el viento salió al jardín, y se perdió en el campo, pero llevaba la muerte en el corazón.

#### IV.

Al abandonar á Dalanda andaba D. Alfonso al acaso por las largas galerías como si le impulsase el soplo de su dolor.

Por fin entró en un salón. Al verle los pages se estremecieron; raía la cabeza descubierta y el manto se había desprendido de sus

hombros. Apoyó su frente el alfeizar de una ventana de mármol y dijo con apagada voz — «Traed al Judío, y despejad.»

Hazan conducido por los pages quedó en medio del salón.

—Acercaos, Hazan, no temais, que ha intercedido por vos un corazón á quien nada puede negar el rey de Castilla.

—No temí nunca, señor, al hombre que desprecia la vida, y anhela pronta muerte, no puede infundirle temor la justicia de los reyes.

—Anhelais la muerte? No creo propio del hombre ese deseo, no lo juzgo digno de un sábio,—dijo el rey con ironía.—El Judío calló.

—Dejemos esto. Os llamo para deciros que os hago libre, sin imponerlos la pena que prescriben justas leyes contra el osado que se atrevió á violar mi morada y mansion; pero no será sin exigiros antes que me conteis el nacimiento de esa niña,—recuerdo que of en vuestra boca, en pasados tiempos, un discurso de crímenes....

—Siento, señor, renovar llagas que el tiempo ha cicatrizado ya. Cada uno de los dias de esa niña ha sido lágrima de sangre, que ha caido de mis ojos para ulcerar mi corazón. He buscado lo maravilloso para matar la realidad, he querido gustar el brevage de la ciencia, para encallecer el corazón. Y nada he conseguido sino aumentar mis dolores y dar nueva vida á mis trístisimos recuerdos.

—No os pregunto vuestros dolores, si el nacimiento de Dalanda.

—Vivia en Toledo una hermosa muger cuyo nombre no debo revelar, que reunia los encantos de la belleza á los encantos de la fortuna. Educada en prácticas religiosas, reclinada en el regazo de su madre, á quien la lanza de los moros deja sumida en dolorosa viudez, poseia un corazón tan dulce que el menor infortunio debía romperse; porque era como hermoso frágil. Aunque llevaba ilustre nombre y era de elevada prosapia, ni quiso nunca presentarse en la corte, ni acudió á danzas, á justas y torneos. Su mundo se concluia en las tapias de su jardín. Su cielo estaba do quier que ella estuviese.

Por aquel tiempo presentia yo que el imperio de los Califas iba á caer herida por la espada de vuestro padre, y me refugié en Toledo buscando proteccion para continuar al abrigo de la paz mis incesantes y afanosos estudios. Llegué y conocí á doña Inés. Era yo jóven y sentí en mí una pasion infinita. ¿Pero cómo un judio habia de atreverse á posar sus ojos en dama tan principal? Valian mis riquezas el precio de un reino; estos cabellos que ahora blanquean como la tierra que me aguarda eran entonces rizados y negros; mis hundidos ojos despedian el fuego de la juventud, y mi corazon nunca asaltado por el amor, se abria á la vida delirante y afanosa. Entonces conocí cuán amarga es la suerte de los hebreos.

—Lejos de doña Inés me era imposible vivir. Oculté mis riquezas y me vendí por esclavo para cultivar su jardin. Las flores que entretegia á sus cabellos eran hijas de mi cuidado. Esto servia de consuelo á mi alligido corazon. Alguna vez pasaba por mi lado y yo me embebecia mirándola de hito en hito. Pero en estos dias vino una gran desgracia sobre doña Inés. Tenia un hermano, valiente y guerrero, aunque algo indómito por haber vivido siempre en señoriales castillos. La ocupacion del mancebo era en tiempo de paz la caza; su descanso las justas; su vida toda el combate. Y habiéndose levantado D. Diego de Haro, señor de Vizcaya, contra la autoridad de vuestro padre, aprestóse á pelear bajo tan rebeldes banderas. Los insurrectos y rebeldes fueron arrollados y preso el hermano de doña Inés.

Era sensible y buena aquella muger, ideal objetó de mi pobre corazon. Y apenas tuvo noticias de tal desaguizado se entregó al dolor con toda su alma. No descansaba, no dormia. No tenia ojos sino para llorar, ni voz sino para gemir, y su madre sufría al par los mas crueles dolores. Temíase y con razon que la justicia de vuestro glorioso padre arrancase de sus hombros la cabeza de aquellos bravos señores.

Un dia se oyó á la puerta de nuestra sombría morada el paso

de guerrero corcel. Entró un mensajero venido de la prision do yacia el infeliz, y trajo un pergamino do venian las siguientes lineas :

«Madre mia. El alcaide de este castillo me promete salvarme si yo le doy en cambio la mano de mi hermana. Se llama Pero Martinez de Pampliega. De vuestro mandato, señora, pende la vida de vuestro hijo.»

—El consejero de D. Enrique? el muerto en los campos de Lebrija?

—Si.

Una alegria salvage sacudió el corazon de la afligida madre, y sin pensar que podia salvar al hermano asesinando el corazon de su hermana, dijo que estaba pronta á cumplir tamaña exigencia.

No podré ponderaros los dolores que sufrió mi corazon sabedor de tan triste nueva. Dejé secar mis flores porque queria que el jardin reflejase mis sentimientos, atormente mi cuerpo; porque juzgué una fácil empresa arrojar del pecho con crueles tormentos la pasion, que habia tenido para mí tan inocentes encantos.

No se dió treguas á la promesa; venciéronse todos los obstáculos, y á los pocos dias debia verificarse el enlace.

Señalóse el dia de la boda, y aun no habia parecido el feliz mortal, que llenaba su corazon con amores, que eran mios, porque el soplo de Dios me los habia inspirado. Todo estaba preparado en el oratorio, cuando al anocheecer se oyó tropel de caballos en la calle; resonó el pesado aldabon; abriéronse las puertas y penetró Pero Martinez de Pampliega seguido de varios infanzones. Entrar en la habitacion, saludar con desenfado y decir:—vuestro hijo está libre—fue todo obra de un momento.—Cumplidme la palabra empeñada.—Estamos prontas, contestó la madre.—Pues á la capilla. Hé ahí el pergamino en que vuestro hijo os da cuenta do su libertad.

Inés reprimió su cólera porque la ira subió á sus mejillas al

ver la fiera franqueza del que le destinaban para eterno compañero. Apoyóse en su madre, y sin proferir palabra siguió el camino que le señalaba el hidalgo.

Yo estaba en el jardín agarrado á los muros con mis uñas, queriendo penetrar al través de aquellas piedras é impedir que me robasen mi dicha. A cada palabra que me traía el viento, daba con mi cabeza contra el muro, lastimándome horriblemente. La noche era espantosa, caía á torrentes la lluvia, y no me apercibí de ello; brillaban siniestros relámpagos, y no los ví; resonaban roncós truenos, y no llegó á mi oído su pavoroso estruendo.

El caballero despidió á sus amigos. Mientras su esposo acompañaba á los infanzones, doña Inés abrió una ventana que daba al jardín para aspirar tal vez el aliento de la tempestad. Entonces pude verla á la luz de siniestro relámpago envuelta en blanco velo, con los ojos arrasados de lágrimas y los brazos estendidos al cielo, apagado el color de sus megillas, temblorosa y en actitud de espera, y desesperante. Yo me postré en el suelo para adorarla; pero sonó la voz del dueño de doña Inés y la infeliz abandonó la ventana, no sin lanzar un gemido tan hondo que taladró mis sienes.

El de Pampliega se dirigió á la cámara nupcial, y le siguió la jóven casi maquinalmente.

Entraron en ella, é Inés se arrastró sin fuerzas hasta un sillón; y mientras el hidalgo la miraba frente á frente. Despues he sabido lo que sucedió allí.

—Tiemblas Inés, la dijo.

—No, no tiemblo.

—Pues yo en vuestro lugar si temblaría.

—Qué decís? exclamó espantada la jóven.

—Temblareis, porque ha sonado la hora de la venganza.

—¿La hora de la venganza? no os comprendo.

—Me conoceis, Inés.

—No; sois mi esposo, pero no os conozco.

—Os acordais de un hidalgo que sostuvo crudas contiendas con vuestro padre?

—Sí.

—Nunca habeis oido pronunciar mi nombre?

—Jamás.

—Pues ese hidalgo soy yo.

—Vos... vos..., dijo Inés, que iba comprendiendo algo de lo que anhelaba espresar el infame caballero con su fria mirada y su horrible sonrisa.

—Vuestro padre me robó la tranquilidad, pero yo le robé la vida. ¿Os asusto? ¿Me creéis loco? No, digo la verdad. Era arrojado y valiente el hombre que os prestó el ser. Odiaba á los moros como yo le odiaba á él; y se ponía siempre lanza en ristre al frente de las cristianas huestes. Le seguí á los combates esperando alcanzar cumplida venganza de los entuertos que me habia causado; y en los campos de Medina, cuando ciego de cólera peleaba entre los alfanjes damasquinos que no podian sostener los botes de su robusta lanza, le alcanzó mi espada, hirióle profundamente y le dió la muerte.

—¡Mónstruo! dijo Inés, cayendo sobre su sillón.

—Pero mi cólera no se ceba solo en los padres, alcanza tambien á los hijos, porque no hay cumplida venganza sino cuando el sepulcro ha tragado hasta los recuerdos del hombre á quien laborrece el corazón. Vuestro hermano habrá á estas horas abrazado á su padre.

—Mi venganza para con vos. Sois muger y quizá gozarias un momento de dicha si yo hubiera guardado secreto, y por eso os he mostrado el esposo que teneis. No lloréis; no, os consolaré, hablaremos de vuestro padre y hermano!

—Oh! mi hermano vive, sí, ese pergamino; no es cierto lo que decís!

—Pertenece á vuestra familia, dijo con frialdad el infame.

Doña Inés cayó desplomada al suelo.

El de Pampliega abriendo la ventana colgó una escala de seda y saltó al jardín. Yo estaba allí. Era mi rival, y le miré y concebí una idea terrible al verle marchar de aquel modo. Después comencé una ascension peligrosísima; pero subí al aposento. Estaba hermosa. Sus ojos entornados parecían adormecidos con un sueño angelical. Latía tranquilo su corazón. El judío tenía entonces treinta y tres años. Amaba con delirio. Las imágenes que le habia inspirado la felicidad del de Pampliega, eran seductoras; y ardiente por su amada; la muger que habia adorado sin esperanza yacía á sus pies. Turbáronse sus sentidos y el judío fué feliz.—Don Alfonso no pudo menos de lanzar una honda y desgarradora exclamacion.—¡ Miserable!

—Callad que están hartos mis sentidos de escuchar esa misma voz proferida por mi conciencia.

—Continúa.

—Después perseguido por el recuerdo de mi infamia y la memoria de los goces robados, huí de la casa de doña Inés. Pero dejé en aquella casa mi alma, mas que nunca esclava, mas enamorada y mas ardiente cada dia. Aquella noche hubo en Toledo un motin. Se dijo que su intento era atentár contra los derechos reales y que la plebe fué acaudillada por nobles infanzones: ambos dichos son verdaderos. Pero Lopez de Pampliega acaudillaba á los que asaltaron la puerta Visagra. Por eso huyó, por eso dejó á su esposa en el suelo desmayada, por eso doña Inés fué presa del judío. Vos sabeis, señor, que aquellos nobles fueron perseguidos y que huyeron. Doña Inés no supo mas de su esposo. Poco después conoció que era madre. Bendijo á Dios porque la otorgaba tan dulce consuelo. La infeliz no conocia al padre de su hija, creyó que era Pero Lopez de Pampliega.

—¿Y aquella niña?

—Sí, se llamó María, yo la llamé Dalanda.

—Hija tuya!

—Si, soy su padre, y por eso os la disputo á vos, que sois su amante! exclamó el judío con orgullo.

—Continúa, continúa!

—Prestadme fuerzas. Nació Dalanda. Mi alegría fué feroz. Fué el contento del tigre que ve á su presa al alcance de sus garras. Entonces cayó enferma Doña Inés. Fui llamado y salvé á la madre y á la hija. ¡ Aquellos dias han sido los únicos felices de mi vida! Doña Inés me concedió su amistad; pero yo deseaba mas. Poco despues la declaré mi amor, pero oculté mi crimen. Me escuchó con espanto y su amistad se trocó en odio y mi amor en ira. Desde entonces la ví dos veces, me miró, besó á Dalanda y me escupió en el rostro. Juré vengarme.

—¡ Concluye judío! —dijo el rey colérico.

—Poco despues supe que volvia Pero Martinez de Pampliega. Supe que venia necesitado de dinero. Le salí al encuentro y el oro nos unió. Quería presenciar la entrevista de ambos esposos.

—¡ Infame! —

—Oh señor! callad, fué horrible,—y el judío pasó las manos por la frente como para apartar un fantasma. El hermano de doña Inés no habia muerto, venia con el caballero: la infeliz madre á su vista llena de ternura, se acercó á su esposo, presentándole á Dalanda.—Señor, recibid á vuestra hija.—Aquellas palabras fueron para el de Pampliega hierro candente que le abrasó el honor.—¡ Mi hija! mientes miserable adúltera. Me separé de tí en el momento que te desmayaste! —La desgraciada madre aterrorizada volvió sus espantados ojos en torno y leyó en mi rostro la funesta historia de su desventura, porque cayó en el suelo exclamando:— Oh! el esclavo! el judío!...—Hazan calló.

—Y despues?

—Señor, no lo sé; otra vez en vuestro alcázar os conté el fin; no hagais que recuerde aquella escena, porque solo veo sangre, sangre. La querian separar de su hija y la infortunada se resistia. El judío no sé que murmuraba y el esposo—decís bien, exclamó,

la madre y la hija!—y blandió su daga, y el padre salvó á su hija y la puso en brazos de un caballero que acudia á los gritos.—¿ Os acordais?— aquel caballero era el infante D. Alfonso, hoy rey de Castilla.

—La madre murió?

—Mis manos la dieron santa sepultura.—Basta, por piedad, señor!—y el judío lloraba.

—Y yo la puse en tus manos?

—Entonces conocí que habia una Providencia en los cielos.

—No para tí, miserable!—y el rey ciego de enojo y ardiendo en ira, se arrojó sobre el judío puñal en mano. Pero el recuerdo de Dalanda detuvo su diestra.

—¡ Ves! huye, tu hija te espera en tu bosque. Dices bien, hay una Providencia.

El judío corrió al campo y los vientos de la noche traían los ecos de su voz que repetía á gritos el nombre de Dalanda.

D. Alfonso pasó la noche en la Galiana. Su sueño nadie lo supo.



CAPITULO XI.

Conspirar por cuenta ajena.

Era ya de todo punto imposible dilatar por mas tiempo, la resolucion de la embajada y venida de Doña Cristina á España; conociólo así D. Alfonso y decidióse á pedir nuevas del estado de sus negociaciones en Roma, punto que hasta entonces habia evitado conocer. Llamó al obispo Martinez, al cual tenia encomendado aquel negocio.

—Decidme mi buen Martinez, en qué estado se encuentra nuestra pretension cerca de la córte romana.

—Señor, tiempo há que era mi único anhelo, que V. A. pusiera mano en esta negociacion, porque han surgido complicaciones que forman laberinto tan intrincado de intereses, que desfallezco cada vez que mi ánimo se cura de buscarle vado y enmienda.

—El Santo Padre rehusa otorgarnos su concesion?

—Señor, en efecto....

—A vos que siempre poseis mis pensamientos mas secretos os diré que á la verdad no me pesa tal negativa.

—Señor, ese pensamiento, que vos llamais secreto, ha sido adivinado: vuestra grave galanteria para con la princesa ha sido interpretada favorablemente por personas, que abrigan proyectos mas ó menos infundados.

—¿Aragon ha gestionado cerca del Papa para impedir ese enlace?

—Sí, pero hubieran sido inútiles sus gestiones, si mano que alcanza mayor favor en Roma no hubiera secundado sus proyectos.

—¡D. Felipe!—dijo el rey,—adiviné sus planes, cuando poco despues de llegar á Toledo la princesa el ardiente partidario del enlace, tornóse en no menos ardiente adversario, pero sentimientos de mayor precio entretuvieron mi ánimo y no paré mientes en el juego de mi hermano.

—Sin duda sirviendo proyectos que no me es dado sospechar.

—Oh! D. Felipe es incapaz de guardar silencio acerca de sus intentos; por otra parte son fáciles de adivinar, quiere abandonar el estado eclesiástico y considera esta como ocasion oportuna.

—Es de mayor entidad la intriga seguida. Cerca de Su Santidad ha hecho repetir la voz de que el rey de España estaba pronto á desistir de su proyectado enlace, si obtenia una gracia, que era muy grata para su corazon.

—¡Una gracia muy grata para mi corazon!

—Ese es el primer paso, el segundo redúcese á enamorar á la infanta alejándola de V. A. y en verdad, que vuestro retiro y vuestra melancolia han coadyuvado poderosamente al logro de sus intentos.

—Asi espera el infante alejarse de la mitra, que tan pocas relaciones guarda con su carácter.

El plan es sagaz y revela ingenio, y no es el infante D. Felipe, el autor.

—Creo lo mismo, señor, y según mi parecer y reconociendo algunas de las partes, que componen esta conjuración, no tarda mucho en divisarse la mano de D. Alfonso de Aragón.

—Y de D. Alfonso de Portugal, —dijo el rey con triste sonrisa recordando su entrevista con Doña Mayor.

—¿D. Alfonso de Portugal?

—Sí, mas dejemos esto. Ya que Aragón, y Portugal y gran número de caballeros de mi reino, se oponen á esa unión sigamos la general opinión, que ya comienza á ser impropio de mi edad, en pretener el pensamiento con amorosos desvaríos.

—En tal caso precisa buscar medios para no herir el orgullo de la infanta y de los embajadores.

—Buscaremos.

—Señor, conviene no apartar la vista de los planes que en torno nuestro se agitan.

—Decís bien, y puesto que han ganado mi espíritu antes de conocer sus combinaciones, justo es que como premio les permitamos, que lleguen al fin si han fuerza para llenar el objeto apetecido.

—Si tal es señor vuestro pensamiento, conviene no apartar la vista de esa gracia que promete S. S. No conviene hacer alarde de generosidad cuando somos los vencidos.

—¡Esa gracia...! ah! tomó cartas en el negocio Doña Beatriz y D. Fadrique Dávalos, —comprendo, si comprendo, —murmuró el rey—después de breve meditación añadió dirigiéndose al obispo—Martinez, grata es para mi corazón de padre esa ventaja, que me ofrecen é inclina por fin mi ánimo.

—Sereis obedecido, —é inclinándose retiróse el obispo.

D. Alfonso permaneció por breves momentos embebido en sus propios pensamientos, recorriendo el sin número de intereses que se oponían á su enlace con Doña Cristina.

—Aragón, —decía—se une con Portugal, y mueven á D. Felipe y muévese mi corazón por medio de Doña Mayor, que por conse-

guir la salvacion de su hija pierde el pensamiento. La infanta se aleja de mí, y consigo tranquilizar el corazón de una madre, y cumplir mi palabra.... además la misma Providencia me habla con los labios de Dalanda, todo me aconseja y todo me absuelve. Doña Cristina no será mi esposa.

En aquella hora y no lejos del sitio teatro de la conferencia relatada tenia lugar otra no menos interesante y relativa al mismo asunto. D. Fadrique Dávalos y el infante D. Felipe conversaban sobre los adelantos notados en su intriga y sobre los resortes en los cuales era necesario poner mano para alcanzar el apetecido objeto.

D. Fadrique guiado por la nobleza de su alma sometíase á cuantas exigencias el curso vario de los acontecimientos mostraban como necesarias. Adivinó los planes de D. Felipe y púsose á su lado, aunque guardando secreto el impulso que le movía. El iluminó el espíritu del infante, mostrándole los sentimientos del corazón de D. Alfonso, que prestábanse á dar ayuda á sus planes, él fué el que puso en juego aquel delicado sentimiento de padre, que con tanta fuerza inclinó el corazón del rey de Castilla.

Pero la caballeresca nobleza de D. Fadrique necesitaba estar presente de continuo, para que su espíritu no desmayase en la tiránica lucha emprendida. Por asegurar la felicidad de Doña Beatriz vióse precisado á desgarrar el pecho de Doña Mayor, de una muger que amaba con todo el fuego que la eternidad infunde en las pasiones. Vióse precisado á escuchar las estrañas confidencias de su rival, y ahora en mengua de su característica nobleza veíase precisado á alternar con personas cuya faz marcada con hipócrita sello causábale singular disgusto y no pequeña repugnancia. Los

padres—murmuraba de continuo,—se dán en perpétuo holocausto por sus hijos, pero los que blasonamos de buenos nos damos en perpétuo holocausto por el infortunio.

El infante le felicitó por lo acertado de sus consejos y el buen resultado que habian tenido sus planes.

Despidióse y salió el de Dávalos y poco despues el obispo, al abandonar la real estancia, dirigióse á las habitaciones del infante; prevenido ya con la conversacion habida con el monarca, no temia las asechanzas que pudiera presentarle el improvisado intrigante.

—Señor, espero lo que tengais á bien comunicarme.

—Nuevas dolorosas.

—Escucho.

—Como sabeis tenia mis comisionados en Roma, impetrando cerca del Santo Padre su autorizacion para romper los vínculos que unen á nuestro rey con Doña Violante.

—Y el Papa la ha denegado.

—Ah! lo sabiais?

—En este momento acabo de ponerlo en conocimiento de S. A.

—Sí, como me era en extremo sensible el dar el primero esa nueva he permitido que circularan rumores, con el fin de atenuar el efecto que causára la confirmacion de la noticia.

—¡Delicada atencion!—dijo el obispo con ligera ironía.

—Y puesto que S. A. tiene ya completo conocimiento del suceso, ¿cuál es la marcha que debemos seguir?

—S. A. ha comprendido todo el curso de las negociaciones y exige de sus directores el cumplimiento de la promesa hecha por S. S., único norte de sus deseos.

—¡Qué decis! ¿D. Alfonso habla de directores en esta negociacion?

El obispo Martinez no pudo resistir la tentacion de humillar el presuntuoso ademan del infante y añadió:

—No diferian tanto los proyectos de D. Alfonso de Aragon y de D. Alfonso de Portugal, de sus secretas inclinaciones, que preci-

sáran al rey que todo lo vé y lo comprende todo, á oponer fuerte mano á sus intentos!

Desconcertado quedó D. Felipe y solo tuvo fuerzas para murmurar ¡D. Alfonso de Portugal!

—El esposo de Doña Beatriz hija del rey, y sobre cuya frente lanzó el Papa espantoso anatema, que hoy gracias á vuestros esfuerzos levanta.

—Ah! ahora comprendo la conducta de D. Fadrique,—esclamó el infante.

El obispo no fué dueño de reprimir el contento que le causaba la confusion de aquel novel conspirador, y añadió:

—Señor, en la córte las palabras tienen muchos sentidos, y los rostros de los hombres muchos aspectos.

—Pero decidme,—dijo el infante acercándose al buen obispo que saboreaba con sin igual placer su victoria,—decidme, el rey conoce mis pretensiones?

—Son las que como rumores me referisteis dias atrás en los salones del alcázar,—dijo con ironía Martinez.

—Lo confieso,—murmuró confuso el infante.

—Antes de que vos las confiárais eran conocidas para Don Alfonso.

—¿Pero qué dice, cómo me juzga? ¡por piedad!

—Es punto que guarda secreto, y solo vos sois la persona que puede escuchar su opinion en esa materia.

—Yo presentarme al rey?

—A quién interesa?

—El Papa me dispensa el simple voto.

—El rey debe ratificar esa dispensa.

—Pero amo á la infanta y la infanta me ama.

—Hacerlo así presente á D. Alfonso de Castilla, contestó el obispo con severo tono é inclinándose se retiró.

El infante quedó mudo de asombro. Creia tener presa la corte de Castilla en sus redes, y ahora veíase por el contrario preso con

estrechos lazos, y todos los que tomaron parte en aquella intriga conseguian su objeto, y solo sus deseos eran los que aparecian mas nublados que nunca.—Se han servido de mí como de un instrumento; pero á grandes males grandes remedios: voy á ver á la infanta. Y tomó el camino que conducia á las habitaciones de doña Cristina.

### III.

Pocos dias despues de la conversacion relatada, distraian mensageros del rey las penosas meditaciones de D. Fadrique Dávalos. S. A. llamábalo á su presencia. Exaló un suspiro y llamó á sus escuderos para que le vistiesen y ataviasen. Encaminóse al alcázar á pié segun su costumbre, porque la rapidez de sus corceles no le dejaban tiempo para coordinar sus pensamientos y desechar por breves instantes la atmósfera que el sufrimiento creaba en torno de su espíritu. Anuncióse y fué conducido á presencia del monarca, que tambien reflexionaba porque nuevas llegadas de Gascuña dábanle á conocer que los pactos firmados por el rey de Inglaterra no eran respetados como debieran serlo, y ya gran número de nobles acaudillados por D. Gaston corrian á las armas á fin de poner ésto á los desmanes del inglés, al mismo tiempo que hacian un llamamiento á la lealtad del rey de Castilla para que obligase á D. Eduardo al cumplimiento de lo pactado.

La llegada de D. Fadrique distrajo su enojo, brilló en su faz ligera sonrisa, pero sonrisa que no habia bastantes fuerzas para plegar sus labios.

—Siempre os encuentro pronto á mis mandamientos.

—Señor, el único deseo que abrigo es obedeceros, porque no ignoro que el hacerlo así redunda en gloria para vos y en bien para todos.

—No siempre seguís mis órdenes y respetáis mis sentimientos,— dijo el rey con afable acento.

—Al nacer nací vuestro vasallo, pero Dios impúsome también obligaciones que el tiempo ha hecho sagradas, y las obedezco, señor, porque conozco que Dios lo quiere,—dijo el caballero con acento firme y frente serena.

—Os habeis adelantado á mi y creo que vuestras acciones causarán infortunios—dijo el rey con voz entrecortada por la melancolía.

—Si os ofendi señor, olvidad mis anteriores palabras, que humilde espero vuestro castigo.

—Nunca castigo lo que nace generoso y muéstrase siempre grande.—El caballero permaneció silencioso.—Se me alcanza que os asistieron fuerzas santas en vuestra empresa, y corrieron lágrimas abundantes para que tenga corazón capaz de hacerlas correr de nuevo.

—Oh señor! á vuestro lado el ser noble y bueno es condición precisa,—dijo el caballero con la mano puesta en el corazón.

—Pláceme que me juzgueis así, porque solo ante el tribunal de los sacrosantos afectos de padre y caballero encuentro justificada mi conducta.

—La infanta enloquece por el infante, según es voz general.

—Sí, pero ese amor quizá haya sido arrancado del pecho de Doña Cristina no concedido por su voluntad. ¿Qué medios emplea D. Felipe para atraer el inocente ánimo de esa niña, que se adormece al eco de sus baladas, pero que sueña con amores celestes?

—Señor, cumplí las órdenes que me dictó mi deber de caballero y mi amistad para con la reina de Portugal y Doña...—el nombre de doña Mayor no pudo salir de sus crispados labios,—pero he permanecido extraño á las demás partes de esta...

—No esperé menos de los blasones que os adornan,—dijo el rey interrumpiendo al caballero, deseoso de evitarle la calificación de aquella trama. D. Fadrique comprendió la caballescía con-

ducta del rey é inclinó la cabeza en muestra de agradecimiento.

—Tal vez, continuó el monarca, no han titubeado en pintar mis hechos con negros colores á los ojos de esa niña, porque la calumnia me persigue,—dijo D. Alfonso aludiendo á sucesos ya enumerados en nuestra crónica.

—Si tal hicieron, lucirá solemne y terrible el día de la verdad.

—Sí, entonces comenzarán los instrumentos de que hablé, porque no se me esconde la nobleza de espíritu, que domina á Doña Cristina. Si los buenos deseos de mis servidores y la impaciencia del infante hubieran dejado obrar á mi voluntad, hubiéranse evitado esos dolores. Pero en estos instantes ¿cómo oponerse á los necios cuando mi corazón de padre me inclina, mi deber de caballero me arrastra y me absuelve la petición de la mano de Doña Cristina, que en su nombre, acaba de dirigirme D. Felipe? Acepto los hechos, que vos habeis dirigido, y me constituyo en cómplice vuestro al aceptarlo. Si originan disturbios y causan llanto, mostraré al juez que juzga á los reyes, mi corazón y su sabiduría infinita juzgará mis actos.

D. Fadrique permanecía silencioso admirando la nobleza y el ingenio del rey, que con tal maestría sondeaba los arcanos mas recónditos del alma humana.

—Ahora,—dijo el rey con triste sonrisa,—como cómplice vuestro quiero premiar vuestros buenos servicios.

—Señor!—dijo D. Fadrique dando un paso atrás y mirando al rey con reprimido enojo.

El rey volvióse á la mesa y tomando varios pergaminos de los cuales pendian gruesos sellos, exclamó:

—Tomad, mi hija no está maldita, su madre puede ya gustar tranquilidad y reposo, sed el primero en dar nueva tan placentera.

—Señor,—dijo el caballero con voz conmovida,—los sellos penden aun y las sedas, no estan abiertos estos pergaminos.

—A vos toca el abrirlos y ser el primero en leerlos, porque á vos se os deben esos pergaminos.

D. Fadrique arrojóse á sus plantas y besando con ardor su mano, exclamó con efusion.

—¡Mi vida, tomad mi vida, y ya que no mi existencia mi muerte será feliz y dichosa!

El rey lo levantó y estrechó con efusion sus manos.

—Id, id, D. Fadrique, que cada momento es una lágrima, id y como premio y galardón recibid su reconocimiento.

Salió D. Fadrique y murmuró el rey.

—¿Será este el único bien que cause mi conducta?



... y en otros lugares de  
las iglesias de las ciudades y de los por el momento a Val de  
Gama, Val que tenía los reos y daban feudo al rey y en este  
modo el casamiento de D. Felipe...

Si en tal feudo el casamiento de D. Felipe no fuese para el  
casamiento de Doña Cristina, que se comencian a poner día los do-  
lores y sufrimiento que marchaban en vida, arrastrando sus vi-  
tudes y su belleza como muerte cometa y aterrorizadora. Historia es  
esta que merece por sí misma ser leída por los que desean saber de  
nuestros en su relato.

## CAPITULO XII.

... y en un momento se le  
y cuando el rey volvió a su habitación en Avila...

### Perdon.

Mientras en Toledo celebraban el enlace de D. Felipe  
cumplía el encargo del rey en el castillo escogido por Doña Mayor...

#### I.

el cumplimiento de la promesa de D. Alfonso, y aquella esperaba  
era su compañía en la soledad del castillo que consideraba sus do-  
lores y el consuelo que esperaba sus herosos ojos. Así nació su enla-

El enlace entre Doña Cristina y D. Felipe que ante los obispos  
hizo renuncia de su eleccion y leyó la dispensa de sus votos, tuvo  
lugar poco despues de los acontecimientos referidos. El rey mos-  
tróse afable con la infanta; pero no quiso apartar de sí la grave-  
dad con que siempre trató á la princesa, respetando á su hermano  
y temiendo en la intimidad de la conversacion volver la vista á lo  
pasado y señalar la conducta artera del infante y destruir asi la fe-  
licidad de la desposada en los momentos en que el júbilo debia im-  
perar en su pecho.

Y cuenta la crónica que dióle el rey al infante—«la Martimega  
de Avila y todos los otros pechos del rey que habia en Avila, y  
otros diez para cada año todas las tercias del arzobispado de To-

ledo y de los obispados de Avila y Segovia, y en otros lugares dioles algunas de las sus rentas, y dioles por heredamiento á Val de Corneja, Val que tenian los moros y daban feudo al rey y en esto fincó el casamiento de D. Felipe.»

Si en tal fincó el casamiento de D. Felipe, no fincó aquí el casamiento de Doña Cristina, que se comenzaron aquel dia los dolores y sufrimiento que marchitaron su vida, arrastrando sus virtudes y su belleza á una muerte sombría y aterradora. Historia es esta que merece por sí un libro, y ahora no nos es posible detenernos en su relato.

## II.

Mientras en Toledo efectuábase el enlace dicho, D. Fadrique cumplia el encargo del rey en el castillo escogido por Doña Mayor como su retiro. La desgraciada madre de Doña Beatriz esperaba el cumplimiento de la promesa de D. Alfonso, y aquella esperanza era su compañía en la soledad, el bálsamo que consolaba sus dolores y el cendal que enjugaba sus llorosos ojos. Así que su entendimiento en el naufragio de su inteligencia asiase á la idea consoladora vertida por el rey, como á tabla de salvacion. Al presentarse ante su vista D. Fadrique leyó en sus ojos la nueva feliz de que era portador, y al saber que ya no gemia su hija de horrible maldición, que libres se levantaban sus oraciones en el espacio y que feliz bendecía el recuerdo de su madre, todo su pensamiento, toda la vitalidad de su ánima, fijóse en el nombre de D. Alfonso y comenzó á invocar su memoria con todo el ardor de su pasión, que resonaba en su calenturiento seno á impulsos del mas fervoroso agradecimiento que sintió jamás el pecho de una madre. Y

¶ Pero pasado el arrebató propio del primer momento, la naturaleza de Doña Mayor debilitada por el continuo delirio que agita-

ba su mente, cayó en éstasis profundo, fatigada por la febril energía que escitó en ella la nueva de que era portador D. Fadrique. Entonces pudo contemplar el caballero el triste estado en que encontraba á la beldad que en pasados tiempos encantó la córte de Toledo con el esplendor de su belleza. Demacrado el rostro, surcada su frente por el dolor, escitadas las arterias de sus sienas que palpitaban sin cesar, descarnadas las manos con que cubria sus ojos hermosos otros dias, pero hoy hundidos por el sufrimiento, escitaba sentimientos de compasion y hacia que las lágrimas asomaran á los ojos.

Vuelta á la vida, su enflaquecida inteligencia perdió todo conocimiento de lo pasado, una idea se levantó en su mente y enseñoreándose de ella velaba á sus ojos los objetos que la rodeaban y abismaba su pensamiento en la contemplacion de un recuerdo, al cual el delirio prestó todos los colores que revisten de vida al momento presentè. El dolor no fué bastante á turbar su poderosa inteligencia, porque la humana naturaleza se identifica con el sufrimiento, pero su gozo de madre trastornó su razon, porque es cosa desusada que nuestra alma vivirá momentos de alegría.

Doña Mayor tornóse loca, y aquella locura sobrecogió su naturaleza que no habia fuerza necesaria para resistir aquel desarrollo de su espíritu y cayó su cuerpo en la postracion y la vida fué retirándose de aquel ser galvanizado por el delirio y por la fiebre. La última palabra que pronunciaron sus lábios cuando el conocimiento del mundo real, fué una frase misteriosa, pero que hizo nacer en el pensamiento de D. Fadrique sentimientos de piadosa contemplacion.

—¡Dios me perdona!—y este último suspiro de su alma cristiana, fué el adios á la vida, fué el grito de júbilo que lanza espíritu, cuando siente el soplo del cielo que arroja la vida que vivimos en este mundo y nos inicia en los secretos de la eternidad.

Desde aquel momento comenzó su agonía. Pero su agonía fué el gemido de su pasion al rey, que circulaba con fuerza sobrenatu-

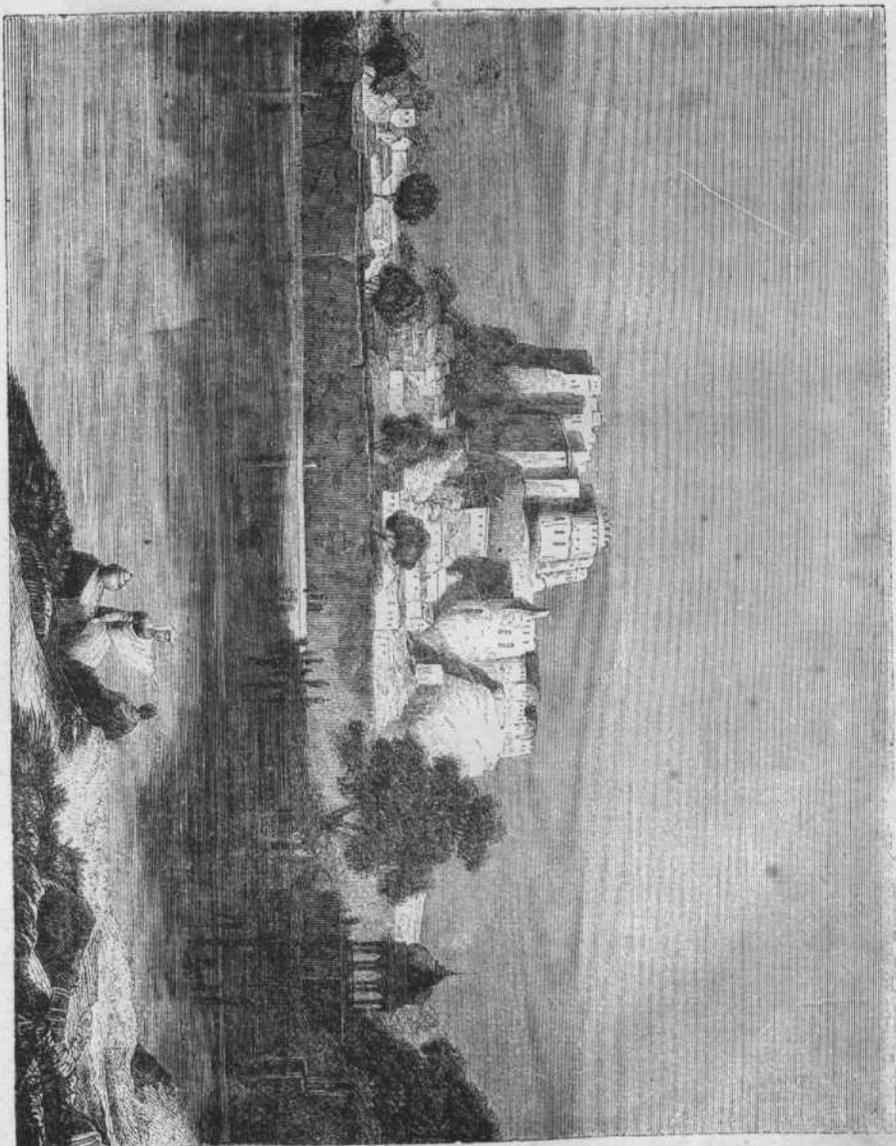
ral por sus venas. D. Fadrique conmovido sentado á la cabecera del lecho, miraba con tristes ojos aquel cuadro de amor y sufrimiento, de muerte y eternidad. Olvidaba que el nombre que el delirio arrebatava de la frente de Doña Mayor, era el nombre de su rival, y en tanto que la infortunosa loca con trémula, pero vibrante voz y con la sonrisa en los labios, hablaba á la sombra de su amante que veía ante sus ojos, el caballero oraba en voz que los sollozos cortaban, por el ánima de la que fué su amada é iba en los cielos á ser su ángel tutelar.

Un religioso á los pies del crucifijo pedía el consuelo y la paz para el alma atribulada, que despedíase de la vida. El llanto de la religion y el llanto de la amistad acompañaban los gemidos de su agonía.

—¡Cuán misericordioso es Dios, y cuánta su bondad!—esclamó D. Fadrique despues de escuchar las palabras de Doña Mayor que parecidas á suspiros de felicidad brotaban de sus labios. Sus lágrimas han corrido durante su vida, en espíacion de una falta, y cuando en el momento fatal de la muerte el arrepentimiento hubiera murmurado en sus oidos, siniestros augurios, condolido de sus llantos y dolores, el cielo le priva de la memoria y la envuelve en los únicos pensamientos que pueden solazar su ánima.

—Decis bien Dios es misericordioso!—murmuró el fraile y junto á los pies del lecho resonó un gemido: Nuño oculto entre las colgaduras oraba tambien por su señora.

—¡Beatriz!—esclamó la enferma—como asciendo colocada en el seno de los perfumes y de los cantos de las aves, que impelidos por la oracion de Alfonso suben al cielo. Ah! que vista! mis pensamientos de niña cuando corria por los pensiles, las palabras de amor de Alfonso y sus caricias son aquí ángeles, que toman formas suaves y ligeros como el eco de un laud que repiten las ondas del lago, y cantan y me colocan en sus brazos y nuevos coros de ángeles salen á mi encuentro.... son los perfumes que me placian tanto, el alelí que hermoso es! su perfume encanta la vista, deleita al oido,



D ALFONSO EL SABIO LAM. 12.



porque es un ángel bellissimo, y ascendemos y el recuerdo de mis amistades, mis amigos, D. Fadrique, D. Be... y ascendemos!

—Gracias Dios de bondad! ha pronunciado mi nombre—esclamó el caballero hincándose de rodillas.

—¡Beátriz ascendemos! aqui en esta luz vagan las oraciones de la tierra, ¡que hermosas son! oh! las tuyas; que coro de bellisimos serafines mas bello forman, y como se acercan á mí temblando de júbilo y ascendemos,—aqui no hay mas que un nombre, un eco que repiten los mundos, una mirada solo, ah!—gritó Doña Mayor, Don Alfonso.

Y entonces calló su voz, un rayo de alegría brilló en su frente, sus lábios murmuraban acentos ininteligibles, con febril energia.

El silencio mas profundo reinaba en la estancia, podia escucharse el ligero ruido causado por las lágrimas al desprenderse de los párpados. Con la respiracion ahogada por la inquietud, al parecer querian los espectadores de aquella agonía escuchar el rumor, que causara el vuelo del ángel de la muerte al penetrar en aquella estancia.

Doña Mayor al parecer dormia, los ojos entornados y la palidez estrema de su rostro, el sudor que corria por sus sienes y la sonrisa que aparecia con leves intervalos en sus descoloridos lábios, prestábanle aspecto tan indescriptible que parecia la estatua de la muerte, durmiendo con el cándido sueño de la infancia.

El fisico despues de escuchar su respiracion y consultar sus pulsaciones, de acuerdo con su colega, dirigiéndose al religioso le dijo:

—Padre, auxiliad en cuanto esté en vuestra mano, esta criatura que está próxima á entregar su ánima al Creador.

El religioso cumplió con su consolador misterio administrándole el último sacramento. Despues fué á sentarse al lado de Don Fadrique que pálido y desencajado con ojos estraviados contemplaba el rostro en la enferma, esperando el momento en que el alma se desprendiera de aquel cuerpo, para darle el postrer adios.

Elogióle el venerable sacerdote ambas manos y con esa sagrada poesía que inspira la contemplación de la muerte, hizo descender el consuelo para su alma afligida.

—Padre! padre mio, habládme de Dios, de la vida que gozan los bienaventurados, porque el dolor me ahoga y las lágrimas me sofocan.

El buen sacerdote pidió elocuencia á su corazón é inspirado por su fé y por las lágrimas del caballero que al caer quemaban sus manos, habló con entusiasmo, y cuanto consuelo encierra la religión del crucificado vertió sobre aquella alma acojonada. Un ligero movimiento de Doña Mayor llamó su atención.

—¡Que feliz soy!—esclamó la enferma—Beatriz! emociones dulces como tus miradas pasan por mi seno. y al pasar me inundan de misterios de dulzura y bienaventuranza! El aire de este cielo palpita, y cada latido de su corazón es nuevo pensamiento creador de nuevas emociones. ¡Siempre así, una eternidad acompañada de tu alma, de tus angelicales sonrisas, una eternidad acompañada del amor de D. Alfonso! ah! mis ojos ven ya misterios, mi corazón se abre, nueva vida inoculan los ángeles en mi seno..... soy feliz!

Y dejando caer su cabeza que las últimas convulsiones de la muerte levantaron de su almohada, murió... su postrer suspiro resonó cual la cuerda de un arpa que se rompe, como el último murmullo del aura que se oculta en la enramada.

D. Fadrique miró con ojos fijos el cadáver de su amada, depositó ardientes besos en sus manos y sin desplegar los labios se dispuso á salir del aposento.

Aquel dolor, mudo y solemne aterró al buen religioso, que deteniendo sus pasos, exclamó:

—Llorad! llorad, todos los seres lloran, porque el llanto es el consuelo, ese dolor comprimido en vuestro pecho romperá vuestra existencia. Mirad ese buen anciano,—dijo señalando á Nuño, que de rodillas á los pies de su lecho besaba con efusión el lecho

de muerte de su señora, deshecho en llanto—esas lágrimas calman su amargura.

—Porque su amargura podrá calmarse, porque ya los años le guardan pocos días de sufrimiento, pero yo padre mio, soy joven y vigoroso y tengo largos años que poder entregar al dolor y mi resolución está tomada.

El acento frío y solemne del caballero heló de espanto al religioso que intentaba en vano arrancar lágrimas á sus ojos.

—¡Os cansais en vano padre mio! Sentir en este momento no sería sentir, llorar en este instante, no sería llorar, porque la vista de la muerte y del cadáver de una muger hermosa y sin ventura, arranca el llanto al mármol y conmueve el bronce; cuando los años hayan borrado su recuerdo de la memoria del mundo, entonces el llanto será llanto y el dolor será verdadero dolor!

—Dios ilumine la noche que cubre vuestra alma! Recordad su última palabra, al morir fué feliz!

D. Fadrique quiso contemplar por último el rostro de la muger que amó. Levantó el blanco sudario con que la cubriera el religioso y exclamó con acento que no había ecos mortales.

—¡Mi ventura, mi corazón, adios, yo salvaré tu memoria del olvido que la muerte causa, que tu recuerdo está escrito en el pecho con caracteres que la eternidad forjó. Dios te salve: duermes en paz!

Y con paso lento salió de la estancia.

—Nuño, cumple á la letra la última voluntad de tu ama, que descansa en el próximo monasterio. Concluido tu encargo ven á mí y hablaremos de ella durante nuestra vida.

—Bien señor, ¿no quereis un recuerdo de mi señora?

—Un recuerdo!—exclamó el caballero con desgarrador acento, llevo mi corazón que era suyo y es un recuerdo que nunca me abandonará.

Y montando en brioso corcel salió del castillo y dió á correr por la campiña con dirección á Toledo.

La servidumbre le miró partir consternada, y no faltó page que murmurase se lleva el alma de nuestra señora: y era en efecto así.

## II.

D. Fadrique dejaba suelta la rienda á su corcel, entregándose á cuantos ensueños y proyectos su exaltada mente creaba ó comprendía. No dió parte á D. Alfonso de la situación en que se halló Doña Mayor en los últimos momentos, porque repugnaba á su corazón atormentar á tan cumplido caballero, y forzoso será decirlo, porque mezclábase á esta repugnancia un sentimiento de amante, el deseo de que no miraran otros ojos que los suyos los últimos momentos de Doña Mayor.

—*El* escuchó todos los latidos de su corazón ébrio de amor, justo era que yo escuchara las últimas palpitaciones de su existencia. Es el único privilegio que me ha concedido mi fortuna! oh! si me venciera en dolor como me ha vencido en generosidad y nobleza! pero no, es rey y á los reyes no les es dado sentir como sienten los hombres.

Saboreando pensamientos de este linaje llegó á Toledo y sin ir á su posada tomó el camino del alcázar.

Anuncióse y el rey suspendió los trabajos de legislación á que se dedicaba en aquellos momentos y despidiendo á sus sabios consejeros, dióle vènia para que apareciese á su presencia.

—Traéis descompuesto el rostro, turbada la faz!

—Momentos como los que he contado señor, son momentos que debilitan la existencia.

—Vuestro acento tiene ecos siniestros.

—Será porque la muerte habrá también impreso su huella en mi frente.

—La muerte! qué decís? basta de misterios caballero.

—Señor, Doña Mayor de Guzman no existe,—dijo el caballero con voz trémula.

—Doña Mayor muerta....—esclamó el rey.

—Sí, la feliz nueva de que fui portador,—dijo con amargura D. Fadrique—trastornó completamente su razón y extinguió su vida. El cielo me eligió para causar su muerte.

Pero el rey no escuchaba ya sus palabras. Dejose caer en su sillón y con ambas manos ocultó su rostro. Hay arcanos misteriosos en la vida de los hombres y en el ánimo del monarca de Castilla tenia lugar en aquellos instantes uno de esos misteriosos sucesos que deciden del porvenir del hombre.

Aquella muerte presentábase con aspecto sobradamente providencial para que no conmoviera organización tan privilegiada como la de D. Alfonso. Claramente resplandecía ante sus ojos la justicia y el deseo de los cielos. Dalanda, su amor puro, le impedia á que abandonara su corazón de hombre y fuera rey, la muerte de Doña Mayor, su último lazo con lo pasado era la voz de Dios que le dictaba despojase sus vestiduras de mortal y asentado en el solio fuera monarca de Castilla, sin cuidarse de la felicidad, que procura el mundo á los mortales. Sino era así, así creyólo el monarca y al levantar la cabeza ya asentábase en su ánimo irrevocable y firme resolución.

D. Fadrique con la cabeza caída sobre el pecho, meditaba también é irrevocable resolución formóse en su seno.

La voz del rey vibró por fin,—D. Fadrique la mano del cielo nos hiere, pero su castigo es santo aviso que debemos aprovechar.

—Esto señor, por mi parte prometo no ponerlo en olvido.

—¿Y su muerte fué tranquila?—preguntó el rey con angustia.

—Su última frase fue.... soy feliz!

—El cielo se apiadó de sus tormentos!

—Ningun recuerdo sombrío vino á turbar los últimos momentos de su apenado existir.

—Y no recordásteis que mi deber llamábame á cerrar sus ojos?  
—dijo el rey con acento de recriminacion.

D. Fadrique bajó la frente y guardó silencio.

—Entiendo—continuó el monarca, con ironía—quisisteis que los últimos momentos fueran vuestros.

—Señor, su vida y su corazon no fué mio.

—Y os apoderásteis de su muerte! codicioso anhelásteis que el último nombre que bendijeron sus lábios fuera el vuestro.

—Oh! señor,—esclamó D. Fadrique con acento de rábía,—no me recordeis los delirios de su locura.

—¿Murió loca?—esclamó el rey con espanto.

—Loca, sí, porque Dios no quiso que sufriera remordimientos, pero en su locura que estalló en el momento en que tuvo noticia de los pergaminos que vuestra nobleza puso en mis manos para que escuchára de sus lábios palabras de amistad, desde aquel momento solo un nombre murmuraron sus lábios, soio un recuerdo brilló en su frente y ese nombre y ese recuerdo no era el mio.

Vibraba de modo tan extraño la voz del caballero, que el rey se estremeció.

—Y el pensamiento que calmó su agonía, tampoco era el mio. Ved señor, si fué mi intento que el último suspiro fuera un recuerdo mio.

D. Alfonso no contestó, pero acercándose al caballero estrechó sus manos con efusion.

Por un momento dominó la solemnidad de la circunstancia, aquellos dos corazones tan nobles y tan generosos y tan lacerados por dolores tan vivos.

El rey interrumpió el silencio que reinaba, y dirigiéndose al caballero.

—Os necesito—dijo.

—Vos! señor.

—Sí.

Siento en lo mas secreto de mi alma, que la muerte que causa

nuestro desconsuelo es uno de esos misteriosos consejos que los cielos se dignan dar á los miseros mortales, y es mi voluntad que no quede sin ejecucion y pase desapercibido. Hasta hoy he buscado mi felicidad, la dicha, fuera de mis condiciones de rey, y allí no existe.

—Triste destino!—murmuró D. Fadrique.

—No os quejeis, que nuestro destino no es mas que nuestra vida. El poeta canta, porque su vida es poesia, el amante ama, porque su vida es amor.

—Y yo lloro, porque mi vida es sufrir,—esclamó D. Fadrique.

—Quizá sea así. Conozco que soy rey y que únicamente los reyes de la corona deben conmovier mi pecho. Acato y venero mi suerte. Y despues de breve reflexion continuó.—D. Fadrique, en el reino de Valencia no lejos de la ciudad de Alicante hay un valle, y en ese valle un castillo, en este castillo Doña Violante, mi esposa, cuenta horas de amarga soledad.

D. Fadrique miró con asombro al rey.

—No me comprendéis,—dijo el rey con triste sonrisa.—Recordais los hechos que hace seis meses hicieron necesaria la separacion de los reyes de Castilla, pero hoy no es ayer y D. Alfonso de ayer no es D. Alfonso de hoy.

D. Fadrique, comprendiendo cada vez menos el intento del monarca, al hacerle tan estrañas confidencias no desplegó los lábios.

—Hoy—continuó D. Alfonso—hoy los nobles no conspiran y el infante D. Enrique recorre el mundo conjurando los cielos contra mí, pero los cielos no le escuchan, hoy mis pueblos no miran con encono al poder aragonés, porque tendia mano protectora al infante y fomentaba las revueltas, porque en los campos vieron la humillacion del rey D. Jaime y vieron al infante huido de sus tierras. Hoy D. Fadrique, la princesa que el deseo que siempre vive en mi pecho de la felicidad de mis pueblos trajo á Castilla, por vos está enlazada á D. Felipe y hoy por último D. Fadrique, mi corazon de hombre anegado por el dolor ha desaparecido envuelto

en nubes de amargura. Dios y los ángeles del cielo me dicen aquel con su potente voz á cuyos ecos desaparecen existencias queridas, y estos con su suavísima melodía, que el hijo de D. Fernando no es Alfonso, sino rey de Castilla.

—Señor,—dijo D. Fadrique—como rey poderosos reyes han humillado su diadema á vuestros pies.

—D. Fadrique, los reyes somos imagen de Dios,—y continuó con dolorido acento—y nuestro destino es grande, no debemos amar una existencia que corone de dichas nuestra frente, y nuestro amor debé revelarse no por medio de palabras enajenadas, sino por leyes, y sus ecos no son los dulces pensamientos que sorprendemos en los ojos de la muger idolatrada, sino los ecos de gloria que los siglos repiten y escuchan las generaciones del porvenir.

—Destino grande señor, digno de vos.

—¡Qué decis!—esclamó D. Alfonso con fuego, pero se contuvo y continuó lanzando un suspiro.

—¡Seamos rey! Dios lo quiere y la muerte de Doña Mayor sea fecunda. Honremos su memoria con actos dignos, modo el más digno del hombre para mostrar el recuerdo que le merece una sombra querida! Esa tumba encierra todo mi pasado, los placeres de mi juventud, los delirios de mi corazón. Seamos rey!—y los recuerdos de Dalanda llegaron también á envenenar la llaga que tales tormentos le causaba, porque el dolor llama al dolor. II—

El rey con la cabeza inclinada guardó silencio por breves instantes, mientras D. Fadrique con ojos escudriñadores espiaba su semblante.

El desgraciado caballero temía ya que aquel hombre que le robó su amor, que llenó de amargura su vida, le arrebatase también el triste consuelo, de ser el que mayor dolor y más sentimiento recibiera por la muerte de la de Guzmán.

—Ah, dijo para sí, que extraño que le amara y pusiera mi nombre en olvido *ella* tan noble y generosa y él tan generoso y dotado

de tanta grandeza. Dios mío! concededme que despues de su muerte, yo solo ame su memoria y adore su recuerdo!

El se levantó y con tono y ademan resuelto, dijo dirigiéndose á D. Fadrique.

—Os dije que en Elda, lloraba Doña Violante en su soledad. Partid; sed mi enviado, hablad á mi esposa y llevadle mis deseos.

—Señor, yo simple caballero....

—Vos, D. Fadrique, nadie sino vos conoce mi corazon, nadie sino vos puede hablar mi lenguaje, y vos únicamente conoceis mis secretas intenciones. Es cuestion de nobleza y elijo el mas noble caballero de mis reinos, es punto de sentimiento y elijo el corazon mas ardoroso y sensible que adornó jamás á hombre nacido.—Y con voz conmovida continuó D. Alfonso.—Nos une la desgracia y la muerte nos has herido con el mismo dolor, justo es que en la obra nacida de ese dolor me presteis vuestra ayuda.

—Señor, ganais la voluntad y en vano se intenta resistir vuestra palabra.

—Ireis á Elda, vereis á la reina, decidla que ya solo se opone á que venga á mi lado, su voluntad; aqui la espera la corona de Castilla y la consideracion y renombre debido á las damas y á las reinas.

—¿Cuándo debo partir?

—Descansad y partir.

—Entonces hoy partiré.....

—Id, y concluida vuestra embajada, quedais en libertad, pero volved á Toledo antes de buscar vuestro retiro, que siempre ansía el corazon ver un rostro amigo y unidos lloraremos sobre su tumba.

D. Fadrique besó las manos al rey por las mercedes que le hacia, y salió. Quedóse el rey con sus dolores y D. Fadrique acompañado de los suyos salió del alcázar.

Púsose en camino aquel dia, esperando que la fatiga llamaria al sueño y el sueño le prestaria fuerzas para llevar á cabo la deli-

cada empresa que le encomendára el rey, pero el camino no fatigó su espíritu, el sol no cansó sus ojos y el dolor continuaba corroyendo la existencia de tan gallardo caballero, cuando dió vista á los montes que guardaban el valle dominado por el castillo habitado por la llorosa reina de Castilla.



### CAPITULO XIII.

#### Don Alfonso Emperador.

Nobles y elevados personajes discurrían por los vastos recintos del alcázar toledano, aguardando el momento en que los pages del rey publicarían la audiencia concedida por D. Alfonso de Castilla á embajadores y caballeros.

Entre los altos funcionarios veíanse á Suero Perez, obispo de Zamora, á F. Lorenzo de Portugal tan venerado por D. Alfonso, el obispo Martinez, Garcia Perez, arcediano de Marruecos y otros varios.

La conversacion que entretenia á los obispos era de suma importancia.

—Mas cual es el objeto de esa embajada.

—Yo no acierto.

—Quizá nuestro Santo Padre remita el breve por el cual levanta la escomunión lanzada contra D. Alfonso de Portugal.

—Pero si el breve llegó á Castilla por medio de D. Felipe.

—¿El breve ó la noticia?

—No, los documentos mismos.

—Pues entonces no acierto.

—Además si fuera enviado del Santo Padre, otro seria su carácter.

—Decis bien.

—Señores,—dijo el obispo Martinez,—á que tantas sospechas, cuando tenemos todos casi certeza del objeto de esa embajada llegada á Soria.

—Sí, pero es de tal magnitud ese rumor al que aludís, que el gozo temeroso del desengaño la retiene en el fondo del alma.

—Le cierto es, que la corona imperial está vacante.

—Por la infortunada muerte del Emperador á mano de los grisones.

—Lo cierto es,—continuó el obispo Martinez,—que el arzobispo Friderico escribió diciendo que formaba esperanzas en la elección de D. Alfonso.

—Y ese enviado viene de.....

—De Pisa, de donde es arzobispo D. Friderico.

—¿Y con qué carácter arriba, con el de simple enviado?

—No, que los mensajeros arribados hoy á la corte dan señales de venir revestidos de alto carácter.

Pronto saldremos de dudas, pues ya no está lejano el momento de la audiencia.

En otro círculo formado por caballeros é infanzones, conversábase tambien del objeto de la audiencia, pero las pláticas eran mas bulliciosas y mas alegres, porque eran en lo general gente jóven los interlocutores.

—¡Tan raro es el nombre de ese inglés!

—Maese Roldán, durante cinco horas intentó enseñarme su pronunciación, pero cada vez lo comprendía menos.

—Yo, señores, lo único que deseo que produzca es la vuelta de D. Gastón.

—Decís bien, cuanta era su alegría y su valor.

—¡Siempre recordaré la caza del judío en la puesta del sol, que miedo hizo sufrir al pobre diablo!

—Y su galantería era estremada!

—Por cierto que su amante también ha desaparecido de la corte.

—Doña Leonor de Haro!

—Siempre gustó tan hermosa dama de misterios.

—Sin embargo, ahora no es misteriosa su conducta, pues ha seguido la suerte de la reina Doña Violante y continúa á su lado.

—¡Amores!

—Amores, como no los entretenga con D. Jofre Loaisa.

—No por cierto, que no consentiría tal Doña Jacometa su esposa.

—Olvidais que D. Enrique está en Aragón.

—Estaba, la verdad es que pidió al rey entrar en las Huelgas.

—Ella! vamos os burlais.

—No tal, que Doña Violante vuelve y Dios tocóla en el corazón.

El muy alto y poderoso señor D. Alfonso rey de Castilla y de Leon, concede audiencia á los embajadores de Inglaterra y de Pisa.

Como nunca brilló en magestad y nobleza aquel día la figura de D. Alfonso. Había en su frente algo de augusto y soberano, y era su pensamiento que radiaba en su rostro. Al contemplar su

mirada leyeron los cortesanos pensamientos sobrenaturales y en efecto era así.

D. Alfonso sentía en sí nueva vida, nuevos pensamientos y sus concepciones se forjaban en horizontes mas puros y serenos. La desgracia que hiriera con tan cruel encarnizamiento su corazón, dióle la conciencia de sí mismo y de su corona. Si el lloro nublaba sus ojos, las lágrimas caían en su seno, sobre su pensamiento, pero sin causar desmayo á su voluntad. Lenta habia sido la transformación de hombre á rey, pero ya era completa y al desnudarse las debilidades que aquejan á los mortales, solo guarda su pecho los dolores recibidos, porque el dolor que toma asiento en el pecho solo con la vida huye y se disuelve.

—Señor,—dijo el embajador inglés, acercándose á los pies de su trono,—mi señor y rey el de Inglaterra no ignora, que guardas resentimiento contra él y á mí me envia para calmar tu enojo.

—Sin duda—el rey de Inglaterra no tiene muy en cuenta lo pactado, pero es mi deber recordárselo y se lo recordaré.

—Escuchad!

—Sé que las haciendas de los gascones no se han respetado, y le recordaré que tratado está que sean respetadas, y tenga presente que los recuerdos que España dirige son con el acero y con la lanza.

—Señor, los nobles gascones toman ya las armas y resisten los tercios ingleses.

—Razon y derecho les asiste.

—Tus palabras, poderoso monarca, si llegan á oídos de la Gasconia animarán sus nobles á la revuelta.

—No serán mis palabras, sino la justicia y bondad de la causa que defienden.

—El rey de Inglaterra alejado del país en que hubieron lugar esos entuertos no tuvo conocimiento de ellos hasta despues de cometidos.

—¿Han sido castigados los fautores?

—Lo serán.

—Promesa mas formal he menester cuando los tratados se violan ó no se cumple.

Escuchemos el final de esta singularisima embajada, segun la cuenta un cronista extranjero, Mateo de Paris.

—«Serenismo rey,—continuó el embajador inglés,—qué mayor beneficio y liberalidad puede hacernos Dios todopoderoso, que entregarnos á su hijo para la libertad y redencion de todos?»

—Asi es—contestó el monarca castellano.

—Pues lo mismo ha hecho contigo el rey de Inglaterra mi señor, pues te ha dado á su hijo primogénito y heredero universal y hermosísimo. No se enoje pues tu prudente serenidad contra tal y tan grande amigo tuyo, que tiene confianza en tí como en su hermano.»

La servil adulacion del inglés, satisfizo al monarca, que dándose por satisfecho é impaciente de escuchar la segunda embajada, dióle seguridades de amistad siempre que el inglés tuviese muy en cuenta lo pactado, cuando el enlace del primogénito del rey con su hermana.

Entretanto que comparecian los heraldos que debian anunciar la nueva embajada y el objeto que la traia á España, poniendo fin al desasosiego, que agitaba los pechos de los cortesanos, dejóse percibir á pesar del respeto que la presencia del rey infundió, un murmullo producido por las conversaciones que no pudieron por mas tiempo reprimir los espectadores de escena tan desconocida en los anales.

—Ya estoy cansado de sentir el peso de los años,—dijo el respetable caballero leonés D. Pedro Ruiz de Castro,—pero nunca presencié cosas tales como las vistas hoy, que si las viera, la gloria de mi patria hubiera impedido que se trocaran en canas mis cabellos.

—En verdad,—contestóle un rico-hombre,—que hidalga suerte fué la nuestra al nacer en dias tan gloriosos.

—Parece que el orgullo entra en el corazon y da nueva vida.

—No os parezca, que yo de mí se decir que en efecto es asi.

—Gran rey es el nuestro. Cuando tantas coronas se humillan á sus pies.

—Cada embajada, cada áudiencia es un nuevo florón que realza el brillo de la diadema que coronan las sienes de D. Alfonso, —decia el obispo Martínez.

Por todos los ángulos del salon escuchábanse frases dictadas por el orgullo nacional, ó por la admiracion al monarca. Era aquel un murmullo henchido de gloria y D. Alfonso mirando tanto gozo y alegría tanta, murmuraba para sí:

—¡Goces de rey, estos placeres son harto grandes para que pueda sentirlos no inteligencia no templada para el trono!—En tanto el nuevo enviado exclamó con voz clara é inteligible:

—Serenísimo y poderosísimo rey, os anunciamos como ha llegado á vuestros estados Bandino Lanza, embajador de la ciudad fuerte y poderosa de Pisa, para daros el aviso de que D. Alfonso de Castilla, que sois vos, ha sido aclamado por rey de romanos y Emperador, y el dicho Bandino Lanza, pídeos permiso y autorizacion para llegar á vuestros pies.

Un grito en loor de D. Alfonso, una exclamacion escapada de todos los pechos arrancada por la gloria, acentuada por el entusiasmo, pobló los aires, era la voz de un pueblo que mira su gloria y su poder rayar á inmensa altura, tocar en el último límite de poder y fuerza que la inteligencia humana puede soñar sumergida en los delirios de orgullo. La nobleza olvidó que tenia derechos conquistados con la espada en campos sangrientos, olvidó sus blasones, y feliz en su humillacion, gozosa con su nombre de español, en aquel momento su único timbre, pero el mas glorioso que pudiera apetecer, cayó á los pies de aquel trono como caia prosternada Europa.

D. Alfonso en aquel momento no sintió nada humano, porque sintió goces de Emperador, y este placer no es gozo de hombres.

El cielo lo reservó solo á Carlo-Magno á Cárlos V, y esos nombres laureados no tienen ecos humanos. En aquel momento lo que sintió no puede espresarse, porque cerró los ojos y vió un pedestal apoyado en la tierra, sobre tan gigantesca base se asentaba él y conversaba con los cielos que coronaban su frente. Aquel no era placer, por el placer nos hace felices y aquel ensanchaba el corazón á riesgo de que estallára, y dilataba la inteligencia sin contar si moriría.

Era una transformación de hombre en Dios y como toda transformación dolorosa.

—Decid que Alfonso de Castilla espera á Bandino Lanza.

Humilláronse los enviados y salieron. Entonces el entusiasmo de los nobles no se conoció valla ni medida. Aclamaban á su rey, bendecían su poderoso reinado, hablaba con fuego y sus ojos despedían rayos de contento.

Pronto llegó al pueblo tan fausta nueva, y sobrecogido no acertaba á imaginar medios para mostrar su contento, porque todo aparecíale pequeño tributo para rendirlo á las plantas de rey tan grande y tan soberanamente poderoso (1).

Días de alegría han brillado en los horizontes de Castilla, pero pocos han alhagado de tal modo como aquel el orgullo nacional. Las madres recibían bendiciones de sus hijos por haberles dado la luz en suelo tan querido de Dios, tan privilegiado por la gloria. El nombre del rey resonaba en todos los templos en los cuales se prosternaba la multitud para dar á Dios gracias, con toda la efusión y el ardor de un pueblo cuando rinde gracias al que ha cubierto sus timbres de glorioso renombre.

D. Alfonso se retiró á sus aposentos, con paso lento y recogido continente. Recordaba sus dolores de hombre, los martirios sufridos, la vida de su alma cuando se alimentaba de amor. Como recompensa de los cielos veía á sus plantas la corona del mundo, pero esta corona era el sudario de su felicidad. Cayó de hinojos murmurando—Mayor! Dalanda!... Emperador de Alemania—rey de reyes!

---

(1) Seguimos en esta fecha al abad F. Ughelo que señala el año de 1255.

El cielo le reservó solo a Carlos-Alberto & Catalina V. y esas nubes  
 lamadas no tienen esos nombres. En aquel momento lo que sintió  
 no pudo expresarse, porque entró los ojos y vio un pedestal que  
 estaba en la tierra, sobre tan gigantesco base se asentaba él y conve-  
 rse con los cielos que coronaban en frente. Aquella era plaza  
 por el placer nos hace felices y aquel empujón de coqueón a  
 riego de que estallara, y dilata la inteligencia sin contar al mo-  
 mento.

En una transformación de hombre en Dios y como toda tras-  
 formación dolorosa.

—Decid que Alfonso de Castilla espere a Basilio Lanza.  
 Limitaciones les evitados y salieron. Entonces el entusiasmo  
 de las mujeres no se conoce allá ni medidas, se lanzaban a un rey,  
 bendecían su pedregoso estrobo, hablaban con luego y sus ojos des-  
 pedían rayos de contacto.

Pronto llegó al pueblo tan lenta nueva y sorprendente no aser-  
 tad a imaginar mejor para mostrar su contento, porque todo  
 aquellos pedregos triplo para rendir a las plantas de rey tan  
 grande y tan sobornadamente poderoso (1).

Dios de agua han hallado en los horizontes de Castilla, pero  
 pocos han alagado de tal modo como aquel el orgullo nacional.  
 Las madres recibían bendiciones de sus hijos por haberles dado la  
 luz en suelo tan querido de Dios, tan privilegiado por la gloria. El  
 nombre del rey resonaba en todos los templos en los cuales se pro-  
 curaba la multitud para dar a Dios gracias, con toda la efusión y  
 de ardor de un pueblo cuando rinde gracias al que ha cubierto sus  
 tiempos de glorioso renombre.

D. Alfonso se retiró a sus aposentos, con paso lento y recogido  
 continente. Recordaba sus dolores de hombre, los martirios sufridos  
 de la vida de su alma cuando se alimentaba de amor. Como recom-  
 pensas de los cielos veía a sus plantas la corona del mundo, pero esta  
 corona era efímera de su felicidad. Cayó de hincos murmurando  
 de — ¡Mayor! ¡Dulzura!... Emperador de Alemania— rey de reyes!

(1) Seguirnos en esta fecha el abad F. Uffelsch de novela el año de

## EPÍLOGO.

Doña Violante voivió al lado de su esposo. Su gozo fue inmenso, su felicidad estremada. En Soria Bandino Lanzaa aclamó á D. Alfonso por emperador por haber recaido en él la casa de Suevia y porque como dice *Ughelo* el acta de proclamacion decia verdad. Hé aquí el principio:

— «En el nombre de Dios, etc., amen.—Porque el comun de Pisa, toda Italia, y casi todo el mundo os reconoce á vos, excelentísimo, invictísimo y triunfante señor, Alfonso por la gracia de Dios rey etc..... por el mas escelso sobre todos los reyes que son si fueron nunca en los tiempos dignos de memoria especialmente por la gracia del espirtu-santo que divinamente os fué inspirada, adornandoos con multiplicados dones..... etc....

«Príncipes, Barones, Señores, Comunidades y todo el pueblo de Italia y tambien los alemanes y los demas del imperio, se han movido á teneros á vos por digno de ser rey de Romanos y Emperador.»

Esta es la época del apogeo de la gloria del hijo de S. Fernando. Poco despues publicó el primero de los códigos de las naciones modernas.

## II.

D. Alfonso cumplia su mision. Lo pasado prestábale alientos. Embebido en meditar el orden con que escribiria la partida I, el tiempo trascurria, sin que notara las horas pesadas. Su nodriza Urraca entró en la estancia, puso un pergamino sobre la mesa, y salió sin interrumpir la meditacion de su señor. Las horas trascurrieron. Los astros brillaron con reflejo purísimo, y los aromas embalsamaban el ambiente. Era una noche de julio hermosa cual ninguna, pero los encantos de la naturaleza no fueron bastantes á separar á D. Alfonso de los encantos de la ciencia. El alba despuntaba. Cojió la pluma y escribió.—«Dios es comienzo é medio é acabamiento de todas las cosas é sin el ninguna cosa puede ser, ca por el su saber son fechas.... entonces levantó su vista y vió el pergamino. Cojióle rompió la seda y leyó...» Ven.—Dalanda.

—Dios mio, Dios mio ¿quién trajo este pergamino? cuando? Urraca.

—Señor, contestó la nodriza apareciendo en el dintel de la puerta.

—¿Este pergamino?

—Anoche le trajo un judío y yo le puse sobre vuestra mesa, cuando estudiábais.

—Anoche ¡oh! miserable de mí. Y cojiendo el manto salió precipitadamente del alcázar.

Pronto llegó á la casa de Hazan. El judío le abrió.

—Dalanda?

—Venid señor.

Atravesaron varios pasadizos y llegaron al jardín. Bajo el pedestal de la Virgen había un lecho, y en él se veía el cadáver de Dalanda.

—Muerta ¡Dios mio, Dios mio!

—Hace media hora,—anoche al comenzar su agonía os llamó, y ha muerto invocando vuestro nombre.

—Ah! miserable de mí!

—Desde que salió de la Galiana aquella terrible noche, su vida ha sido una lenta agonía, murmuró el judío, cayendo de hinojos junto al lecho de su hija.

D. Alfonso se postró también. Besó las manos de aquel ángel y depositó en su frente un ósculo de amor, de desesperación, y dos lágrimas de amargura se desprendieron de sus párpados.

—¡Dios, Dios que castiga!—murmuraba el judío.

D. Alfonso se levantó y salió de la casa de Hazan.

—Oh ¡ciencia, ciencia! qué procuras á los mortales?

En aquel momento el astro de la mañana, despidió un fulgor sobrenatural, y brilló con luz divina.

—¡El cielo me contesta! gloria! pero Dalanda! Dal...!

Pasaron tres días y nadie vió al rey. Aquellos fueron los únicos momentos que amargaron por entonces los días de Doña Violante. Al judío se le encontró muerto sobre el yerto cadáver de su hija.

### III.

Doña Leonor de Haro no siguió á su reina á Toledo. Sobre su paradero se formaron un sin número de conjeturas. Hay cronista que asegura que herida en el corazón por el amor que le inspiró D. Fadrique Dávalos, se retiró á un monasterio, donde su dignidad y noble origen le dieron el cargo de abadesa. Respecto al monasterio elegido se murmuró por los cortesanos, que era el de las Huelgas. Iluminados por esta noticia, aunque vaga, y habiendo leído que su virtud y sobre todo su modestia fue extrema en los últimos

días de su aventurera vida, creemos sea la abadesa, cuyo nombre está en blanco en la historia de las señoras que tuvieron por esta época cargo tan respetado. Pero no pasa esta opinión nuestra de ser una conjetura.

En las altas montañas que cercan á Burgos, por la parte del norte se encuentran aun los restos de una ermita, objeto de la veneración de los aldeanos y del respeto de los burgaleses. Siempre habitó esta ermita un penitente, tan solo, pero en la época que tratamos los campesinos con grande admiracion, vieron dos moradores en la ermita. El uno era un ermitaño en extremo singular. Vagaba siempre por la parte más áspera del monte socorriendo á los caminantes y ayudando á los pastores cuando sobrevenia la tempestad y dispersaba el rebaño. Su mano derramaba el oro y era fuente de consuelo y alivio de todo mal. Algunas veces un hombre anciano ya y al parecer plebeyo, entretenia con él largas horas entregados á pláticas secretas. Oyósele una vez que le llamó Nuño.

Un día, los dos penitentes guarecidos bajo un frágil techo, porque arreciaba la tormenta, se dedicaban á sus devociones.

—Estáis inquieto? preguntó el uno....

—Sí.

—Por no haber visto á Nuño?

—Sí.

—Tanto necesario os es?

—Mucho hablo con el de lo pasado y me consuelo aun.

—Mirad, dijo el solitario. Contadme vuestro pasado y hablaremos siempre de las personas que os fueron queridas..

—Que me place.

Reclinóse D. Fadrique recostando su hermosa cabeza en sus manos, y comenzó el relato de los hechos referidos.

FIN.

La primera época de D. Alfonso concluye aquí; si Dios nos dá fuerzas y lectores, publicaremos la historia de sus infortunios en los postreros dias de su vida. Monarca digno de veneracion, la ciencia le debe los momentos mas puros de su gloria, la literatura un siglo que es el de oro de nuestra edad media. Muerto él, comienza una era de sangre, en la cual solo el hierro impera. Hasta los reyes católicos, no encuentra la historia Nacional, sucesores dignos del hijo de S. Fernando.

LOS AUTORES.



INTRODUCCION

Cap. I. Alfonso el Primero

Cap. II. Alfonso el Segundo

Cap. III. Alfonso el Tercero

Cap. IV. Alfonso el Cuarto

Cap. V. Alfonso el Quinto

Cap. VI. Alfonso el Sexto

Cap. VII. Alfonso el Siete

Cap. VIII. El infante Don Juan

Cap. IX. La judería de Toledo

Cap. X. La nobleza castellana

Cap. XI. Injusticias y miserias

Cap. XII. Alcazar de Toledo y otros

Cap. XIII. La reina y el infante

Cap. XIV. Burgos

Cap. XV. Fiesta de Burgos

Cap. XVI. Burgos

Cap. XVII. Carta al Rey

Cap. XVIII. Jerez y Sevilla

Cap. XIX. Cádiz

Cap. XX. Sevilla

Cap. XXI. La reina y el infante

Cap. XXII. Sevilla

Cap. XXIII. Sevilla

Cap. XXIV. Sevilla

Cap. XXV. Sevilla

Cap. XXVI. Sevilla



282  
271  
281  
287  
294  
290  
312  
320  
322  
320  
381  
382

Cap. I. Esperanza de un hijo . . . . .  
Cap. II. Hazan y Dalanda . . . . .  
Cap. III. El rey y Hazan . . . . .  
Cap. IV. Los amores del . . . . .  
Cap. V. D. Jaime de Ar . . . . .  
Cap. VI. Los dos hermanos . . . . .  
Cap. VII. El caballero . . . . .  
Cap. VIII. Constanza . . . . .  
Cap. IX. Que se quite el señor . . . . .  
Presente y pasado . . . . .

# INDICE.

PAGINAS:

INTRODUCCION. . . . . III

## PARTE PRIMERA.

Capítulo I. Corazones y coronas. . . . .	1
Cap. II. Lágrimas de muger. . . . .	11
Cap. III. Ciencia real. . . . .	23
Cap. IV. Angel y Muger. . . . .	37
Cap. V. Consecuencias de la curiosidad. . . . .	45
Cap. VI. La Reina de Castilla. . . . .	57
Cap. VII. Aventuras. . . . .	67
Cap. VIII. El judío Hazan. . . . .	81
Cap. IX. La judería de Toledo. . . . .	95
Cap. X. La nobleza castellana. . . . .	103
Cap. XI. Inquietudes y misterios. . . . .	114
Cap. XII. Hazan, medita y obra. . . . .	126
Cap. XIII. La reina y la villana. . . . .	136
Cap. XIV. Burgos. . . . .	147
Cap. XV. Fiestas en Burgos. . . . .	154
Cap. XVI. ¡Guerra! . . . . .	162
Cap. XVII. Corte sin Rey. . . . .	171
Cap. XVIII. Jerez y Lebrija. . . . .	182
Cap. XIX. Celos. . . . .	189
Cap. XX. Deber y amor. . . . .	197
Cap. XXI. Un caballero y una madre y un hermano. . . . .	208
Cap. XXII. Amantes antiguos. . . . .	218
Cap. XXIII. Diplomacia aragonesa. . . . .	226
Cap. XXIV. Beatriz. . . . .	234
Cap. XXV. Concluyen antiguos planes. . . . .	245
Cap. XXVI. La Reina de Portugal. . . . .	256

PARTE SEGUNDA.

Cap. I. Esperanzas defraudadas. . . . .	265
Cap. II. Hazan y Dalanda. . . . .	271
Cap. III. El rey y Hazan. . . . .	281
Cap. IV. Los amores del rey. . . . .	287
Cap. V. D. Jaime de Aragon. . . . .	294
Cap. VI. Los dos hermanos. . . . .	300
Cap. VII. El destierro. . . . .	313
Cap. VIII. Consuelos. . . . .	330
Cap. IX. Que esplica el anterior. . . . .	339
Cap. X. Presente y pasado. . . . .	350
Cap. XI. Conspirar por cuenta ajena. . . . .	371
Cap. XII. Perdon. . . . .	381
Cap. XIII. D. Alfonso Emperador. . . . .	395

1	Capítulo I. Coraxones y coraxones
11	Cap. II. Lágrimas de mujer.
23	Cap. III. Ciencia real.
27	Cap. IV. Angel y mujer.
42	Cap. V. Conocimiento de la curiosidad.
27	Cap. VI. La Reina de Castilla.
67	Cap. VII. Aventuras.
81	Cap. VIII. El judío Hazan.
92	Cap. IX. La judería de Toledo.
103	Cap. X. La nobleza castellana.
111	Cap. XI. Indulgencias y misterios.
126	Cap. XII. Hazan, medicina y obra.
136	Cap. XIII. La reina y la vilana.
147	Cap. XIV. Burgos.
154	Cap. XV. Fiestas en Burgos.
162	Cap. XVI. Guerra.
171	Cap. XVII. Corte sin Rey.
182	Cap. XVIII. Jerez y Bedrja.
189	Cap. XIX. Celos.
197	Cap. XX. Dolor y amor.
208	Cap. XXI. Un caballero y una madre y un hermano.
218	Cap. XXII. Amantes antiguos.
226	Cap. XXIII. Diplomacia aragonesa.
244	Cap. XXIV. Bedrja.
252	Cap. XXV. Concluyen antiguos planes.
258	Cap. XXVI. La Reina de Portugal.

## PLANTILLA DE LÁMINAS.

	<u>PAGINAS.</u>
Retrato de D. Alfonso. . . . .	2
Lámina 1. <sup>a</sup> . . . . .	26
2. <sup>a</sup> . . . . .	36
3. <sup>a</sup> . . . . .	59
4. <sup>a</sup> . . . . .	73
5. <sup>a</sup> . . . . .	157
6. <sup>a</sup> . . . . .	183
7. <sup>a</sup> . . . . .	200
8. <sup>a</sup> . . . . .	217
9. <sup>a</sup> . . . . .	257
10. . . . .	278
11. . . . .	316
12. . . . .	384

0840

PLANTILLA DE LÁMINAS

PLANTILLA DE LÁMINAS

Retrato de D. Alfonso	1.	127
Fábrica 1.	2.	128
Fábrica 2.	3.	129
Fábrica 3.	4.	130
Fábrica 4.	5.	131
Fábrica 5.	6.	132
Fábrica 6.	7.	133
Fábrica 7.	8.	134
Fábrica 8.	9.	135
Fábrica 9.	10.	136
Fábrica 10.	11.	137
Fábrica 11.	12.	138

*manuscript*

*manuscript*

*Beate Maria*

P

puente del Comyato

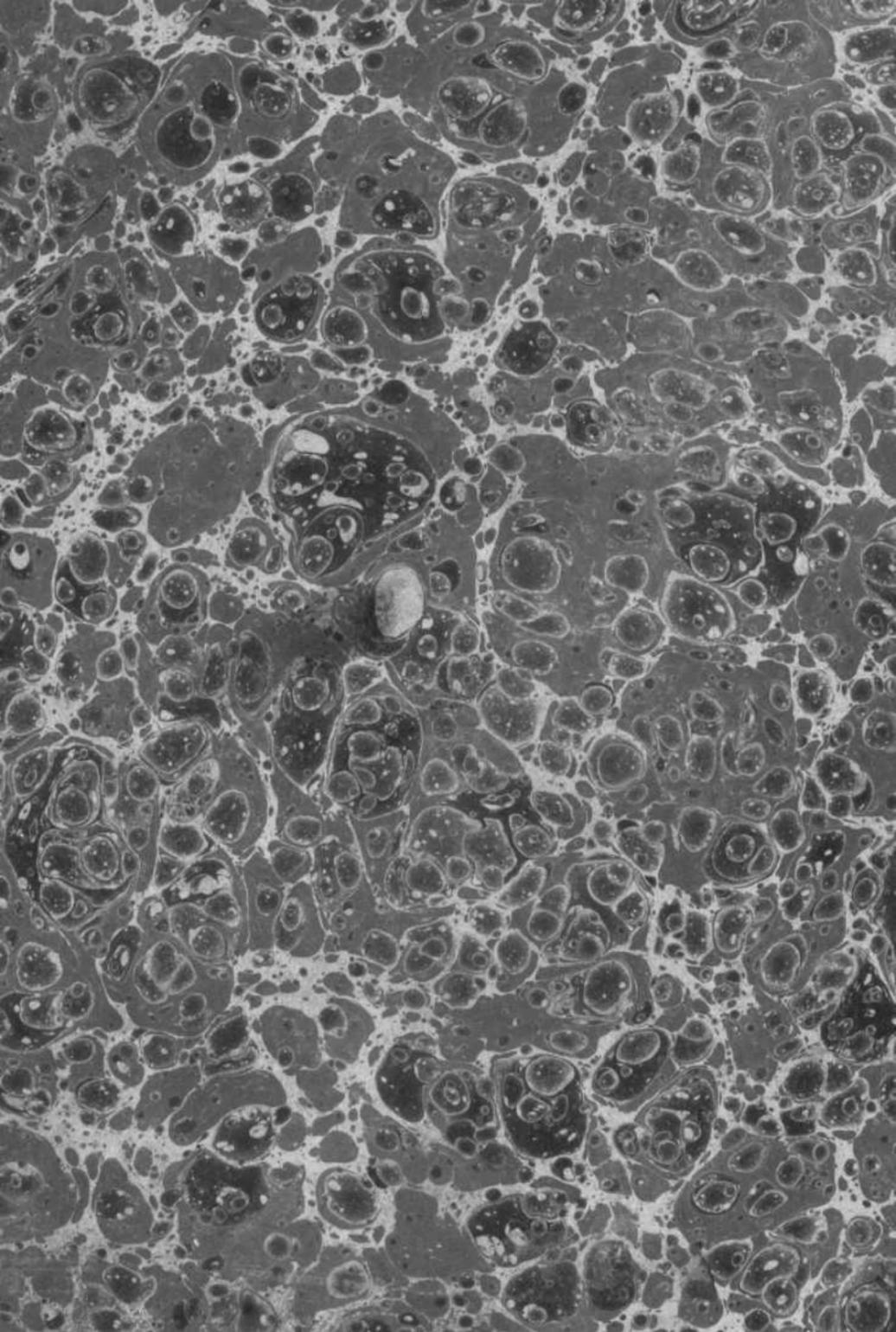
No. 4 M. 1. 1000

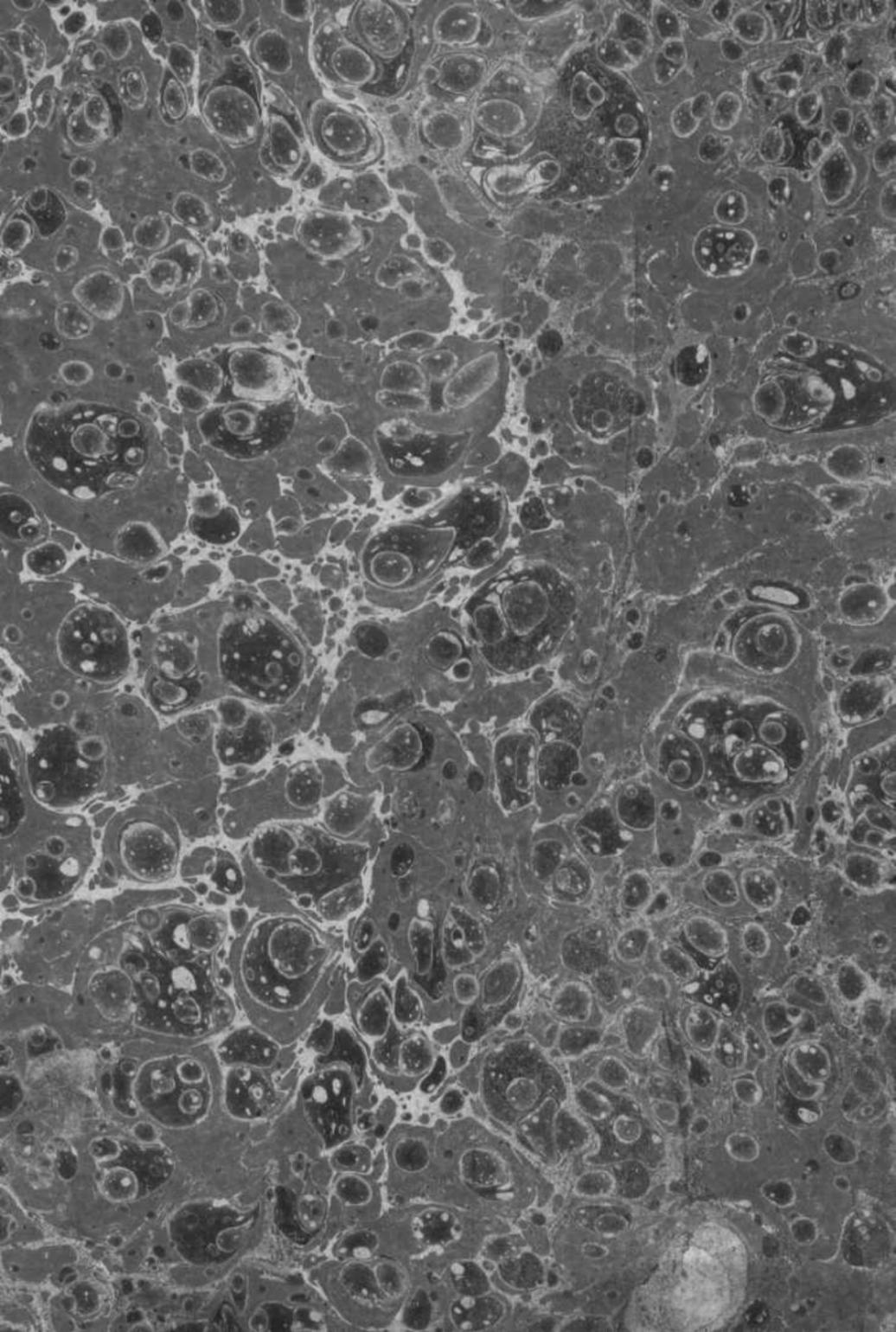
~~Antonio~~

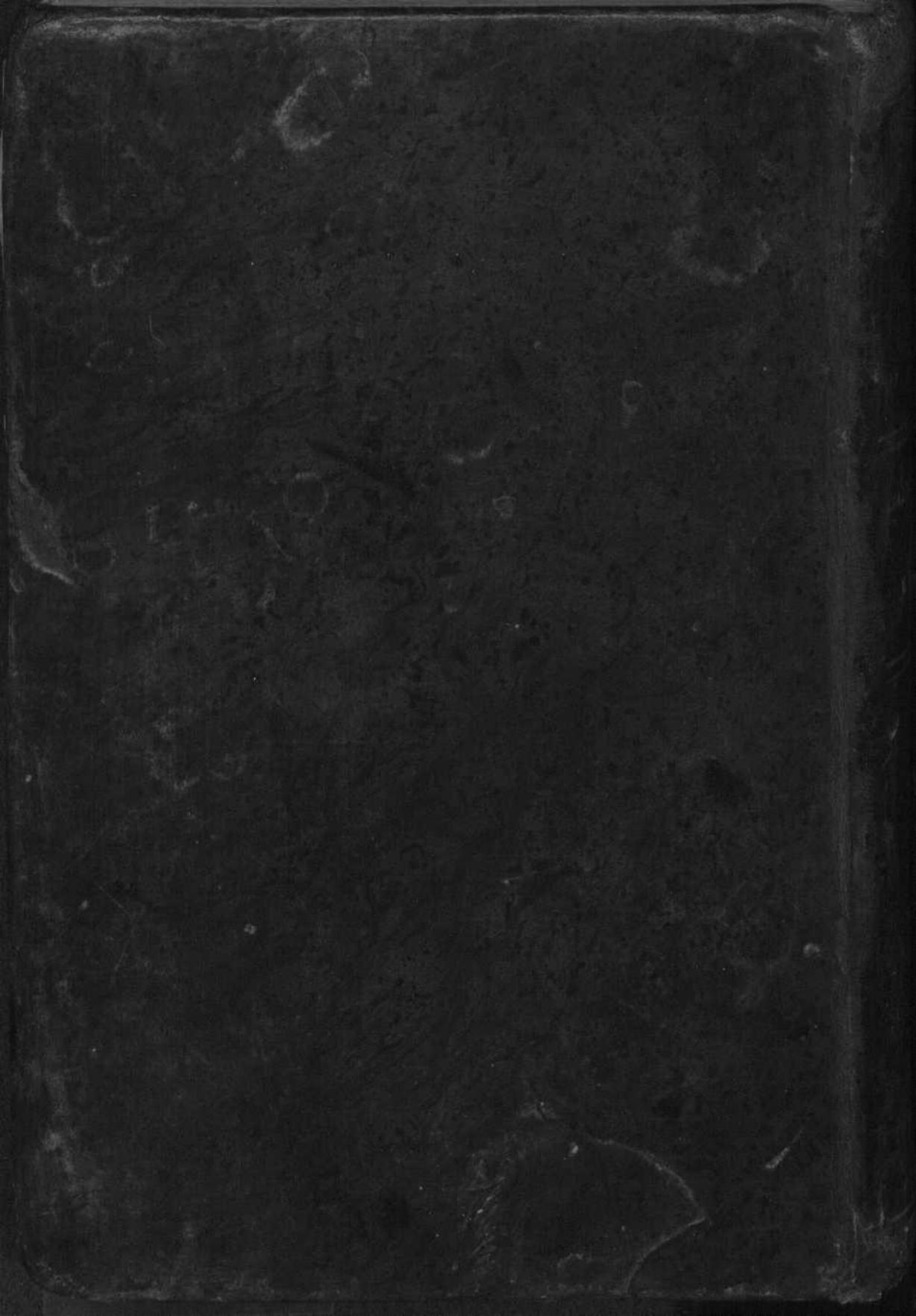
~~de~~

~~de~~

~~de~~







CON ALONSO

EL SABIO